



J. G.
BALLARD

EL DÍA
DE LA CREACIÓN

Lectulandia

En la árida y convulsa Port-la-Nouvelle, capital de una remota república centroafricana, el doctor Mallory se ve obligado a clausurar la clínica de la OMS que dirige. La fantasía de descubrir un nuevo Nilo para reverdecer el Sahara convierte al británico en un hidrógrafo e ingeniero aficionado que emprende una obsesiva búsqueda de agua. Prodigiosamente, de la tierra ocupada por un viejo roble brota una fuente que pronto devendrá en un río colosal. La zona florece, proliferan los pájaros y las bestias; con acrecentado empeño, Mallory remontará el caudal a fin de desentrañar el misterioso origen de lo que él considera su propia creación. Novela de aventuras o alegoría erótica, esta fábula del siglo xx nos traslada al corazón de los conflictos que sacuden el África subsahariana en una sinuosa odisea donde la lógica delirante hace del sueño una viciosa pesadilla.

Lectulandia

J. G. Ballard

El día de la creación

ePub r1.0

gertdelpozo 05.10.15

Título original: *The Day of Creation*

J. G. Ballard, 1987

Traducción: Carlos Peralta

Editor digital: gertdelpozo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1. La mujer del desierto

SUEÑOS DE RÍOS, como escenas de una película olvidada, derivan a través de la noche, en tránsito entre la memoria y el deseo. Una hora antes del amanecer, Mientras dormía en la caravana junto al lago seco, me despertó el sonido de un inmenso caudal. Parecía fluir en la oscuridad a pocos metros de mí, tamborilera en los paneles de contrachapado y me desconectaba los huesos de la cabeza. Echado en el colchón roto, traté de afirmarme contra las promesas y amenazas de ese río invisible. Como en todas mis visitas de fin de semana a la ciudad abandonada, me había sobrecogido la visión de un tercer Nilo cuyos tibios afluentes cubrían todo el Sahara. Atraído por mi mente, fluía hacia el sur a través de las fronteras del Chad y del Sudán y deslizaba sus aguas de contrabando por el seco cauce junto al aeropuerto en desuso.

¿Había aterrizado en la oscuridad algún avión secreto? Cuando bajé de la caravana vi que el río se había ido, desvaneciéndose como un gran avión con las luces apagadas entre el cuartel de policía y el casco quemado de la fábrica de cigarrillos. Se había levantado un viento frío y una marea de arena su desde el lecho del lago. Los finos cristales junto a caravana me lastimaban los pies descalzos como agujas de hielo; el río invisible se había helado mientras yo me acercaba.

En la oscuridad el polvo de marfil jugueteaba contraía playa como un oleaje fantasmal. Los nómada habían hecho pequeñas hogueras, los refugiados de Sudán que descansaban aquí en camino al sur, a lo grandes valles boscosos del río Kotto. Cada fin de semana hallaba que habían arrancado nuevos tablones de la lancha policial del capitán Kagwa; encendían los polvorientos maderos con cintas de celuloide abandonadas por la compañía cinematográfica. Docenas de esos cuadraditos nacarados emergían de la arena, como si el árido lecho del lago entregara sus sueños a la noche.

Una vez más noté que una mujer extraña había estado allí, recogiendo las tiras de película antes de que se destruyeran. Yo había visto sus huellas durante las últimas semanas, las curiosas pisadas en el suelo del dispensario de esos dedos finos y esa cicatriz en el talón, y su distraído trajín doméstico alrededor de la caravana. Durante algún tiempo había sospechado que me vigilaba. Los alimentos y cigarrillos que yo abandonaba eran siempre eliminados. Inclusive le había dejado un pequeño regalo en los escalones de la caravana, un visor de plástico y una serie de diapositivas turísticas del Nilo en Assuan, por si el humor déla cósale atraía. La semana pasada, cuando llegué ala caravana, descubrí que el colchón había sido reparado con hilo y alambre, aunque quizá para su comodidad y no para la mía.

La idea de que compartía mi cama con una de esas jóvenes del desierto añadía especial encanto a mis sueños del río nocturno. Si ella sufría de eczema o de impétigo pronto aparecería la infección en mi piel, pero echado en la litera prefería pensar en

esa mujer desnuda hasta la cintura, bañándose en las tibias aguas que fluían dentro de mi cabeza.

Sin embargo, su interés principal estaba claramente en las tiras de película. Cuando llegué a la caravana encontré un cubo de plástico metido debajo de los escalones de madera. Me arrodillé en el suelo frío y examiné los curiosos desechos que la joven había reunido: jeringas de vacuna, vacías, del suelo del dispensario; un horario del ferry del lago Kotto, una cápsula de bala de bronce y la cubierta de una lente de cámara cinematográfica, entre una nube de trozos de película recogidos en la playa.

Esos objetos reunidos formaban un registro de mi vida, un inventario donde se resumían todas las aventuras que se habían iniciado en aquella desastrada ciudad de la provincia septentrional de una remota república centroafricana. Acerqué a mis labios la cápsula de bala y saboreé el extraño aroma, tan potente como el recuerdo del abrazo de Noon, que se adhería al metal opaco. Pensé en mi viaje por el Mallory y mi combate con el gran río que yo había creado y tratado de matar. Recordé mi obsesión con Noon, mi duelo con el helicóptero del capitán Kagwa y todos los demás acontecimientos que se habían iniciado un año atrás cuando el general Harare y sus guerrilleros llegaron por primera vez a esta ciudad en ruinas...

2. Los hombres armados

—¿LO VAN a ejecutar, doctor Mallory?

Busqué a la mujer que me gritaba, pero el cañón de un rifle me azotó los hombros. Caí al suelo a los pies de los hombres armados y me corté la mano con la lata descartada de la película que la fotógrafo japonesa cargaba en su cámara. Dentro de unos segundos, el costoso celuloide vería por vez primera la luz del día mientras registraba mi propia muerte.

Quince minutos más tarde, cuando el general Harare retiró a sus guerrilleros al bosque y abandonó la ciudad de la ribera del lago que había ocupado durante unas pocas horas terribles, yo todavía trataba de no responder a tan abrumadora cuestión. Lanzada contra mí como una pregunta en una caótica conferencia de prensa, resumía los peligros de aquella última tarde absurda en Port-la-Nouvelle.

¿Me iban a fusilar? Mientras los guerrilleros me empujaban hacia la playa debajo del cuartel de la policía, grité a la joven japonesa de ondulante mono plateado.

—¡No! Dígale a Harare que acabo de pedir una nueva amalgama dental para sus hombres. Esta vez no se les saldrá el relleno...

—¿El relleno...?

Escondida detrás de su cámara de mano, la señorita Matsuoka fue arrastrada por el grupo de soldados excitados que corrían hacia el lago, en parte algarada playera y en parte turba de linchamiento. Había una confusión de gritos vibrantes, armas jocosamente apuntadas al sol y rodillas movidas por la música que brotaba de las radios y los magnetófonos saqueados que los hombres llevaban colgados del cuello entre sus granadas y cartuchos.

Se oyó un bramido del sargento del general Harare, un antiguo conductor de taxi que debía de haber visto un programa de televisión sobre Sandhurst o St. Cyr en el escaparate de una tienda de la capital. Con sonrisas de buen talante, los soldados bajaron una fracción el volumen de sus radios. Harare alzó sus largos brazos a los costados, y se separó de sus seguidores. La presencia de esa fotógrafa japonesa que correteaba incesantemente entre sus talones le halagaba la vanidad. Pasó de la playa a la superficie de tiza del seco lecho del lago y levantó blancas nubes de molidos huesos de pescado, un Mesías reivindicando su reino de polvo. Detrás de las gruesas gafas de sol su cara sensible, palúdica, era tan afilada como una punta de flecha. Miró fijamente el horizonte pero yo sabía que sólo pensaba en los abscesos de sus dientes.

Una chica de doce años que jadeaba detrás de mí, con una chaqueta de camuflaje demasiado grande, me obligó a arrodillarme entre los restos de botellas de cerveza, paquetes de cigarrillos y revistas pornográficas francesas que formaban la línea de la marea sobre la playa. Aguijoneándome con su viejo rifle Lee-Enfield, esa niña me había traído desde mi celda en el cuartel policial como un granjero a un cerdo grande y mal adiestrado. Yo le había curado el pie infectado esa mañana cuando se había

acercado con una partida de mujeres soldados a la clínica improvisada, pero sabía que a la menor señal de Harare me mataría sin vacilar.

Filmado por la fotógrafa japonesa, el general avanzaba a su paso pensativo hacia las torres de madera de los pozos artesianos cuya construcción yo había supervisado durante los últimos tres meses, y que simbolizaban el elemento que él más odiaba. Me chupé la herida de la mano, pero estaba demasiado asustado para que mis labios se humedecieran. Rogando que los pozos estuvieran tan secos como mi boca, miré la ciudad desierta, las tiendas saqueadas visibles por encima de los pilares de teca del muelle donde antes atracaba el ferry, a tres metros por encima de mi cabeza. Más allá de los guerrilleros, unos echados en la playa a mi lado, otros bailando al son de sus magnetófonos, vi la columna de humo que subía desde el almacén de la fábrica de cigarrillos, parodia del sosiego que éstos ofrecían en los anuncios de televisión. Bañaba la playa el agradable olor a la hoja de tabaco aromatizada con romero que según decidieran los economistas del Instituto Agronómico, debía transformar la economía de aquella gente olvidada y proporcionar una población estable en la que pudiera reclutar sus fuerzas el capitán Kagwa, jefe de policía local.

Desviado por el viento suave, el humo flotaba hacia la polvorienta jungla que rodeaba la ciudad y se confundía con la bruma producida por un incinerador doméstico desatendido. Detrás de los dispersos tamarindos y las palmeras desgñadas estaban las copas ahora blanquecinas de los robles junto a la boca de un torrente seco cuyas aguas habían llenado el lago Kotto apenas dos años antes. Con sus hojas moribundas desteñidas por el sol, los grandes árboles yacían descuajados en las pedregosas barras de arena, torcidos monumentos fúnebres en un valle de huesos.

Aspiré el aire fragante. Si iba a ser ejecutado, parecía justo que a mí, el médico renegado a cargo de la perforación de pozos para el riego de las plantaciones de tabaco de Port-la-Nouvelle y del abastecimiento de este agradable carcinógeno a las ciudades de la antigua África Oriental Francesa, se me concediera un almacén entero de últimos cigarrillos.

Siempre enfocado por la fotógrafa japonesa, Harare volvía a la playa a pasos largos. ¿Acaso alguno de los pozos secos había rezumado milagrosamente agua para ese redentor deshilachado? Cuando me señaló con sus brazos flacos que se tocaban solo en las muñecas unidas su cuerpo parecía una azagaya. Me incorporé y traté de estirar mi camisa manchada de sangre. Los guerrilleros me volvían la espalda de una manera que había observado en sus visitas anteriores. Que ya no se preocuparan por custodiar a sus prisioneros era señal segura de que estaban a punto de acabar con ellos. Sólo la niña de doce años estaba detrás de mí en la playa, y sus ojos vehementes me advertían que no mirara siquiera la venda que yo le había puesto alrededor del pie. Recordé la expresión apenada de Harare cuando había mirado dentro de mi celda del cuartel policial y el reproche que murmuró como si yo me hubiese traicionado deliberadamente una vez más.

—Usted, doctor, debía haberse ido de Port-la-Nouvelle. Habíamos llegado a un

acuerdo. —Parecía incapaz de comprender mis verdaderas razones para aferrarme a esa ciudad abandonada junto al lago fósil—. ¿Por qué necesita jugar con su propia vida, doctor?

—Está el dispensario: debe quedar abierto mientras haya pacientes. Esta mañana he atendido a muchos de sus hombres, general. Estoy colaborando realmente con su esfuerzo de guerra.

—Y cuando lleguen las fuerzas del gobierno colaborará con su esfuerzo de guerra. Es usted un objetivo estratégico, doctor Mallory. El capitán Kagwa lo matará si cree que nos es útil.

—Pienso marcharme. Ya es hora.

—Está bien. Esa obsesión por el agua subterránea... Su carrera se ha deteriorado tanto... Siempre elige la posición extrema.

—Pensaré en mi carrera, general.

—Su carrera real, no la que está en su cabeza. Podría ser demasiado tarde...

Las radios sonaban más fuerte. Un joven guerrillero, con las ventanas de la nariz tapadas de pus a causa de la infección del tabique nasal, bailó hacia mí, los ojos clavados en los míos y las rodillas entrechocándose a centímetros de mi cara. Recordé la pregunta de la japonesa y sus curiosas suposiciones de que yo había provocado ese ejercicio de justicia sumaria, entre las latas de cerveza y las revistas pornográficas de esa playa desierta en el centro olvidado de África, y de que había decidido ya mi propio destino.

3. El tercer Nilo

LA UNIDAD GUERRILLERA había emergido de la selva esa mañana a las nueve, poco después de que el avión explorador del gobierno completara su ronda diaria del lago Kotto. Durante la noche, mientras yacía despierto en la caravana aparcada detrás de la clínica, oí a los soldados rebeldes moverse en la oscuridad en las afueras de Port-la-Nouvelle. Los rayos de sus linternas de señales rozaban los postigos de la ventana junto a mi litera, como antenas de inmensas mariposas nocturnas. En una ocasión oí pasos en la grava, y sentí que unas manos acariciaban la estructura de acero de la caravana. Durante unos pocos segundos alguien meció suavemente el vehículo, no para turbar mi sueño sino para recordarme que el día siguiente me sacudirían con aspereza algo mayor.

Al amanecer, mientras conducía mi jeep hasta las perforaciones, la ciudad estaba nuevamente silenciosa. Sin embargo, mientras abría mi botella de cerveza del desayuno sobre la plataforma del aparejo vi al primer guerrillero, que vigilaba la escalera del cuartel de policía, y a otros que se movían por las calles vacías. Más allá de los muelles silenciosos, en el patio delantero de las saqueadas salas de exhibición de la Toyota, Harare estaba con su custodia entre los maltratados surtidores de gasolina, moviendo con cautela sus pies entre las astillas de los gruesos cristales.

A pesar de su ambicioso sueño de una provincia secesionista del norte, Harare era crónicamente inseguro. Estudiante de odontología de una universidad francesa, en un tiempo, se había dado el nombre de la capital de una nación africana recientemente liberada, como los otros cuatro generales del frente revolucionario, de los cuales ninguno mandaba más de un centenar de soldados acosados por las enfermedades. Pero sus ideales socialistas coexistían alegremente con una segunda carrera de bandidaje y contrabando de armas a través de la frontera del Chad. Tras la desecación del lago y la virtual muerte del río Kotto —sus fuentes eran ahora poco más que una sucesión de meandros superficiales— había decidido extender su dominio hasta Port-la-Nouvelle e imponer el orden marxista a sus saqueados garajes y tiendas de radio.

Por encima de todo, Harare detestaba el proyecto de perforación y a toda persona relacionada, como yo, con la peligrosa tentativa de extraer agua de la napa menguante y regar las granjas cooperativas en que los burócratas del Instituto Agronómico habían dilapidado sus fondos. El avance del desierto hacia el sur era el mejor aliado de Harare, y el agua, en todas sus formas, su enemiga declarada. El cambio del clima y la inminente llegada del Sahara habían llevado al abandono del lago Kotto por las fuerzas del gobierno. La mayor parte de la población de Port-la-Nouvelle se había marchado incluso antes de mi propia llegada, seis meses antes, como médico a cargo de la clínica de la OMS. Esa misma semana la guerrilla de Harare había sabotado el viaducto de hierro galvanizado que llevaba el agua desde las bombas de los pozos hasta el depósito de la ciudad. El ingeniero belga que dirigía el proyecto había sido

herido durante la incursión. Con la esperanza de salvar la empresa, yo traté de ocupar su lugar, pero el personal africano pronto se hastió y abandonó. Los pocos trabajadores de la fábrica de cigarrillos que quedaban llenaron sus maletas de cartón con hojas sin curar y se marcharon al sur en el último autobús.

Nada de esto me desalentó, por motivos que ya entonces debería haber sospechado. Con pocos pacientes que cuidar, me convertí en hidrógrafo e ingeniero aficionado. Antes de ser evacuado en la ambulancia de la policía el administrador belga me mostró sin esperanzas los informes de sus investigaciones. La exploración ultrasónica del geólogo del Instituto sugería que los plegamientos de estratos de caliza a sesenta metros por debajo del lago Kotto habían creado un vasto acuífero subterráneo procedente del lago Chad. Este canal subterráneo no sólo podía volver a llenar el lago Kotto sino también regar los campos circundantes y hacer que fueran navegables las fuentes del río Kotto.

El sueño de un Sahara verde, quizá designado con mi nombre, que alimentara a los pobres del Chad y el Sudán me hacía compañía en la destartalada caravana en que pasaba las noches después de los largos paseos por el lago en que perseguía las cotas subterráneas de los gráficos, que a veces parecían representar los perfiles de la pesadilla que dormitaba en mi cabeza.

Sin embargo, el polvo absorbió pronto esas esperanzas. Ninguno de los seis pozos había dado más que unos cuantos centenares de litros de agua salada y contaminada de gas. La hilera de perforaciones muertas se extendía a través del lago; ya se estaban llenando de huesos molidos de pescado. Durante unas semanas los pozos fueron alojamiento temporario de los nómadas que huían de las zonas de hambre del Sudán Meridional hacia el oeste. Cuando examinaba los pozos durante mis rondas de inspección, encontraba familias enteras acampadas en la plataforma inferior, en cuclillas alrededor de la perforación como rdbomantes desanimados.

Sin embargo, el fracaso del proyecto de riego y la invasión del Sahara sólo fueron un nuevo acicate y encendieron un faro distante cuyas señales exactas aún no había recibido. No era sólo la casualidad, suponía, lo que me había llevado a esa nación, encerrada por la guerra, que se extendía entre las fronteras del Chad, el Sudán y la República Centroafricana en el corazón muerto del África, un país tan próximo a la nada como podía encontrarse en el planeta.

Cada día, al descender de mi caravana, casi me alegraba de la nítida blancura del polvo que el viento de la noche había arrojado contra los neumáticos desinflados. Desde la torre del aparejo de excavación podía ver el bosque cada vez más debilitado. En Port-la-Nouvelle la vegetación todavía estaba verde bajo los árboles, pero ocho kilómetros al norte, donde la selva se convertía en pradera, la red de arroyos que habían llenado en un tiempo el lago Kotto era ahora un esqueleto de plateados oasis. Día tras día el desierto se acercaba. No era una avalancha de dunas sino un avance apenas visible, que se advertía al ocaso en la mayor cantidad de luz reflejada por la pradera y en el brillo opaco del bosque a lo largo del río, semejante al de una

esmeralda muerta a la que le hubieran robado la luz.

La aproximación del desierto, yo lo sabía, se había convertido casi en un desafío personal. Mediante una variedad de excusas logré que el director de la oficina de la OMS en Lagos prorrogara mi contrato de tres meses en Port-la-Nouvelle, aunque yo era el único paciente posible en la ciudad. De todos modos mis esfuerzos para encontrar agua habían fracasado por completo, y el polvo invadía mis huesos con su marea oscura.

Luego, un mes antes de la última incursión de Harare, toda mi frustración se disipó cuando un grupo de ingenieros militares llegó a Port-la-Nouvelle. Pusieron en marcha la topadora del proyecto de riego, reclutaron a los últimos miembros del personal de excavación y empezaron a ampliar la pista de aterrizaje cubierta de hierba de la ciudad. La pista de tierra reforzada con red de alambre penetraba ahora trescientos metros en el bosque. Desde la diminuta torre de control, una choza de hierro galvanizado apenas mayor que una cabina telefónica, miré la jungla destripada. Imaginaba el aterrizaje de un cuatrimotor Hercules o Antonov cargados con el más moderno equipo de excavación ruso o norteamericano, sondas hidrográficas y suficiente gasóleo para alimentar por un año más el proyecto de riego.

Pero la salvación no llegaba. Poco después de completarse la prolongación de la pista aterrizó allí un avión ligero pilotado por una fotógrafa japonesa. Esa misteriosa joven, que acampaba en una pequeña tienda bajo el ala de su avión, recorría Port-la-Nouvelle con su traje de aviadora y fotografiaba todos los signos de pobreza que veía: las destartaladas cabañas, las ratas de las cloacas que combatían por su reino, las cabras flacas que devoraban las últimas plantas de tabaco. Ignoraba mi clínica, modesta pero bien equipada. Cuando la invité a visitar la sala de maternidad sonrió con aire de conspiradora y luego tomó vistas del perro de caza del administrador belga, aplastado por los vehículos militares.

Poco después los ingenieros se marcharon sin devolver la topadora, y lo único que surgió de esa herida en la selva fue la guerrilla del general Harare, a la que se unió la señorita Matsuoka como fotógrafa de la corte. Yo supuse que era una simpatizante liberal de Harare, o la representante de una fundación filantrópica japonesa. Y el proyecto de riego murió cuando el último trépano de diamante quedó inmóvil, incrustado en el suelo de arenisca. Me resigné a aceptar la autoritaria advertencia del jefe de policía local. Cerraría la clínica, abandonaría mi sueño de un Sahara verde y volvería a Lagos a esperar que me repatriaran a Inglaterra. El gran acuífero situado debajo del lago Kotto, quizá un invisible afluente de un tercer Nilo, capaz de inundar el Sudán, continuaría su curso sin tenerme en cuenta, un leviatán dormido, inexpugnable en sus profundidades de caliza.

4. El pelotón de ejecución

LAS HOGUERAS ARDÍAN violentamente a través de la superficie del lago; las corrientes de convección arrojaban a lo alto surtidores de polvo que brillaban como colas incandescentes de inmensos pavos reales blancos. Bajo la mirada de Harare y de la fotógrafa japonesa, dos guerrilleros se aproximaron a la última torre de perforación. Sacaron el gasóleo del tanque de reserva del motor y lo derramaron sobre los escalones y la plataforma de madera. Harare encendió la portada de una revista cinematográfica caída a sus pies y la arrojó a los escalones. Los maderos aceitados se inflamaron con lenta cadencia. Las llamas temblaron a la vivida luz, buscando a tientas el camino de regreso al sol. Se enroscaron alrededor del haz de caños de acero suspendidos de la estructura. El humo oscuro ascendió por los tubos, se dispersó rápidamente y formó un oscuro nubarrón.

Harare miró ese hongo en expansión, evidentemente impresionado por semejante manifestación de magia primitiva. Partes del incendiado viaducto cayeron al lecho del lago, arrojando contra él una cascada de brasas. Retrocedió entre la ardiente marea que le rodeaba los tobillos como un dentista loco retozando en un cementerio de muelas inflamadas, entre los aplausos burlones de los soldados que descansaban en la playa. Arrullados por el humo de la fábrica de cigarrillos, entre la aromática bruma que flotaba a lo largo de la costa, elevaban el volumen de sus magnetófonos.

Los miré a través del humo y el ruido, y me pregunté cómo podría escapar de esa banda de soldados analfabetos, a muchos de los cuales había tratado. Varios sufrían de desnutrición y de infecciones de la piel, otro estaba casi ciego a causa de unas cataratas desatendidas, y otro mostraba síntomas evidentes de daños cerebrales subsiguientes a una meningitis infantil. Sólo la niña de doce años parecía alerta, en cuclillas a mi lado entre botellas de cerveza y latas de aerosol. Ignoraba la música, me miraba con invariable reprobación, las manos pequeñas unidas alrededor del guardamonte del antiguo rifle que tenía sobre las rodillas.

Con la esperanza de apaciguarla de alguna manera, me estiré y aparté el rifle, un Lee-Endfield a cerrojo del tipo que yo había utilizado en el cuerpo juvenil de entrenamiento de mi escuela en Hong Kong. Pero la chica se alejó de mi mano, montó diestramente el cerrojo y me miró con maldad.

—Pobrecilla... Está bien. Sólo quería atarte mejor la venda.

Yo esperaba aflojar el vendaje para que tropezara si yo echaba a correr. Pero se oían gritos en el muelle, sobre nuestras cabezas. Una nueva partida de incursión se lanzaba a la playa; dos guerrilleros traían enormes maletas con ambas manos. Venían entre ellos, a empujones y trompicones, dos hombres y una mujer que habían apresado, los últimos europeos de Port-la-Nouvelle. Santos, el contable portugués de la fábrica de cigarrillos, tenía puestas una chaqueta de algodón y una corbata como si esperara que lo condujeran a una visita oficial. Mientras bajaba a la playa tocaba el

aire brumoso con mano solícita, tratando todavía de calcular los millares de cigarrillos que se habrían necesitado para producir esa gratuita humareda comunal. Con el otro brazo sostenía al vicedirector del garaje Toyota, un joven francés cuya robustez y estatura habían inducido a los soldados a darle una buena paliza. Una bufanda ensangrentada le envolvía la cara y la mandíbula; yo podía ver al través las huellas de sus dientes movidos. Más atrás venía una mujer pequeña y despeinada, desnuda excepto por un peinador desteñado. Era Nora Warrender, la joven viuda del veterinario de Rhodesia que se ocupaba del establecimiento de cría de animales próximo a la pista de aterrizaje. Unos pocos meses antes de mi llegada una pandilla de desertores de las tropas del gobierno había disparado contra él, que murió tres días más tarde en la cama de mi predecesor en la clínica. La viuda continuó en el establecimiento, decidida en apariencia a seguir con la tarea de su marido, pero un día abrió impulsivamente las jaulas y liberó a todos los animales. Esos extraños mamíferos criados para zoológicos de Europa y Estados Unidos fueron rápidamente atrapados o muertos a lanzadas o garrotazos por la población de Port-la-Nouvelle, pero durante unas semanas tuvimos el placer de ver los techos de los almacenes de tabaco y los garajes, así como los balcones del cuartel policial, invadidos por macacos y babuinos, mandriles y lentos lémures.

Cuando un aterrorizado tití se refugió en la caravana, persuadí a la nerviosa criatura a meterse en la caja de mi máquina de escribir y la llevé al establecimiento. La gran casa polvorienta estaba en el bosque, a un kilómetro del aeródromo, y parecía casi abandonada. Las puertas de las jaulas estaban abiertas y ratas feroces saqueaban cubos de pútridos alimentos para animales. La señora Warrender vagaba de una ventana a otra de la casa pillada. Delgada, bonita, a la defensiva, me recibió formalmente en el sombrío salón donde un carpintero local ponía barrotes de hierro en los marcos de las ventanas.

La señora Warrender había despedido a los empleados varones y media docena de mujeres africanas eran ahora todo el personal de la casa y la pequeña granja. Llamó a su lado a una de las mujeres, una antigua cajera de la sala de fiestas a quien los ingenieros de minas franceses habían dado el nombre de Fanny. La señora Warrender no le soltaba la mano, como si yo fuese el embajador de alguna tribu extranjera capaz de la conducta más grotesca e imprevisible. Al ver la caja de mi máquina de escribir imaginó que yo había adoptado el periodismo como segunda profesión y declaró que no deseaba volver a contar su ordalía para los periódicos sudafricanos. Puse entonces en libertad al tití, que saltó N sus brazos y me dio, en materia de hechos inesperados, una reputación que entonces consideré útil.

Una semana más tarde, cuando visitó el dispensario de Port-la-Nouvelle, pensé que ella deseaba algo más de nuestra relación. Santos me había dicho que era una mujer hermosa antes de la muerte de su marido. En realidad sólo quería probar un nuevo tipo de somnífero pero, sin proponérmelo, obtuve sus favores. Nuestro amorío de pocos días terminó cuando comprendí que ella no sentía el menor interés por mí y

que había ofrecido su cuerpo como se le da un caramelo a un niño difícil.

Mientras la veía trastabillar entre las botellas de cerveza de la playa, el rostro desprovisto de toda emoción, pensé que había visto acercarse a los hombres de Harare y que en un acceso de pánico había tragado todos sus somníferos. Vacilaba entre los soldados, tratando de apoyarse en los hombros de los dos que tenía delante y que llevaban sus pesadas maletas como mozos de cuerda de un hotel que condujeran a un huésped borracho hasta el embarcadero. Le gritaron y la apartaron, pero un tercer soldado le rodeó la cintura con el brazo y le acarició brevemente las nalgas.

—¡Señora Warrender...! —Me puse de pie, decidido a ayudar a esa mujer aturdida. Detrás de mí, la chiquilla de doce años se puso en pie de un salto y empezó a vociferar, agitada, emitiendo un torrente de sofocados sonidos guturales en un dialecto primitivo. Aferré el cañón del rifle y traté de darle un golpe en la cabeza, pero ella liberó el arma y la apuntó contra mi pecho. Sus dedos se apretaron dentro del guardamonte, y oí el familiar golpe seco del percutor.

Refrenado por ese ruido, y agradecido por una vez a una bala defectuosa, contemplé el cañón del arma. La chica retrocedió por la playa, arrastrando el vendaje sobre la arena, desafiándome a que la golpeará. La ignoré, pasé por encima de las piernas de los guerrilleros echados al lado de sus radios. Estaban empujando a Santos y al francés herido a lo largo de la costa hasta el muelle del tabaco, cuyos sólidos pilares de teca se alzaban entre los restos de paquetes de cigarrillos como postes de ejecución.

—Señora Warrender. —La sostuve por los hombros, pero ella se estremeció y me aparto como una persona dormida que se opone a que la despierten—. ¿Se han llevado a sus mujeres? Hablaré con Harare... Las pondrá en libertad...

La atmósfera estaba en silencio. Los guerrilleros habían apagado sus radios. Penachos de humo aceitoso brotaban de los destripados caparazones de las torres de excavación y proyectaban sombras semejantes a imprecisos senderos a través de la blanca superficie del lago. Por algún juego de la luz, Harare parecía estar mis lejos, como si hubiese decidido distanciarse de lo que pudiera ocurrir con sus prisioneros. Los soldados nos empujaban hacia el muelle del tabaco. Se apretujaban a nuestro alrededor, amortillaban sus rifles y ocultaban sus ojos bajo la visera de sus gorras. Parecían asustados y volubles, como si nuestras muertes amenazaran su propio sentimiento de supervivencia.

La fotografía japonesa corría hacia nosotros a través del oleaje de humo. Al ver sus ojos preocupados, comprendí por primera vez que esos hombres enfermos y nerviosos estaban a punto de disparar contra nosotros.

5. Fama

BENGALAS DE SEÑALES caían del aire como pedacitos desprendidos del sol. La más cercana ardió en su envoltura de metal a treinta metros de donde estaba yo con la señora Warrender, en la playa, y su fungosa luz rosada encendió un periódico viejo. Ahogó su crepitar el ruido del avión bimotor que había aparecido sobre el bosque. Voló hacia el nordeste a través del lago, luego giró y describió un laborioso círculo por encima de Port-la-Nouvelle. El ruido de sus venerables motores estremeció los techos galvanizados del almacén, un vago murmullo de dolor. Alcé la mirada y vi en su fuselaje la gastada librea de la Air Centrafrique.

Harare y sus guerrilleros se desvanecieron en el bosque de la costa norte del lago Kotto. En la playa quedaban radios y magnetófonos arrojados en la huida. Una de las radios emitía la músicaailable de la estación del gobierno en la capital. A su lado había una maleta abierta; las ropas de Nora Warrender se derramaban.

Apartó mi brazo y se arrodilló en la arena. Empezó a alisar y estirar sus ropas, plegó con sus manos cuidadosas un vestido largo de seda. Con ese bonito vestido sobre el brazo como una bandera, pasó a mi lado y empezó a trepar por la playa hacia el muelle.

—Nora... Señora Warrender... La llevaré a su casas Primero le daré algo en el dispensario.

—Puedo ir sola, doctor Mallory. Aunque creo que usted debería tomar algo. Pobre, todo su esfuerzo se ha perdido.

Me sorprendió su aire, una falsa tranquilidad que ocultaba un rechazo total de la realidad. No parecía consciente de que los hombres de Harare habían estado a punto de matarnos. Yo temblaba aún por lo que trataba de considerar excitación, pero era casi con certeza puro terror.

—No tiree, doctor. —La señora Warrender se liberó con una sonrisa fatigada—. ¿Está usted bien? Quizá alguien debería acompañarlo hasta la clínica. Supongo que estaremos seguros durante más o menos una hora.

Señaló el camino de tierra a lo largo de la costa sur del lago Kotto. Se acercaba a Port-la-Nouvelle un pequeño convoy de vehículo del gobierno, un coche del comando y dos camiones llenos de soldados. Las ruedas levantaban nubes de polvo, pero los vehículos avanzaban a un paso tranquilo que daría a Harare y a sus hombres tiempo de sobra para dispersarse. A la entrada de la ciudad, junto al cine al aire libre, el convoy se detuvo; el oficial del coche se puso de pie detrás del parabrisas y disparó otra bengala sobre el lago.

Protegiéndose los ojos, la señora Warrender miró el avión de transporte que zumbaba en lo alto. El piloto había identificado el campo de aterrizaje y descendía hacia la pista de hierba. La señora Warrender miraba los restos carbonizados de las torres de perforación en el lago, semejantes a molinos de viento destripados.

—Una vergüenza, doctor... Se ha esforzado usted tanto... Me imagino que nos dejará pronto. —Creo que sí. Los únicos pacientes que me quedan pasan el tiempo tratando de matarme. Pero usted se marchará, Nora, ¿verdad?

—No abandone. —Hablabla con firmeza, como si conjurara un ensueño fluctuante—. Aunque se vaya, piense en el lago Kotto lleno de agua.

Sin volver a mirarme, cruzó el camino y echó a andar hacia el establecimiento con el vestido de fiesta colgado sobre el brazo. El convoy de soldados se acercó al cuartel policial, con las armas apuntadas contra las ventanas rotas. Santos y el francés ignoraron los vehículos y a los vociferantes soldados y se dirigieron hacia sus despachos, tras rechazar mi ofrecimiento de ayuda. Sabía que consideraban mis servicios médicos chapuceros y poco higiénicos. Desdeñando el dolor de su mandíbula hinchada, el francés empezó a barrer los cristales rotos del salón de exhibición de la Toyota.

El avión ya tenía los alerones bajos para el aterrizaje. Caminé hacia la clínica, decidido a cerrar las puertas y postigos del dispensario antes de que algún grupo de soldados desocupados empezara a buscar drogas. Pasaron los dos camiones, sus ruedas lanzaron una tempestad de polvo contra las ventanas de la cervecería. Cuando estuvieron al lado de la señora Warrender, los soldados la abuchearon por el vestido de seda colgado del brazo, pensando que sería una primorosa prenda nocturna para deslumbrar a su amante.

Miré cómo se movía con sus pasos cortos y resueltos por la acera y descartaba a los jóvenes solí dados con un gesto de aburrimiento. Me imaginé acostado junto a Nora Warrender con su vestida de seda, quizá contemplados por el severo jurado nupcial de sus servidoras. Fanny y Louise y Poupée acechaban la primera gota de mi sangre, no de mi novia. Luego el destartalado coche del comando, con las chapas aseguradas con alambre de gallinero, se detuvo a la entrada de la clínica. Una gran mano me tomó del codo y un guapo africano en uniforme de gala, el capitán Kagwa, de la gendarmería nacional, gritó por encima del ruido del avión.

—¡Ella no es para usted, doctor! ¡Tendrá que contentarse conmigo!

—Capitán Kagwa... Por una vez ha llegado usted a tiempo...

—¿A tiempo? Venimos con retraso, mi querido doctor. ¿Dónde está Harare? ¿Cuántos hombres eran?

—Más de tres pelotones. No se preocupe, les diol tiempo suficiente para huir. — Señalé los camiones que se dirigían al campo de aterrizaje—. ¿Qué finalidad tiene esta acción militar? Creía que ya había robado usted todo en Port-la-Nouvelle.

—Doctor, yo no quiero nada suyo, ni siquiera el agua. Le he traído algo muy valioso. Una cosa que ustedes los europeos realmente saben apreciar.

—¿Trépanos para pozos, capitán?

—¿Pozos...? —Kagwa me hizo subir al asiento trasero del jeep, donde me senté entre cajas de munición y un radiotransmisor—. Estoy hablando de algo real, doctor, algo que puede usted apretar con la mano, que no va a escaparse entre sus dedos

como el agua. Hablo de la fama.

¿Fama? Si hubiera sido ejecutado junto con Santos y la señora Warrender, la noticia apenas si hubiera llegado al informativo de la mañana de la estación de radio del gobierno. Supuse que se trataba de algún extraño juego del capitán: quizá Harare estaba a punto de ser traicionado por sus propios hombres y me llamarían para identificar el cadáver mientras lo velaban en el salón de exhibición de la Toyota. Después de mi fracasado cortejo de la señora Warrender había llegado a conocer mejor que nadie en Port-la-Nouvelle a ese cordial pero imprevisible jefe de policía. Hombre enorme y muchas veces torpe que sobrepasaba el metro ochenta, Kagwa podía mostrar en ocasiones sorprendentes delicadeza intelectual. Era un modesto pianista aficionado, y había intentado con gran paciencia enseñarme los rudimentos del teclado en el piano vertical de Santos.

Fanático del propio mejoramiento, Kagwa pasaba sus horas libres escuchando una colección de cassettes educativas sobre política, derecho y economía. Una noche en que los ingenieros de minas franceses armaban tumultos en las cervecerías de Port-la-Nouvelle, traté de hacerle un cumplido y observé piadosamente que él y yo éramos las únicas personas serenas y responsables de la ciudad. Él aferró mis hombros con sus manos inmensas y dijo con toda seriedad:

—Doctor, usted no es sereno. No es ni siquiera responsable. Ningún hombre responsable buscaría agua en el lago Kotto... Podría arrestarlo mañana mismo. Usted es Noé, doctor, Noé esperando la lluvia, Noé sin el arca.

Hubiera sido deseable un breve aguacero cuando llegamos al campo de aterrizaje. El Dakota ya estaba j en tierra y carreteaba envuelto en su propia polvareda; sus motores levantaban una tempestad de suelo blanco. Los dos camiones llenos de soldados se acercaron a la torre de control. Un grupo se aprestó a patrullar el perímetro del campo, con las armas apuntadas contra las copas de los árboles como si los soldados esperaran que Harare y sus guerrilleros estuviesen trepando al cielo. Un segundo pelotón formó una pequeña guardia de honor en dos filas, haciendo sonar los talones. Cuando hicieron el saludo militar vi que la fotógrafa japonesa estaba filmando la escena. De la cabina de su pequeño avión la señorita Matsuoka había sacado una caja cromada llena de filtros y lentes. Con una pequeña cámara sobre un trípode había tomado el descenso del Dakota, que ahora avanzaba por la pista de tierra arrojando nubes de polvo y basura contra el tractor estacionado junto a los árboles en el extremo este de la pista. Finalmente, convencido de que había aterrizado, el piloto africano apagó los motores. El ruido cesó y se abrió la ventanilla del copiloto. Un hombre rubio de chaqueta blanca con un bronceado más eléctrico que solar se asomó y saludó varias veces con la mano, en apariencia devolviendo la ovación de bienvenida de una enorme multitud. Repitió el gesto mientras la señorita Matsuoka, con la carita apretada contra el ocular de la cámara que llevaba en la mano, se metía debajo del ala de estribor. Se deslizó a lo largo del fuselaje,

recogiendo con su lente cada funda dental de la sonrisa confiada y lobuna del hombre.

Ya se había abierto el compartimiento de carga y dos hombres de la tripulación bajaban una escalerilla metálica. Los bolsillos de sus monos llevaban un emblema que parecía a la vez un símbolo religioso y el logo de un canal de televisión.

—¿Quién es esta gente? —pregunté al capitán Kagwa mientras descendíamos del jeep y nos sacudíamos el polvo de la ropa—. ¿Son evangelistas? ¿O misioneros de alguna clase?

—Nuestro salvador, sin duda. —Kagwa saludó al avión con un floreo irónico—. El profesor Sanger trae la esperanza a nuestro umbral, la salvación a los pobres y hambrientos de lago Kotto, el consuelo al médico de la jungla...

El hombre rubio estaba en la portezuela de carga. Tenía unos cuarenta y cinco años y el aire tranquilizador pero insidioso de un patrón de casino que se hubiera convertido en predicador tradicionalista. Se inclinó y saludó al capitán Kagwa con un generoso apretón de manos, mientras dedicaba verdaderamente su atención a la fotografía japonesa, que cargaba su cámara bajo la punta del ala de estribor. Cuando ella estuvo lista él se alisó el pelo y luego unió sus manos con un gesto cortante que yo tomé por un saludo religioso estilizado pero era en realidad una señal de pizarra de cine. Cuando la cámara empezó a tomar vistas se puso en pose junto a dos enormes sacos que la tripulación había bajado por la escalerilla. Dio a sus rasgos un aspecto fatigado pero pensativo, y permitió que una sonrisa fugaz, al mismo tiempo vulnerable y determinada, pasara por su boca firme. Esa mueca bien ensayada, un tic que yo había visto antes en alguna parte, borraba inteligentemente toda huella de su vivaz inteligencia de su rostro. Sólo sus ojos se mantenían evasivos y miraban el muro indiferente del bosque con una curiosa inexpresividad, como los de una celebridad no reconocida obligada a devolver las miradas de una muchedumbre extranjera. Cuando la señorita Matsuoka lo miró se puso rápidamente unas grandes gafas de sol.

—Está bien, profesor Sanger. Esperaré a que los pobres reciban sus regalos...

La japonesa había completado su toma y le daba las gracias al capitán Kagwa, evidentemente complacido por la atención de sus lentes. Bajé del jeep y me acerqué a la punta del ala del Dakota, pasando la mano por el borde de fuga, gastado por la intemperie de esa vetusta aeronave. Ahora recordaba al profesor Sanger, un antiguo biólogo convertido en un divulgador por televisión. Diez años atrás había gozado de breve celebridad con una serie de programas que trataban de demostrar la existencia de fenómenos psíquicos en el mundo animal. Atribuían las migraciones de las aves, la conducta social de las hormigas y las abejas o el inmenso viaje del salmón hasta su territorio de cría a la presencia de poderes extrasensoriales distribuidos por todo el reino animal, pero reprimidos en el Homo sapiens. Cuando yo era un interno recién recibido y cumplía mi año en las salas de un hospital de Londres lo veía en la televisión del salón de médicos practicantes. De origen alemán y australiano, Sanger

había perfeccionado un desarraigado estilo internacional de anuncio de línea aérea que su audiencia tomaba por objetividad. Después de un día en la unidad de cuidados intensivos, tratando víctimas de accidentes de carretera y ataques al corazón, me instalaba exhausto en el desorden del salón y contemplaba a ese profesional de la sonrisa en una cala del Gran Arrecife de Coral o junto a una pirámide construida por las termitas en el Kalahari.

Afortunadamente su éxito duró poco. Pronto se expuso al ridículo afirmando que también las plantas podían comunicarse entre sí y apareció en un experimento televisado en que los jardineros británicos se levantaban al alba e instaban a sus lupines y sus malvas reales a negar el sol. Después de ese fiasco Sanger inició una segunda carrera en la televisión australiana, pero en seguida se metió en dudosos negocios de vídeo y editoriales, libros de encargo y narraciones cinematográficas sobre el Yeti y el Pequeño Pie Grande.

—Doctor Mallory... —El capitán Kagwa me hizo una seña. Me invitaba a conocer al gran hombre, que ya celebraba una conferencia con su equipo de producción: un pequeño grupo de ingenieros europeos y un indio joven de aire erudito que fruncía el entrecejo ante su calculadora de bolsillo, a quien tomé por el asesor científico de Sanger. Detrás de ellos había dos periodistas africanos de la oficina de información del gobierno, que miraban con escepticismo la pista de aterrizaje cubierta de hierba y la selva silenciosa.

—Doctor... —Sanger apretó firmemente mi mano lastimada y me saludó con profundo respeto como si yo fuera el mismo Livingstone o incluso esa maravilla definitiva, una parte del público habitual—. Doctor el capitán Kagwa me dice que le he salvado la vida.

No logré hallar una respuesta adecuada; se me ocurrió que si me arrodillaba a los pies de Sanger él no se enteraría de que era una ironía. Y lo más fastidioso era el hecho de que esa afirmación era literalmente verídica. Para aumentar mi irritación, el capitán Kagwa agregó:

—El ataque de la guerrilla, doctor... Fue una suerte para usted que el avión de la televisión llegara a la hora.

Sanger lo negó modestamente.

—Tenemos tantas vidas que salvar; Y hay bocas que alimentar. África todavía se muere de hambre, el mundo empieza a olvidar. Es necesario llevar a cada sala de estar, doctor Mallory, la desinteresada labor de las personas como usted. —Sanger señaló la bodega de la aeronave, donde vi entre sacos de cereal las partes de una pequeña antena parabólica. Entre los asientos había equipos electrónicos, luces y carretes de cable—. Aquí tenemos todos los elementos de un estudio. África Verde, la obra de beneficencia por televisión a la que he dedicado mi tiempo, se comunica vía satélite con las principales cadenas japonesas. En realidad, doctor, pensábamos utilizarlo en nuestra película.

—¿Me llevaría usted a todas las salas de estar del Japón?

—Su trabajo aquí, doctor, y su salvación de la muerte. —Sanger hizo una pausa y me miró de arriba abajo evaluándome de modo perspicaz pero no inamistoso. Yo estaba seguro de que me veía sólo como a un desaliñado médico de la jungla, con mis polvorientos pantalones cortos de algodón, mis deformadas botas militares y mi camisa manchada de sangre un médico rural aferrado a sus hábitos e incapaz de aceptar las oportunidades del paisaje de los medios de comunicación. Sin embargo quizá comprendía que me necesitaba—. Pero la tarea importante es alimentar la boca del África. Aquí tenemos cinco toneladas de arroz, compradas con los fondos donados por los espectadores de televisión de Alemania Occidental. Sólo es un modesto comienzo... ¿Nos ayudará, doctor?

—Me gustaría... Es muy generoso y las obras de beneficencia han hecho un bien inmenso. Pero un problema es que la gente de aquí no come arroz. Su dieta consiste en sorgo y mandioca. El segundo es que no hay gente: huyeron hace meses, como debería haberle dicho el capitán Kagwa.

—Bueno, se podrían traer de vuelta. —Kagwa señaló el bosque vacío, incomodado por mi ruda respuesta—. Sería bueno para el proyecto del lago Kotto, doctor. —Está bien. Los traeremos de vuelta. Estoy seguro de que les agrada aparecer en la televisión japonesa... ¿No convendría que antes los dejara sufrir un poco de hambre?

—¡Profesor! —gritó furioso el asistente indio. Pedante y tembloroso, se interpuso con aire protector entre nosotros, los ojos despavoridos buscando al piloto del Dakota y un instantáneo despegue hacia un sitio más acogedor—. Esa observación traiciona la profesión del doctor Mallory. En el contexto...

—Está bien, señor Pal. El doctor siente natural amargura. Ha sido brutalmente maltratado...

Me gustaba ese joven indio sincero, y traté de apaciguarlo.

—No era un sacrilegio; no todo el mundo se muere de hambre en el África. La gente del lago Kotto siempre ha estado bien alimentada. Aquí el problema es la escasez de agua. Y el Sahara. Me temo que han elegido ustedes la pista equivocada.

El capitán Kagwa estaba a punto de interceder; supuse que cuando invitó a Port-la-Nouvelle a esa pequeña misión de beneficencia pensaba en su futura carrera política, pero de pronto Sanger me tomó del brazo. Con un gesto de sorprendente intimidad me guió a lo largo del ala, ignorando la sangre de mi mano que le manchaba la chaqueta. Estaba bien afeitado, pero observé que sus dientes estaban plagados de caries, un defecto sorprendente en un comentarista de televisión. De cerca el pelo rubio y el bronceado profundo no lograban ocultar un desaliño esencia una expresión de fracaso inmanente que Creciente estiramiento de la piel no podían disfrazar. Le habían quitado la grasa subcutánea debajo de la línea de los pómulos, y vanos soportes musculares le sostenían la sólida mandíbula. Cada vez que apagaba su sonrisa espectral, su hermosa cara parecía morir un poco.

—Debe ayudarme, doctor, mientras este aquí. El capitán Kagwa me dice que se

marcha. Quédese unos días más. Después usted y yo podremos ocuparnos del Sahara. Pero ahora necesito demostrar a la gente de Europa que estoy haciendo un esfuerzo. —Comprendo. ¿Por qué no va al Chad o al Sudán? Allí podría hacer verdaderamente el bien.

—No es tan fácil. Allí los gobiernos son reticentes a la hora de elegir. Ya se han instalado las otras instituciones grandes, la Oxfam, la Unicef. Esto es todo lo que he podido encontrar. Lo sé: incluso mi zona de catástrofe es una catástrofe.

Se secó la frente con la manga de la chaqueta, transfiriendo a su sien izquierda una mancha de sangre. Descargaban del avión los primeros elementos de un estudio de televisión en miniatura: luces, monitores como yemas de huevo encurtidas, partes de la antena parabólica, consolas de interruptores y un trío de cámaras de diversos tamaños. Aparentemente sólo la visión del equipo electrónico tranquilizaba a Sanger.

—Mire, doctor, aquí tal vez no coman arroz... Miles de personas de Hamburgo y Dusseldorf han pagado esos sacos con pequeñas donaciones. Este vuelo charter, las conexiones por microondas que he tenido que contratar, millones de yens por kilómetro, un montón de gastos de mi bolsillo. Pero es una gran oportunidad para mí..., quizá la última oportunidad. Para ayudarme sólo tengo al señor Pal y a la señorita Matsuoka..., son mis ojos y mis oídos. Lo único que necesito son algunas tomas para los noticieros de televisión de la noche...

Esa exhibición de franqueza y preocupación era tan falsa que casi me la creí. Sanger había pasado tanto tiempo en el mundo de la publicidad y la auto-promoción que sólo sus gestos calculados eran sinceros. En él, la insinceridad espontánea era lo más próximo a la verdad. La mera franqueza le habría parecido elaborada y dudosa, una entrega al sentimiento en bruto. La mala dentadura, el vetusto avión, los cincuenta sacos de arroz sugerían que el principal beneficiario de la ayuda era el mismo Sanger. Con esta triste misión de beneficencia esperaba rehacer su carrera en la televisión. La elección de Port-la-Nouvelle sólo indicaba su desesperación. Los sitios principales —Etiopía, el Chad, el Sudán— habían sido adjudicados a los más poderosos intereses de la televisión, las enormes cadenas norteamericanas y las compañías de discos británicas. Al mismo tiempo, sentí cierta ansiedad por él. En muchos sentidos tenía más necesidad de ayuda que los evaporados habitantes de Port-la-Nouvelle. En términos prácticos, yo ya había hecho una pequeña contribución al esfuerzo de Sanger. Mi tractor había ayudado a despejar el bosque y a prolongar la pista de aterrizaje.

—¡Cuidado, profesor Sanger! —El señor Pal, el asesor indio, me apartó y puso el brazo alrededor de la cabeza de Sanger, como para ocultar a sus ojos un espectáculo ingrato. Los soldados corrían a través del campo de aterrizaje; algunos se amparaban detrás de las torres de control, otros se gritaban entre sí mientras se agazapaban debajo de los motores del avión.

Un solo disparo de rifle resonó en el extremo este de la pista, y la violenta detonación fue amplificadas por el muro del bosque. Centenares de alcaudones se

elevaron desde las copas, chocando aterrorizados unos con otros mientras giraban alrededor del lago.

¿Habían regresado Harare y sus hombres? Me arrodillé detrás de los sacos de arroz, mientras el piloto y el señor Pal izaban a Sanger a la portezuela de carga. Los soldados que custodiaban el perímetro del aeródromo gesticulaban del otro lado de la pista, señalando las malezas que rodeaban al tractor. Apuntaron sus rifles contra la densa hierba, como si acecharan a un jabalí de la selva o a uno de los residentes liberados del establecimiento de la señora Warrender, incapaz de afrontar los rigores de la vida al aire libre y nostálgico de la paz y la libertad del cautiverio.

Seguí al capitán Kagwa que avanzaba por la pista. Los soldados habían encontrado a su víctima en la espesura. Blandían los rifles como lanzas y amagaban y punzaban a un pequeño mamífero ensangrentado que se escurría entre las altas hierbas a sus pies.

—¡Han capturado a un guerrillero, doctor! —Con la cámara lista, la señorita Matsuoka pasó corriendo a mi lado y casi se torció un tobillo en los polvorientos surcos abiertos por el Dakota.

Los soldados retrocedieron cuando Kagwa los alcanzó; bajaron sus rifles y señalaron la figura a sus pies. Arrodillada entre la hierba, cuyas largas hojas manchaba la sangre de su boca y su nariz, estaba la chica de doce años que me había custodiado en la playa. Incapaz de seguir el paso de Harare y sus fuerzas fugitivas, había quedado abandonada en el sector de la selva que separaba el campo de aterrizaje de las costas del lago Kotto: se había deshecho del rifle Lee-Enfield y de su chaqueta de camuflaje y sólo llevaba sus raídos pantalones cortos y una camisa verde. Estaba sentada en el suelo y los cañones de los rifles le lastimaban la frente y las mejillas. Mientras se limpiaba la sangre de la nariz ataba y desataba el vendaje de su pie infectado. Cuando vio que me acercaba alzó los mismos ojos hostiles que me habían guiado hacia la playa dos horas antes. Pequeña y hambrienta, jugueteando nerviosamente con el vendaje mugriento, manifestaba con toda claridad que la inversión de nuestros destinos de ningún modo alteraba el juicio que tenía de mí, aunque la culata de un rifle pudiera aplastarle el cráneo en cuestión de segundos.

—Doctor Mallory..., venga conmigo.

El capitán Kagwa se abrió paso entre sus hombres. Se inclinó y abofeteó a la chica, atontándola de un golpe. Le sostuvo la cabeza rapada con una mano enorme y la echó hacia atrás.

—¿La reconoce? ¿Estaba con Harare?

La señorita Matsuoka se deslizó a mi lado.

—Sí, capitán... Trató de matar al doctor. —¿Y bien, doctor?

El vendaje se sacudía mientras un par de ojos pequeños me miraban entre los dedos de Kagwa.

—Nunca la he visto antes. —Toqué el codo de Kagwa, esperando que ordenara apartarse a los soldados antes de que iniciaran su juego favorito—. Ésta es otra chica.

—Pero capitán —empezó a protestar la señorita Matsuoka, y advirtió que estaban armando la antena parabólica junto al Dakota. Su atención se desvió y nos llamó—. Volvamos al avión... El profesor Sanger prepara la entrevista, capitán.

La chica liberó la cabeza del apretón de Kagwa. Él se inclinó y la arrojó hacia atrás sobre la hierba, donde uno de los soldados la pateó con su bota de goma. Ella se deslizó entre la maleza arrastrando su deshecho vendaje como una piel de serpiente.

La miré desaparecer entre los árboles y dije:

—Me llevaré mi tractor, capitán. Tal vez su sargento quiera conducirlo.

—Por supuesto. —Parecía alegrarle que finalmente algo me apartara de mi hostilidad al profesor Sanger—. Ojalá encuentre al menos un poco de agua antes de marcharse, doctor. Lo suficiente para lavar todos los recuerdos de Port-la-Nouvelle.

6. El roble y la fuente

MIENTRAS BROTABA HUMO por el tubo de escape, el tractor trabajaba el blando suelo junto a la extensión de la pista. Unos doce metros por delante del inseguro vehículo, yo trataba de atraer la atención del conductor. Confundido por las palancas de dirección y por la lenta pero poderosa respuesta del motor, el sargento apenas había logrado dominar el pesado embrague. El tractor se hundía en el barro suave, la pala metálica se balanceaba de un lado a otro. La hoja mellada cortaba láminas de suelo húmedo del terreno en declive. Se enroscaban hacia atrás y las orugas metálicas las estampaban en el suelo.

Caminé por ese trazado rectilíneo, un rastro de la huella pasajera de la tecnología occidental sobre la tierra africana, mientras el tractor descendía la cuesta en marcha atrás. A cada lado de la pista los zapadores del ejército habían despejado cien metros de bosque y el terreno desigual era un olvidado baldío de hondonadas cubiertas de fango, promontorios de tierra pulverizada y macizos de floreciente maleza.

El tractor erraba por esa tierra de nadie; los brazos del conductor se esforzaban para mantener el curso de la máquina hacia el camino que iba por el bosque desde el extremo este del campo de aterrizaje hasta las costas del lago Kotto. Salvó el último promontorio y luego enfrentó una rampa de tierra apisonada que los zapadores habían construido para sus vehículos de abastecimiento. El sargento aceleró el motor, bajó la pala y se lanzó adelante con un rugido de humo y aceite. La hoja de metal se hundió en la rampa y cortó un inmenso bloque de grava comprimida junto con un trozo de suelo que contenía la raíz de un roble de la selva.

El gran núcleo negro quedó parcialmente a la vista, como el corazón petrificado de un toro extinguido o la corona de una deidad del mundo inferior desgarrada del cielorraso de un palacio subterráneo cuyos arcos soportaban el aeródromo, una catedral sumergida de barro. El suelo lloraba por sus raíces y caía a la negra garganta de la caverna abierta, una boca bastante grande para tragar un coche pequeño.

El sargento dio marcha atrás y en seguida pasó apunto muerto. Alzó la vista mientras yo miraba desde el borde de la pista, esperando evidentemente que yo le ordenara que ignorara ese obstáculo e hiciera un sensato rodeo a su alrededor. Pero le indiqué con un gesto que siguiera adelante, intrigado por el tamaño que podía tener ese sistema de raíces; sin duda el árbol caído era uno de los robles más altos del bosque y había estado centenares de años instalado al nivel del lago Kotto, hasta que lo derribaron cuando se prolongó la pista para Sanger y su absurda misión. Probé el suelo debajo de mis pies, con la esperanza de oír el rumor de un hundimiento... Con suerte, el desplazamiento de esa vieja raíz minaría la pista y el Dakota se destrozaría al despegar...

El sargento aumentó la potencia del motor; brotó humo del tubo de escape detrás de su cabeza. Embragó y avanzó, levantando gradualmente la raíz de la cavidad que

ocupaba. Para mi decepción, no ofreció gran resistencia sino que se apoyó pasivamente en la pala del tractor, una retorcida masa de raíces muertas de unos dos metros de diámetro. Empujada hacia atrás, rodó silenciosamente a un hueco entre dos elevaciones próximas y expiró allí en una nube de polvo arenoso, un dios de la tierra muerto mucho tiempo antes.

Esperé mientras el tractor se adelantaba, rodeando fácilmente con sus orugas el hueco. Mientras el sargento se dirigía hacia el sendero del bosque fui hasta la rampa de tierra y miré la boca abierta. Emergían del suelo docenas de raíces desgarradas, cosecha de una extraña plantación subterránea. Sin embargo, para mi sorpresa, en el fondo de la cavidad había aparecido una pequeña charca. Como si rezumara de las raíces amputadas, el oscuro líquido cubrió lentamente el suelo arenoso, última savia del roble muerto regando su propia tumba.

Demasiado consciente de la ironía de haber encontrado finalmente agua, reuní la tierra suelta a mis pies y la empujé a la cavidad. Pero el agua tenía ya varios centímetros de profundidad; supuse que provenía de alguna corriente subterránea originada en un depósito artificial creado por la construcción del campo de aterrizaje. Miré abajo, vi mi propia cara reflejada en el espejo negro del que subían a saludarme las raíces muertas del roble. Lancé de una patada una última lluvia de tierra a mi reflejo y descendí el resto de la rampa, siguiendo una de las huellas paralelas dejadas por el tractor.

Cincuenta metros dentro del bosque me detuve a esperar que el humo del tractor se disipara entre los árboles. Mirando hacia atrás vi el dibujo de las huellas metálicas impreso en las largas curvas de tierra que conducían al aeródromo.

Una fina corriente de agua, apenas mayor que el ancho de mi brazo, fluía por la huella, impulsada por el leve declive hacia el lago. Mientras aguardaba llegó hasta mis tobillos en un zigzag de movimientos laterales y de avance que parecían una serie de mensajes codificados ordenándose alrededor de mis pies. Una hora más tarde, cuando estaba en el muelle junto al barracón de la policía, sobre la playa en que la chica de doce años había tratado de matarme, vi que la corriente emergía del bosque y se abría paso hacia el lecho seco del lago. Formó una pequeña laguna entre los desechos a lo largo de la playa, codeando los paquetes de cigarrillos y las latas de cerveza que ya flotaban sobre la superficie, como si tratara de infundir una segunda vida a esas polvorientas basuras.

7. El director de escena de la basura

DETRÁS DE MI ESPALDA se estaba formando un espejo. Toda la mañana, mientras trajinaba entre los cajones de embalaje en la clínica saqueada, sentí el vivido reflejo del lago, como si alguien hubiera encendido las luces sumergidas de una piscina. Por sus propios motivos el sol estaba más cerca de Port-la-Nouvelle, quizá intrigado por el aspecto de esas aguas oscuras que habían pasado tantos eones dentro de la tierra.

Finalmente resignado a cerrar la clínica y a volver a Inglaterra, traté de ignorar el lago y la hilera de pozos. Los guerrilleros de Harare habían saqueado el dispensario, robado al azar los remedios del armario de mi despacho, arrojado leche en polvo sobre mi escritorio y pisoteado montones de frascos de vidrio. Barrí al patio los restos y empaqué mis últimos recursos médicos en una maleta junto con las pocas ropas que me habían dejado los soldados de Harare.

La tarde anterior, al ocaso, cuando abrí la puerta de mi caravana, pensé al principio que los guerrilleros habían lanzado allí una granada de mano como regalo de despedida. Agotado por las horas pasadas bajo a custodia de Harare y la disparatada misión de beneficencia de Sanger, despejé un espacio entre la montaña de ropas, loza y libros, saqué el colchón de debajo de la nevera volcada y caí dormido mientras los hombres del capitán Kagwa patrullaban la ciudad desierta, utilizando sus radios en la oscuridad del bosque circundante. En dos oportunidades me despertó el ruido de los disparos y oí explosiones de granadas de mortero en las plantaciones de tabaco, mientras las fuerzas rivales cambiaban de sitio los muebles de la noche.

Todo considerado, era hora de irse. Mi breve carrera de hidrólogo —una empresa absurda desde el comienzo— había sido parte de la misma curiosa obsesión que me había llevado en primer lugar al África central. Después de mi infancia en Hong Kong, donde mi padre había sido profesor de genética en la Universidad de Kowloon, me enviaron a estudiar a Inglaterra y así me gradué en el Trinity College de Dublín. Aunque era médico, durante los diez años siguientes llegué a cualquier extremo con tal de no ejercer la medicina en Europa ni en Norteamérica, cuyas poblaciones, como a su tiempo se tornó evidente, no lograban estar suficientemente enfermas para satisfacer ciertas extrañas necesidades que yo tenía; en Europa, me decía con escepticismo, la mayor parte de los enfermos estaban en mejores condiciones de salud que mucha gente sana del Asia. Fui director de una revista médica especializada y luego el supuesto director de investigaciones de una pequeña compañía farmacéutica, aunque en realidad era su gerente de publicidad y su representante en el lobby de Fleet Street. Un día, mientras exponía a un grupo de pediatras los méritos de un nuevo jarabe para la tos infantil, reconocí entre el público a un compañero de estudios de Trinity que era ahora neurólogo de niños en el hospital del estado. Me vi en sus ojos como él me veía, como el vendedor de una compañía de medicinas que empezaba a creer su propio parloteo.

Tres meses más tarde ingresé en la Organización Mundial de la Salud y por un camino circular —Toronto, Puerto Rico, Lagos— llegué al África central. Después de seis meses en el norte de Nigeria, tratando de aislar un presunto brote de viruelas —una enfermedad que la OMS había eliminado del mundo—, empecé a olvidar mi turbadora vida en Londres, aunque me parecía irónico hallar satisfacción en una lucha prescindible contra una enfermedad imaginaria. Pero luego me trasladaron a la República Centroafricana, todavía devastada después del gobierno de Bokassa, y finalmente al otro lado de la frontera, a la antigua África Oriental Francesa. Sin embargo nunca fui tan feliz, ni siquiera en Port-la-Nouvelle, como cuando me embarqué en ese fútil proyecto de perforación de pozos. Acostado en mi maltratada caravana, supe que era hora de volver a Inglaterra antes de que pudiera descubrir por qué.

Cuando el capitán Kagwa vino a visitarme poco después del amanecer, le dije que cerraba la clínica y que abandonaría Port-la-Nouvelle apenas él pudiera ofrecerme transporte.

—Lo siento, doctor. —Miró los escombros del dispensario y las manchas de sangre en mi mano y en mis piernas. Con sólo unas pocas botellas de agua potable, no había podido lavarme. Visiblemente le aliviaba que me marchara—. Siete meses en Port-la-Nouvelle y tan pocos resultados. Ni siquiera pueden escuchar su himno nacional Pero le arreglaré el vuelo en Air Centrafrique. El Dakota regresa hoy.

—¿Tan pronto? La esperanza viene y se va. Eso no habla muy bien de la preocupación del profesor Sanger por los hambrientos.

—Los periodistas son inquietos..., quizá se siente decepcionado aquí.

—Lo comprendo. Y a propósito del avión. Gracias capitán, pero no... No confío en el Dakota. La idea de quedar incinerado al final de la pista que mi tractor ayudó a construir ya es bastante mala, pero estar atado al asiento vecino al de Sanger cuando eso suceda...

—Caridad, doctor, o, si prefiere, interés personal... Además, el profesor Sanger no se irá con usted. Se quedará y me hará famoso. Esta misma mañana me entrevistará en nuestra estación local de televisión.

—¿Nuestra qué local...? —Miré con asombro a Kagwa, conociendo ahora el origen de su buen humor. Frío y seguro de sí, resplandecía en su uniforme recién planchado, como si estuviera a punto de ser ascendido a general de la policía por el presidente mismo—. Sin duda se trata de una entrevista importante. ¿A quién se le transmitirá?

—A toda la zona de Port-la-Nouvelle y el lago Kotto, doctor. El profesor Sanger posee el equipo más moderno... No busca agua en el desierto. Gran parte del lago Kotto está dentro del radio de su estación. La antena local tiene un radio de veinte kilómetros.

—Inicia una nueva carrera, capitán. —Advertí que la falta de audiencia no tenía la menor importancia para el capitán Kagwa. Sin duda tenía sus propias razones para

retener a Sanger en Port-la-Nouvelle, probablemente la publicidad de su guerra selvática contra la guerrilla—. ¿Eso significa que Sanger se quedará en el lago Kotto?

—Por supuesto..., tiene una misión que cumplir.

—¿Sus cincuenta sacos de arroz? ¿Cree usted que ésa es la verdadera razón de su presencia aquí?

—Viviendo con nosotros se ha vuelto demasiado suspicaz. ¿Cuál otra?

—Podría estar trabajando para la inteligencia francesa... o incluso para Harare...

—Son palabras peligrosas, doctor. Y mezquinas. Creo que ya es hora de que se marche.

—Está bien. Aceptaré finalmente ese vuelo de beneficencia.

—Vaya al aeródromo a las doce. Es una lástima, doctor. El profesor Sanger me dice que el mundo anhela un nuevo Schweitzer... Esos ejercicios en el terciado no habrán servido para nada. —Kagwa miró la luz extraña sobre el lago, y sacudió leche en polvo de sus botas—. ¿Qué hará cuando vuelva a Inglaterra, doctor? No será feliz allá.

—Supongo que encontraré algunos pozos secos que perforar... Lo veré en el avión, capitán.

Una luz de ópalo flotaba sobre el lago, y transformaba en suave nácar la superficie de arena blanca y espinas de pescado. Cuando salí de la clínica con mis dos maletas vi un fugaz espejismo, un segundo bosque suspendido debajo del primero. La maleza y las copas de los escuálidos robles parecían más vibrantes, bañadas quizá por el aura televisiva del capitán Kagwa, que en ese mismo momento, transmitida por la antena del aeródromo, preparaba a la flora y fauna locales para el futuro orden mundial electrónico. Tal vez Sanger había dado casualmente con un método para revivir la fatigada agricultura, con un nuevo rito de fertilidad para la edad de la televisión. En todas las fronteras del Chad y el Sudán se transmitirían a la arena reseca las imágenes de los líderes provinciales y los jefes de policía locales. Ya veía el espectro colosal del capitán Kagwa lanzado al espacio como la estatua electrónica de un nuevo Ozymandias...

Una nube de piedrecillas barrió mis piernas cuando un camión policial se detuvo fuera del barracón antes de regresar al campo de aterrizaje. Con una maleta en cada mano caminé entre los surtidores agujereados a balazos del patio frontal de la Toyota. Alcé mis maletas a la puerta trasera del camión, y le dije al joven conductor que caminaría hasta el aeródromo.

Junto al garaje había una tienda saqueada de electrodomésticos. El sargento del capitán Kagwa salía del despacho con dos soldados. Entre ambos traían una enorme grabadora de vídeo, que trataban con el respeto debido a un tabernáculo antiguo, y la llevaron rápidamente a los barracones.

Cuando se marcharon la ciudad retornó a su silencio. La cooperativa que en un tiempo había producido tejidos de algodón, jabón y cerveza, y la pequeña planta de

montaje de motocicletas y radios baratas se cubrían de polvo al calor. Las calles estaban vacías como si la población entera estuviera en casa viendo televisión y me recordaban esos suburbios ingleses en que yo me había refugiado, y donde todos miraban detrás de las cortinas corridas, las tardes de verano, una final de tenis o una boda real. El capitán Kagwa había dado el salto adelante definitivo, desdeñando incluso la necesidad de una audiencia.

Pero yo buscaba una clase diferente de magia. Bajé a la playa debajo del muelle del depósito de tabaco. Una vez más vi el espejismo en la costa, el mismo bosque ilusorio suspendido entre nubes de nácar. Luego, cuando toqué el lecho del lago, comprendí su naturaleza.

El lago estaba húmedo. Mis botas claveteadas dejaban huellas tan claras como las que imprimía el tractor en el sendero del bosque. Los soldados de Kagwa habían apagado el incendio de la fábrica de cigarrillos y ahora que el humo se había disipado nada empañaba la vivida luz sobre el lago. La superficie brillaba como una salina apenas húmeda tras unos minutos de lluvia.

En cuanto al espejismo, veía el bosque invertido aún más claramente, las altas copas de los robles del bosque se reflejaban en una laguna de aguas bajas de sesenta metros de largo y unos diez de ancho, paralela a la playa. Esa fina medialuna atraía ya algunas aves. Había grupos de garzas y avefrías en el agua, picoteando sus propios reflejos.

¿Finalmente habían llegado mis pozos a las napas debajo del lago, abriendo el grifo del gigantesco acuífero que daría un tercer Nilo al Sahara? Corrí por la arena húmeda hacia la primera torre de perforación.

Las huellas de mis pasos se llenaban de un fluido claro. Llegué al pozo y me apoyé contra la estructura de madera. Miré el hoyo; el pozo estaba todavía seco y sentí un curioso alivio. Apreté mi frente contra la plataforma chamuscada, contemplé los maderos carbonizados caídos. El agua que humedecía un rincón del lago Kotto venía de la fuente junto al campo de aterrizaje, cuya boca había abierto el tractor la tarde anterior.

¿Por qué tenía una sensación de alivio tan marcada? En parte, me habría dolido dejar Port-la-Nouvelle y descubrir luego que el capitán Kagwa o, peor aún, el profesor Sanger se acreditaban el éxito de las perforaciones. Cuando llegué a la medialuna me detuve a dos pasos del agua. Parecía un elemento de otro mundo, con su clara geometría que tan agradablemente se ajustaba al contorno de la costa, que nada contenía en su escasa hondura sino que todo lo ocultaba, como los ojos de las adolescentes chinas a quienes tan ávidamente había perseguido en Hong Kong.

Una jácana pasó a mi lado; con sus desmesuradas garras dejaba olas como la estela de un vuelo submarino entre las copas del inmenso bosque reflejado. A cincuenta metros emergía del bosque la boca de la corriente. Poco más que un pequeño arroyo, dejaba caer un hilo de agua clara sobre la alcantarilla que atravesaba el camino y desaguaba en el lago.

Entré en la laguna y limpié el polvo de mis botas; luego me arrodillé y me lavé la cara y el pelo, consciente de que ésa podía ser la última tarea útil que cumpliera esa pequeña reserva de agua antes de evaporarse. Habían pasado días desde mi última ducha, y el polvo blanco se desprendía de mi pecho y mis brazos revelando una segunda piel, más oscura. Al mirarla superficie me sorprendió comprobar que estaba llena de vida: arañas de agua se deslizaban de un lado a otro, buscando enjambres de hidras e infusorios. En el agua turbia brillaban criaturas microscópicas como si las hubieran generado el sudor y el polvo de mi piel. Parecía que hubiese cambiado la piel más vieja, desértica, del médico rural en que me había convertido por la de un yo más joven, ribereño. Al ver mi cara delgada y mis hombros —productos de una dieta pobre y de una disentería intermitente— recordé al chico de dieciocho años que había hecho un último excéntrico viaje a vela hasta la boca del río Cantón, antes de cumplir de mala gana el deseo paterno de que estudiara medicina, y había pasado tres días amarrado a un farallón rocoso en compañía de varios cientos de gritonas gaviotas.

Renovado por ese fresco baño subí a la playa y fui hasta el sendero del bosque. Allí, casi sin pensarlo, empecé a patear arena en la boca de la corriente. El agua retrocedió formando detrás de la represa de arena una charca que en seguida se sumió en el polvo.

Satisfecho conmigo mismo, absurdamente, caminé entre los árboles. Era infantil haber bloqueado la corriente pero yo había abierto la fuente la tarde anterior. Antes de marcharme advertiría a Kagwa que volviera a poner en su sitio la masa de raíces del viejo roble, o el agua que se filtraba minaría la pista de aterrizaje.

Mis pies resbalaron en la maleza húmeda entre los árboles. Confundido por el aire sombreado debajo de las copas, me había desviado del camino del bosque. Vagué entre palmas y helechos y caí de rodillas en una laguna de agua negra. Supuse que era agua estancada, pero mientras, agazapado, sacudía el barro de mis manos, sentí la presión de una corriente contra mis piernas.

Estaba en un arroyo de más de tres metros de ancho. Fluía entre los árboles, oculto por las lianas muertas y los desechos del suelo del bosque. Durante unos cincuenta metros seguía el camino y luego se hundía en la espesura, buscando las oscuras cuevas que descendían hasta el lago.

Cuando se me aclaró la vista, advertí que la corriente original se había dividido en varios canales de los cuales sólo uno había llegado ya al lago. Los demás rezumaban entre los troncos caídos, llenaban los huecos y convertían el bosque en un sombrío marjal.

Regresé al camino del bosque y eché a andar hacia el aeródromo. Me sentía feliz pero vagamente culpable y recordé una visita que hice a Kowloon con mis padres, en mi infancia, en que había roto el dique de tierra que retenía el agua en un pequeño arrozal, en las sierras de los Nuevos Territorios. Cuando me reuní con mi madre y mi padre que preparaban el picnic junto al coche aparcado el agua corría cuesta abajo y bañaba las ruedas del coche. Desconcertados por los gritos de los campesinos de los

arrozales, mis padres fueron a buscar otro sitio para el picnic en el lado opuesto del valle. Los neumáticos habían tardado horas en secarse, horas de excitación nerviosa y culpabilidad infantil...

Sin embargo, yo había comprendido ya que ese arroyo que corría a través del bosque sería una bendición para Port-la-Nouvelle. Me tranquilicé, emergí del bosque en el extremo este del campo de aterrizaje. Uno de los centinelas de Kagwa custodiaba la pista, el rifle terciado al hombro, arrojando piedrecillas al arroyuelo que corría entre tocones y montículos de tierra removida. Contemplaba mis ropas empapadas y mis brazos embarrados como si yo fuera un fontanero que acabara de alcanzar el tapón infernal de la cisterna de la tierra.

Subí por el talud de la pista siguiendo el curso de la corriente. La enorme raíz del roble yacía junto a la cavidad de la que el tractor lo había desalojado. La negra cabeza de toro, como la corona de un minotauro con sus raíces semejantes a serpientes, la deidad primigenia del río, estaba ahora cubierta por un remolino de agua marrón, latas de cerveza y cilindros de aerosol. Una corriente constante se movía entre los montículos de tierra, procedente de una fuente secundaria situada en el terreno boscoso al norte del campo de aterrizaje. A doscientos metros de distancia un pequeño brazo de la corriente se movía entre la maleza, su espalda verde ya había atraído a dos martines pescadores que saltaban de rama en rama en un baobab. Al arrancar el roble muerto yo había abierto un depósito subterráneo debajo de mis pies, y el vacío hidráulico había quebrado el muro de contención natural. Supuse que el peso mismo de la pista de aterrizaje exprimía el líquido atrapado, quizá una reliquia de la reserva natural del lago Kotto.

Voces furiosas atravesaban el aeródromo, un altercado que resbalaba como una púa del francés al alemán y al sudanés. Entre el Dakota y la torre de control Sanger había establecido su estudio de televisión y su oficina de beneficencia. Una tienda de plástico con una ventana transparente servía de cabina de control. Un generador portátil detrás de la torre palpitaba silenciosamente al sol y alimentaba los monitores de la tienda. En las dos pantallas colocadas sobre una mesilla de juego vi la imagen distante de los periodistas irritados con Sanger. La cámara sin operador, fija en su trípode frente a ellos, transportaba sus gestos exasperados por un cable a la antena local de seis metros de altura asegurada al techo de la torre de control.

Con su traje de safari arrugado tras una noche intranquila, Sanger trataba de apaciguar a los periodistas, mientras el piloto del Dakota miraba desde los sacos de arroz tirados descuidadamente al sol como la carroña de un sueño. El joven erudito indio, el señor Pal, estaba al lado de Sanger y hacía todo lo posible por ser su intérprete mientras la señorita Matsuoka caminaba nerviosamente de un lado a otro con su traje de aviadora. Los restantes miembros del equipo se apoyaban contra las partes de la antena parabólica y contemplaban la disputa con expresión sombría, extras de una dudosa producción cinematográfica interrumpida por falta de fondos. Sólo el capitán Kagwa parecía de buen ánimo. Saludó alegremente al conductor del

camión que traía mis dos maletas, y luego le sonrió serenamente al bosque que rodeaba el campo de aterrizaje como si esperara ver su imagen aumentada proyectada sobre las verdes copas.

Pensé que su entrevista ya se había realizado y que había sido transmitida por la débil señal de la antena local a una audiencia que consistía, literalmente, en las aves de los árboles... y, sin duda, el sargento del cuartel policial que registraba la ocasión en el vídeo robado. Retransmitida más tarde por la estación del gobierno en la capital, garantizaría el ascenso de Kagwa a mayor, si no a coronel...

Feliz de dejarlo entregado a su nueva celebridad, bajé del borde de la pista a la corriente. Sobrepasaba los cinco metros de ancho, se deslizaba entre la maleza, apenas visible bajo la alta hierba. En el baldío se habían formado lagunas alimentadas por el canal principal, que exhibían una regata de condones usados arrojados por los trabajadores de la compañía petrolera francesa que habían levantado su campamento al lado del campo de aterrizaje. Mientras miraba ese desfile flotante me sentía como si hubiese conjurado, no ese río en miniatura que regaría el límite sur del Sahara, sino la economía de consumo íntegra que algún día había de sofocar el paisaje con sus edificios de oficinas, supermercados y casas de masaje. Mientras pasaban esos espumosos desechos, casi podía creer que yo había inventado al mismo profesor Sanger, que de algún modo había conjurado a ese productor de televisión de tercera para que los presentara, ese director de escena de la basura... Caminé por la costa, todavía más intrigado por la fuente de la corriente. Uno de los soldados de Kagwa, desnudo entre las altas hierbas, lavaba su uniforme. Puso a secar su chaqueta de camuflaje y sus pantalones sobre un rollo escondido de cable de telégrafo. Silbando por un tallo de paja seca parecía casi hablar con el agua, guiarla hacia él, con la misma magia descubierta por sus primitivos antepasados de la selva para invocar la lluvia y desviar el viento.

Un motor del Dakota empezó a zumbiar, luego tosió y prorrumpió en un rugido gutural. El avión partió a dentro de quince minutos, pero yo eché el ruido al fondo de mi mente. Dejé al soldado desnudo con su flauta, seguí la corriente que fluía hacia mí desde la espesura. Ahora más estrecha, la corriente se escondía entre las ramas suspendidas que amenazaban mi pecho. Las hice a un lado y eché a andar por el agua que me llegaba hasta las rodillas.

Los muros empinados de una alcantarilla contenían la corriente. Sosteniéndome de las lianas que colgaban de las ramas pase sobre troncos de palmeras muertas, juntos como los maderos de una balsa podrida. Luego la alcantarilla se abría a un espacio verde, un salón de la selva sombreado por cortinas de musgo y enredaderas muertas. En el centro estaba el cascarón de un coche herrumbrado, empujado hasta ese improvisado desguace por los trabajadores, de la compañía petrolera. El agua baja rodeaba la rejilla del radiador y emergía entre los ojos vidriados de los faros como por la boca de una fuente. Detrás de las ruedas traseras la hierba estaba mojada, el agua manaba del mismo depósito subterráneo que yo había roto.

Di un puntapié a la hierba húmeda y salpiqué el oxidado interior del coche. Oí los motores del Dakota en la pista. El viento agitó los árboles y un remolino polvoriento giró sobre el claro. Detrás de mí, el sol tocó por un instante una vara metálica entre las hojas, el cañón de un rifle apuntado contra mi pecho. Demasiado sorprendido para correr, vi una pequeña figura agazapada entre los tamarindos, con la cabeza escondida por el follaje que le azotaba los hombros. El Dakota completó su control para el despegue en el extremo oeste de la pista y los árboles se aquietaron. La figura armada se había desvanecido, presumiblemente un guerrillero de Harare enviado para observar al capitán Kagwa y el cargamento que había traído el Dakota.

Mientras salía del claro y seguía la corriente por la alcantarilla oí los motores impacientes del avión. Supuse que me esperaba y que el piloto se cansaría pronto de estar parado sobre sus pedales de freno.

Pero sólo pensaba en el arroyo. Ya estaba convencido de que al encontrar su fuente entre las ruedas del coche herrumbrado de algún modo había roto magia, y de que mis pozos del lago Kotto muy pronto dejarían de estar amenazados.

Sin embargo, incluso antes de llegar al terreno baldío inmediato al campo de aterrizaje el arroyo fluía con más fuerza. La corriente tironeaba de mis talones y se adelantaba en su camino hacia el lago que la esperaba. Las charcas de agua estancada entre los montones de tierra habían sido absorbidas por el canal principal. El follaje era más vívido, se preparaba para un mundo futuro más brillante. El soldado desnudo trasladaba sus ropas a un sitio más alto de la costa. Cuando pasé chapoteando a su lado alzó el rifle como si yo fuera una especie de moderno salvaje que emergía de aquella jungla flotante de condones y paquetes de cigarrillos.

El Dakota se había alineado con la pista y avanzaba entre el remolino de polvo. Sanger estaba junto a su improvisada emisora, casi solo entre sus cámaras y antenas. Lo ignoré, eché a andar hacia el lago por el camino del bosque. A cien metros de distancia vi a una adolescente de pie en la playa, la chica de doce años con el tobillo infectado a quien le había salvado la vida. Todavía arrastraba con el pie derecho el vendaje desenrollado. Contemplaba el lago, las manos bailaban excitadas a sus lados, y se alejó furtivamente cuando advirtió que me acercaba.

Subí a la costa y miré la lámina de agua plateada, ondulada por el viento caliente, que se extendía hasta los muelles de Port-la-Nouvelle a medio kilómetro. Ya el borde de la laguna rozaba la proa del ferry encallado y el timón blanco de la barca restaurante en la playa, más allá de la fábrica de cigarrillos. El agua de apenas dos dedos de profundidad, se extendía hacia la hilera de pozos y casi llegaba a la torre más próxima. La corriente corría por la costa con el rumor reconfortante de una fuente ornamental. Mi represa de tierra había sido arrasada con mucho pisoteo de talones pequeños. En la arena se veían las huellas pequeñas de un pie infantil con dedos finos pero prominentes que yo ya había observado alrededor de mi caravana.

Por sus propios motivos la chica defendía el arroyo, aceptaba algún desafío que ella misma se había impuesto. Se deslizaba entre los árboles, sus ojos me miraban

con osadía desde su cara delgada, como una niña terrorista que hubiese puesto una bomba y aguardara con cierto temor a que explotase. Detrás de sí arrastraba el sucio vendaje, como si tratara de confundirme arrastrando esa hebra de su propia sangre.

Le grité, pero el estruendo del Dakota ahogó mi voz. Se elevó sobre el lago apenas por encima de las copas de los árboles. Puse el pie sobre su trémulo reflejo y eché a andar por el agua tibia hacia la torre más próxima.

Un brazo plateado había llegado al pozo antes que yo. Me incliné entre los postes y miré la perforación, donde una columna de líquido polvoriento subía entre viejos periódicos. En el cuartel policial sonó una bocina; el capitán Kagwa me hacía señas desde su jeep. Bajó mis dos maletas al muelle, movió la cabeza con reprobación y se alejó. Sin duda había pensado desde el comienzo que yo me quedaría en Port-la-Nouvelle y había saboreado intensamente la ironía de que mis pozos estuvieran llenándose con el agua de la fuente que yo había creado por accidente en el bosque.

Kagwa o no, permanecería en Port-la-Nouvelle y volvería a abrir el dispensario. Y defendería mis pozos secos.

8. El jardín de la creación

—¡ESTAMOS EN PELIGRO, Mallory! ¡Olvide esa represa!

—Váyase, Sanger. Haga una película acerca de otra persona.

—¡No! Es hora de construir un arca, doctor... La familiar figura desaliñada con su traje de safari manchado de sudor me saludaba a través del agua. Sanger estaba cómodamente instalado en la popa de su bote, de buen humor, como siempre que me veía trabajar en alguno de mis diversos planes fútiles. Me miraba lanzar paletadas de tierra al muro en constante desmoronamiento que yo esperaba convertir en un dique de tierra. Por más que me esforzaba, la corriente arrastraba los terrones húmedos.

El señor Pal, su asesor científico y factótum general, estaba en la proa, hundiendo la pértiga en el lecho del lago. Mantenía la embarcación contra la corriente, contemplaba mis modestos esfuerzos con una expresión de profunda tristeza y finalmente confió a Sanger su veredicto.

—La profundidad media es ahora de un metro, profesor, y crece aproximadamente dos centímetros por hora. —Hablaba en voz suave y educada, su dicción daba un tono de buenas noticias a su deprimente letanía—. Corriente estimada, seis kilómetros por hora; caudal, veinte metros cúbicos por minuto. Inundación inminente.

—¿Ha oído al señor Pal, Mallory? Inundación inminente.

Clavé la pala en la costa y apoye en el mango mis palmas enrojecidas. En alguna parte debajo de mis rodillas un par de botas cubiertas de barro habían desaparecido en el agua marrón. Mis pantalones cortos y mi pecho estaban salpicados de fango rojo.

—¿Qué hace aquí, Sanger? ¿Quiere entrevistarme?

Sanger hizo un gesto desmañado, como si ese proyecto estuviera más allá de sus sueños.

—Usted no quiere una interviú, doctor. Para usted la televisión es pura vanidad, la sentencia de muerte de la raza humana en seiscientas cincuenta líneas. Sí, me lo ha dicho con toda claridad. —Extendió una mano abierta sobre el agua, como un tahúr a punto de manipular la baraja—. Podríamos buscar oro.

—Espléndido, así podrá pagar a los periodistas para que vuelvan a Port-la-Nouvelle. Y devolverme mis cincuenta dólares.

—¿Cincuenta? ¿Nada más? Mi deuda con usted me inquieta menos. Cada dólar que me presta es un depósito en el banco de la amistad. Pero de todos modos podría valer la pena pasar un poco de agua por una criba... En la fábrica de cigarrillos hay equipos que podríamos adaptar.

—Pierde el tiempo, Sanger. Como el señor Pal le dirá, tiene usted la geología en contra. Además este arroyo pronto dejará de existir, una vez que logre desviarlo.

—¿Arroyo? —Sanger indicó la costa al señor Pal. Tomando al indio del brazo bajó del bote y se situó a mi lado. Me tocó el hombro con su estilo franco y cordial.

Detrás de sus gafas oscuras vi sus ojos débiles pero curiosamente confiados—. ¿Arroyo, doctor? ¿Todavía lo llama así? Esto es un río. Usted ha creado un *río*.

Su voz llegó entre los árboles a los oídos de la joven japonesa, que fotografiaba el río. Siempre vestida con su mono de aviadora seguía a Sanger a todas partes, revoloteando a su alrededor como el Ariel de ese deshilachado Prospero. Sus ojos y oídos, llamaba Sanger a sus dos asistentes, el joven indio tímido con la mente de una enciclopedia de bolsillo y la fotógrafa-periodista atareada como una abeja que corría de un lado a otro y ejecutaba sin cesar las intrincadas danzas de apareamiento que unían la naturaleza y la lente de su cámara. Le ofrecían constantemente hechos científicos y posibles tomas. A veces parecía que nada tenía verdadero sentido para Sanger si no lo predigerían antes el señor Pal y la señorita Matsuoka en los términos de un imaginario documental. Sanger habitaba un mundo ficticio construido con los tópicos de sus propias películas sobre la «naturaleza virgen». Documentales rosa, así como hay novelas rosas. Los realizadores de documentales de TV eran los aprovechadores y pescadores en río revuelto a finales del siglo xx, los vendedores de baratijas, falsos medicamentos y la idea de que la naturaleza en bruto, una vez envasada y homogeneizada por la ciencia, era reconfortante y agradable al paladar...

—¿Un río? —repetí—. Todavía no. En términos estrictos sólo se trata de una creciente accidental de la napa freática local. —Estábamos al pie del talud de la pista, a pocos metros de la fuente original. En los últimos ocho días las aguas habían barrido toda huella de la rampa de acceso. El ángulo nordeste de la pista había desaparecido, y en ese mismo instante se estaba desmoronando un montículo de tierra compactada.

Río o arroyo, manantial o lo que fuera, su cauce tenía quince metros de ancho. Absorbiendo las desconocidas ciénagas de la selva a tres kilómetros al nordeste de Port-la-Nouvelle, pasaba junto al campo de aterrizaje y desaguaba en el lago Kotto. Cada mañana, cuando despertaba en la caravana, la luz que se reflejaba en la superficie ondulaba más alegremente en el techo de la cabina. El lago Kotto estaba cubierto al oeste por una vasta laguna marrón de agua fangosa de treinta centímetros de profundidad y una extensión de seiscientos metros a partir de los muelles situados al otro lado de la fábrica de cigarrillos. Todos mis pozos estaban inundados. Las torres en hilera, unidas a la costa por partes carbonizadas del viaducto, parecían las boyas de un puerto. Yo había intentado defender los pozos construyendo un contrafuerte de tierra alrededor, un muro de polvo que el avance del lago atravesó en seguida. El tercer día, cuando el último pozo empezó a llenarse de agua, abandoné la tarea y ordené al sargento que devolviera el tractor a la clínica.

Ya se había formado un verdadero delta. Ese río en miniatura arrastraba toneladas de excelente suelo y humus desde el bosque y depositaba en la desembocadura costas de sedimentos tan lisas como almohadas de satén mojado.

Cuando seguí el curso del agua a través del bosque, más allá del aeródromo y del establecimiento de Nora Warrender, descubrí que el secreto claro del bosque ya no

existía. El claro y el camino de servicio de los trabajadores de la compañía petrolera francesa habían sido borrados por el caudaloso torrente que fluía entre los árboles y que cada día parecía proceder de una fuente más profundamente enclavada en la selva. Tres kilómetros al norte del campo de aterrizaje la corriente aún tenía tres metros de ancho entre los arbustos y los matorrales, pero una patrulla de soldados de Kagwa me obligó a volver sobre mis pasos. A la noche oí fuego de fusilería y granadas de mortero, y supuse que los guerrilleros de Harare habían regresado, atraídos por esa inesperada provisión de agua dulce.

Aparentemente, Kagwa pensaba lo mismo. Al principio el capitán estaba ansioso por librarse de esa molestia que amenazaba el campo de aterrizaje, distraía a sus hombres y alteraba el equilibrio estratégico de la árida zona que gobernaba. Después de mi encuentro con la patrulla armada sospechó sin duda que yo era un emisario de alguna clase entre Harare y los elementos disidentes del sur. Pero se limitó a advertir que era peligroso que me internara demasiado en el bosque, y luego asignó a tres de sus hombres la tarea de ayudarme a construir un dique o a desviar el curso del río.

Incluso con su ayuda pronto fue evidente que la corriente era demasiado fuerte para nosotros. El dique de tierra que construimos en la boca del río —un contrafuerte de tierra y arena arrastradas desde el delta por el tractor— fue arrasado en cuestión de horas. Un segundo dique, levantado con ayuda de una parte de la prolongación de la pista, fue barrido antes de que pudiéramos cerrar la brecha entre ambas costas. El río seguía creciendo constantemente, su cauce era cada vez más ancho y más profundo y traía consigo un cargamento de arbustos desarraigados, balsas de maleza y una legión de botellas de cerveza y aerosoles. Mirando esa marea de basura creada por el hombre casi podía creer que ese pequeño arroyo estaba tratando de limpiar por sí solo el continente de los desechos que había depositado este siglo.

Una semana después de mi creación del río, las primeras aguas marrones llegaron al muelle del cuartel policial, y el capitán Kagwa dio otra misión a sus tres hombres y me dejó librado a mis propios medios. Sus mecánicos estaban atareados con los motores de la lancha de la policía y el ferry encallado junto a la fábrica de cigarrillos. El lago bañaba ya la popa de la barca restaurante, un burdel flotante favorecido en un tiempo por los trabajadores de la compañía petrolera. La diosa de escayola y pelo rubio que colgaba del bauprés, groseramente pintarrajeada para que pareciera una futura reina de Inglaterra, se hundía por momentos en las pequeñas olas, como si esa venerable embarcación se preparara para el comercio del porvenir.

Mientras tanto la corriente misteriosa continuaba su transformación del bosque. El follaje tenía color más vivo y un brillo verde iluminaba las copas antes blanquecinas, como si el agua bañara el conjunto en luz subterránea. Mientras caminaba entre los árboles, tratando de imaginar alguna forma de construir un dique eficaz, sentí a mi alrededor la atmósfera de un mundo nuevo. Respiré el aire fresco, edénico, a punto de creer que había plantado y regado un ángulo olvidado del jardín original de la creación. Casi mareado aspiré el dulce aroma de las flores y la corteza

podrida, y sin embargo estaba curiosamente sereno, como si despertara dentro de un sueño que me acompañaba desde la infancia. Recordé el abandonado jardín posterior de la casa que mi padre había comprado en Kowloon, una jungla en miniatura donde yo jugaba de muchacho entre las plantas de tomate y de pepino invadidas por la caña de azúcar silvestre. Entre la densa hierba pululaban las ratas y las culebras, pero yo construí allí mi mundo infantil hasta que, a mis siete años, mi padre llamó a un contratista local, despejó el terreno e hizo construir una pista de tenis de asfalto. Sin embargo, incluso en mi adolescencia, mientras jugaba con mis amigos, podía sentir a mi alrededor aquella jungla perdida del terreno descuidado.

Entré en el agua plateada, limpié el polvo de mi cara y mis brazos. Imaginé en mi fantasía que esa corriente era un afluente olvidado del río primordial de las gargantas desérticas de África central, donde los primitivos antepasados del hombre habían roto su pacto con el árbol, el río gigantesco que se había hundido debajo del Sahara y había dormido allí durante miles de años.

Tal vez conscientes de la nueva luz en aquella selva que despertaba, otros también sentían la atracción de las aguas. Por la noche los guerrilleros de Harare se acercaban a sus bordes extremos y lanzaban de vez en cuando una granada de mortero contra las calles desiertas de Port-la-Nouvelle. De día los soldados de Kagwa andaban desnudos por el agua fresca, lavaban sus ropas y buscaban oro.

El mismo Sanger había cruzado la pista para inspeccionar el río y dos veces por día llenaba de agua su cantimplora para hacer el arroz que constituía su dieta y la de sus dos ayudantes. Abandonado por los irritados periodistas y miembros del equipo free lance de filmación, quienes pronto habían comprendido que esa ridícula misión de beneficencia era un ero truco publicitario, vivía ahora en el campo de aterrizaje, mientras esperaba que regresara el Dakota para recoger su emisora.

Anclado en Port-la-Nouvelle hasta que sus patrocinadores de Tokio le pagaran a Air Centrafrique, Sanger acampaba con el señor Pal junto a la torre de control, entre los sacos de arroz, las cámaras y equipos de registro y las partes desmanteladas de su antena parabólica, un sueño electrónico cubierto ya por la hierba de la pista. Ahora era a la vez víctima del hambre, benefactor y documentalista, una zona de catástrofe de la televisión completa en una sola persona. En una oportunidad vino al dispensario y me pidió dinero prestado para comprar provisiones al encargado del capitán Kagwa, pero vi que le daba el dinero a la fotógrafa japonesa, que ya amenazaba marcharse. Vivía sola en la minúscula tienda debajo del ala de su avión, y se negaba a compartir sus víveres. Era evidente que el documental de Sanger necesitaba un cambio radical de guión, algún tema nuevo que pudiera reavivar el proyecto y satisfacer a las cadenas japonesas.

Mientras trabajaba con mi pala, advertí que Sanger escuchaba atentamente al señor Pal. El indio de hombros delicados estaba junto al bote amarrado y desarrollaba un monólogo interminable; de vez en cuando me dirigía una mirada de inteligencia, como si yo le hubiera sugerido ya el germen de un nuevo programa sobre la

naturaleza virgen, quizá referido a la construcción amateur de represas. Inclusive la señorita Matsuoka había empezado a apuntarme con su cámara al ver que no había otro tema a la vista. Yo tenía clara conciencia de que esa intensa joven japonesa me consideraba uno de los más raros habitantes del bosque.

Irritado por aquella pequeña conspiración, arrojé unas paletadas a sus pies.

—Sanger, dígale a la señorita Matsuoka que enfoque a otro con su cámara.

—No le interesa la vida, doctor. —Cuando vio que yo esperaba que se fuera, Sanger se acercó en seguida—. Como todos los médicos, rechaza lo que no se ajusta a alguna clase de esquema punitivo. Por eso los venera el público.

—¿Por qué no se marcha de Port-la-Nouvelle? Aquí no hay nada para usted.

—Ni tampoco en ninguna otra parte. —Sanger se encogió de hombros, con una de esas exhibiciones de franca desesperación que solía dedicarme, como si de algún modo me pusiera a prueba—. Espero que me envíen fondos por télex. Necesito contratar un avión grande para el arroz. La gente no piensa cuánto pesa la beneficencia.

—Entonces deje aquí el arroz. Váyase a Gambia a hacer un documental para los turistas sobre los cocodrilos.

—Eso ya se ha hecho muchas veces. El reino de la naturaleza está agotado; todo el mundo llegó antes, en los años sesenta. Nadie quiere saber cómo es el mundo, sólo desean emoción e imaginación extendidas sobre él como una mullida alfombra. Créame, doctor Mallory, en estos días se necesitan ideas nuevas. Así como vicios nuevos.

—Lo que necesita usted es un nuevo conjunto de mentiras. —Dije esto sin malicia; de modo inesperado, ese amable impostor me atraía. Clavé la pala en el fango que rezumaba entre mis pies—. No debería ser demasiado difícil encontrarlo.

—Muy difícil. —Sanger me tomó del hombro, sin preocuparse por el barro que le salpicaba el traje—. Se equivoca otra vez, doctor. La televisión no miente, construye una nueva verdad. En realidad, la única verdad que nos queda. Esas películas sentimentales que usted desprecia sobre la naturaleza simplemente continúan la domesticación de la naturaleza que empezó cuando derribamos el primer árbol. Ayudan a la gente a reconstruir la naturaleza en una forma que refleje sus verdaderas necesidades.

—¿Y eso justifica cualquier invención?

—No. Tiene que concordar con sus esperanzas secretas, con su creencia profundamente implantada de que el universo es un lugar benévolo. Además todo se inventa primero y se piensa después. Dios descansó el séptimo día para ver las tomas. Esos árboles, esas hojas, flores y raíces son ficciones inventadas para atrapar el sol, coger un insecto, aspirar agua. Mire su río: una invención.

—¿Podría haberlo pensado una compañía de televisión?

—Quizá lo haya hecho. ¿Cuál sería la diferencia? No olvide, doctor Mallory, que ya podría ser usted el tema de un nuevo documental sobre un hombre que inventa un

río...

Una cascada de gravilla cayó en la costa a mi lado, chocando contra el agua como municiones de escopeta. Las piedrecillas me golpearon el cuello y los brazos, y dejé caer mi pala. Me volví y vi a la fotógrafa japonesa más arriba, en la parte derruida de la pista; las piedras caían desde sus botas de aviadora. Había oído a Sanger y ahora me enfocaba con el visor de su cámara, aceptando ya que yo fuese su próximo proyecto.

Sanger estaba arrodillado al borde del agua; llenaba su cantimplora mientras el señor Pal empujaba el bote al arroyo. El claro líquido penetraba en el recipiente cromado, su reflejo plateado bailaba feliz en esa caverna privada. Sanger se mojó las manos y luego se quitó las gafas de sol y se lavó los ojos fatigados, como si ya hubiesen visto lo suficiente de mis verdaderos motivos.

—Sanger... —Levanté la pala y golpeé el muro de tierra a mis pies, lanzando al aire una lluvia de barro—. Deje esa agua. ¡Y váyase!

—Por supuesto, doctor. —Salpicado de barro, Sanger se irguió buscando el hombro del señor Pal—. Hubiera debido pedirle permiso. Es su río. —Con una inclinación formal, Sanger derramó el agua. Secó el cuello de la cantimplora con la manga y luego dejó que el señor Pal lo ayudara a subir al bote.

Con un esfuerzo me controlé mientras escuchaba el rápido golpeteo del motor de la cámara de la señorita Matsuoka. Lo que me había fastidiado, pensé cuando Sanger remontaba la corriente, no era la idea de que me filmara, aunque se tratara de un programa imaginario dentro de su mente; lo que me había indignado era que usara mi agua. Por más que trataba de cegar el arroyo, o de desviarlo en otra dirección, preferiblemente hacia el norte, yo consideraba que cada una de sus gotas era mía.

9. El río Mallory

PALA EN MANO, eché a andar por la costa. Estaba seguro de que Sanger robaba agua deliberadamente, no sólo para cocer su arroz sino para subvertir de algún modo mi propia imagen del arroyo y trivializar mi conciencia naciente de ese mundo más rico que había vislumbrado en el bosque. Como para reconfortarme, olas brillantes cayeron sobre mis pies, saltando por encima de una cascada de neumáticos de camión que había en el lecho de arena.

Mientras vadeaba las aguas bajas siguiendo la huella de las burbujas que dejaba la pértiga del señor Pal, vi el bote varado en una playa de arena roja. Sanger estaba arrodillado con su cantimplora y se servía nuevamente agua.

Veinte metros río arriba acababa de llegar otra partida de aprovisionamiento. La señora Warrender y dos de sus criadas estaban hasta las rodillas en el arroyo, con las faldas anudadas alrededor de los muslos desnudos. Habían traído un carro de madera con un tonel de doscientos litros sujeto con alambre de cobre. Buscando las aguas más limpias, libres de hojas e insectos muertos, llenaban sus cubos y los vaciaban en el tonel. Mientras trabajaban de ese modo tranquilo y eficaz, el señor Pal las miraba y formaba con los dedos el visor de una cámara, registrando esa visión pastoral de hermandad femenina bajo el signo de Acuario.

Yo miraba, a mi vez, a la señora Warrender. Sostenía las varas del carrito con firmeza y contemplaba a dos soldados de Kagwa que se bañaban en la costa del otro lado del río. Entre ellos, en mitad de la corriente, amarrada a la rama de un árbol caído, estaba la chiquilla de doce años con el pie lastimado. Se había construido una pequeña canoa extendiendo un grueso plástico verde sobre una armazón de cañas. Con un pie sobre la borda, jugaba con su vendaje, que se desenrollaba en el agua.

La señora Warrender la ignoraba y miraba a los hombres desnudos que se enjabonaban tranquilamente detrás del velo del follaje. La cara de la mujer tenía una expresión de pétreo hostilidad. Supuse que era la respuesta racista de una antigua rhodesiana blanca, o que había reconocido a alguno de los ex guerrilleros que habían matado a su marido.

—N’doc... —Era un suave gruñido de alarma. Al verme, la chica se incorporó y recogió su vendaje. Con el remo que se había construido se movió velozmente en la corriente y se detuvo a pocos metros de las mujeres. Con los ojos clavados en mí, silbó al agua, como si le sugiriera al río que estuviera alerta y lo alentara con palmaditas de su remo.

—Señora Warrender... Quería ponerla sobre aviso. —Pasé junto a Sanger, consciente de mi cara, mis manos y mis piernas manchadas de barro—. ¿Supongo que no beberá usted esta agua?

Se volvió hacia mí, examinándome de arriba abajo con la misma expresión con que miraba a los soldados.

—¿Por qué no? Parece bastante limpia. ¿Doctor...?

Contuve la respiración, advertí los cuerpos semidesnudos y la abundante transpiración de las mujeres y durante un instante no pude pensar una respuesta.

—Toda esta agua... es parte del proyecto de riego del lago Kotto.

—Está bien. Me alegro de que riegue el lago Kotto. Queda bastante para los demás.

—No... —Hice una seña a las africanas para que no cargaran más agua, pero después de una brevísima mirada me ignoraron—. Podría estar infectada. Nora, mejor será que la dejen.

La señora Warrender me miró con simpatía, moviendo la cabeza.

—A usted lo ha infectado..., eso se ve en seguida. Sabe Dios con qué extraño virus...

Se inclinó para llenar el cubo; las amplias solapas de su peinador dejaban sus pechos a la vista. Se vestía de modo descuidado, pero no por coquetería. Al revelar casualmente su cuerpo, me decía con toda claridad que yo no existía.

Irritado por todo esto, aferré el cubo. Opuso la fuerza de su brazo contra el mío, y sentí la tensión del cuerpo brioso bajo el deshilachado peinador.

—Nora..., esta agua puede ser peligrosa... Aquí hay cadáveres enterrados.

—No sea tonto. No es el dueño del río.

Luchamos alrededor del carro, empujando a las africanas, que se volvieron y empezaron a gritarme. De sus cubos saltó agua que me empapó la camisa. Perdí pie en la arena húmeda, resbalé y caí de espaldas al agua. De inmediato la chica de la canoa se acercó remando. Con un veloz movimiento del remo hizo girar la minúscula embarcación lanzando agua sobre mis piernas, como si tratara de sepultarme.

Con los cubos en sus grandes manos, Fanny y Louise me miraron. Soltaron voces de burla y desdén y luego arrastraron el carro a la playa. Nora Warrender, en la costa, miraba con aire de preocupación cómo Sanger y el señor Pal me ayudaban a ponerme de pie.

Todavía reflexionaba sobre las últimas palabras de Nora Warrender cuando fui a ver al capitán Kagwa en el cuartel policial tres horas más tarde. Mi absurda pelea con esa joven viuda cada vez más extraña me había aclarado finalmente las ideas. Seguido por Sanger y el doctor Pal eché a andar por la costa hacia Port-la-Nouvelle. Entre los árboles vi que la chiquilla de la canoa bogaba al amparo de los árboles. Guardiana del río por designación propia, tenía la mirada permanentemente clavada en mí como si fuera responsable de esas aguas que yo había concebido.

Pese a la humillación de que me arrojara al agua, sabía ahora que la señora Warrender había dicho la pura verdad: yo había creado el río pero no era su dueño.

—¿Quiere comprar el río, doctor? —El capitán Kagwa caminaba alrededor de su escritorio y miraba por las ventanas rotas la oscura superficie del lago Kotto—. ¿Así, sencillamente, comprarlo?

—Exactamente. Aquí se venden tierras..., se han comprado y vendido centenares de hectáreas, y también muchos lagos y arroyos. La OMS ha arrendado kilómetros de costas palúdicas. E incluso en una ocasión se le ofreció el lago Kotto a un consorcio francobelga.

—Es verdad. Y fue una pena que no lo quisieran; yo sería ahora un hombre rico. Un general de la policía.

Kagwa miró la pantalla de televisión donde el vídeo de su entrevista con Sanger, en cinta sin fin, pasaba constantemente. Ahora que el capitán Kagwa era una celebridad, se había trasladado el piano vertical al despacho de guardia. El tono suave de las preguntas obsequiosas de Sanger y las resonantes respuestas de Kagwa, de pie junto al Dakota como Aníbal al lado de un elefante, sobrepasaban el ruido de los soldados que reparaban la lancha policial y el ferry. Pero Kagwa estaba un poco intrigado por mi extraña propuesta y deseoso de hacerme más preguntas.

—Pero este río, doctor... Hace una semana nos abandonaba usted, desanimado. Ahora tiene estos sueños de propiedad. ¿Hay oro aquí?

—No, por lo que sé. Pero no se preocupe, le cederé el derecho a todos los minerales.

—¿A perpetuidad?

—Por supuesto. Y el derecho de pesca, y el de navegación, todos. Además, sólo quiero la propiedad del río por poco tiempo.

—¿Con qué finalidad, doctor?

—Quiero desviarlo y, si es posible, desecarlo. Estas aguas han arruinado mi proyecto de riego. Además, capitán, es mejor dejar de considerarlo un río. Quizá lo parece, pero en realidad sólo es una napa que aflora accidentalmente a la superficie. En cualquier momento se secará y dejará una vasta ciénaga que puede tardar años en desaparecer.

—¿Infestada por el paludismo? Es verdad. Una protección ideal para las fuerzas de Harare. —Kagwa se sentó ante su escritorio y meditó en la perspectiva de millones de mosquitos asolando la ciudad desierta que presidía. Contempló su imagen en la televisión; comparó su uniforme resplandeciente con mi camisa destrozada y mis pantalones cortos manchados de barro—. Trabaja tanto, doctor... Sería una lástima desperdiciar tal esfuerzo. Publicidad contraproducente.

—Está bien. Le agradezco su apoyo, capitán. Apenas seque este arroyo volveré al proyecto de perforación. Es mucho más importante para usted y para Port-la-Nouvelle que esta pequeña corriente.

Abrí mi cartera de cuero y saqué el bolso estanco que contenía mis credenciales de la OMS, el salvoconducto del Ministerio de Sanidad, mi billete de regreso a Lagos y un talonario de cheques al portador que constituían mi salario.

—Puedo disponer de un pequeño fondo de emergencia de la OMS para afrontar posibles brotes de viruela o paludismo..., pero antes de gastar ese dinero debo tener algún título acerca de esas aguas. Podría invertir setecientos dólares.

—Muy bien, doctor. —Kagwa tenía clara conciencia de que ese fondo no existía, y de que yo estaba dispuesto a comprar el río con mi propio dinero—. Sin duda llegaremos a un acuerdo. ¿Tal vez por mil dólares...?

En el muelle, debajo del cuartel de la policía, miré la creciente superficie del lago Kotto. La extensión oscura tenía ahora casi un metro de profundidad, y llegaba mucho más allá de la hilera de pozos, esos molinos de agua que yo había atacado lanza en ristre. Había un bote amarrado al más próximo, y uno de los soldados de Kagwa pescaba ranas con una red tendida entre la torre y el viaducto caído. El agua continuaba entrando por el río, las corrientes giraban en el sentido de las agujas del reloj en el lago exhalando olor a tierra removida.

A doscientos metros, la chiquilla de la canoa de plástico estaba en la boca del río, rodeada de robles inclinados cuyas raíces había aflojado el paso incesante del agua. Remaba contra la corriente con movimientos fuertes, impacientes; era obvio que mi entrevista con Kagwa le inspiraba sospechas.

A pesar de su entrecejo fruncido, muy lejos estaba de imaginar los poderes que yo tenía ahora sobre ella. Por mil dólares había arrendado el río durante un año. Tal como se había convenido, había cedido todos los derechos de pesca, navegación y explotación de minerales, pero conservaba en cambio la administración exclusiva de esa vía de agua y de cualquier papel que pudiera desempeñar en relación con el proyecto de riego del lago Kotto. Tenía derecho a poner diques, desviar o drenar el río, o modificar su caudal y su pendiente, o cambiar su curso y sus costas. En una palabra, durante un año era el dueño de esas aguas imposibles.

Un año, calculaba yo, sería más que suficiente para librarme de ellas. Con el tractor y los cuatro hombres que Kagwa había prometido asignarme (es decir, asignar a la OMS por un salario que yo pagaría y el capitán les entregaría) estimé que podía bloquear el cauce con bastantes materiales para invertir la corriente. Tal vez podría encauzar el río hacia los terrenos bajos que rodeaban el aeródromo, para que expirara en un duelo desesperado contra el sol y el polvo. Mientras tanto, levantaría un enorme dique de tierra, reforzado con los troncos de los árboles desarraigados por el agua, a lo ancho del cauce. Luego cerraría la fuente original con las raíces del gran roble...

Estos planes sólo estaban formados a medias, pero yo me sentía casi mareado ante la perspectiva de acabar con el río. Tenía inesperados deseos de venganza, me sorprendía mi propia ansiedad por mutilar esa inofensiva masa de agua. Me controlé, recordando mi primera visión, cuando era un joven estudiante de medicina, de cadáveres en la sala de disección, extendidos sobre las mesas de cristal como olvidados concurrentes a un baño turco que hubiesen esperado su masaje demasiado tiempo. La mayor parte de los cuerpos eran de médicos que los habían donado, y en cierto sentido desmembrábamos allí nuestro yo futuro. Entre los bisturís y las tijeras fluía un humor crispado; teníamos necesidad de vengarnos en esos cadáveres

amarillentos de los miedos que ellos mismos suscitaban.

—Eso, nuevamente, no... —Mientras me serenaba vi que uno de los mecánicos de Kagwa me miraba ceñudo desde el motor diesel del *Salambo*, el ferry amarrado al muelle de la policía.

Incliné la cabeza, como bendiciendo a esa anciana embarcación, y caminé a lo largo del embarcadero. Observé que Kagwa no había retirado a sus hombres del ferry ni de la antigua barcaza francesa de desembarco amarrada detrás de la barca restaurante. Si el río desfallecía, como yo esperaba, el lago Kotto volvería a secarse. Pero sin duda el capitán miraba mis planes con cierto escepticismo.

Al mismo tiempo, me intrigaba la idea de dejar en paz al río. Tarde o temprano las aguas del acuífero subterráneo alcanzarían su nivel, y aquel misterioso torrente se secaría por sí mismo. Quizá se convertiría en un pequeño arroyo de pocos metros de ancho, un agradable recuerdo escenográfico de mi proyecto de perforación de pozos.

—¡Todo listo, Mallory...! —Seguido por el señor Pal, Sanger caminaba por el muelle agitando tres copias del acuerdo provisional—. Está firmado el contrato, el río es suyo por un año; puede usted nadar en él, vomitar, orinar, hacerle el amor debajo del agua a la señora Warrender, lo que usted quiera.

—Así es, profesor, y bien puede ser que lo haga, en ese mismo orden. —Tomé de su mano vacilante los documentos descuidadamente escritos a máquina. Sanger se apoyó en el señor Pal, la cara tan pálida como la superficie color de hueso del perdido lecho del lago. Advertí que los dos hombres estaban hambrientos y mal nutridos, y que miraban con envidia mi cuerpo delgado pero musculoso—. Sanger, le daré un poco de harina y una o dos latas de pescado. Puede ayudarme en mi proyecto de drenaje.

—Por supuesto, doctor. El señor Pal es un trabajador infatigable.

Yo sabía que era la estrella del próximo documental de Sanger. Mi creación del río, la compra al jefe local de policía y mi obsesión por destruirlo excitaban su fantasía.

—A propósito, doctor —agregó Sanger—. Tomé prestado el radioteléfono del capitán y envié un mensaje a la legación alemana de Nairobi. A mi pedido registrarán el río en la National Geographic Society de Washington. Por motivos de conveniencia tuve que darle un nombre.

—Ha hecho usted bien..., ¿y cómo lo ha llamado?

—El Mallory..., ¿qué otro nombre podía darle?

Me volví y miré la boca del río, desde donde me vigilaba la chica de la canoa. El río Mallory. Sentí un curioso orgullo. Y, sin embargo, saber que llevaba mi nombre sólo acrecentaba mi determinación de destruirlo.

10. La cascada

IGNORANTE DE SU PRÓXIMO FIN, el Mallory fluía a mis pies. Yo estaba en el terraplén que habían construido los hombres del capitán Kagwa junto al campo de aterrizaje, y miraba las aguas oscuras que emergían del bosque y corrían hacia el lago. Ahora de setenta metros de ancho, el río había alcanzado una serena edad mediana; su cauce estaba cubierto de troncos semisumergidos de palmeras y mimbres del bosque cuyas raíces había minado. Con su follaje vivo todavía, los árboles desparramados en todas direcciones en la corriente cálida ofrecían sitio para anidar a centenares de garzas pintadas y ostreros.

Detrás del tractor, los soldados sudaban al sol, poniendo en posición detrás del terraplén la última pila de robles. Ahora que el río estaba a punto de morir, me sentía agradablemente ebrio, efecto combinado del sol, el whisky que había bebido desde el desayuno y los ojos reprobadores de la chica de la canoa, que, desde el centro del río, contemplaba inquieta los preparativos.

Desde el techo del cuartel policial el capitán Kagwa vigilaba nuestros progresos con sus binoculares. En la costa, cien metros río arriba, la señora Warrender y sus criadas nos miraban con rostros inexpresivos como las Nornas. Sólo me entristecía que ya no pudiera realizarse aquel encuentro amoroso con Nora Warrender debajo del agua.

En la costa opuesta el señor Pal y Sanger aguardaban junto a su cámara cinematográfica, mientras la señorita Matsuoka revoloteaba alrededor del tractor, con el magnetófono colgado del hombro de su traje de aviadora, acercando el micrófono a las caras de los malhumorados soldados.

Por una vez me alegró que Sanger registrara aquellas horas finales del Mallory. Yo había trabajado durante tres semanas con los hombres de Kagwa, planeando un asalto final a ese río que no cesaba de ensancharse mediante la ayuda de tres elementos de la naturaleza contra el cuarto. El aire, la tierra y el fuego atacarían juntos: la masa de suelo y grava que habíamos excavado del talud de la pista, empujada por el tractor, caería sobre el río en el punto más estrecho, formando un enorme terraplén reforzado por los troncos de roble. Por brechas abiertas en las márgenes el agua embalsada afluiría a los terrenos que rodeaban el aeródromo y el aire caliente la evaporaría en seguida. Y en último término había transportado quinientos litros de gasóleo desde los pozos, que se verterían sobre el agua y una vez encendidos abrasarían la última humedad del lecho del cauce. El río moriría allí mismo donde yo lo había sacado a la luz inocente.

—Doctor Mallory, el río está listo para usted... —La señorita Matsuoka me llamaba desde un punto elevado junto a las pilas de troncos. Bailaba entre los pesados maderos, lista para apartarse de su camino cuando empezaran a rodar. Me indicó que avanzara y en seguida, incapaz como de costumbre de sentirse satisfecha, alzó una

mano.

El tractor esperaba debajo de mí. El sargento había llevado hasta el terraplén la última carga de tierra. Cubierto de polvo y sudor, con las manos en los mandos, esperaba mi señal. Río abajo, dos de sus hombres aguardaban el momento de abrir las compuertas y liberar el agua. Los troncos estaban en su sitio a ambos lados del terraplén, preparados para caer a los tumbos.

El humo del tractor flotó hacia mí y me sofocó. Ya vacilante por el efecto del whisky, traté de apartarme del humo, tropecé con una caja de plástico medio enterrada y caí sentado pesadamente. Gallo en mi estercolero, miré el río por última vez y alcé por encima de la cabeza la pistola de señales del capitán Kagwa.

Vi a través del humo un pino pequeño que iba a la deriva debajo del terraplén. Semiescondida entre el follaje estaba la chica de la canoa. Remando vigorosamente trataba de deshacer el trabajo de los soldados, de liberar al río de todos los obstáculos para que corriera con su mayor potencia. Viraba a derecha e izquierda, barría el agua, se dirigía a la base del muro de tierra. Los pequeños puños apretados sobre su remo, me miraba y me desafiaba a hacer lo peor.

Por encima del ruido del tractor oí la nota más aguda de un motor de avión. A quince metros de altura sobre las copas de los árboles, un helicóptero de la gendarmería provincial se acercaba al campo de aterrizaje. Anteriormente de propiedad de un consorcio petrolero francés, sobre la chapa abollada del casco se veía aún la librea de la compañía medio despintada, y la insignia de la gendarmería superpuesta. Un piloto europeo rubio miraba a través del parabrisas, asombrado por el extraño cuadro que tenía debajo.

Un millón de hojas muertas giraba en el aire; traté de hacer señas al helicóptero para que se alejara. Resbalé en la tierra blanda y lancé una lluvia de piedrecillas al agua, alrededor de la chica. Ella hizo una mueca, se pellizcó, luego siguió de prisa su camino, remando vivamente y esquivando los remolinos que pudieran refrenarla.

Ensoyado por el motor del helicóptero, y dispuesto a interpretar mi seña al revés, el conductor del tractor movió la palanca y guió el vehículo hacia el terraplén, hundiendo la enorme pala en el talud de tierra. Yo me deslicé por esa colina en movimiento, hundido hasta la cintura entre la tierra y las latas de cerveza, gritándole a la chica de la canoa que se apartase del peligro. Confundidos por el ruido y la cascada de grava, los tres soldados encargados de las pilas de robles empezaron a aflojar los cables y a empujar hacia el agua los gigantescos troncos.

—¡Alto!... ¡Todavía no! —Les hice señas con la pistola de señales, pero el ruido y el torbellino de polvo del helicóptero tornaba inciertas sus caras. Tratando de incluir en su composición al aparato que giraba, la señorita Matsuoka, el ojo pegado al visor de su cámara, daba la espalda a los maderos a punto de rodar.

La tierra desapareció debajo de mis pies; una avalancha suave y veloz cayó en la apedreada superficie del agua. Me encontré sentado en el barro al pie del terraplén

mientras una cascada de tierra, grava y basura caía sobre mí. Enormes maderos rodaban al agua a sólo cuatro metros de distancia, y tuve una última vislumbre de la señorita Matsuoka trastabillando entre ellos, el pelo suelto y la cara llena de asombro, el traje de aviadora desgarrado en el hombro. La canoa de plástico se revolvía entre los troncos. La niña azotaba con su remo las nubes de tierra y espuma. El helicóptero había sobrepasado la pista de aterrizaje; el piloto, espantado, había visto cómo desaparecía una parte bajo sus patines de aterrizaje. La señorita Matsuoka se había desvanecido y entre la espuma oscura flotaba una manga plateada vacía.

El saliente donde yo estaba se desmoronó. Una parte intacta del terraplén cayó al río y la ola generada por el desplazamiento del agua me arrastró. En las amarillentas profundidades vi que un tronco de roble rodaba sobre mi cabeza como una rueda de camión. Me sentí atraído hacia abajo, y toqué con los pies el muro de una alcantarilla en el lecho del lago, esa caverna de donde había emergido ese torrente y que mi cuerpo ocuparía, dejando por fin al Mallory libre de seguir su curso.

11 La casa de las mujeres

OÍ A MI ALREDEDOR las voces sofocadas de las mujeres que hacían sus camas en habitaciones que siempre estaban fuera de mi vista. Amortiguado por las gruesas cortinas que colgaban sobre las puertas de la galería, un murmullo grave y cantarín se movía entre ellas mientras trabajaban. En mi mente el ritmo líquido de su dialecto se confundía con el ruido del río, que lamía la terraza debajo de la galería, de modo que las olas oscuras parecían atraer el interminable parloteo de las habitaciones escondidas del establecimiento de cría de animales, aunque al mismo tiempo les importunaban las voces de esas mujeres invisibles que jugaban entre sus camas.

Había pasado tres semanas en la galería, en la alta camilla de acero que las monjas de Port-la-Nouvelle habían comprado para su anciano sacerdote, y sobre cuyos duros resortes Victorianos había muerto ese pobre hombre. Escuché durante días a las mujeres pero jamás comprendí lo que decían. La gran casa era ahora un laberinto de dormitorios donde las mujeres susurraban todo el día como las satisfechas pupilas de un serrallo, y sólo callaban cuando venían a la galería.

Todos los días se bañaban desnudas en el río debajo de la terraza, pero era evidente que no me consideraban un pachá herido cuya salud se restaura amorosamente. Tres pares de manos fuertes me cambiaban las sábanas y los vendajes con la misma rudeza con que molían mandioca en el patio trasero. Yo estaba seguro de que, si no hubiera sido por la señora Warrender, Fanny, Louise y Poupée habrían hecho rodar la camilla hasta la terraza y arrojado al invitado inoportuno al remolino más próximo. Sin embargo, me alegraba contemplar a esas hermosas mujeres bañándose en el río y me resignaba a su mal humor; sólo me intrigaba que Nora Warrender me hubiese acogido en su casa.

Dos soldados de Kagwa me habían rescatado del alud de troncos y me habían arrastrado, semiahogado, hasta la costa. El día siguiente el agua depositó en la playa, ante el almacén de tabaco, el cuerpo de la señorita Matsuoka, aunque sólo supe que había muerto una semana más tarde. Con una vértebra cervical fracturada y contusiones en el hígado y el bazo, me habían conducido en la caravana a la clínica, y sufrí un shock antes de que me trasladaran a una celda en desuso del cuartel policial. Durante tres días Kagwa me miró con expresiones que variaban entre el aburrimiento y la preocupación, mientras el reflejo del vídeo de Sanger jugueteaba en el cielorraso por encima de su cabeza. Por fin decidió enviarme en camión a la capital provincial, un viaje a través de puentes sabotados y de caminos llenos de cráteres que me habrían destrozado el bazo y causado la muerte en pocas horas.

Entonces, mientras me subían a la puerta trasera del camión Nora Warrender me salvó. Ella y sus tres mujeres me transportaron al establecimiento de cría de animales en el mismo carrito que yo les había prohibido usar para llevar agua. A partir de ese momento la dieta de mandioca, la visión de sus brazos suaves y sus fuertes manos, y

el olor y el rumor del río contribuyeron a mi mejoría.

Sobre todo era el río, que había intentado quitarme la vida, quien me la devolvía ahora. Durante las semanas pasadas en la galería lo vi fluir más allá del terreno del establecimiento. Era ahora una inmensa corriente oscura de doscientos metros de ancho que cubría todo el valle adyacente al campo de aterrizaje, que las aguas habían barrido tras el estrepitoso fracaso de mi tentativa. De tres metros de profundidad en el centro, el río emergía de una ancha brecha en el bosque, cuatro kilómetros al norte de Port-la-Nouvelle. Por la quebrada de tierra roja que la corriente había abierto entre los árboles veía el curso superior que serpenteaba en la sabana, en la frontera entre el Chad y el Sudán. Por la noche contemplaba el dorso plateado en la oscuridad; atravesaba el horizonte como el tránsito de una autopista continental.

La velocidad de la crecida había arrollado el lago Kotto, que era ahora una extensión de cincuenta kilómetros de largo de profundas aguas oscuras, palpitantes de peces y culebras que habían surgido de los meandros del río Kotto, en su extremo sur, y traían consigo su propio microclima. Ya se formaban sobre el lago las primeras nubes, y había señales de lluvia. El paisaje íntegro se reconstruía. Durante mi primera semana las mujeres atravesaban todo el terreno de la propiedad para llenar sus cubos en la costa resbalosa, pero el río pronto acortó ese trecho. La poderosa marea marrón que bullía entre los árboles derribados sobrepasó el muro exterior de ladrillo, subió hasta el camino de entrada y demolió la terca del huerto trasero. La segunda semana el agua atravesó el césped cubierto de malezas y llegó hasta los escalones de la terraza, como si quisiera verme y recordarme cuánto había crecido desde mi tentativa de destruirla.

La galería de piedra era ahora un muelle contra el que rompían frecuentemente las olas, depositando ratas muertas, envases de loción para después de afeitarse y copias mojadas de *Paris-Match*. La marea que rodeaba la casa barrió en veinticuatro horas las construcciones de ladrillo que albergaban a los animales. Bajo la dirección de la señora Warrender, las mujeres trasladaron a las jaulas más pequeñas de la enfermería a los pocos monitos y macacos que quedaban. Llenaron sacos de harina con tierra del huerto e hicieron una valla improvisada en la entrada.

Como yo podría haberles dicho, su húmedo muro protector fue abatido muy pronto. Trabajaban hundidas en el barro hasta las rodillas, resbalando como un equipo femenino de lucha grecorromana; recordé sus fuertes manos y me sentí casi orgulloso de ese gran río. Yo había dejado en él parte de mi sangre, y aunque éramos enemigos se había formado entre ese extraño curso de agua y yo un vínculo especial.

La camilla tembló contra mi espalda, las ruedecillas giraron sobre el suelo de piedra; la casa vacilaba ante la presión del agua. Dentro de pocas semanas, si el río no decrecía, sería arrastrada, y Nora Warrender ya había reconocido ante el capitán Kagwa que debería evacuar el establecimiento de cría de animales. Mareas ocultas giraban debajo de la superficie lisa del río; su ritmo procedía de un péndulo diferente cuyas oscilaciones eran tan amplias como el horizonte. Un leve estremecimiento pasó

por las paredes y vi que una ancha ola se desplazaba oblicuamente por el río. Llevaba en su dorso oscuro una lancha patrullera de la policía que lanzó de lado contra un estrecho banco de arena en mitad de la corriente. Después de cambiar de timonel la tripulación desencalló con grandes aspavientos de remos y bicheros. Una segunda lancha, a estribor de la primera, trataba de atravesar el río entre una nube de humo de diesel y se acercó a un macizo de robles ahogados a cincuenta metros de la costa, donde un grupo de soldados construía un pequeño muelle.

Como si advirtiera toda esta actividad militar, el río alisó su superficie y se sumió en sí mismo, en aquellas secretas profundidades donde algo mío se había ahogado. Todavía sentía el agua corriendo por mis venas y reconocía los cambios que el río había impuesto en el reino del tiempo y en el de los sentidos. Sabía que mi obsesión con el río había provocado la muerte de la fotógrafa japonesa, y que su cuerpo yacía en el cementerio de la desierta misión católica, junto a los trabajadores de la compañía petrolera y al anterior gerente del garaje Toyota. Sin embargo, en mi mente ella y yo todavía nadábamos en aquella corriente brillante y llena de grava. Yo quería sumergirme en los grandes ríos del mundo, ser atraído a sus profundidades. Ya había imaginado que no quería matar al Mallory sino a mí mismo, y que el río creado por mí trataba, en realidad, de salvarme.

Fantasea demasiado, doctor. Mire lo que ha hecho con toda esta agua...

Poupée, la más joven de las africanas, que había integrado en otro tiempo el plantel del *Diana*, atravesó la galería sigilosamente; golpeó con su hermosa cadera un ángulo de la camilla y sentí el impacto en el cuello. Me ignoró y bajó a la terraza, con los pies desnudos en el agua. Recogió una ramita de sauce arrojada por el agua a las losas de piedra y se paseó como si pensara arrojarla al canal, pero de pronto fustigó con maldad el agua debajo de la galería.

Apareció una cabeza de niña, alzando las manos contra esa lluvia de golpes. Poupée le azotó la espalda y le arrancó el remo. Se inclinó y aferró el costado de la canoa y trató de volcarla, loca de furia.

Ese despliegue de violencia me disgustó y traté de bajar de la camilla. Todas las tardes veía a la chica cuando remaba a través del río para inspeccionar un nuevo banco de arena creado por un cambio de la corriente o se tomaba de la rama de un árbol semisumergido y vigilaba mi convalecencia. Pasaba la mañana en las cercanías del campamento militar del aeródromo, mirando los monitores de televisión del profesor Sanger y robando sobras a la aburrida compañía de zapadores que había traído el capitán Kagwa para construir un puente de pontones. La tentativa fue un nuevo fracaso: durante la semana que tardaron los zapadores en montar el puente, el río duplicó su anchura. Una ola de la creciente barrió los pontones metálicos y los dispersó a lo lejos en el lago Kotto.

Con evidente satisfacción, la chica remó hacia el establecimiento. Yo nunca le había hablado, pero todos los días, mientras las mujeres dormitaban después de la

comida de la tarde, yo dejaba parte de mi comida para ella en los escalones de la galería. Pero esta vez ella no había atravesado el río para comer sino para asegurarse de que yo había advertido el fracaso de los zapadores.

Alcanzada de lleno en la cara por la vibrante rama de sauce, la chica gritó. Soltó su remo, retrocedió impulsándose con las manos y enjugó sus lágrimas.

—¡Poupée, déjela en paz! Sólo quiere algo de comida. —Cuando llegué a la galería la corriente había llevado a la niña hacia el canal. Tomé el remo de manos de Poupée, pero su furia era tal que trató de arrebátarmelo. Algo en la chiquilla, quizá su tribu o el placer que le daba el río, desencadenaba en la mujer un reflejo de extremada hostilidad.

—Venga, doctor. No puede ser que trate de ahogarse otra vez.

Sentí las manos de Nora Warrender en los hombros. Me apartó del agua, como si fuera un paciente senil en una clínica privada, una de esas llamadas residencias de ancianos que abundan en las costas del Támesis y del Long Island Sound y que son en realidad cárceles privadas. Todavía usaba su viejo peinador, un símbolo de cualquier ultraje que hubiera sufrido; antes de marcharse de Port-la-Nouvelle, Santos había sugerido que la señora Warrender y sus mujeres habían sido golpeadas y probablemente violadas por los guerrilleros de Harare.

Sin embargo, mi accidente, o nuestra inminente partida del lago Kotto, habían catalizado un cambio notable en Nora Warrender. Parecía tan tensa y vulnerable como siempre, pero había despertado del sopor del duelo, de esa especie de sonambulismo, y ahora se movía enérgicamente mientras supervisaba los preparativos. Y aunque me parecía difícil de creer, hasta demostraba algún interés por reclutarme para algún plan esbozado a medias que tenía en la cabeza. Con frecuencia, al atardecer venía a la galería con dos vasos de whisky, se sentaba en mi camilla y me hablaba con curiosa serenidad. Llegué a sentir una leve intención de reiniciar nuestra relación. Antes, ella no estaba en condiciones de abordar mis problemas, mi charla incesante sobre la recreación de una imagen de mí mismo y la construcción de una vida nueva en otra parte, como si existiera otra parte. Pero ahora el río y su crecimiento le procuraban intenso placer, y evidentemente no sentía la menor consternación porque sus olas se llevaran el establecimiento de cría de animales y toda traza de su anterior matrimonio.

—¿No podrían ser menos duras con la chiquilla? —Arrojé el remo al agua hacia la canoa. La chica me miró fijamente, su única concesión al agradecimiento. Recuperó el remo con una mueca y luego giró en un torbellino y se deslizó como un osado automovilista en la corriente.

Sin pensar la saludé con el brazo, una pequeña demostración de simpatía.

—Criatura extraña. ¿Por qué la odian así sus criadas?

—Siempre roba comida. No la compadezca demasiado. Trató de matarlo.

—No es así, Nora. No es más que una niña.

—¿Es menos definitiva la muerte si el dedo que aprieta el gatillo es el de una

chica de doce años?

—Prefiero creerlo.

La señora Warrender me acomodó la almohada.

—Es bueno que se marche, doctor. Hablaré con ellas... La vinculan con el río y sienten que es algo así como una compañera para usted.

—¿Compañera? Trató de matarme.

—Quizá piensa que usted posee poderes especiales. Estoy segura de que sabe que usted está a mitad de camino de la fantasía.

—Disparó su rifle contra mi pecho.

—Bueno, ahora sabe que no le falta coraje. Viene de alguna tribu montañesa del norte..., probablemente está decidida a casarse con usted. A los doce o trece años es prácticamente una solterona.

—No vivirá mucho más si sus mujeres siguen así... Han tratado de dejarla ciega.

—Haré que se aparten de ella. Saben que estaba con Harare.

—¿Y no se lo han dicho al capitán Kagwa?

—Lo harían, pero les he explicado que ella es importante para usted.

—¿Lo es?

—Por supuesto... Usted no lo ha pensado, pero es su pequeña mensajera. Revolotea por todas partes. Le trae noticias.

—¿De qué, por Dios?

—Del río... *Su* río.

Miré una gran ola que atravesaba la corriente marrón, moviéndose como el caparazón sumergido de una inmensa tortuga despaciosa. El agua cubría ya partes de la terraza.

—¿Mi río? En realidad es mío. Todavía tengo las escrituras.

—Espero que el capitán Kagwa las reconozca. Por lo menos lleva su nombre.

—El río Mallory... Pagué mil dólares, más de lo que Kagwa esperaba.

Está impresionado, usted es una imagen de potencia para él. Un día le erigiré un altar, como la estatua de De Lesseps en Suez.

—Quizá... Lo siento por la chica japonesa. Todo se ha salido un poco de quicio, como la mayoría de las cosas que toco. Pero de todos modos ha sido el único verdadero acierto que he tenido aquí.

—Entonces, ¿por qué trata de destruir el río?

—¿Destruirlo? Yo quería desviarlo y salvar el proyecto de los pozos.

—¿Con ese dique y todos esos toneles de gasóleo? Yo llamo a eso un asesinato con premeditación.

Miré el agua que bañaba la terraza, curiosamente tranquilizado por la visión del sereno canal marrón.

—Era una provocación... esa fuente que brotaba del suelo, ¿por qué allí y no treinta metros más lejos? Tanta agua, era demasiado. Y además no cesaba de crecer.

Cuando Sanger le dio mi nombre... tuve que hacerlo.

—¿Y ahora?

—Todo ha cambiado. Esto es un tercer Nilo. Para contenerlo habrá que usar algo más que unos pocos toneles de gasóleo.

—Pero, ¿por qué? En términos estrictos, no es usted quien ha creado el río. Según el señor Pal, un temblor de tierra en el macizo de Tondú ha desplazado las napas. Ha sido sólo una coincidencia.

—No. Eso es lo único que no ha sido. —Dos de las mujeres me miraban hoscamente desde la puerta, entre las sombras. Contemplé la costa opuesta a doscientos metros de distancia, donde una patrulla de soldados retiraba un tronco del agua. Ignorando a las mujeres, hablé suavemente—. Yo he creado este río, Nora. Lleva mi nombre. Es mío.

Dio un paso atrás y se ciñó apretadamente el peinador, con una expresión amable pero distante, como si yo fuese algún primate exótico que ella y su marido criaran para el excéntrico encargado de los mamíferos de un zoológico de moda.

—¿De modo que volverá e intentarlo? ¿Y se perderá toda esta agua? Se me ocurren mejores usos.

—¿Regar el Sahara? —El helicóptero de la gendarmería pasó por encima, arrugando la superficie con el aire de sus palas—. Piénselo, Nora... Gracias al río Mallory este lugar está a punto de convertirse en una zona de guerra. Harare ya lo llama el Nilo Rojo. Kagwa cree que será el procónsul de una nueva provincia del Sahara con ambiciones de secesión. En cualquier momento llegará una comisión panafricana y empezarán las negociaciones. Se explotarán las concesiones de minerales, las multinacionales empezarán a reclutar mercenarios...

—Los hombres no pueden prescindir de los juegos peligrosos. —La señora Warrender hablaba en tono casual pero amargo mientras el agua salpicaba la galería. Miró una gota que relucía en su dedo como un diamante, y por un instante pareció una niña que se pregunta cómo guardarlo—. Yo dejaría correr libremente el río. Los arrastraría. A todos, a Kagwa y a Harare y a los mercenarios y a usted también, doctor. Yo podría volver a abrir el establecimiento. Me gustaría criar antílopes y leopardos, no esos monos de juguete para las tiendas de animales domésticos de California. Sería un sueño..., una nueva reserva natural en el Sahara, poblada por todas las especies vivientes... excepto una.

Se sentó en la camilla, como una viuda en el despacho del asistente social, obligada a aceptar la simpatía de los demás, pero que sólo se sostiene soñando desesperadamente con tiempos mejores por venir. La tomé por los hombros, con la esperanza de consolar a esa mujer todavía atontada.

—Nora, tendrá un nuevo establecimiento. Y criará leopardos. Pero antes tiene que marcharse. ¿Adónde irán todas ustedes?

—El capitán Kagwa dice que podemos instalarnos en el *Diana*. Sus ingenieros sostienen que el casco está en buenas condiciones.

—¿El burdel de la compañía petrolera...? —Cuando frunció el entrecejo y me apartó las manos, pregunté—: Dígame..., ¿por qué decidió cuidarme? Podría haberme dejado en el camión.

—Pensé que podría ayudarnos. Usted está tan completamente poseído...

—¿Pero de qué manera? ¿Para hacer qué?

Se puso de pie, con los labios fruncidos mientras miraba el río marrón.

—No lo sé... todavía. Agrandar el río, doctor. Piénselo a fondo, quiero que exprima toda el agua de las montañas, que lo haga más ancho y más profundo, tan ancho que desborde de su cauce...

Hablaba suavemente, pero sus puños pequeños tamborileaban contra la barra cromada a mis pies.

12. Noon

El HELICÓPTERO se cernía a baja altura sobre el río; al joven piloto francés le intrigaban el establecimiento de cría de animales y sus mujeres. Descendí de la terraza a la angosta playa de aluvión que había entre el agua y el abandonado huerto, ajustándome a la cintura la descolorida *robe de chambre* de Alan Warrender. ¿Imaginaba su viuda que yo me había sacado de la cabeza esa vasta corriente? Sentí el agua tibia en los talones. Olas diminutas me enlazaban los tobillos, trataban de atraerme a las profundidades. El río pescaba al pescador. Con la espuma jugueteando entre mis pies recordé una vez más aquella cripta líquida, llena de grava, en que había estado a punto de morir. Una parte de mi mente creía ya que el río jamás me haría daño, así como mi propia sangre no trataría de ahogarme.

Alcé la vista de la superficie cálida iluminada por el sol; deliberadamente eché atrás la cabeza, sentí cómo la vértebra lastimada, los nervios cervicales pellizcados me pinchaban la espalda. Durante unos segundos el dolor ocultó al río. Caminé por la costa, pateando las olas fuera de mi camino.

Un grupo de palmeras desgremadas, con las raíces a la vista, se inclinaban hacia el suelo. Pasé entre los troncos y me encontré en un brazo angosto de aguas más tranquilas, donde el muro de la selva dejaba paso a una playa de arena amarilla.

La chica azotada por la rama de sauce de Poupée estaba en cuclillas junto a su canoa de plástico. La piel oscura de sus hombros y brazos estaba llena de marcas azules. Se mecía sobre sus rodillas, canturreando en voz gutural mientras ordenaba un conjunto de objetos metálicos y de cristal sobre la playa.

Detrás de ella, en el límite del bosque, había una choza diminuta de cañas y ramas arrastradas por el agua; una herrumbrada rueda de bicicleta sostenía el techo de hojas de palmera. Por la puerta del pequeño refugio vi una vieja manta donde supuse que dormía por las noches y, además, muchos trocitos de cristal y restos de equipos eléctricos que había encontrado en las tiendas saqueadas de Port-la-Nouvelle.

Era una selección de esos restos lo que estaba ordenando sobre la arena: una bombilla rota, el dial de plástico de una lavadora, un circuito impreso de una radio a transistores y varios alambres de cobre. Arrodillada ante ellos, silbaba y gruñía mientras los movía como piezas de ajedrez sobre el tablero, tratando de infundirles alguna clase de vida.

Yo la miraba desde los árboles, unos pasos más atrás; me figuraba que con esas voces guturales ella esperaba reproducir el sonido y el color de los monitores de Sanger. Como los objetos permanecían inertes en la playa, lanzó un grito de disgusto y los cubrió de arena húmeda.

—No abandones aún...

Todavía de rodillas, se dio vuelta rápidamente y levantó la vista mientras se cubría las llagas de los hombros. Mis obsequios de comida no habían conquistado

aún su aprobación, pero por lo menos no había huido al bosque.

—Sí, yo... N'doc... Tranquilízate. Eres tan nerviosa como un pájaro.

Cuando me arrodillé a su lado se echó atrás pero me miró con serenidad. Me sometió a un atento escrutinio, recorriendo con sus ojos mis brazos lastimados, mis enflaquecidos muslos y mis tobillos, como si evaluara mis posibilidades como caballo de tiro.

Limpié de arena húmeda la bombilla eléctrica.

—Veamos qué se puede hacer con esto. ¿Cómo te llamas? —Cerca de ella, y sin el cañón de un rifle de por medio, vi que era una primitiva de alguna tribu montañesa del norte; un leve brillo azul iluminaba su piel negra. Marcaban sus rasgos solemnes y elegantes viejas cicatrices alrededor de las cejas y los labios, y pensé que habría sido maltratada en la infancia, expulsada tras la muerte de su madre y abandonada a sus propios medios. De algún modo se habría unido a la unidad guerrillera de Harare. Era muda o autista, o había sufrido algún daño cerebral durante una paliza. Sin embargo parecía perfectamente vivaz mientras fruncía los labios con escepticismo, segura de que yo no podía reconstruir uno de los monitores del profesor Sanger con aquellos trozos de alambre y cristal.

Recogí la bombilla rota y desprendí la base metálica.

—Trataré de conseguir que la señora Warrender te tome a su cargo. ¿Qué te parece esto?

Quebré la varilla interior de cristal y luego metí adentro una tapa de botella de modo que las letras rojas brillaron a través del cristal esmerilado.

—¿No está bien?

Sin dejarse impresionar, la chica resopló vigorosamente por las pequeñas ventanas de la nariz. Pero miraba discretamente la bombilla, intrigada por el sencillo truco. Por primitivo que fuera su origen, había cierta fineza en sus movimientos precisos, en la gracia con que abría las manos y las rodillas, como si ensayara constantemente los elementos de una vida más rica y elegante.

—¿Vamos a ver a la señora Warrender? —Me erguí y quise tomarla del brazo, pero ella se apartó y se agazapó en la entrada de su cabaña—. Está bien. Mañana te dejaré afuera algo de comida.

Estaba a punto de irme cuando se enderezó sobre sus rodillas. Se llevó una mano a la garganta, preparando sus cuerdas vocales dañadas para algún esfuerzo sostenido.

—... N'oon. —Con una leve sonrisa, evidentemente satisfecha de ese extraño ruido, volvió la cabeza y mostró un tímido perfil.

—¿Noon? Muy bien. Se lo diré a la señora Warrender.

Volví hacia las palmeras, pero después de dos pasos oí pies que corrían por la arena. La chica se agazapó detrás de mí, semiescondida entre los árboles inclinados. Sus ojos sobreexcitados me dirigieron una viva advertencia; señaló la lancha policial que atravesaba el río hacia nosotros, la oscura espuma que se deslizaba al cálido sol. El capitán Kagwa estaba junto al timonel con un impermeable negro sobre el

uniforme.

—No temas, Noon. El capitán no te hará daño.

Pero ella había desaparecido entre la espesura, dejándome una última imagen fugaz de su rostro intenso, con una expresión ansiosa como la de una madre adolescente cuyo hijo está amenazado.

Caminé por la playa para saludar al capitán Kagwa. Comprendí que no era yo quien amparaba a Noon, sino que era esa inocente hija de los ríos quien me protegía, fueran cuales fueran sus motivos.

La lancha de la policía se acercó a la terraza; un agente hurgó con el bichero los escalones embaldosados. Junto a la señora Warrender y a sus mujeres miré la imponente silueta del capitán Kagwa recortada contra el sol, pensando cuánto había crecido el río. Las ondulaciones que lo recorrían daban a su superficie una visible convexidad, como si incluso el cauce actual fuera demasiado angosto para su inmenso cuerpo.

La mano en la pistolera, el capitán Kagwa inspeccionaba el río como un mahout encargado de un elefante magnífico pero imprevisible. La fortuna del capitán había crecido con el río. Ahora gobernaba una fuerza de doscientos hombres, un helicóptero y una barcaza de desembarco, y había adquirido más corpulencia y autoridad. Pensé, y no por primera vez, que al crear el río había dado al capitán Kagwa y a toda la gente de Port-la-Nouvelle un renovado sentimiento de finalidad. El río los había curado de su desazón y había regado sus áridas vidas.

—Despierte, doctor. Luego se vestirá. —Bajó a tierra, y casi arrojó al agua a su agente—. Señora Warrender, reúna a sus criadas. El sargento pasará a buscarlas dentro de una hora.

—Pero capitán... —La señora Warrender miró por encima del hombro la casa estremecida—. Usted dijo la semana próxima. Tenemos que empacar el laboratorio.

—Nada de mudanzas sentimentales ni despedidas de última hora. Esto es una evacuación... Saldrá mañana de Port-la-Nouvelle. ¡Mire!

Señaló el huerto detrás de la casa. Las grandes lagunas que había entre los cuadros de hortalizas se habían unido en un arroyo de tres metros de ancho, un pequeño brazo del río que atravesaba el camino de grava y regresaba al canal principal. El establecimiento de cría de animales estaba ahora en una isla de fango, asediada por el agua, no mayor que un campo de fútbol. El alero a la holandesa del lado este de la casa se estaba deslizando de las vigas que lo sostenían. Los cimientos ablandados empezaban a resquebrajar la estructura de madera y se veía el cielo a través del techo del ático y entre las tablas sueltas del balcón.

—Ahora vendrá conmigo, doctor —me dijo Kagwa—. Dos de mis hombres se han herido en un accidente. Este río... —Miró el agua, inhalando profundamente como para sincronizar su respiración con el vasto caudal. Mientras la señora Warrender y sus mujeres volvían a la casa, observó con un chispazo de su antiguo

humor—: Todas sus obsesiones, doctor. Crean montones de problemas...

Diez minutos después, mientras la lancha bailaba en la corriente, miré la casa inclinada sobre la plataforma de barro en desintegración. La señora Warrender estaba en la terraza; la espuma velaba su figura menuda. La saludé con la esperanza de darle ánimos, pero me ignoró, soñando en silencio con ese diluvio que inundaría el sur desde el Sahara, después de diez mil años de sequía, para ahogar a la raza de los hombres.

Arrastrados por la corriente, entramos en el curso central, más veloz. La barca, embestida de través, derivó en el agua densa y llena de sol. El motor se paró y en el silencio flotamos hacia atrás mientras el capitán, junto al timón, se afanaba con el arranque. Las costas se deslizaban, labradas en la tierra roja por el río. Los árboles volcados hundían sus hojas en el agua, con las raíces al aire como candelabros. Un camino terminaba bruscamente en la costa y la cerca de alambre que rodeaba una plantación de tabaco se desvanecía en la corriente. La floresta se apretujaba contra las riberas. Las copas eran más ricas y luminosas, islas de luz verde a punto de elevarse al cielo. Grandes árboles avanzaban hacia el agua como un ejército de antiguos caballeros, felices de caer derribados con toda su armadura de ramas y hojas. Cuando nos acercamos al campo de aterrizaje vi que una haya gigantesca se desprendía de la costa erosionada y se derrumbaba, una inmensa catedral que se ahogaba ante mis ojos.

Sentado a popa entre las bengalas y las cajas de munición gocé de los frescos arcos iris que se alzaban de ese continente de agua. Pero el capitán Kagwa, ansioso por proseguir, se adelantó e hizo funcionar el arranque.

—Estos chicos de aldea —dijo cuando la barca se puso en marcha— sirven para encerar el suelo de la sala de guardia, pero cualquier otra cosa los confunde... Ahora necesito hombres adiestrados.

—¿Para qué, capitán? No tiene sentido tratar de construir diques alrededor de las plantaciones de tabaco... Temo que se han perdido.

—¿Plantaciones de tabaco? Port-la-Nouvelle está debajo del agua, la ciudad sólo existe en sentido técnico. Pienso en cosas más importantes, doctor. Ahora la Provincia del Norte es una zona estratégica. Podemos rechazar al desierto e iniciar nuestro avance hacia el Sahara.

—¿Cree usted, entonces, que el río durará?

—¡Por supuesto! Cuando ha llegado la hora de un sueño, ¿quién puede refrenarlo? —Kagwa parecía olvidado de nuestras tentativas abortadas—. Hemos capturado a dos desertores de Harare; habían navegado durante tres días en una balsa. Dijeron que éste puede ser un brazo de un río todavía mayor que nace en el Macizo de Tondú.

—¿El Nilo Rojo? He oído decir que Harare lo llama así.

—El Nilo Negro, doctor... Con el empuje de este río, el África negra se lanzará

hacia el norte contra el mundo árabe.

Se sentó con los brazos extendidos para tocar el río, un conquistador negro que recorría su Amazonas privado, con un ojo clavado en la más próxima cámara de televisión. Sin embargo, mientras nos acercábamos al campo de aterrizaje, advertí que había desaparecido todo rastro de la instalación cinematográfica de Sanger junto a la torre de control. Yo esperaba que las tomas del fracaso del dique y la muerte de la señorita Matsuoka hubiesen llevado la cara de Sanger a los noticieros de televisión de todo el mundo. Sin embargo, a pesar de la actividad militar en las costas, no había señales de ese segundo ejército de burócratas, agrónomos y exploradores del Banco Central pululando alrededor de este nuevo inmenso curso de agua, como yo había imaginado.

—Una visión grandiosa, capitán...; ¿el gobernador provincial la comparte?

Kagwa se aflojó el cinturón con la pistolera antes de responder.

—Todavía no, doctor. Es demasiado pronto para informarle. Las cosas están en pleno desarrollo.

—¿Y podría confundirse si tuviera demasiada información?

—Naturalmente. Le he explicado que su proyecto de perforación ha sido un éxito y lo he persuadido a que me preste un helicóptero. Pronto haré un reconocimiento de la frontera entre el Chad y el Sudán. Perseguiré de cerca a Harare y a sus peligrosos bandidos. Y mientras esté allí, para economizar costos, haré también un relevamiento geológico que resuelva cualquier problema de territorialidad y propiedad.

—Creía que la propiedad ya estaba establecida, capitán.

—¿En qué sentido, doctor?

—El río Mallory... es mi río.

—Doctor... —A pesar de su enfado, Kagwa puso su gran mano en mi hombro con sorprendente gentileza, como si quisiera tranquilizar a un paciente inquieto—. Mi querido amigo, debe distinguir entre el sueño y la realidad.

—Tengo un contrato, capitán. Le he pagado mil dólares. El río está oficialmente registrado con mi nombre.

—Pero... —Kagwa señaló el ancho curso de agua—. No es el mismo río. Sus fuentes están en el Macizo de Tondú, a trescientos kilómetros de aquí. Esa pequeña corriente había brotado de su cabeza.

—Quizá, pero es el mismo río. Yo podría insistir en que cumpliera el contrato, capitán.

—¿Para intentar luego la destrucción del río? Eso no sería práctico.

—Por el contrario, sólo me interesaba el proyecto de perforación de pozos.

—¡Y ha sido un éxito! —gritó Kagwa, alarmando al joven timonel—. Un éxito tal que ha superado todos sus sueños. Y también los míos. Su proyecto es un triunfo y toda el África lo felicitará, *Newsweek* y *Paris-Match* le harán frecuentes entrevistas.

—Pensé que usted se reservaba la noticia, capitán.

Kagwa suspiró y me dirigió una sonrisa poco amistosa.

—Doctor, el mundo está lleno de ríos. Si quiere entablar un duelo con un río, elija uno de su país.

Nos acercábamos a la desembocadura del río en el lago Kotto. A nuestra derecha había una áspera pendiente de tierra y grava que señalaba el punto donde la pista de aterrizaje terminaba bruscamente. La tierra manchaba el agua de un amarillo lechoso, y formaba lisas barras de arena visibles por encima de la superficie. En las aguas bajas yacía algo semejante a la cabeza de un bisonte negro, la raíz sumergida del roble de la que, al menos en mi imaginación, había nacido el río. Bañada por la corriente, estaba entre los troncos y maderos a la deriva, cerca de la fuente original.

El mismo Kagwa reconoció en apariencia ese objeto herido pero todavía amenazante. Hizo una mueca de disgusto y escupió en el agua.

Entre los últimos árboles avanzamos velozmente hacia la amplia extensión del lago Kotto. El lecho blanco había desaparecido. De un extremo al otro del horizonte el paisaje estaba cubierto de agua. Los grandes robles que se alineaban en las riberas del lago se erguían ahora sobre angostas calzadas de barro a escasa altura sobre la superficie. Una marea de agua oscura había anegado Port-la-Nouvelle. Las olas lamían el muelle debajo del cuartel de la policía. Brazos procedentes del lago cubrían las calles, y un grupo de soldados tendían tabloncillos desde el cuartel hasta el patio del garaje Toyota, que era ahora depósito de gasolina y cochera de vehículos militares. Mi caravana estaba fuera de la clínica, sumergida hasta los ejes en el agua aceitosa.

Amarramos la lancha en el muelle de la policía. Allí estaban el ferry *Salambo* y la barcaza de desembarco francesa. En la cubierta de carga del ferry había una vieja limousine Mercedes, presumiblemente comprada con el dinero que yo había dado al capitán Kagwa. Junto a ella había seis toneles de gasóleo para los motores reparados del ferry. Kagwa contempló orgulloso el coche, cuya carrocería pulida aunque abollada reflejaba décadas de servicio en desfiles provinciales y cortejos fúnebres. Sin dificultad me lo imaginé reclinado en el asiento trasero mientras el ferry, escoltado por el helicóptero y la barcaza de desembarco, realizaba su viaje imperial hacia la fuente del río.

El capitán desembarcó y entró dándose aires en el cuartel, después de asegurarse de que yo iba tres pasos más atrás. A sus ojos yo era el médico de una misión, a quien meramente toleraba en su corte. Durante mi convalecencia en el establecimiento de cría de animales todo mi instrumental médico y quirúrgico había sido trasladado de la clínica a la habitación inmediata al despacho de Kagwa y ahora compartía los estantes con su modesta colección de videocassettes.

Examinó las aguas soleadas del lago desde la ventana de su despacho mientras aguardaba al helicóptero para una inspección aérea de sus dominios. En la sala de guardia atendí a los dos soldados. Ambos se habían herido mientras subían el Mercedes a bordo del ferry. Jugando con los mandos del pesado coche, el sargento había soltado el freno de mano arrojando a los dos hombres contra los toneles de gasóleo. Vendé los rasguños de sus espaldas y sus cabezas y traté de calmar sus

temores por ese accidente de tránsito sobre el agua.

Más tarde, mientras me lavaba las manos en el fregadero del pasillo, miré el patio interno del cuartel. Entre los abastecimientos militares, los rollos de alambre de espino y las gallinas en jaulas de caña había una gran caja llena de equipos electrónicos —monitores, tableros de control y cámaras— que yo había visto por última vez junto al Dakota.

Supuse que Sanger había abandonado su ridícula misión humanitaria, pero me sorprendía que hubiese dejado Port-la-Nouvelle sin su estudio móvil. Me volví para preguntarle al capitán Kagwa y volqué la tapa de una ollita que un soldado traía por el corredor. Él volvió a cubrir el cocido de pescado y patatas dulces y entró por una puerta situada detrás del depósito de medicamentos.

Lo seguí y vi por encima de su hombro una celda sin ventanas iluminada solamente por el polvoriento tragaluz del cielorraso. Junto a la pared había un colchón, detrás de un sucio cubo de desperdicios. Un demacrado europeo dormía en el colchón de cara a los ladrillos grises, con el mentón barbudo apoyado en la chaqueta enrollada como una almohada. En una mesilla de juego, debajo del tragaluz, había una colección de fotos de Kagwa en uniforme de gala, y entre ellas reconocí varias tomadas mientras lo entrevistaba Sanger, el día de su llegada. Otras eran de su graduación en la academia policial, con sus camaradas de promoción, y en otras saludaba desde el asiento del pasajero de su helicóptero. Antes de perder interés en el proyecto, o demasiado enfermo para continuar, el prisionero había dispuesto las fotos en un marco de madera, armando una burda maqueta para un documental sobre la ilustre carrera de ese policía de provincias.

—Doctor... —La mano poderosa de Kagwa aferró mi codo derecho, presionando deliberadamente el nervio cubital. Cerró la puerta de la celda en la cara del soldado, que había puesto la olla de estaño en el suelo junto al europeo y se disponía a sacar el cubo de desperdicios—. Ya ha terminado usted su tarea. Ahora vuelva a la clínica y termine de empacar.

Dejé que me guiara por el pasillo hasta su despacho.

—La barba... No pude verlo. ¿Es Sanger?

—Por supuesto que no... Ha partido de Port-la-Nouvelle hace varias semanas.

—Su equipo cinematográfico está aquí. —Entonces, pensé, cuando Kagwa se embarque en su expedición, un documental registrará sus progresos proconsulares—. Si no es Sanger, ¿quién es?

—Un contrabandista de drogas que aguarda su juicio. Un hombre muy peligroso. Ahora debería marcharse, doctor.

—Primero tendría que examinarlo. Dos meses en esa celda...

—Doctor Mallory. —Kagwa me dio una palmada en el hombro. Me escrutó, tratando de determinar en qué extraño órgano residía mi compulsión a fastidiarlo—. Doctor, he estado pensando en su situación. El lago Kotto es ahora una zona de operaciones militares; por su propia seguridad partirá mañana con la señora

Warrender. Su permiso de residencia queda sin efecto.

Empecé a protestar, pero el ruido de un avión que se aproximaba resonó en la ventana y arrancó del techo galvanizado del depósito de tabaco una cacofonía de chapas frenéticas. Había llegado el helicóptero del capitán Kagwa. Mientras se cernía sobre el ferry observé que se había instalado una ametralladora ligera en el suelo de la cabina al lado del piloto. Había, sujeta al patín de estribor, una vaina cilíndrica que había servido para disparar bengalas, cuyos orificios estaban tapados con trapos.

Mientras las luces de navegación giraban proyectando su fino haz en el suelo del despacho de Kagwa, el joven piloto francés miraba a los soldados que corrían al muelle. Esperando que se apartaran siguió lentamente la costa; el aire de las palas levantaba una tempestad de polvo y paquetes de cigarrillos.

Sin prestarme atención, Kagwa gritó por encima del ruido del motor una orden al grupo de soldados que descansaban entre sus armas en la sala de guardia, se escarbaban los dientes y jugaban con las radios a transistores de los demás. Descendieron estrepitosamente las escaleras y corrieron por el muelle, siguiendo a la cámara de televisión de control remoto montada entre los patines de aquella máquina quimérica, como fanáticos de una nueva religión televisada.

13 Piratería

AL ATARDECER, junto a la caravana, miraba cómo las últimas franjas de color cereza del poniente se hundían en el límite oeste del lago Kotto. La selva se acercaba a la ciudad abandonada, las hojas de las palmeras rozaban los techos de chapas. En la densa penumbra verde el agua parecía sobrepasar las costas, como si las enormes olas que rodaban por la superficie estuvieran a punto de inundarlo todo a mi alrededor, sumergiendo mi mente en su ensueño amniótico. Miré la ancha boca del río, que había incorporado a su cauce inclusive al lago Kotto, y sentí un orgullo ilimitado por haber desempeñado mi parte en su creación. La tarea de refrenar esa inmensa masa de agua era evidentemente imposible. Comprendí que ya no podía mantener la esperanza de derrotar al río y atajarlo en su boca: era necesario que remontara su curso en la frontera del Chad y el Sudán y encontrara luego sus fuentes en el Macizo de Tondú. Además, ahora quería explorar ese río que yo había sacado a la luz desde sus túneles subterráneos. Lo había liberado de la oscuridad y lo había guiado hacia arriba, hacia el día. Ahora el sol y el aire continuarían mi obra, y yo estaba ansioso por verlo crecer y cambiar.

Sostuve la puerta rota de la caravana. La madera estaba partida por la culata de un fusil, y el contenido de la cabina había sido saqueado varias veces por los soldados desocupados de Kagwa. Miré los neumáticos achatados, sumergidos en la corriente que inundaba el despacho y el dispensario y salía por las puertas abiertas de la clínica.

De algún modo debía encontrar un camión suficientemente robusto para llevarme trescientos kilómetros río arriba y bastante combustible para el viaje. Pero si trataba de quedarme en Port-la-Nouvelle Kagwa me metería en la cárcel. Si partía con la señora Warrender y su grupo al día siguiente, era probable que no nos enviaran a la capital provincial, donde podríamos hablar con la prensa y con los representantes de las Naciones Unidas, sino a alguna aldea remota donde un esbirro de Kagwa nos retendría en arresto domiciliario.

En la ribera un ave extraña revoloteaba en la oscuridad. Su larga cola se movía de un lado a otro entre sus garras mientras se cernía sobre el lago, como algún saurio volador expulsado de su nido fósil por el río.

Salí de la caravana y caminé por las aguas bajas intrigado por ese loro o guacamayo liberado del establecimiento de la señora Warrender. Cuando llegué a la costa vi que se trataba de la piel de un cocodrilo pequeño suspendida del extremo de una caña. Debajo, Noon en su canoa, con el remo en una mano la caña en la otra, movía de lado a lado la piel en la oscuridad.

Mientras remaba a lo largo de la costa, seguía sacudiendo el reptil desollado. Sin duda había oído decir a los centinelas del cuartel que yo me marcharía el día siguiente, y esa extraña demostración era una tentativa de retenerme en Port-la-

Nouvelle, de conseguir que volviera a comprometerme con el río.

A cien metros del cuartel, cuando llegamos al primero de los muelles, dejó que la canoa encallara en la playa. Permaneció en la oscuridad mirándome con la misma expresión grave como si comprendiera todos mis motivos.

Esforzándome por no asustarla, miré la piel de cocodrilo balanceándose en el aire de la noche, las fuertes placas iluminadas por la lámpara de petróleo de la escalera del cuartel. Rifle al hombro, el centinela discutía distraídamente con dos pescadores agachados junto a su tenderete de pescado seco. Tras ellos, en la oscuridad, el oleaje de la noche mecía las altas popas del ferry y la barca restaurante. El capitán Kagwa estaba pasando la noche en el campo de aterrizaje junto a su amado helicóptero, y sólo había un pequeño cuerpo de guardia en el cuartel.

Me arrodillé junto a Noon en la arena caliente. Tomé de su mano lastimada la caña y la puse en la canoa.

—Bueno. Pero no puedo llevarte conmigo. Ahora bien, ¿dónde está el rifle? —Apoyé el remo en mi hombro, apuntándole al centinela—. El rifle. Lo tienes escondido, Noon...

Mientras ella echaba a correr en la oscuridad sostuve la caña en la mano y escuché el distante murmullo del río allí donde sus aguas entraban en el lago, el profundo ensueño del gigante adormecido en cuya boca estaba a punto de deslizarme.

Una hora más tarde regresó del bosque cargada con un envoltorio húmedo de ropas y de plástico. Mientras vigilaba el cuartel, agazapada debajo del camino de la playa, saqué el viejo Lee-Enfield de la chaqueta de camuflaje en que ella lo había envuelto. Desarmé el cerrojo y toqué el percutor intacto, recordando que Noon había intentado matarme en esa misma playa. Satisfecho con el estado del mecanismo, extraje el herrumbrado cargador. A Noon le habían dado dos balas para defenderse, pero había olvidado meter una de ellas en la recámara.

¿Lo habría sabido en ese momento? Se deslizó por la playa y se quedó en cuclillas a mi lado; me miró con orgullo mientras yo manipulaba el rifle, la primera muestra de emoción que observaba en su rostro. ¿Pensaba que yo podría asesinar al río con esas dos balas? Desde nuestro primer encuentro, sus motivaciones habían sido tan indescifrables como las mías. En ciertas ocasiones defendían al río; en otras parecía desafiarme a que lo destruyera.

Con la chaqueta de camuflaje sobre los hombros, remó hacia la oscuridad. Yo chapoteaba debajo del muelle y ella bogaba en su canoa a quince metros de la playa. Mientras uno de los pescadores razonaba con el centinela y daba golpecitos con la mano a una carpa seca, me deslicé entre el ferry y la barca restaurante. La corriente tironeaba de mis piernas, apartaba los cascotes del muelle.

Debajo de la timonera del ferry había espacio para tres vehículos. Bajo el peso del Mercedes quedaban unos treinta centímetros escasos de francobordo entre la cubierta de metal y la línea de flotación. El agua oscura del lago me rodeó la cintura mientras desataba la amarra de estribor y dejaba hundir el cabo debajo de la superficie. Subí a

bordo, escondido del cuartel policial por el bulto rectangular de la timonera. Cuando las amarras de babor cayeron al agua uno de los pescadores se volvió, pero el joven centinela le estaba mostrando su reloj con calculadora producto del saqueo. El ferry se estremeció y se desplazó hacia el casco blanco de la barca restaurante, pero los neumáticos de camión que tenía colgados a los lados amortiguaron el suave impacto. Para ayudar a la corriente, me estiré entre las dos embarcaciones y empujé la baranda ornamental de la barca.

El ferry salió a la deriva de su amarradero proa a la oscuridad, donde la chiquilla aguardaba en su canoa, la carita resplandeciente a la lejana luz de la lámpara de petróleo en la escalera del cuartel. Cuando pasé a su lado, alzó la mirada con una sonrisa tímida. Hizo señas con la piel de cocodrilo, como si aún esperara que la llevase como pasajera.

Hubo un grito en el muelle y los soldados y los dos pescadores corrieron por los tablones de madera. El ferry, a sólo cinco metros del muelle, derivaba lentamente en la corriente. Con el rifle por encima de la cabeza, el soldado bajó a saltos los escalones de piedra y entró en el agua.

La superficie se quebró alrededor de sus muslos. Muy cerca de la hélice, extendió la mano hacia el neumático de camión que colgaba de la borda, a popa. Aunque el casco de acero desplazaba unas treinta toneladas, el soldado era bastante fuerte para retener la embarcación hasta que los hombres que dormían en el cuartel acudieran en su ayuda.

Yo manoteaba desesperadamente tratando de poner en marcha el enorme motor diesel debajo de la timonera, con la misma laboriosa serie de acciones que había observado desde el despacho de Kagwa. Cebé el carburador del motor de arranque de gasolina, e hice girar el magneto a manivela. Cuando el motor pequeño funcionaba había que conectarlo con el diesel principal y luego embragar el eje de transmisión de la hélice.

Al verme en la timonera, el soldado levantó el fusil y se lanzó adelante. Me gritó mientras yo trataba de ocultarme y luego corrió golpeando la culata del arma contra las viejas planchas del barco.

Agazapado detrás de los tambores de gasóleo, le apunté con el Lee-Enfield. Noon estaba de pie en su canoa en la oscuridad, a diez metros de distancia, agitando la piel de cocodrilo para distraer al soldado, que trataba ahora de saltar a la cubierta.

Puse la mira por encima de su cabeza, corrí el cerrojo y metí en la recámara una de las dos balas, y luego disparé a la lámpara de petróleo del cuartel. El estruendo detuvo al soldado. Trastabilló entre la estela de encaje del ferry, los ojos iluminados por las llamas que jugueteaban entre los cristales rotos y los pescados secos. Al tratar de abordar la embarcación le había dado un impulso inicial, y ahora bogaba hacia el lago mientras la luz titilaba en la cola bailoteante del cocodrilo desollado.

Unos angustiosos minutos más tarde, mientras los últimos disparos al azar desde

el cuartel atravesaban el cauce, yo había puesto en marcha el motor del *Salamambo* y avanzaba regularmente a tres nudos hacia la entrada del río. La pulsación del pesado motor diesel trepidaba en la cubierta de metal debajo de mis pies y resonaba en la caseta de madera del timón mientras yo viraba hacia la plateada desembocadura del canal. Las aguas tersas se extendían a la luz de la luna como la calzada de acceso a una autopista continental cuyo primer peaje había pasado sin pagar.

—N’doc...

Miré el agua oscura abajo, a estribor, y vi a Noon en su canoa. Remaba furiosamente, los brazos trabados por la chaqueta de camuflaje. Apenas lograba seguir el paso del ferry, y la canoa empezaba ya a llenarse del agua que levantaba la proa del *Salamambo*.

Bajé de la timonera y le hice señas de que se alejara, aunque sabía que los hombres de Kagwa le dispararían si volvían a verla.

—¡Vuelve! ¡Escóndete en casa de la señora Warrender!

—¡Doc Mal...!

La necesidad le había enseñado otra palabra. La canoa dio contra el ferry por última vez. El casco de metal y la ola del tajamar aplastaron el armazón de cañas mientras yo me agachaba y aferraba la mano de la chica. La canoa volcada desapareció en la estela, desmenuzada por la pesada hélice que cortaba el agua. Icé a Noon a la cubierta, sorprendido por su levedad. Un momento después, mientras el agua chorreaba por mi camisa y mis pantalones, ella estaba de puntillas junto al timón, mirando la cercana desembocadura del río. Golpeó el cristal y señaló una isla de árboles a la deriva que podía servirnos de escondrijo, el más próximo banco de arena donde podíamos encallar y la gran raíz del viejo roble en nuestro camino, la cabeza amputada de la bestia de cuyas caderas habían brotado las aguas del Mallory.

14. Fuera de la noche y hacia el sueño

ENTRÁBAMOS EN UN MUNDO SIN TIEMPO. Durante seis días habíamos remontado el río contra una lenta corriente ámbar que se deslizaba sosegadamente entre los muros de la floresta. Las inmensas coníferas ocultaban el sol, cuya ardiente presencia flotaba sobre la bóveda del bosque muy por encima de nosotros, roseta volante de una catedral en llamas. El golpeteo de la proa y el latido regular del motor diesel debajo de la timonera me recordaban relojes que escandieran el mismo ritmo; éstos eran relojes sin manecillas.

Todas las mañanas partíamos en seguida de amanecer de algún improvisado amarradero nocturno junto a la costa. A los pocos cientos de metros, la pulsación del motor y las monótonas paredes verdes borraban toda sensación del verdadero paso del tiempo, de los minutos, horas o días. Noon silbaba desde su apostadero en la proa del *Salammbó* y señalaba la luz vertical del sol que llenaba el centro del cauce. Sólo entonces comprendía yo que era hora de cocer una olla de arroz y reanudar la desesperada tarea de capturar un alcaudón o un chorlito. Las horas se habían deslizado en segundos como polvo por las rejillas abiertas de mi mente.

Desde nuestra huida a medianoche de Port-la-Nouvelle no habíamos visto trazas del capitán Kagwa, y habíamos dejado atrás las dos patrullas de avanzada que había enviado a explorar el río en barcas. La huida del lago Kotto había sido un peligroso zigzag entre los bancos de arena y los islotes de árboles a la deriva en la boca del río. Yo apenas había aprendido a dominar el pesado motor diesel: los cambios de velocidad efectuados en la timonera, incluso después de una semana de práctica, se transmitían erráticamente a la hélice, cuyas enormes palas continuaban aporreando el agua como las patas de un hipopótamo bullicioso bastante después de que hubiese desembragado el árbol de transmisión.

Desde el momento en que subiera a bordo, Noon había tratado de guiarme, pero durante nuestra fuga yo estaba demasiado excitado para escucharla. Luchando con el pesado timón, conduje el ferry hacia el más ancho de los tres canales que formaban el delta del río, sólo para embestir un poste de telégrafo sumergido. El *Salammbó* viró bruscamente a babor y se negó a dejarse gobernar. Por suerte, la presión de la corriente contra el casco liberó en seguida la quilla. A nuestro alrededor corría el lomo plateado del río, iluminado desde abajo por el reflejo de las luces del campo de aterrizaje como la pista de baile de un club nocturno al aire libre. Árboles a la deriva, con las raíces entrelazadas, chocaron contra la proa. El follaje subió hasta la borda, barrió la cubierta de los coches y quebró un cristal en la timonera antes de girar hacia la oscuridad. De pie a mi lado, Noon se quitaba trocitos de vidrio de los labios. Ya estaba tratando de apoderarse del timón. Convencida de que yo iba a encallar en los montículos de grava debajo del campo de aterrizaje, salió de la timonera y corrió hacia proa.

Con una serie de silbidos y exclamaciones guturales como las que empleaban los porquerizos de Port-la-Nouvelle dirigió nuestra marcha junto al aeródromo. Al principio no la tuve en cuenta, pero cuando un inmenso banco de arena se lanzó contra nosotros como el casco semisumergido de un submarino, decidí atender a sus gruñidos y señales.

Como esperaba, los soldados del cuartel policial habían informado por radio al capitán Kagwa del robo del ferry y del disparo que yo había hecho con el rifle por encima de la cabeza del centinela. Yo había abrigado la esperanza de que Kagwa pensara que cruzaríamos el lago y trataríamos de escapar hacia el sur por el río Kotto, pero él conocía demasiado bien mis motivaciones. Los reflectores rodeaban el puesto de mando del campo de aterrizaje y los soldados encendían luces para el helicóptero. Sus palas giraban en la oscuridad mientras la turbina zumbaba, lanzando haces de luz a través del río. El ruido enmascaraba el diesel del *Salambo*, pero un soldado que trastabillaba sobre el acantilado de grava vio la espuma que levantaba la hélice. Se disparó contra la oscuridad una descarga disonante, y una bala atravesó el parabrisas del Mercedes y se hundió en el asiento trasero.

El helicóptero se elevó sobre la pista, pero ya habíamos salido del cauce marcado con boyas entre las barras arenosas y los islotes de árboles que flotaban en el delta. Pasamos junto a la casa en ruinas de la señora Warrender, con el techo derrumbado y las paredes hundidas en el lodo. Luego entramos en el canal abierto, donde los muros de la selva se cerraban sobre el río, un camino privado que ni siquiera dejaba ver las estrellas, un túnel que conducía fuera de la noche y hacia el sueño.

Protegidos por los árboles navegamos en la oscuridad, escondidos debajo de las ramas que extendían sus hojas por encima de nosotros, como si agradecieran el abundante curso de agua en que bebían. En cierto sentido, yo había salvado del avance del desierto a los robles y a las coníferas y ellas ahora me lo pagaban. Finalmente tranquilo, procuré cuidadosamente no forzar el motor ni poner sobre aviso a las patrullas de Harare con un ruido excesivo. Los cinco nudos de velocidad de crucero del ferry apenas podían compensar la corriente, y ya era casi el amanecer cuando finalmente dejamos atrás el helicóptero del capitán Kagwa. Oía el zumbido del motor mientras el aparato exploraba el valle del río y veía moverse por las colinas boscosas el ojo vigilante de su reflector.

Allí donde el río se ensanchaba y formaba un largo lago ovalado, estuve a punto de encallar el *Salambo* en el banco de arena que dividía el cauce poco profundo. Paré la marcha, dejé derivar la embarcación y comprobé que una corriente inesperada nos impulsaba hacia la costa oeste. Nos metimos entre las ramas bajas, se cortaron los cables de acero que sostenían el mástil y se aflojaron los soportes de la chimenea. En la oscuridad, la turbulenta corriente susurraba pequeñas recomendaciones junto al casco, como si le hiciera confidencias a Noon. Estábamos atrapados entre las grandes ramas, y la hélice había quedado enterrada en la angosta playa que había al pie de los

árboles.

Noon bajó de la proa. Se puso en cuclillas junto al radiador del Mercedes y pulsó pensativa uno de los cabos que sujetaban el coche a la cubierta, curiosa por ver cómo hacía para liberar la embarcación.

Volví a conectar el motor, pero cuando salí de la timonera un furioso estallido de luz y ruido invadió la noche. Una sirena ululaba entre los destellos de un faro giratorio, y una fresca corriente de aire descendente convirtió la oscura superficie del agua en una serie de olas concéntricas. El helicóptero estaba suspendido sobre el río como una nave espacial visitante que descendiera del cielo. La enorme máquina flotaba a tres metros de la superficie, la luz del reflector corría entre los árboles. Ese rayo en movimiento y las sombras de las hojas camuflaban el ferry; antes de que pudiera esconderme detrás de la timonera el helicóptero se había alejado, en el centro de su tornado de ruido. Se elevó sobre las colinas, siguiendo a su sombra sobre las copas. Aguardamos en la despavorida oscuridad a que el estruendo del motor se desvaneciera en la noche, y nos dormimos fuertemente abrazados por los robles de la costa.

Abrí los ojos al vivo resplandor del río. Reflejándose en el agua, el sol se filtraba entre el follaje que formaba una verde marquesina sobre la caseta del timón. La superficie de la corriente brillaba como laca derretida mientras se deslizaba entre los muros del bosque. En lo alto se oyó el grito de un ave extraña al que respondió el parloteo de algún pequeño mamífero arbóreo.

Trepé a las ramas que retenían al *Salammbó* en la costa. Noon dormía en el asiento trasero del Mercedes, el pulgar en la boca, los hombros cubiertos por una colcha de hojas que habían caído por la ventana abierta. Dormida con un ojo abierto, apoyaba la mejilla contra el agujero de bala del tapizado negro.

Cuidando de no despertarla examiné las colinas boscosas del valle del río, atento a cualquier señal de Harare y sus guerrilleros. Pero la floresta era tan apretada que todo, menos los pájaros, quedaba fuera de sus verdes muros. El río había dado nueva vida al bosque agonizante y los árboles se amontonaban junto a la costa como un rebaño de animales hombro a hombro ante un pozo de agua.

Mientras Noon dormía hice el inventario del combustible y las provisiones que había a bordo del ferry. Hice a un lado los cristales rotos y registré la timonera. Esa cabina de madera había sido a la vez el puente de mando, el despacho de cargas, la despensa y el dormitorio del piloto. En la pared del fondo había un colchón de paja sobre una litera, y encima colgaba una colección de horarios, conocimientos de embarque, recibos de combustible y permisos militares de tránsito, junto a una exhibición de bellezas desteñidas por el sol.

Entre los desperdicios del suelo había un mapa Renault de carreteras que databa de los días coloniales de la antigua África Oriental Francesa. Extendí el enmohecido desplegable sobre la cubierta para tratar de hacerme una idea acerca del terreno que

nos separaba de las montañas del Macizo de Tondú. El camino original partía de Port-la-Nouvelle y atravesaba la selva hasta una explotación minera a cincuenta kilómetros al noroeste, siguiendo el curso de un río borrado mucho tiempo atrás por el avance del desierto hacia el sur. Desde allí continuaba a través de la sabana que ocupaba la depresión central de la provincia del Norte. El camino, apenas más que una huella, unía pequeñas comunidades rurales cuyos nombres franceses se habían desvanecido y cruzaba una línea férrea de un solo carril que procedía de Saliere, una estación comercial y depósito militar del sur. A ochenta kilómetros hacia el norte y el oeste había ciénagas y salinas que el camino evitaba girando hacia el este hasta la ahora abandonada base aérea de Bonneville, al borde del Sahara y al pie de las estribaciones bajas del Macizo.

En total, un viaje de unos trescientos kilómetros. El mapa, cubierto de advertencias relativas a las repentinas inundaciones, los viaductos traicioneros y la escasez de repuestos y de combustible, no indicaba las cotas, de modo que yo sólo podía limitarme a suponer que mi nuevo río, en el caso de que se originara entre las montañas del Macizo, seguía un curso próximo al del camino perdido.

Plegué el mapa y lo puse en el estante del piloto, junto al timón. Junto a la puerta había un hornillo metálico y sobre él un recipiente esmaltado que servía como fregadero, lavatorio y olla de cocina. Debajo de la litera había dos viejas sillas de cubierta de lona, y un saco de arpillera casi vacío con una inscripción familiar: «África verde». Abrí el saco y pasé las manos entre los secos granos de arroz: había unos tres kilos, suficientes para alimentarnos una semana, y más tiempo si aprendíamos a atrapar aves y mamíferos pequeños.

El rifle Lee-Enfield estaba apoyado contra la timonera. Eché atrás el cerrojo haciendo saltar la cápsula que había disparado la noche anterior. Toqué la que quedaba en el cargador y la metí en la recámara. Esa última bala debía reservarse para una emergencia, pero yo ya me sentía poco dispuesto a disparar contra ninguna de las criaturas de la selva.

El río pasaba envuelto en su gran calma, repiqueteaba con los dedos contra el casco de acero del *Salambo* y me aseguraba que todo andaba bien. Vacilé junto a la borda, todavía atolondrado después de dormir toda la noche. Estaba hambriento, contuso y nervioso y tenía el oído atento a los árboles y el río, casi con la agudeza que dan las anfetaminas. Robar el ferry había sido una acción estúpida y peligrosa. Sabía que Kagwa, en busca de su inapreciable Mercedes, trataría de matarme. Yo era ahora en todo sentido un animal perseguido, pero sentía más confianza que en cualquier otro momento desde mi llegada a Port-la-Nouvelle. Había empezado a desprenderme de ese duro núcleo de misantropía, enmascarado con frecuencia por la dedicación profesional a las buenas obras, que es más común entre los médicos de lo que creen sus pacientes. Mi sensación de fracaso y mi carencia de metas se habían desvanecido en la noche, reemplazados por el vivo orgullo que me inspiraban no sólo el gran río que había creado sino también su flora y su fauna, tan abundantes. Con

vértigo sentí las primeras insinuaciones de ciertos delirios de grandeza: ya imaginaba al Mallory regando el Sahara y me veía a mí mismo como el mayor benefactor del tercer mundo...

Al mismo tiempo, aún quedaba por resolver mi duelo con el Mallory. Había seis toneles de gasóleo de doscientos litros atados debajo de la timonera, suficientes para alimentar los motores de la embarcación a lo largo, por lo menos, de trescientas millas, y para llevarnos con seguridad hasta la fuente del río en el Macizo de Tondú. Mientras me recordaba todo lo que había arriesgado, contemplé la superficie tersa y turgente del río, como el cuerpo carnosos de una mujer dormida. Vi en mi mente un manantial rocoso burbujeando en una remota caverna entre los picos. Utilizaría el resto de combustible como una carga explosiva y devolvería esa helada fuente a las venas más profundas de la montaña. Sólo entonces lograría sellar la boca del acuífero subterráneo que había abierto y cerraría la puerta sobre el gran río fósil que había regado en un tiempo el Sahara.

Sin embargo, por el momento esos sueños pertenecían a la noche. Cuando el verde humo del hornillo despertó a Noon media hora más tarde, yo preparaba una olla de arroz cocido. Con el pelo cubierto de hojas, me miró gravemente por la ventanilla trasera del Mercedes con el entrecejo fruncido porque yo revolvía el arroz con un destornillador grasiento. Una vez más me desconcertaba que se hubiera apegado a mí de esa manera, que no intentara esconder su desaprobación, como una niña seria que observa la torpeza de un adulto. Casi creía que algún poder invisible le había asignado la tarea de guiarme hasta la fuente del río. ¿O acaso, más prosaicamente, estaba a las órdenes de Harare y me utilizaba y utilizaba mi obsesión como un señuelo para atraer al capitán Kagwa al otro lado de la frontera...?

Todavía me miraba mientras salía por la puerta del coche. Cuando bajó el pie derecho al estribo metálico advertí que finalmente la herida infectada se había secado. La cicatriz, una pequeña serpiente roja, emergía de su guarida en el arco del pie y se enroscaba en el talón.

—¿Es cómodo, Noon? En ese coche han dormido las amigas de gánsters y jefes de policía.

Se puso en cuclillas junto al fuego y miró sin expresión el sol sobre el río y los muros de la selva que nos rodeaban. Con la navaja del piloto corté vastagos de las ramas que colgaban sobre la cubierta y alimenté el hornillo. El humo verde ascendía entre los árboles y se confundía con la niebla levantada por el calor de la mañana.

Mientras avivaba las llamas sibilantes ella extendió la mano y sacó de la olla un puñado de arroz.

—Espera..., todavía no está cocido.

Traté de cogerle la muñeca, pero ella arrebató la navaja y retrocedió como un animal nervioso.

—Tranquilízate, no quiero hacerte daño. Noon, conmigo estás segura.

Esquivó las ramas y se deslizó detrás del coche. Decidí no perseguirla entre el

enmarañado follaje que cubría la cubierta y aguardé a que volviera. Un paso en falso, y esa extraña chiquilla me clavaría la navaja en el riñón.

Unos minutos después oí una zambullida junto al ferry. Con una caña recién cortada en la derecha, Noon nadaba a través del río. Su mano izquierda se deslizaba en el agua dejando caer los granos de arroz parcialmente cocido que había tomado de la olla. Miraba intensamente el agua como si estuviera enhebrando una aguja con los dedos de los pies. Y de pronto esa fina lanza, una simple caña aguzada, centelleó entre sus dedos.

Con un grito de placer se incorporó y alzó a la luz un pez empalado. El agua corría por sus hombros desnudos, pero al verme se sumergió rápidamente. Nadó hasta el ferry y me extendió la pequeña carpa, y luego se dirigió con una sonrisa de satisfacción hacia la proa del *Salambo*, donde había colgado sus ropas, la chaqueta verde y los pantalones de fajina cortados por las rodillas.

Apenas terminamos la comida que Noon preparó, iniciamos nuestro viaje río arriba. Durante la noche el agua había subido otros treinta centímetros, y la corriente había liberado de la arena la hélice del ferry. Cuando quebré las ramas suspendidas derivamos lentamente hasta el centro del cauce. Puse en marcha a mano el motor de arranque, y advertí que me había torcido los tendones del codo derecho en mi pánico por alejarme del muelle de la policía. El diesel empezó a girar, esperé hasta que los cilindros se calentaran y conecté la hélice. La proa del *Salambo* cortó la superficie cristalina y centenares de peces cambiaron de dirección para acompañarnos. Atrapados durante tanto tiempo en los meandros del río Kotto, habían recorrido todo el camino desde Port-la-Nouvelle, tan excitados como yo mismo por ese nuevo río que había desembocado en sus vidas. Me alegró verlo y que hubiesen decidido viajar en la misma dirección.

Las cubiertas del ferry estaban salpicadas de hojas y ramas, un camuflaje eficaz que empezó a desprenderse con la brisa. Por debajo de la pesada palpitación del motor presté atención al capitán Kagwa y a su helicóptero. Pero él y su terrible máquina, un puño de hierro entorno de su propia furia, pertenecían a otro cielo. Habíamos entrado en un mundo virgen que yo había inventado y que la niña y yo continuaríamos inventando juntos.

15. El nombramiento de las cosas nuevas

CORONADAS DE NIEBLA, las verdes paredes del valle se deslizaban a los lados. Durante los días siguientes el paisaje cambió y la jungla de las colinas ecuatoriales dio paso al terreno más plano de la sabana. A unos treinta kilómetros de Port-la-Nouvelle dejamos atrás las últimas grandes coníferas y ahora árboles menores se apiñaban en las costas: arbustos en flor, magnolias y lavandas del desierto. El río era más ancho, casi doscientos metros de costa a costa. A veces se dividía alrededor de una isla angosta y luego parecía describir largas curvas errantes, como si tuviera conciencia de algún descuido de mi propia imaginación. Con frecuencia nos detenían las barreras flotantes de *sudd*, una planta acuática parecida a una primula pequeña con largas raíces rastreras que se enredaban en la hélice.

Cuando miraba por los cristales rotos de la timonera, constantemente me sorprendía la riqueza de ese mundo fluvial. Germinaban ahora semillas dormidas durante décadas en el desierto. Revividas por las frescas aguas que atravesaban la tierra apergaminada, las palmeras y las colas de caballo mojaban sus hojas en el río. Verdes cañas formaban una tenue empalizada que dejaba ver al través la polvorienta espesura. A medio kilómetro del cauce estaban los áridos campos blanquecinos de la sabana agonizante, donde herrumbradas norias se erguían junto a las acequias secas y cercas olvidadas señalaban los límites de las granjas abandonadas.

Pero una vida joven pululaba a lo largo del Mallory. Habíamos entrado en un jardín ribereño plantado para el día de nuestra llegada. Mirando esa escena pastoral entre los radios del timón, casi creía que mi propia imaginación inventaba el río a medida que seguíamos su curso. Madreselvas, helechos y bellas nectarias decoraban las costas. Pensé en las aves que había oído cantar en la selva, más atrás, y vi en la ribera gallinetas y rabihorcados. Una tijereta de cuello amarillo voló por encima de la proa, alción que nos guiaba hacia climas mejores. En una tranquila playa una gacela joven bebía en la orilla. En la costa opuesta un lince de la selva, fatigado de merodear por la árida sabana, vadeaba las aguas bajas con su piel resplandeciente mientras jugueteaba con los peces. Reduje la velocidad para no molestar a esas criaturas con la turbulenta estela del *Salammbó*.

Como ya no era necesario que me guiara, Noon pasaba ociosamente los días al cálido sol, instalada en el asiento del conductor del coche, tratando de hacer funcionar los diales del tablero. Yo no logré encontrar las llaves del Mercedes en el coche mismo ni en la timonera, pero conecté el sistema de encendido para que Noon pudiera distraerse con la radio.

Aburrida muy pronto por las noticias y la propaganda de la emisora del gobierno, Noon investigó la guantera del chófer. Allí descubrió un paquete de cassettes educativas adquiridas por Kagwa, obras populares de divulgación en materia de filosofía política, historia colonial y recursos del tercer mundo. Esas cassettes dieron

a Noon un curso básico de lengua inglesa, la primera instrucción que recibía en su vida. Se estableció en el asiento delantero como una alumna aplicada y asentía gravemente cuando el profesor y su interlocutor recitaban fragmentos de diálogo en el tono excesivamente formal de las escuelas por correspondencia. Adepta a los botones, utilizaba las teclas de retroceso y avance rápido como si sus dedos se hubiesen convertido en cuerdas vocales supletorias. Durante las pausas, Noon susurraba primero y luego trataba de repetir en alta voz aquellas consignas.

«... el turismo y la hegemonía burguesa... el parque natural como folklore neocolonialista... la naturaleza virgen del África y la explotación de los estereotipos raciales...».

Turbada por su incapacidad de articular esos polisílabos, Noon aumentó el volumen. El afectado diálogo de sesgo marxista resonó sobre el río y dos cebras jóvenes que abrevaban en la orilla nos miraron alarmadas. Encantada con esto, Noon empezó a hacer oír las cassettes a las aves que pasaban, informando a cada martín pescador de las ventajas de la solidaridad y los peligros de la explotación.

Otro recuerdo del mundo que habíamos dejado atrás se manifestó el sexto o el séptimo día: había perdido la cuenta dado que medía nuestro viaje en los términos del cambio de la flora y la fauna. Habíamos entrado en una zona del río en que el cauce se dividía en los canales de un delta interno. Enormes bancos de arena emergían a la superficie y nos movíamos por un paisaje casi abstracto de islas doradas que surgían del agua como los miembros de un gigante en el baño. Noon estaba en la proa, demasiado orgullosa para hacer señas con las manos, murmurando confusos fragmentos de diálogo que recordaba de las lecciones.

—Por Dios, Noon. —Apagué el motor y la llamé a la timonera. Expliqué con los brazos—: Pongámonos de acuerdo en esto. Izquierda quiere decir «solidaridad». Derecha significa «explotación». ¿Vale?

Con el entrecejo fruncido regresó a la proa. Las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, se instaló a horcajadas sobre el ancla y de vez en cuando se volvía y me gritaba:

—... plotación..., ¡plotación! —Y luego, aterrorizada—: ¡Doc Mal! ¡Sodilaridad!

Finalmente salimos de ese delta al río abierto y Noon regresó a su aula en el Mercedes. Moví el acelerador y llevé la velocidad a seis nudos. Durante algunos cientos de metros avanzamos velozmente entre los bancos de arena sumergidos. Luego, cuando entramos en aguas profundas, sentí que la cubierta se elevaba debajo de mis pies, como si el motor diesel se hubiese desprendido de sus soportes. Algo raspó violentamente la quilla de proa a popa, con unas sacudidas que amenazaban arrancar las planchas del casco. La rueda del timón giró en el sentido del reloj desprendiéndose de mis manos y el barco se detuvo escorado a estribor. Mientras me incorporaba en la cubierta inclinada el chirrido no cesó. Algo se había apoderado del ferry y trataba de abrir el casco en canal para devorar el motor.

Junto a la banda de babor saltó al aire una cascada de espuma rojiza. Se elevó del

agua una inmensa columna vertebral de casi veinte metros de largo. Cubierta de algas y escamas, parecía el dorso blindado de un antiguo saurio, las patas afirmadas en el lecho del río, las mandíbulas cerradas sobre el timón.

La espuma se calmó y el ferry se enderezó rechinando. Expulsada del asiento del coche, Noon estaba en la cubierta entre las cassettes dispersas. Apagué el motor y salí de la timonera mirando cómo nuestro atacante volvía a sumergirse.

Habíamos dado contra el puente de acero de una transportadora de mineral, parte de una excavadora con que se explotaba una cantera situada debajo de nosotros, ahora sumergida. Abrí la escotilla de popa y levanté la trampa circular para ver la hélice. Las palas no tenían daño alguno, pero un cable de acero del aparato se había enrollado alrededor del eje.

Mientras Noon miraba, intrigada por los recursos del Mercedes, saqué de su caja de herramientas unas palancas y el gato. Me dejé caer desde la borda al puente y me senté en él a horcajadas para tratar de aflojar el tentáculo de acero que sujetaba el ferry a ese leviatán fluvial.

Noon nadaba cerca de la popa con su lanza, dejando caer granos de arroz en el agua fresca.

—Doc Mal...

Hundió un dedo en el agua y señaló hacia abajo con una sonrisa, como si la trampa en que había caído el ferry le hubiese dado una idea.

—¿Qué quieres, Noon? Yo no morderé el cebo.

Amagó con su lanza, se zambulló y buceó. Me quedé en la estructura metálica, mirando los movimientos de las claras plantas de sus pies. Tersa y ágil como un cachorro de foca, era una náyade coqueta, una sirena niña que invita al marino de paso a su glorieta sumergida. Supuse que se proponía impresionarme, atraerme a un reino en que, si duda, sería la vencedora. O quizá deseaba demostrarme que el río ya no me haría daño y que estaría seguro en sus profundidades, envuelto en el manto de sus sueños. Y como yo había creado el Mallory, casi imaginaba que no me ahogaría si intentaba seguir a Noon. Esas aguas procedían de mis venas...

La miré nadar hasta la playa angosta donde había dejado sus ropas. La corriente era más suave junto a mis piernas y los árboles verde claro y los arbustos en flor parecían contener la respiración, como si participaran con Noon en alguna secreta complicidad.

Cubierto de grasa y de pintura descascarillada, decidí descansar antes de terminar de cortar el cable de acero deshilachado. De pie sobre el puente metálico, me quité los pantalones y los colgué sobre la baranda de popa; luego me arrojé al agua y nadé hasta la playa, a unos quince metros.

El bosquecillo de arrayanes silvestres se extendía hasta la estrecha franja de arcilla arenosa. Limpié la grasa de mis brazos mientras aspiraba el denso aroma de lavanda del desierto. Cañas y palmeras formaban un fresco jardín de ribera, una glorieta cubierta de cactus y pasionarias. Caminé por ese delicioso claro poniendo los

pies desnudos entre los áloes y las espinosas rosetas de las pitas que brotaban del suelo húmedo. En los últimos meses había aparecido una vivida flora nueva, un fresco reino que se internaba cien metros en la reseca sabana. Curiosos bulbos y tubérculos, hierbas culinarias y medicinales y tentadoras frutas crecían bajo esa pálida luz; y vi los tubos amarillos y las acampanadas corolas del fragante estramonio que prometía sueños al río con los hipnóticos bebedizos hechos con sus alcaloides. Mientras miraba los centenares de verdes brotes que surgían entre los arbustos creí contemplar el nacimiento de las plantas de flor que habían llevado el color y el aroma al sombrío mundo de los helechos y las cicadáceas.

Entre los árboles vi a Noon que regresaba de su expedición recolectora. Traía bajo el brazo las ramitas y hojas secas que había reunido al borde del desierto. Se detuvo para recoger una hierba silvestre que añadiría al pescado con arroz que se proponía preparar. Se paseaba entre los arbustos floridos, con los hombros cubiertos de velludas espigas de flores y hojas de hibiscos, como si también ella acabara de nacer en la glorieta. También sus ojos pensativos y sus miembros suaves habían brotado de la tierra húmeda. La miré a punto de creer que yo había escupido en el suelo y creado el río, que a su vez había dado vida a esa niña.

Eché a andar por el claro salpicado de sombra hacia la playa. Me oyó respirar, y me vio de pie y desnudo entre las cañas, con los brazos y el pecho enrojecidos por la pintura y cruzados por negras franjas de grasa, como un macho solitario de la selva en plena exhibición.

—Doc Mal... —dijo distintamente y agregó una palabra fetiche, como si al marcarme con mi nombre pudiese mantenerme a una distancia segura. Pero vi que aceptaba mi desnudez.

Y yo, ¿confiaba en mí mismo? Bañado por el aroma de las flores, descansé en la playa antes de regresar a la hélice. La escasa dieta —un plato compartido de arroz por la mañana y otro por la noche, con el pescado que Noon lograra coger— me dejaba exhausto después del menor esfuerzo, pero yo estaba demasiado eufórico para comer como debía o para cuidar la piel irritada de mi cara y mis brazos, afectada por la exposición al sol. Bajo la calma superficie del río, nadaban cosas más importantes, carabelas cargadas de tesoros que rescatarían todas las deudas y recuerdos de los años infelices.

Tratando de sosegarme miré la plácida corriente. Anclado al puente de acero de la transportadora, el *Salambo* se mecía suavemente. Sueños de potencias paganas bogaban en el Mallory. Traté de resistirme a mi obsesión con el río, pero ya pensaba en regar el Sahara íntegro, en la transformación del desierto en el paraíso edénico que veía a mi alrededor en ese claro y que sentía en la dulzura del aire. Una nueva raza brotaría de mí y de Noon mientras vivíamos apaciblemente en los claros de la selva. Era el momento de dar nombre a las cosas nuevas, las nuevas horas y los nuevos días. A esa tranquila playa bañada por las aguas bautismales del Mallory la llamaría... Puerto Noon.

A través de esa fantasía llena de sol la vi erguida junto a la borda, a estribor, agitando vivamente ambos puños. Como no me moví, subió de un salto al Mercedes y encendió el magnetófono.

«... folklore neocolonialista...»

Los fragmentos del diálogo amplificado resonaron a lo largo de la costa y cesaron bruscamente. Noon volvió a la borda, con los dedos en la cicatriz de la boca, señalando con una mueca el cielo hacia el sur. Una fea sombra cruzaba el agua y se acercaba al ferry. Oí el chillido del motor que se aproximaba y vi aparecer el helicóptero del capitán Kagwa sobre nuestras cabezas. Llevaba dos flotadores amarillos atados al tren de aterrizaje como enormes bolsas de veneno y se revolvía en la fresca luz como una criatura maligna procedente de un cielo más primitivo.

16. El ataque del helicóptero

ME ARRODILLÉ junto al radiador del Mercedes, procurando esconderme del piloto francés. Noon se había refugiado en el asiento trasero, aterrorizada por el ruido y la violencia de la amenazadora máquina. La corriente de aire hendió el agua y segó luego los árboles de la costa, arrancando un remolino de flores coloridas. Mientras la nube de pétalos derivaba hacia el desierto un furioso vendaval azotó la glorieta de mirtos y cañas y borró toda huella de nuestro idilio a la vera del río.

El capitán Kagwa estaba en la cabina al lado del piloto, con las gafas de sol sobre la ancha frente. Era evidente que no esperaba encontrar su bonito coche a cargo de un hombre desnudo y de su compañera de doce años. Hizo una seña al joven francés para que girara alrededor del *Salambo*, aún dudando de que aquel salvaje con manchas rojas y rayas negras fuera el antiguo médico de la OMS en Port-la-Nouvelle.

El helicóptero se acercó al ferry, apenas a seis metros por encima de la timonera. Las luces de navegación mantenían su monótona pulsación, imponiendo al día sereno el dominio del circuito eléctrico. Centenares de aves se elevaban ya de las riberas boscosas y huían al desierto.

Kagwa se inclinó contra el cinturón de seguridad y desprendió el cierre de su pistolera. El ruido del motor bajó a un tono más suave mientras el piloto nivelaba las palas del rotor para el descenso.

—¡Noon...! —Corrí alrededor del Mercedes y abrí la portezuela—. Quédate aquí. Iré a buscar el rifle.

Estaba extendida en el asiento trasero, con un pulgar en la boca y otro en el agujero de bala del tapizado en cuero, como si esto pudiese detener nuevos proyectiles.

—¿Doc...?

—No te muevas... Kagwa no tirará contra su querido coche...

Cerré la puerta y corrí entre los toneles de combustible a la timonera. El helicóptero se posó en el agua junto a la transportadora de mineral. El piloto redujo las revoluciones; las palas abofeteaban ruidosamente el aire caliente. Con una amarra en la mano, el capitán Kagwa bajó de la cabina al flotador de estribor y aseguró el cabo al puente de la transportadora. Comprobó la resistencia del enrejado metálico, agachando la cabeza bajo el rotor en movimiento y echó a andar hacia el ferry. Ya estaba transpirando al sol mientras sus botas de cuero reluciente elegían cuidadosamente el camino entre los cangilones volcados, preocupado sin duda por asuntos más importantes que este episodio menor de piratería fluvial.

Lo miré entre los cristales rotos de la timonera. A mi lado estaba el Lee-Enfield. Cuidando de no revelar el rifle al capitán, amortillé el percutor.

—¿Doctor Mallory...?

Kagwa me reconoció con dificultad; sacudió la cabeza. Contempló el Mercedes

aparcado en la cubierta de carga. Satisfecho a pesar suyo, miró el ferry de un extremo a otro y advirtió el hornillo, la pila de leña, las ropas de Noon y otras pruebas de nuestra extraña convivencia. Luego volvió los ojos a popa y examinó el cable enrollado alrededor del árbol de la hélice. Yo había cortado casi todos los cordones del cable, pero Kagwa llegó en apariencia a la conclusión de que era imposible deshacer el enredo.

—Ha recorrido un largo camino, doctor. Y una vez más ha pensado demasiado. Está muy cansado. Lo llevaremos de regreso a Port-la-Nouvelle.

—Me quedaré aquí, capitán. No he terminado el viaje.

—Éste es el fin de su viaje. —Kagwa estaba en la pasarela metálica a seis metros de distancia, las manos en las caderas, moviendo la cabeza con simpatía ante mi trágico estado mental. Por los brutales interrogatorios que había presenciado, yo sabía que el capitán Kagwa nunca era más peligroso que durante esos momentos de comprensión—. Piratería, doctor. Usted atacó a mis hombres y se apoderó por las armas de esta nave y su carga. Una carga sumamente valiosa. La OMS tendrá que pagar una importante compensación.

—No les gusta pagar rescates, capitán. Le devolveré el ferry cuando haya cumplido mi misión.

—¿Cuál es su misión? ¿Esa locura de destruir el río? Usted no tiene ninguna misión.

—*Mi río*, capitán. Yo lo he creado, le he dado mi nombre y haré con él lo que desee.

—Mi querido doctor Mallory..., este río tiene ahora un valor estratégico. Esta es una zona de operaciones militares. Y además —señaló el Mercedes— está encubriendo a una guerrillera de Harare...

—No está con Harare, capitán. La niña trabaja para mí.

—¿La *niña*? ¿Es aún una niña, doctor? Quizá su diccionario de medicina diga otra cosa. No le haré daño, doctor. La señora Warrender puede ocuparse de ella. Todo el mundo siente inquietud por usted... Tuve que impedir que la señora Warrender alquilara una barca para seguirlo...

—Dígale que se ocupe del profesor Sanger... La última vez que lo vi era obvio que el pobre hombre lo necesitaba.

—Era por usted, doctor. Para evitar que fuera usted el hazmerreír de la televisión japonesa. Estaba preparando un programa secreto sobre usted...

Kagwa apoyó el pie en uno de los cangilones y gritó en sudanés dirigiéndose al Mercedes. Por la ventanilla trasera asomó el rostro de Noon. Miró al capitán, se apretó las temblorosas ventanas de la nariz y se limpió los dedos en el respaldo del conductor. Abrió la puerta y apoyó en la cubierta el talón de la cicatriz.

El capitán Kagwa se afirmó en la pasarela metálica. Vi que llevaba la mano a la pesada pistolera policial en el costado izquierdo. Sus anchos dedos alzaron la tapa de cuero.

—¡Agáchate, Noon...!

Grité por encima del suave golpeteo de las palas del helicóptero y bajé de la timonera a la cubierta, indicando a Noon que se mantuviera detrás del coche. A cinco metros, Kagwa tenía en la mano su arma de servicio. Yo estaba junto a la chimenea, agitando los brazos manchados de pintura; el joven piloto francés me miraba inexpresivamente desde su burbuja, como un turista que observa algún curioso ritual indígena.

Sin vacilar, Kagwa apuntó y me disparó a la cabeza. La descarga me cegó un instante, y oí el impacto contra la chimenea. Un fragmento desprendido de hierro fundido me golpeó la cabeza. Me hizo un corte en la oreja y me desgarró el cuero cabelludo. Aturdido por el ruido, y por la forma deliberada en que Kagwa me había atraído a salir de la timonera, sentí que la sangre me corría por la espalda. En la cubierta había un guñapo sanguinolento de piel y pelos. Aunque Kagwa me apuntaba a la cabeza para un segundo balazo, miré ese trocito de mí mismo incapaz de moverme.

—... la naturaleza virgen y la explotación racista...

Del altavoz del coche brotó violentamente la voz del profesor. Noon, inclinada sobre el aparato, elevaba el volumen. Kagwa vaciló, me lancé al interior de la timonera y preparé el motor de arranque. Mientras la sangre caía a mis pies cebé el carburador. Hice girar la manivela con ambas manos; cuando el pequeño motor se animó conecté el principal. Por encima del ruido del helicóptero oí que el diesel giraba y se encendía y sus cilindros se estremecían y, uno tras otro, se animaban.

Ahora el puente de acero de la transportadora se hundía y afloraba alternativamente. Kagwa bajó el revólver; de pie en esa montaña rusa, vacilaba mientras brotaba humo de la chimenea del ferry. Aumenté la velocidad de los pesados pistones del diesel. El *Salammbó* se estremeció y se oyó un chillido metálico debajo de la popa cuando la hélice quebró los últimos hilos del cable enrollado alrededor del eje.

Con un sobresalto de espuma y agua herrumbrosa la embarcación avanzó, escorada a estribor mientras yo hacía girar el timón para llevarla a aguas profundas. La transportadora de mineral empezaba a desaparecer bajo la superficie. Las olas jugueteaban entre el enrejado metálico y cubrían las botas de Kagwa, hundido hasta las rodillas en la estela del *Salammbó*. Empapado, retrocedió hasta la amarra del helicóptero. La desató y trató de llegar al flotador más cercano, pero la corriente ya estaba arrastrando el aparato.

Guié el ferry por el centro del cauce hacia una curva a la derecha, a unos doscientos metros. A través de la ventana de la timonera, empañada por mi sangre, vi a Kagwa aferrado al cabo de la amarra mientras el joven francés trataba de izarlo a la portezuela. Las olas lo arrastraban y le hundían la cabeza bajo la nube de pétalos que giraba en el aire sobre la ribera florida.

17. Escapada

COMO SABÍA PERFECTAMENTE, el capitán volvería pronto. Todavía temblaba de pánico; traté de afirmarme contra la timonera mientras apartaba el ferry de los bancos de arena sumergidos en que podíamos encallar. El gran dorso castaño del Mallory fluía hacia nosotros; las sombras de los árboles al último sol de la tarde rayaban sus costas. A pesar de su buena acogida, esos agradables bosquecillos de cañas y palmeras nos ofrecían mucha menos protección que las ramas de la jungla que habíamos dejado atrás.

Noon estaba en el asiento delantero del coche, con una mano en la boca y otra en los botones del magnetófono, como si pudiera volver a salvarme de Kagwa y del helicóptero con unos cuantos párrafos de sociología de universidad a distancia. Yo estaba todavía desnudo, aunque ella no había visto la sangre coagulada en mi hombro derecho como una charretera rojo oscuro. Las heridas de la oreja y el cráneo se habían secado, aunque yo sentía ya los efectos de una leve conmoción y los primeros signos de confusión mental. En mi cabeza el dolor parecía combinarse con el ruido del motor del *Salammbó*, el roce del agua contra las planchas del casco, y mi propia furia contra el río que tenía debajo de mis pies manchados de sangre. Miré el rifle a mi lado, preguntándome si hubiera debido disparar la última bala al capitán Kagwa o a la traicionera corriente que me había puesto en la mira de su arma. Si el río hubiese tenido un corazón habría salido de la timonera y disparado hacia las cálidas aguas que habían acunado nuestro idilio de un día en «Puerto Noon». Casi creía que había una conspiración inconsciente entre Kagwa y el río, que el Mallory había enrolado al policía para defenderse. Yo había dado ingenuamente por sentado que el río me permitiría navegar hasta sus fuentes y cegarlas de raíz con toda impunidad. En cambio, me había seducido con sus bosquecillos y sus dulces brisas y había adornado a Noon con sus flores más vividas.

Un fragmento de diálogo brotó del aparato. Noon sacudió la portezuela para empujar hacia mí el sonido. A través de la sangre que empañaba la ventanilla de popa vi las luces de navegación del helicóptero reflejadas en las aguas oscuras del atardecer. Se acercó a quince metros de altura y nos siguió, situado apenas detrás de la chimenea. Kagwa, agazapado en el asiento del pasajero, tenía una carabina policial sobre las rodillas. Su rostro carecía de expresión, borrada toda huella de nuestra amistad de otro tiempo. El aire de la hélice ya había secado su uniforme y el algodón arrugado y encogido hacía aún más amenazadora su figura maciza, como si estuviera a punto de reventar furiosamente su ropa.

Noon trepó al asiento trasero del coche y cerró la portezuela. Se echó atrás, con la cabeza contra el agujero de bala del tapizado, con una cassette en las manos y canturreando para sí misma. Hice un último esfuerzo para aquietar mis brazos y mis manos, mientras buscaba alguna fronda que pudiera ocultarnos en la costa. Los

arbustos formaban una fina empalizada que nos ampararía si encallaba el *Salamambo*. Pero una vez que abandonáramos el ferry en manos de Kagwa deberíamos continuar nuestro viaje a pie, incesantemente perseguidos desde el aire.

Un poste de acero se elevaba sobre el agua a babor, cincuenta metros más adelante, con varias lámparas rotas sobre un herrumbrado soporte. El río había cubierto la antigua base militar francesa que custodiaba la concesión minera de Saliere. Pasamos junto a varios otros postes que habían formado una hilera de luces de aterrizaje del aeródromo militar. Las gibas metálicas de un hangar y de varios talleres emergían del agua como una familia de elefantes dormidos, con las cabezas sumergidas, alrededor del macho.

El helicóptero se deslizó al lado; sus flotadores eran casi tan largos como el *Salamambo*. Por encima del ruido de las palas oí una violenta detonación cuyos ecos se perdieron en la estela de espuma y gases del escape del diesel. Kagwa giró en la cabina y volvió a hacer fuego contra la timonera. La primera bala atravesó el techo de madera e hizo añicos el cristal de una ventana, pero la segunda golpeó la rueda del timón entre mis manos y arrancó una astilla de manchada madera de teca de treinta centímetros de largo. Agotado por la pesada maniobra, empujé el timón a babor y situé el ferry debajo del helicóptero, tratando de quebrar los flotadores con la chimenea de hierro.

El joven piloto apartó su aeronave, mirándome sin comentario con sus ojos serenos, y trazó un amplio círculo sobre el río. Mientras yo evitaba el piso alto de la torre de control, donde todavía podía leerse el nombre del oficial francés al mando, la proa lanzó una ola de espuma contra las chapas galvanizadas. Entonces el helicóptero bajó la nariz y vino hacia el ferry.

Entre el ruido creciente del motor oí una breve ráfaga de la ametralladora. Una bala resbaló sobre el casco de acero; otra arrancó el último trozo de cristal manchado de sangre de la ventanilla de popa. El helicóptero se elevó y giró sobre el hangar parcialmente sumergido, listo para volver a atacar. Yo moví el timón a estribor, con la intención de describir un zigzag. La cubierta se inclinó y el Mercedes saltó de sus tacos de madera. Aunque retenido por los cables, se desplazó por la cubierta y quedó con la rejilla del radiador sobre el agua.

Traté de virar, aceleré el motor e invertí el timón. Demasiado tarde, vi la larga medialuna blanca de un banco de arena en mitad del río. El casco silbó sobre la arena, y luego el *Salamambo* empezó a enderezarse levantando el morro del Mercedes, en cuyo asiento vi a Noon con los ojos muy abiertos de una niña después de su primer paseo en la montaña rusa.

Cerré los inyectores del diesel y apagué el motor. En el breve silencio oí el agua que lamía el casco. El río se abría paso por las puertas abiertas de un taller ahogado. El helicóptero se alejaba hacia la costa oeste, y por un instante esperé que Kagwa hubiese decidido abandonar la persecución, sin comprender que el ferry había encallado. Pero entonces cambió de dirección y se acercó cautelosamente sobre el

agua. Kagwa había dejado su carabina y miraba el inclinado capó de su coche.

Hizo una seña al piloto, que inició un lento descenso. Temeroso de la succión de la superficie húmeda del banco de arena, acuaticó en las aguas bajas más próximas.

Kagwa saltó y se hundió hasta las rodillas. Subió a la playa blanca y miró el casco encallado al sol poniente. Se adelantó y abrió la tapa de la pistolera. Al pasar junto al Mercedes tocó el paragolpes y limpió el barro seco que cubría los faros y el radiador. Su cara continuaba inescrutable, y supe que a sus ojos yo era ya un muerto y que mi supervivencia no era otra cosa que un momentáneo descuido administrativo.

Cuando rodeó la timonera y levantó la vista, sin duda le sorprendió ver el Lee-Enfield apuntado contra su pecho. Corrí el cerrojo, afirmando el cañón contra el marco de la puerta. Kagwa se volvió a mirar las huellas de sus pies, en la arena húmeda, intrigado porque lo hubieran arrastrado a esa modesta emboscada. No intentó sacar su revólver y retrocedió torpemente a lo largo del banco de arena. Alzó la mano derecha haciendo una seña al joven francés, que me miraba desde la cabina del helicóptero con la carabina preparada.

Puse la mira del rifle en el triángulo de sudor sobre el corazón de Kagwa, y escuché la suave palpitación del motor y las olas plateadas. Sabía que no podía disparar contra el capitán: en ese caso, el piloto se elevaría y barrería el ferry de proa a popa, incendiando los toneles de combustible y matándonos a Noon y a mí. Incluso si abandonábamos el ferry podría darnos caza fácilmente. Aunque Kagwa estaba decidido a matarme, yo lo necesitaba para seguir vivo. En sus ataques había tenido cuidado de no causar daños al Mercedes, y ese coche desempeñaba un papel importante en su sueño de establecerse en su propia capital secesionista.

El piloto había desconectado sus auriculares. Ordenó distraídamente su asiento y el tablero de mandos y luego descendió carabina en mano, mientras el rotor en punto muerto golpeaba el aire por encima de su cabeza. Kagwa retrocedió sobre sus propias huellas llenas de agua, casi debajo de la proa del ferry. El piloto estaba sobre el flotador izquierdo; su peso inclinaba de lado el helicóptero y exponía a la vista la parte de abajo del flotador de estribor. El agua goteaba por el metal herrumbrado y revelaba los remiendos de soldadura barata.

Aparté la mira de Kagwa y apunté a la parte inferior del flotador de estribor. Antes de que el piloto pudiera saltar al agua disparé la última bala, hice saltar la cápsula y corrí hacia adelante el cerrojo, como si estuviera cargando nuevamente el arma.

El piloto ya había trepado a la cabina. La bala del rifle había atravesado la parte inferior del flotador, y supuse que sin duda había oído el ruido del agua que penetraba por los agujeros. Volvió a ponerse el casco y le gritó a Kagwa indicándole que volviera al aparato. Mientras el capitán vacilaba el francés arrancó y los flotadores se arrastraron por la arena húmeda. Entre un torbellino de ruido y espuma el helicóptero se elevó dos metros en el aire, y del agujero más bajo brotó un chorro de agua. Alcé el rifle como para disparar nuevamente al flotador, pero Kagwa corría ya hacia el

helicóptero.

Cinco minutos más tarde se habían marchado hacia el sur a lo largo del río y el ruido de la máquina se desvanecía en el ocaso.

—Sal del coche, Noon; todo va bien. No volverán hasta mañana.

Agazapada en el asiento delantero junto a la portezuela del lado del conductor, apretaba la cassette contra los labios. El ataque aéreo y la presencia de Kagwa la habían aterrorizado y la sangre aflucía a las cicatrices que tenía alrededor de la boca y en las cejas. Las duras líneas rojas parecían verdugones en su piel azulada, un inventario de los malos tratos de su infancia.

Le tomé el brazo para tranquilizarla, temiendo que la violencia del ataque del helicóptero la hiciera recaer en el mutismo. Pero apartó de mí el codo. Golpeteó rápidamente la cassette contra sus dientes, como si tratara de hablarme por medio de ese gárrulo artefacto. A pesar de su espanto, me miró de arriba abajo; examinó la herida de mi cabeza y la sangre coagulada en mis brazos y en el pecho, para asegurarse de que yo no había perdido la voluntad de continuar.

—Está bien, Noon. Te comprendo. Primero saldremos de este banco de arena. Después volveremos a partir...

Mientras Noon se acurrucaba entre los toneles de gasóleo, aflojé los tensores y pateé las cuñas junto a las ruedas del Mercedes. Retenido por el freno de mano, el pesado coche se acercó a la borda de estribor. Me senté en el asiento del conductor y gradualmente solté el freno. Mientras el vehículo avanzaba por la cubierta, sostenido por la red de cables, sentí que el ferry basculaba. El río seguía crecido y el *Salammbó* estaba casi desencallado.

—Estamos en marcha, Noon. Más tarde te enseñaré a hablar. Pronto más lecciones.

Volví a poner las cuñas bajo las ruedas del coche, desaté los toneles de combustible y los hice rodar por la cubierta. Los enormes cilindros eran casi demasiado pesados para mí. La herida de la frente empezó a sangrar, y Noon miró solemnemente las gotas que caían y manchaban la pintura del Mercedes. Pero con el tercer tonel el ferry quedó totalmente libre. Con un leve suspiro el agua corrió bajo la quilla. La embarcación resbaló del banco arenoso y retrocedió en la marea de la tarde. Me dejé caer exhausto en la cubierta, con la tentación de dejar que el *Salammbó* derivara todo el camino de regreso a Port-la-Nouvelle. Recorrió así un cuarto de milla y derribó el poste de una de las luces de aterrizaje antes de que yo recuperara mis fuerzas y pusiera el motor en marcha. Luego aferré el timón y guié el ferry río arriba, escorado a estribor por el peso del Mercedes junto a la borda, con el parachoques trasero mojado por la ola del tajamar.

La oscuridad descendió sobre el río y los miles de pájaros espantados por el helicóptero y los disparos empezaron a regresar a sus ramas en las costas boscosas. Noon, agazapada a proa, me señalaba los bancos de arena. Habíamos eludido a

Kagwa un día más, el tiempo necesario para que remontáramos unas cuantas millas el Mallory, que se ensanchaba todavía más a medida que navegábamos hacia sus fuentes. Temeroso de encallar en la oscuridad, pasé entre las puertas abiertas del hangar parcialmente sumergido. Allí amarramos el ferry a la enmohecida estructura, debajo del techo de hierro galvanizado. Demasiado cansado para barrer los cristales de la timonera, me dormí sobre el colchón entre los tambores de gasóleo mientras Noon, sentada en el asiento trasero del coche, canturreaba suavemente mientras ensayaba las frases de las cassettes educativas, el lenguaje de una revolución privada que, un día, haría de ella una mujer libre.

18. El mundo verde

SE HABÍA APODERADO de mí una fantasía de grandes ríos, momentos marcados por las medidas del sueño y el mito. Estaba en la proa del ferry debajo de la toldilla, mientras las horas y los días se deslizaban hacia nosotros a través de la resplandeciente bruma cobriza que flotaba sobre el remoto cauce del Mallory. Ni siquiera el avance del *Salammbó* turbaba el río. Detrás del lento compás de la hélice la estela de burbujas se disolvía en seguida y el agua alisaba toda memoria de nuestro paso. A nuestro alrededor el río fluía entre las riberas cada vez más separadas, la superficie tan fría como cromo verde. El reflejo de los árboles suspendido debajo de las playas parecía más real que las plumosas palmeras y la lavanda del desierto que habían brotado de la polvorienta sabana junto a las costas. Veía saltar los peces para cazar las libélulas inmóviles. Las garzas negras se zambullían en la superficie, moviéndose libremente en un reino donde el agua y el aire se fundían. Un sol más grande nos cubría y apretaba con su cálida mano un aire más pesado y denso que sofocaba el ruido del motor y los gritos lejanos de las aves.

Yo había perdido totalmente la cuenta de los días que habían pasado y de la distancia que habíamos recorrido desde el ataque del helicóptero. Esa noche habíamos descansado bajo el techo del hangar y las heridas de la oreja y la cabeza se me habían vuelto a secar. Pero los músculos desgarrados del cuero cabelludo hacían que quedara torcido sobre el cráneo, lo que a su vez parecía torcerme la mente, de modo que percibía el mundo en un ángulo extraño, como una cámara desalineada.

Noon se había quedado fuera del círculo de toneles que rodeaban mi colchón, deseosa de no estar presente si yo moría en mitad de la noche. Pero a la madrugada, cuando regresé a la timonera, descubrí eme había barrido los cristales y arrancado las astillas del agujero de bala del mamparo, puesto el rifle en la litera y ordenado todo como la criada de un guerrero herido.

Sin embargo, a los pocos minutos de la partida yo estaba ya demasiado agotado para sostener la rueda. La presión de la corriente contra el timón del ferry me obligaba a ponerme casi de rodillas para guiar el *Salammbó* entre los postes telegráficos sumergidos que señalaban el límite norte de la base militar. Noon estaba a mi lado, y cuando yo vacilaba unía sus fuertes manos a las mías. Tironeaba de la rueda del timón con los mismos gruñidos con que me había conducido a la playa en Port-la-Nouvelle la primera vez. Chasqueó la lengua cuando advirtió un banco de arena. Apartó mis manos y movió el timón a estribor; luego soltó el embrague y desconectó el árbol de la hélice.

Inerte, el ferry se detuvo a quince metros del banco de arena, rodeado por una escuela de excitados peces que nadaban velozmente de un lado a otro como si esperaran que encalláramos. Cuando llegamos a la deriva hasta la parte más profunda del cauce, Noon volvió a engranar la hélice y bogamos otra vez, turbando apenas la

verde laca de la superficie. Mientras manipulaba la palanca de embrague con sus resortes, Noon imitaba mis gestos y mis titubeos. Escupía en sus manos, pretendiendo que la palanca estaba al rojo y se reprochaba con una voz grave que en parte simulaba la mía y en parte las cassettes, cuyas enseñanzas evidentemente me beneficiarían.

—¿Has asumido el mando, Noon? —Le acaricié la cabeza, pensando cuánto había crecido en esos tres meses transcurridos desde que la conocía. Era todavía una niña, pero sus piernas eran ahora más largas y menos huesudas, y sus caderas empezaban a llenarse. Con gesto de fastidio, apartó la nuca de mi mano. Feliz de dejarla a cargo del ferry, salí de la timonera y me dirigí hacia la proa. Allí me senté en una de las sillas de lona del piloto. Bañado por el aire fresco que se colaba por el escobén del ancla, escuchaba el rumor del tajamar y veía desfilar el mundo verde que había creado.

Yo pensaba sentarme a proa sólo por una hora, hasta que se me despejara la cabeza, pero en realidad había de pasar varios días en esa silla de lona. Noon ya sabía cómo me sentaban los efectos combinados de la fatiga, la exposición al sol y la herida infectada de la cabeza. Descubrí que no podía sonreírle por temor a que se me desprendiera el cuero cabelludo. En el armario de la timonera encontré ella una bandera de algodón con el emblema de la Toyota. Con cuerdas ató sus ángulos al bauprés y a los marcos de las puertas del Mercedes y construyó así un pequeño toldo para protegerme del sol.

Yo iba como un tótem en la proa de esa extraña nave pilotada por una niña en su viaje hacia el sol. Mi mente flotaba en una fiebre ligera, pero ya estaba convencido de que la presencia de Noon en la timonera nos protegería de algún modo contra cualquier nueva traición del río. Después de nuestra salvación del capitán Kagwa era evidente para mí el duelo que se estaba desarrollando entre el Mallory y yo.

Desde su nacimiento bajo la raíz de la encina, desde que brotara a la vida entre las huellas del tractor, el río había tratado de sobrevivir por todos los medios. Había tratado de engañarme, de evadirse y de matarme; me había tendido celadas y me había inspirado delirios de grandeza al desplegar unos abanicos de flora y fauna, cada vez más ostentosos, que sólo eran un artero decorado.

Sin embargo, mi desconfianza del río pronto se disolvió en su cristal divisor. Al anochecer, cuando una luz color malva cubrió el agua, amarramos junto a un bosquecillo de palmeras cuyas hojas nos escondían del helicóptero de Kagwa. Cuando desperté en la silla de lona la mañana siguiente, la fiebre había desaparecido y con ella todos mis recelos del Mallory. Noon dormía en el Mercedes; contemplé la corriente verde que yo había creado y alcanzaba ahora una anchura de casi trescientos metros. Una vez más me asombraba la riqueza de la vegetación nacida al borde del desierto, la abundancia de pájaros y flores, como si un ejército de floristas y pajareros hubiese marchado río abajo durante la noche para derramar capullos sobre plantas y arbustos y diseminar aves de vivos colores entre los árboles fragantes.

La misma Noon estaba impresionada por la transformación determinada por el

inmenso río. Mujer niña pero todavía niña, Noon durmió hasta muy tarde en el asiento trasero del coche. Despertó y se frotó los ojos mientras se incorporaba, y miró las brillantes orquídeas que habían caído sobre el parabrisas como una actriz joven sorprendida por los ramos que ha dejado junto a la puerta de su dormitorio un invisible admirador.

Con el rifle terciado al hombro subí al techo de la timonera y examiné los largos meandros del río que habíamos dejado atrás. Durante la noche, mientras la fiebre iba y venía, había visto lucecitas fluctuantes a un par de kilómetros; quizá los hombres de Harare hacían señales de costa a costa. Pero a la mañana el río estaba tan quieto como un pasado no recordado y el cielo se elevaba como un muro de cobalto hacia el sol, sin trazas de los gases del escape del helicóptero de Kagwa.

Miré el agua que corría junto a la costa, anegaba la angosta playa y cubría las raíces de las inclinadas palmeras. El Mallory continuaba creciendo, alimentado por ese torrente primordial del Sahara que yo había despertado de su sueño subterráneo. Ya me irritaba que otros compartieran el río conmigo, deseando que sólo fuera mío y de Noon. Sin embargo, la destrucción o por lo menos el desvío del Mallory estaban estrechamente ligados a nuestra supervivencia. Kagwa y sus soldados tendrían las manos ocupadas durante los próximos días —yo calculaba que el campamento militar del estuario debía de estar anegado— pero tarde o temprano el capitán continuaría su expedición imperial. Una vez que Kagwa estableciese una base avanzada con un depósito de combustible, el helicóptero volvería a atacarnos.

Noon había empezado a realizar tareas domésticas: lavaba las cubiertas para mantenerlas frescas, recogía ramas secas para la cocinilla. Medía cuidadosamente cada mañana nuestra ración de arroz del saco que guardaba en la baulera del Mercedes. A juzgar por la pequeña parte que sacaba al día, parecía calcular que nuestro viaje tardaría cinco o seis semanas. O eso, o que llegaríamos a un reino situado más allá del hambre. Mientras se daba golpecitos en los fuertes dientes, dirigía una mirada experta a mi cuerpo manchado de pintura, satisfecha de que me hubiese recuperado. Luego se volvía y examinaba los peces atraídos por las cenizas que había esparcido por encima de la borda.

Todavía pudorosa en mi presencia, se desvestía detrás del coche y luego se zambullía en la corriente verde. Prefería que yo no la viera desnuda, de modo que me quedaba al borde de la cubierta metálica y me dejaba caer en el agua que me llegaba al pecho. Con el rifle sobre la cabeza —aunque no tenía municiones, el arma podía ahuyentar a algún desertor que merodeara por allí— iba hasta la estrecha playa, apenas más que una línea de pulida tierra de aluvión debajo de las palmeras. A lo largo de la pendiente había toda una paleontología esperando su futuro, una exposición de cantos rodados y de suaves fragmentos de piedra caliza, desplegados como los elementos de un juego de construcción para que un creador pudiera elegir el lecho fósil de un nuevo mundo.

Noon se sumergía junto al ancla del ferry, dejando caer al agua los preciosos

granos de arroz. Atraía a los peces hacia su lanza con un tono de voz parecido al que utilizaba para inducirme a poner en marcha el motor por la mañana o a ir en busca de leña para su cocina. Su cabeza se hundía entre la espuma, y las largas piernas cortaban el aire. Su vida infantil y su vida adulta se fundían, como ocurriera durante unos pocos peligrosos instantes cuando había tratado de disparar contra mí.

Con el rifle en alto, caminé entre los árboles. Del suelo húmedo habían surgido bosquecillos de tamarindos jóvenes, pero vi la sabana abierta a cien metros de distancia, un páramo de polvo y de malezas. El terreno descendía rápidamente bajo mis pies y me condujo a un estrecho valle que nacía, en apariencia, en la costa del río.

Vi abajo rocas estriadas y cantos rodados y comprendí que estaba en el lecho de un ancho wadi, el esqueleto seco de un río que fluía hacia el sudeste a partir de la frontera del Chad. El Mallory había sospechado de ese antiguo cauce, atravesándolo en ángulo recto, y la tierra de aluvión que arrastraba había rellenado la hondonada por donde las aguas podían haber escapado.

Oí el tintineo de la cadena del ancla y el grito de triunfo de Noon cuando atravesó un pez con su lanza. Habitualmente yo me preocupaba por acudir cuando cazaba nuestra comida, para poder ofrecerle el elogio que nunca había recibido, pero en esa ocasión ignoré su llamada. Hundí los pies en el terreno blando. Si perforaba la pared húmeda literalmente le quitaría el tapón al Mallory, rompería su costa oeste y dispersaría su gran masa de agua en el sediento desierto.

Escuché el ruido del agua y vacilé antes de buscar una pala en el armario de herramientas del ferry. Por primera vez, el futuro de esa gran vía de agua y de su abundante vida estaba en mis manos. Me inquietaba hacerles daño y al mismo tiempo dudaba del sentido final de esa extraña aventura. Recordé el primer ofrecimiento de trabajo que recibí después de mi graduación: había vacilado del mismo modo antes de rechazar deliberadamente una muy ansiada beca en los Estados Unidos. Mis amigos y familiares habían considerado que era un acto autodestructivo, una obstinada negativa a aceptar las posibilidades que mi propio talento había merecido. Pero mi rechazo, como tantos otros en mi infancia y en mi vida adulta, se proponía casi conscientemente resistir el abrazo demasiado cálido del mundo. Incluso el más mínimo gesto de aprobación, como los que me prodigó mi padre cuando aprobé los primeros exámenes, me llenaba de una clase especial de irritación. Sorprendentemente, esos rechazos abrieron la puerta a otras posibilidades y, por lo menos, estaba en mi propio terreno.

El agua corría y se deslizaba, confiada, junto a la costa. Recogí el rifle y me lo eché al hombro. Sentía ya resentimiento hacia el río y comprendía que con el Mallory había creado un peligroso rival.

19. Las lanternas en el ocaso

POR UNA VEZ la muerte, invitada con tantas esperanzas, no vino a la cita. Tres horas más tarde, bajo la mirada reprobadora de Noon, había excavado una angosta zanja en la costa y miraba cómo las primeras aguas caían en cascada hacia el blanco cauce del wadi. Cuando alcé la pala para extraer la última porción de arena goteante, el fino torrente corrió entre mis piernas, feliz de escapar de los límites del Mallory y buscar una vida nueva en el desierto.

Di un paso atrás, entusiasmado con mi tarea. La fiebre había vuelto, pero había logrado contener las oleadas de náuseas y delirio. Tenía los brazos y piernas manchados de barro que cubría las capas anteriores de grasa, herrumbre y pintura. Apoyado en la pala, miré correr el angosto arroyo y vigilé atentamente el nivel del río, esperando casi que descendiera como el contenido de una piscina que se vacía. Al atardecer el wadi estaría lleno. Se formaría un inmenso lago en la árida sabana y allí expiraría, en pocos días, el cuerpo del Mallory...

Irritada por todo esto, Noon se mordía la uña del pulgar, golpeteando con el pie la culata del rifle, como si se preguntara cómo matarme. La dejé con su problema y seguí la corriente, bajando por el terreno en declive. Trastabillé y resbalé entre las piedras secas y los restos de huesos. Lejos de formar una laguna, el líquido brillante no llegaba al suelo del wadi, aspirado por una tierra porosa tan seca como la escoria del fogón de una caldera.

—¡Noon! ¡Ven a ayudarme! ¡Después podrás matarme!

Arrojé la pala hacia ella, me arrodillé en la arena y con las manos empujé el agua pendiente abajo. El líquido cayó en el suelo reseco; las gotas silbaban como bombas en miniatura, como si se activara el mecanismo detonador de la vida misma. Miré el wadi, esperando que se formara la primera lámina de agua.

—¡Noon...!

Estaba en la costa, sumida en el desánimo, y me miraba como una novia llena de desaprobación. Las blandas paredes del canal se desmoronaron y la arena se secó al sol. La mirada de Noon, fastidiada conmigo, se volvió hacia el gran dorso verde del Mallory.

Hundí la pala en la arena húmeda y salpiqué deliberadamente los pies y las piernas de Noon. Feliz de explorar el wadi, el agua corrió por la pendiente, formando alegres cascadas entre el polvo y los huesos.

Al atardecer me vi obligado a detenerme. Me senté desnudo en la proa del *Salamambo*, debajo del toldo de la Toyota, mientras una suave y brumosa luz cereza caía como un edredón sobre el río dormido. La fiebre que me había impulsado bañaba ahora mi cuerpo de sudor frío. La humedad empapaba la silla de lona y manchaba la tela deshilachada con el aceite y la pintura que cubrían mis brazos y mi pecho. Como una serpiente incapaz de desprenderse de las pieles de sus encarnaciones anteriores, yo

llevaba varias capas de suciedad que señalaban los capítulos anteriores de aquella serie de esfuerzos fútiles. Lo único que podía demostrar después de esas horas de trabajo inútil era una fiebre recurrente, mi culpabilidad por maltratar a Noon y una tarde perdida que bien podría haber puesto otros quince kilómetros entre el ferry y el helicóptero del capitán Kagwa.

Debajo de mí, a través de diez metros de agua oscura, estaba la estrecha hondonada por la que había esperado vaciar el contenido del Mallory. Al final de la tarde tenía dos metros de ancho. Cuando Noon tomó la pala de mis manos exhaustas y derribó el último muro de arena, el río irrumpió como una inesperada catarata y descendió por la pendiente al wadi. La masa de aguas exuberantes levantó una nube de polvo y de insectos, pero pocos minutos después el torrente había cesado. Como un inmenso sistema artificial, el Mallory podía cerrar cualquier herida de sus propias costas, y rápidamente las hojas muertas y el *sudd*, el fango y la arena taponaron esa pequeña hemorragia.

Abrumado, di una bofetada a Noon cuando trató de volver al ferry. Temblando de fiebre, arrojé la pala al wadi, y no pude hacer otra cosa que ver cómo Noon, sin que nadie se lo pidiera, descendía estoicamente a buscar la herramienta. Cuando traté de agradecerse alzó hasta la altura de mi cara la mellada pala.

Pero ahora, al anochecer, la oía nadar en el agua oscura bajo la popa del ferry. Las nuevas visiones de su, cuerpo desnudo, escondido en parte por la borda, me recordaron otras confusiones, y el gran río con el que ella se había identificado, ese río que llevaba mi propio nombre y que yo había creado y todavía me proponía destruir. Parte de un sueño, ella tenía poca o ninguna conciencia del sueño más vasto que la rojeaba. Yo necesitaba destruir el Mallory, pero al mismo tiempo quería agrandararlo, alentarla a que inundara el Sahara antes de morir. Mientras cavaba mi patético canal, me había alentado a continuar una visión febril de rellenar todos los wadis del África, de ver los antiguos canales fósiles del desierto anegados por ríos con mi mismo nombre.

El olor del arroz que se cocía atravesaba el aire de la noche desde el hornillo junto a la timonera. Noon nadaba ahora a estribor del ferry. De espaldas en el agua oscura, sus piernas emergían a la superficie cuando alzaba las rodillas, recibiendo al río como una amante entre sus muslos. La niebla de platino, los suaves dientes de ese admirador negro, jugueteaban con sus pequeños pezones. ¿Acaso trataba, con su coquetería infantil, de atraerme al río, de aliviar para siempre mi fiebre con esa fresca corriente entre sus piernas?

Oí gotear el agua de su cuerpo cuando subió a la cubierta. Aparté el toldo y me levanté con inseguridad de la silla de lona, resbalando en mi propio sudor. Tratando de no asustarla, me apoyé contra el coche. Del asiento trasero surgió el leve olor de su piel, que me había reconfortado esa tarde mientras trabajaba en mi canal.

Ella me vio en la oscuridad y se movió defensivamente hacia la timonera. Yo quería pedirle excusas, decirle cuánto admiraba sus habilidades y pasar algunas de las

cassettes educacionales, quizá alguna dedicada a la armonía entre los sexos.

El sudor de mis brazos y mi pecho formaba manchas ovaladas en la pintura negra del Mercedes, lustrosas huellas del cuerpo de un pretendiente. Decidí que no tenía necesidad de esconderme de Noon, pasé alrededor del coche y entre los toneles de combustible.

—¡Doc Mal...!

Unas luces temblaban sobre el agua; barras azules y rojo rubí se reflejaban en la oscura superficie. Se acercaba una embarcación fluvial, con el casco escondido entre las sombras. Mientras intentaba recordar dónde había dejado el rifle, la vi aparecer en la niebla. A unos cuatrocientos metros río abajo, las luces oscilaban simultáneamente como linternas chinas, ojos de un dragón de pantomima, quizá un altar acuático con que algún miembro supersticioso de la avanzada de Kagwa trataba de aplacar al espíritu del Mallory.

Noon todavía no se había vestido y miraba esa extraña aparición desde la puerta de la timonera, con una mano sobre la boca para sofocar los escasos sonidos occidentales que podían escapársele inoportunamente. Con la otra mano buscó algo detrás de la puerta y me extendió el rifle.

Las luces flotaban sobre el agua; los rectángulos rojo y esmeralda parpadeaban como semáforos en la oscuridad. Mientras se aproximaban vi la curva oscura de una proa de madera y luego, más claramente, la parte delantera de una lancha a motor y el destello del ancla de bronce. El motor latía lentamente, un ritmo fatigado que sacudía la embarcación e inclinaba hacia el agua su pequeño cargamento de luces.

Las linternas ocultaban una estiba de cajas envueltas en lonas, una oscura carga a punto de caer al agua. La lancha estaba casi sumergida y del lado de babor sólo unos centímetros de francobordo separaban esa torpe estiba del río nocturno.

—Mal... —Noon me aferró el codo con sus uñas afiladas para asegurarse de que despertaba de mi fiebre. La embarcación moribunda pasó a quince metros del ferry y pudimos ver al timonel sentado de espaldas a la caña. Acurrucado en el banco de madera, guiaba la lancha con sus hombros delgados; cada esguince de fatiga escoraba la barca a babor o a estribor.

Apenas si podía imaginar cuánto habría durado esa navegación al azar, pero cuando la lancha pasó junto a la popa del *Salammbó* reconocí la figura decrepita del joven botánico indio agazapado sobre la caña del timón.

—¡Señor Pal...!

Con la borda a flor de agua, la lancha se dirigió a la playa. La proa se hundió en la arena y el motor elevó su voz por última vez, mientras la hélice giraba fatigosamente en la estela antes de morir en el agua. El cargamento se desplazó y se inclinó de lado y comprendí que las linternas mágicas eran en realidad los reflejos del sol poniente y de la selva en dos monitores de televisión cubiertos de polvo.

El señor Pal se incorporó junto a la caña del timón y miró fijamente esa playa en que había encontrado el descanso. Incluso en el aire brumoso vi sus brazos flacos y

las quemaduras solares de la frente y las mejillas. Apoyaba sus manos inertes en el banco de madera, con las piernas estiradas entre botellas de plástico y latas de alimentos vacías.

Incrustado en ese montón de desechos, como si lo hubiesen arrojado de un cubo de basura, estaba el pasajero de la lancha. Como una rata vieja en un traje de safari, hurgó entre los residuos y luego se izó junto al señor Pal, que le dedicó unas pocas palabras de consuelo. El pasajero apretó las gafas de sol contra sus ojos. Miró por encima del hombro la popa del ferry, donde estábamos Noon y yo, nuestros cuerpos desnudos iluminados por las últimas luces del poniente. La luz se reflejaba en las pantallas de televisión embarradas, como si recordara a esos tubos inertes las imágenes, perdidas mucho tiempo antes, de la costa del río y de la selva que ahora iluminaban nuestras pieles desnudas en la cámara oscura del ocaso. Esas imágenes parecieron poner momentáneamente su mente en foco.

—Doctor Mallory... —El profesor Sanger hizo un gesto destinado a inspirar confianza desde las basuras que lo rodeaban—. Me dice el señor Pal que lo hemos salvado una vez más...

20. El documental

TODA LA MAÑANA la cálida luz del sol había pesado sobre el río, arrancando de su superficie una niebla vivida que difuminaba los árboles de la costa distante y convertía a la compañía de soldados en un ondulante ejército fantasma. Yo estaba cuatrocientos metros río arriba, en el fondo del tanque de acero sobre la torre de aguas del ferrocarril y miraba las fuerzas expedicionarias del capitán Kagwa, que se preparaban para acampar. Allí donde el río rodeaba un banco de arena en la parte cóncava de la curva, afloraba a la superficie una corriente de agua más fría. El aire fresco disipó la bruma durante unos segundos y los soldados espectrales de Kagwa se transformaron en una tropa de hombres vigorosos que afanosamente erigían sus tiendas y descargaban sus armas del casco gris de la barcaza de desembarco. Poco después de la salida del sol había dejado a Noon al mando del *Salamambo*, y había vuelto atrás con Sanger y el señor Pal en la lancha patrullera con la esperanza de estimar las dimensiones exactas del ejército privado de Kagwa. En los tres días transcurridos desde nuestro encuentro al anochecer, la evaluación que hacía Sanger de las fuerzas enemigas había crecido geoméricamente hora tras hora, y yo empezaba a temer que finalmente el capitán hubiese llamado al gobierno central y le hubiese notificado el nacimiento del tercer Nilo. Si así era, mi búsqueda de las fuentes del Mallory había fracasado. La noche anterior, mientras escuchaba en la timonera las observaciones de la suave voz monocorde del señor Pal sobre las estrellas, había oído el distante murmullo del motor auxiliar de la barcaza de desembarco y había visto las hogueras reflejadas en el vientre de los cúmulos, otro ejército de fantasmas que habitaba el aire de la noche.

El *Salamambo* estaba fondeado en una tranquila caleta de la costa oeste del Mallory, protegida por una barra fangosa que casi bloqueaba su entrada y por las hojas colgantes de las palmeras. Al amanecer Noon nos vio partir, de pie entre los equipos cinematográficos como la conservadora adolescente de un museo futurista.

La llegada de Sanger y del señor Pal le había molestado, así como la perspectiva de nuevas bocas que alimentar, pero la vista de las pantallas de televisión pronto le había devuelto la paz. Se ocupó inmediatamente de ese cargamento cubierto de barro y me ayudó a transportar antenas y consolas a la cubierta del ferry.

La dejé atrás y partí en la lancha, acompañado por la eterna charla del señor Pal sobre la naturaleza.

—... las magnolias silvestres y numerosos tamarindos que ofrecen cómodo abrigo a las aves pequeñas —murmuró el señor Pal, agotado por la ordalía de las últimas semanas, protegiendo sus ojos fatigados del violento reflejo del agua—. El río tiene unos ocho metros de profundidad, ocupa un ancho cauce de marga granítica, y está bien provisto de vida acuática. Sus cálidas aguas ofrecen cordial refugio a culebras y lagartos...

—Señor Pal... —A modo de protesta apagué el motor—. Por Dios..., parece que estuviera haciendo usted el inventario del último día de la creación...

—Bien dicho, doctor, es una descripción exacta... —Sanger asintió con aire de sabiduría y se inclinó hacia el señor Pal; ambos estaban sentados muy juntos, apoyados contra la caja del motor. Sanger indicó al indio que continuara. Tenía la cara irritada por el sol junto al hombro del señor Pal, los ojos escondidos por las gafas oscuras. Una vez más sospeché que ese realizador de películas documentales estaba casi ciego y que todo su mundo consistía en los tópicos tranquilizadores de su científico y asistente personal.

Pero antes de que el señor Pal pudiera continuar, oímos el aullido del megáfono del capitán Kagwa. Nos encontrábamos tres kilómetros río abajo del ferry. Llevé la lancha a un brazo poco profundo que penetraba en un bosque de palmeras. Después de amarrar la lancha a un par de troncos sumergidos, bajé a la playa. Sanger se puso de pie, casi sentado sobre la cabeza del señor Pal, filmando mentalmente la escena de mi captura.

Me moví entre los árboles hacia una torre de aguas inclinada. Partía de ella un ramal auxiliar de la línea férrea de Saliere que corría por la arena y se desvanecía en el río. Una escalerilla de metal subía hasta el tanque, y los pilares de acero me ocultaban del sargento que examinaba los alrededores desde el puente de la barcaza de desembarco.

Me dejé caer en el tanque vacío, hice a un lado u plancha herrumbrada y pasé revista a las fuerzas expedicionarias que nos perseguían. A pesar del imponente volumen de la barcaza de desembarco francesa, comprobé que esa unidad militar era poco mal que una partida privada. Había unos sesenta soldados, con sus familiares y entenados, y las mismas armas, provisiones y equipos de radio que yo había visto antes en el campo de aterrizaje de Port-la-Nouvelle.

De modo que el capitán todavía guardaba el secreto del río Mallory, cuidadosamente envuelto en su sueño de un gran reino del Sahara: Kagwana. Mi confianza aumentó. El esfuerzo de trepar los escalones de la torre de aguas me había dejado sin aliento. Nuestra ración diaria de alimento se había reducido a un puñado de arroz cocido y unos pocos trozos de culebra. Sanger y el señor Pal nada habían traído consigo: después de escapar del cuartel policial de Port-la-Nouvelle, sin custodia, habían agotado en pocos días sus propias provisiones. Ahora que habíamos entrado en el curso superior del río, Noon encontraba más difícil atrapar peces en la corriente más rápida, y escaseaba el cebo para atraerlos a su lanza.

Me miré las piernas, los brazos, las masas musculares que corrían bajo la piel cada vez más fina. Había perdido por lo menos diez kilos y los huesos de la cadera sobresalían por encima de mis pantalones cortos como el borde de nuestro bol de arroz vacío. Imaginaba mi mesenterio, antes rollizo, como una deshinchada cuerda para la ropa de la que colgaban unos intestinos cada vez más hambrientos. Sin embargo me sentía más fuerte que en ningún otro momento desde mi partida de Port-

la-Nouvelle, y ansioso de afrontar las fatigosas tareas de gobernar el ferry y trasladar los toneles de combustible para llenar el tanque.

Examiné el enmohecido mapa de carreteras: calculé que estábamos a unos quince kilómetros al oeste de la terminal ferroviaria de Saliere, y quizá a mitad de camino de la llanura central de la Provincia del Norte. Más allá de las márgenes del río la sabana, antes verde, se reintegraba al desierto, al paisaje de granjas abandonadas y de pueblos saqueados por los nómadas que se dirigían a los valles boscosos del sur. En nuestro viaje desde Port-la-Nouvelle habíamos recorrido casi ciento cincuenta kilómetros hacia el norte, y calculé que necesitaríamos otro mes para llegar a las fuentes del Mallory, quizá ciento veinte kilómetros río arriba en las sierras bajas del Macizo de Tondú.

Por difícil que fuera trazar planes anticipados, pensar en algo más que en los próximos minutos, se requerían algunas previsiones para llegar allá. Nuestra pequeña reserva de arroz apenas cubría el fondo del saco y ahora debía dividirse entre nosotros cuatro. Por alguna razón ya no tenía en cuenta a Sanger y al señor Pal, como si estuviera seguro de que pronto nos abandonarían. Noon objetaba mi sistema de racionamiento, que atribuía a cierta ceguera por mi parte acerca de las necesidades del presente. A su juicio, el Mallory proveería todo lo necesario: sus aguas nos calmarían el hambre y refrescarían el caliente casco metálico del *Salambo*.

Imaginé que, cuando niña, encontraba difícil prever más de tres días. Más allá del cuarto estaba el infinito. Mientras tanto, un presente maravilloso esperaba que lo capturaran. Tranquilicé a Noon dándole gran parte de mi propia ración, que ella miró con desdén y luego devoró de buena gana. Consciente a medias, yo quería que ella creciera para mí, que se convirtiera en la mujer joven que veía aguardando en las bambalinas de su esbelto cuerpo de niña...

Pensando en Noon, me extendí en el suelo sombreado del depósito de agua y me hice un masaje en los muslos para que corriera la sangre. Oí el rumor del río contra los herrumbrados pilares de la torre y empecé a contar los soldados que descargaban su equipo por la planchada de la barcaza de desembarco.

No había señales de Kagwa ni del helicóptero. No había habido nuevos vuelos de reconocimiento y podía imaginar el fastidio del capitán al descubrir cuánto combustible consumía exactamente el aparato. Además, Kagwa sabía perfectamente que el ferry le llevaba cierta ventaja, que tarde o temprano nuestro combustible se agotaría y que nos encontraría esperándolo en una playa adecuada de espaldas al desierto.

Una serie de golpes secos atravesó el aire. Grupos de soldados se movían por la costa. Hojas metálicas centelleaban al sol mientras cortaban ramas y cañas alrededor del campamento, recogiendo leña para la cocina a bordo de la barcaza de desembarco. Una vez más sentí dolor, como si me cortaran trocitos de mi propio cuerpo o las uñas, groseramente a ras de piel. Yo sólo le permitía a Noon recoger madera muerta y malezas, y nunca que matara a las aves o a los pequeños mamíferos

que bebían en la costa. Los peces eran los únicos animales que teníamos derecho a reciclar para devolverlos a las rápidas aguas.

Un chillido agudo cruzó el aire, el grito de un cerdo salvaje atrapado por los soldados en un pozo. Fruncí el entrecejo, a punto de bajar la vista, cuando una extraña nave emergió de la sombra de la barcaza de desembarco. Una gabarra de acero giró en el río: una lancha patrullera de la policía amarrada a su lado le proporcionaba fuerza motriz. Atado, en la cubierta, estaba el helicóptero del capitán Kagwa, con sus flotadores amarillos sujetos entre cuatro toneles de gasolina de aviación. El joven piloto francés leía un periódico en una silla de lona al lado de la cabina, como un turista. Kagwa, a popa, indicaba al timonel que se detuviera al lado de la barcaza de desembarco. Había cambiado su uniforme de policía por una chaqueta y pantalones de camuflaje y llevaba un pequeño birrete en lugar de su gorra con visera.

Cuando la gabarra quedó abarloada a satisfacción de Kagwa, él se dirigió a la proa y miró el río. Sus ojos recorrieron las costas boscosas, examinaron cada playa y caleta y luego se detuvieron en la torre de aguas iluminada por el sol. Dio un paso adelante sin dejar de mirar el tanque de acero donde yo estaba arrodillado, como si hubiera advertido que lo estaba espiando. En ese momento de pánico comprobé, no sólo que él estaba decidido a matarme, sino que yo padecía un fuerte sentimiento de culpabilidad por todo lo que había hecho, por la muerte de la fotógrafa japonesa y por toda esta operación militar.

Turbado por la vista del helicóptero y por la mirada amenazante del capitán Kagwa, cerré las planchas de acero. Me oculté del sol y me acurruqué en la celda metálica a diez metros por encima del agua, escuchando los rápidos latidos de mi corazón, que se agitaba contra mis costillas como una criatura tratando de huir frenéticamente de su jaula. Me abandonaba a mi propio terror como un animal atrapado; apenas podía controlarme. El largo viaje por el Mallory, el hambre y la intemperie, la inundación de mi mente por aquel paraíso que había ayudado a crear, me incapacitaban para reunir mis fuerzas frente a nada que no fuera un ataque físico directo. La amenaza implícita en la mirada de Kagwa, la promesa del futuro castigo, pertenecían al mundo punitivo de mi infancia, me inspiraban la misma turbación de un escolar que enfrenta los símbolos abstractos de su primera clase de álgebra. Penetraba ahora en un reino de respuestas imprevistas al dolor y a la sed, al sol y al aire.

Sentí en los muslos el flujo regular del agua entre los pilares de la torre. El río trataba de darme ánimos. Me tranquilicé, me puse de pie y miré a Kagwa subir la planchada de la barcaza de desembarco. Evidentemente perseguía una presa mayor que el ferry; cualquier acción que emprendiera contra mí por haber disparado un balazo al flotador del helicóptero constituiría una preocupación menor. Según Sanger, pululaban en el río, al sur, las antiguas barcas de pesca del lago Kotto, así como veintenas de botes de mercaderes y balsas de contrabandistas.

Bajé por la escalerilla y me dejé caer en el agua hasta la cintura y luego me dirigí hacia la costa al amparo de las palmeras. Cuando regresé a la lancha, Sanger y el señor Pal estaban todavía apretujados contra la caja del motor y perdidos, como Alicia, en ese remanso de un sueño equivocado. Cuando bajé a la playa el señor Pal me advirtió y empezó a hablar con Sanger. Se alzaron las gafas oscuras; centellearon señales luminosas como si Sanger estuviera en comunicación secreta con el mundo más allá del río. Su explicación de la fuga del cuartel policial —el señor Pal había negociado la libertad de ambos y el uso de la lancha a cambio de una videocámara— me parecía muy sospechosa y presuponía un gusto notablemente desarrollado por las películas domésticas entre los ignorantes policías rurales de Kagwa.

—¿Mallory? —Mientras nos deslizábamos por la boca de la caleta, amparados por el follaje de la costa oeste, Sanger se inclinó y me tomó del brazo. Constantemente me tocaba las manos y las muñecas para confirmar los cambios de mi físico y mi carácter que el señor Pal le había comunicado discretamente—. ¿Ha visto a los soldados? ¿Hay tropas del gobierno central?

—No, todavía mantiene el secreto... No es mucho más que la unidad de gendarmería del lago Kotto. —Escuché mi voz inexpresiva, tan alejada de mis verdaderos sentimientos, un nivel de respuesta que yo deseaba encubrir—. Unos sesenta soldados, el piloto francés y el helicóptero.

—Está bien... —Sanger parecía aliviado y se permitió recaer nuevamente en su fatiga—. Entonces, doctor, sigue siendo su río.

—Siempre lo ha sido. Si no lo ha olvidado, usted lo registró a mi nombre.

—No lo he olvidado. Mal podía imaginar qué clase de genio brotaría de su cabeza. —Sanger se inclinó sobre la borda, sumergió la mano en la rápida corriente, luego jugueteó con las gotas entre sus dedos como si apreciara el año de su cosecha. Dejó caer agua sobre su piel llagada—. El Mallory... ¿Todavía espera destruir nuestro Nilo?

—No, Sanger... —De ningún modo deseaba revelar mis intenciones a ese oportunista agradable pero astuto, en particular porque todavía no estaba seguro acerca de mis propios motivos. Sin duda, él y el señor Pal me consideraban una especie de salvaje de los bosques. Casi se alegraban de mi caída en la excentricidad, sabiendo que podía significar varios metros de película útiles para el documental que filmaban mentalmente. Mi relación ambigua con Noon, mi desnudez periódica y mis accesos de fiebre y la herida de la cabeza, todavía infectada, expresaban para ellos una evidente declinación física y moral, dado que no lograban comprender los cambios reales que ocurrían—. Nunca he querido destruirlo. Sólo me preocupa el proyecto de irrigación del lago Kotto; toda esta agua es simplemente excesiva.

—Noblemente absurdo. —Sanger se echó atrás, suspirando para sus adentros como si esto, por sí solo, justificara todo lo que había sufrido. Mal nutrido, con el primer tinte amarillento de la ictericia infecciosa, había perdido la corona de porcelana de su canino izquierdo, y su figura decrepita parecía cada vez más un

tronco de árbol seco—. Este río bien puede ser el curso de agua más importante del África aparte del canal de Suez, otro Nilo derramado sobre la población de esta provincia predestinada por poco menos que un acto divino, con la pequeña ayuda de un médico rural vagabundo. Puede empujar al Sahara hasta el paralelo quince. ¿No es así, señor Pal?

—Exactamente, señor. —El señor Pal pasó de la fiebre al parloteo estadístico. Con sus párpados hinchados y su dermatitis fungosa, su rostro joven parecía el de un hambriento aprendiz en una remota curtiembre—. El caudal puede estimarse en unos trescientos metros cúbicos por segundo, suficientes para regar diez millones de hectáreas, que hacen de él el quincuagésimo séptimo río del mundo...

—¿Sólo el quincuagésimo séptimo? Esa cifra es muy importante, señor Pal, e infunde respeto. Espero que pueda aumentarla para el comentario. De iodios modos, doctor, ya ve usted que mantiene un duelo privado con un poderoso adversario.

Desde la caña del timón miré a esa lamentable pareja, unida solamente por su mentirosa película documental. Como el capitán Kagwa, Sanger se había reservado la noticia de la existencia del río. Había añadido a su plan original de un documental sobre el Mallory varias capas nuevas de interés: la aspiración irracional de su original creador, y los heroicos intentos del capitán Kagwa por detenerlo antes de que pudiera desviar o destruir ese río generador de vida.

¿Cuántos metros de película había filmado ya el señor Pal? Cada vez que amarrábamos, el botánico, tembloroso, se dirigía a la playa más próxima, clavaba en la arena una vara calibrada, instalaba su cámara y empezaba a tomar vistas apenas Noon salía a cazar culebras de agua o yo a llenar el tanque del diesel. Mis relaciones con esa chica menor —menor en Dusseldorf o en Osaka, aunque no en diez mil kilómetros a la redonda alrededor del Mallory—, así como mi distraída tendencia a andar desnudo, había convencido a Sanger de que ya tenía el elemento central perfecto para su película. El evidente disgusto que la película me inspiraba daría a sus espectadores una viva sensación de autenticidad.

Además, mi hostilidad contenía un fuerte elemento de rivalidad: cada uno de nosotros trataba de imponer al Mallory su propia imagen. Yo había ayudado a crear esa vía de agua única y la había llenado con un edén de pájaros y flores, que Sanger sofocaba ahora con su barato comentario. Su charla pseudocientífica presuponía que la revisión de la naturaleza por la televisión era un acto de creación tan significativo como la invención original de ese gran río y de su abundante vida. Ambas cosas eran para Sanger igualmente plausibles e igualmente carentes de sentido. Al invocar la existencia del Mallory, yo sólo había impuesto al desierto una ficción de mi exclusiva propiedad. Las palmeras y la lavanda silvestre, los bosques fragantes y el trémulo canto de las aves eran sólo imágenes de mi retina en busca de un comentario. Miré las quemaduras solares en la piel amarillenta de Sanger y me pregunté cómo haría para curarse de su enfermedad con explicaciones o con una serie de tópicos tranquilizadores... Esperaba poder ayudarle.

Para mi fastidio, Noon, la guerrillera y militante infantil de otros tiempos, adoraba la transparente adulación de las lentes. Mientras abarloaba la lancha al ferry la vi entre las consolas y los tableros de control, junto al Mercedes: miraba las videocassettes en el monitor a pilas e imitaba sus propias imágenes en la pantalla. Desdeñaba las cassettes de sonido de la guantera del coche. Había descubierto la visión y el mundo del sonido palidecía. Las palabras le aburrían y lo único que necesitaba era el alfabeto y la sintaxis de las películas.

La cocina estaba fría y sobre las brasas de unas pocas ramas había una olla de arroz cocido a medias. Noon no había pescado ni realizado tareas domésticas durante nuestra ausencia.

—¿Ningún pez, Noon? ¿No hay culebras? Debemos partir. —Cuando la reprendí, se encogió de hombros como cualquier adolescente—. El capitán Kagwa se acerca... Grandes rifles, se apoderará de Noon.

Apenas el señor Pal encontró el interruptor y oscureció la pantalla, ella lo apartó con el codo, apretó la tecla y volvió a proyectar las imágenes de ella misma saliendo del agua con los pechos desnudos, un pez ensartado en la lanza. Recordé sus primitivos dibujos autistas en la playa de Port-la-Nouvelle. De niña Noon casi no tenía una imagen de ella misma, y esas cassettes le permitían describirse por primera vez. Me la imaginé convertida en una princesa del bosque y el río, gobernando a los leopardos y a las encinas gigantescas con una autoridad y un encanto enteramente modelados sobre sus poses en las baratas películas de Sanger. En muchos sentidos los progresos de Noon configuraban el futuro de una clase especial de conciencia, halagada pero constreñida por las limitaciones de la pequeña pantalla. En unos pocos meses había salido de la Edad de Piedra y pasado del reino de la palabra al de la imagen de un solo salto, abandonando el lenguaje en el camino.

No me importaba que jugara al escondite. Mientras empuñaba el timón y guiaba el ferry hacia el canal principal sentía la poderosa corriente del Mallory contra el casco. El desplazamiento regular de las aguas más oscuras bajo la superficie iluminada me recordaba mi verdadero propósito. Debajo de la timonera, Noon brincaba de alegría; había descubierto el cuadro fijo y el avance rápido y jugaba con el tiempo y el espacio como cualquier niño de un suburbio occidental. A su alrededor el río preservaba un mundo más real.

21. La escaramuza

NI SIQUIERA la charla incesante del señor Pal me quitaba el buen humor. Una hora más tarde, cuando estábamos ocho kilómetros río arriba del campamento de Kagwa, logré finalmente tranquilizarme y volver a ser el capitán del *Salammbó*. Sanger y el señor Pal estaban sentados debajo del toldo en la proa del ferry, demasiado fatigados para cortar leña, e improvisaban una guía turística para niños del terreno circundante. Sobre el ritmo acompasado del diesel flotaba la voz del señor Pal, la cantilena monocorde de un viajante de comercio dispuesto a vender el mundo.

—... vemos ya los primeros helechos y bromeliáceas que acuden jubilosos a llenar sus nichos ecológicos. El suelo alcalino alienta a una variedad de especies a gozar del microclima acogedor.

—Muy bien, señor Pal... ¿Y acerca del río?

—Sigue creciendo, señor, y corre cómodamente por su ancho cauce. Hay en la costa gallaretas y garzas y dos hombres con uniforme militar que se lavan en las aguas tibias, cuyos minerales disueltos...

—¿Hombres? ¿Militares? —Sanger se volvió e hizo un gesto hacia la timonera; luego ordenó al señor Pal que me advirtiera.

Pero yo ya había visto a los soldados. Con el uniforme de la fuerza expedicionaria de Kagwa, estaban en una playa cien metros más adelante. Habían corlado las cañas jóvenes para hacer un pequeño claro. En el centro estaba el camión de siete toneladas de Kagwa, del que los soldados descargaban las partes de un cobertizo metálico. Una atalaya de madera se erguía por encima de los árboles y un soldado de guardia acechaba detrás de su ametralladora ligera. En la costa, al pie de la atalaya, había un bote neumático con un motor fuera borda. Un segundo grupo de moldados cortaba ramas y cañas para construir un embarcadero. En el agua hasta la cintura, clavaban los pilares en el suave lodo del lecho del río.

Aferrando la rueda del timón, contemplé esa escena de actividad. Comprendí que los hombres de Kagwa estaban construyendo un puesto aduanero, con una construcción central, un muelle de inspección y una ametralladora emplazada. El camión y los diez hombres habían venido en la barcaza de desembarco varios días antes. Se habían adelantado y habían elegido un punto en que un saliente de granito hacía más angosto el río. El agua se rompía contra la roca pulida y saltaba en vividos arcos iris.

—¡Doctor Mallory! ¡Aquí hay soldados! ¡Cambie de rumbo, señor!

El señor Pal se acercaba desde la proa a tropezones entre los equipos de televisión amontonados. Empujó a Noon, que estaba en su cubil electrónico rodeada de imágenes de ella misma, y desconectó la batería. Llegó penosamente a la timonera y aproximó su cara fatigada al cristal roto.

—Doctor Mallory..., ¿quiere usted encallar?

Yo tenía la vista clavada en los soldados del puesto aduanero. El *Salamambo* se abrió paso entre las rompientes, dirigiéndose en línea recta al embarcadero. Los soldados, en la costa, gritaban y blandían sus machetes. El vigía de la atalaya ajustó la mira de su ametralladora. Estábamos a menos de cincuenta metros y vi sus expresiones de sorpresa cuando reconocieron el coche del capitán Kagwa, preguntándose por qué habría decidido llevar el vehículo a ese pequeño puesto de avanzada. Yo me sentía igualmente sorprendido: jamás se me había ocurrido que Kagwa pudiera ordenar a sus hombres que abandonaran el río y continuaran el avance por tierra. En cierto modo esto rompía las reglas de nuestro combate y desmentía el acuerdo tácito de que nuestro duelo había de desarrollarse únicamente en el marco del río.

—¡Doctor Mallory! —El señor Pal extendió el brazo a través de la puerta para aferrar el timón—. Señor, éste no es un buen momento para enloquecer.

Hice girar el timón a estribor, lo que arrojó sobre cubierta al señor Pal. Los soldados, alarmados, corrieron desde la playa hasta los rifles apilados junto al camión. El ferry giró en el agua: el peso de la lancha patrullera obstaculizaba el timón. La proa chocó contra el extremo del embarcadero y arrancó los pilares del lecho del río. La construcción de ramas verdes se curvó como un arco y luego cayó a las aguas bajas, donde la hélice la destrozó.

El *Salamambo* se alejó de la costa en la tumultuosa corriente y arrojó una gran ola oscura contra la playa. Los soldados alzaron sus rifles, sin saber todavía si debían disparar contra el Mercedes y contra el andrajoso europeo sentado debajo de la toldilla con una cámara cinematográfica en las manos. Me agaché sobre el timón y guíé el ferry hacia el centro del cauce. Debajo de la timonera, el señor Pal luchaba con un tonel de combustible de doscientos litros que se había desprendido de sus cuerdas, como un fatigado maestro de baile que intenta enseñar el vals a una alumna demasiado corpulenta. Noon había abandonado su estudio de televisión y se había retirado a la seguridad del coche. Pasamos junto al bote neumático; el sargento que había ordenado en una oportunidad la ejecución de Noon, con el agua hasta los muslos, tironeaba con su fuerte puño de la cuerda de arranque del motor fuera borda. Cuando Noon se zambulló en el Mercedes la señaló, como un cazador que ve un ave extraña en su mira. Con la boca abierta, apartó el rifle apuntado contra ella por un soldado excitado que vacilaba a su lado entre la espuma.

Habíamos recorrido cuatrocientos metros cuando oí el motor del bote. Sabía que nos alcanzaría en pocos minutos. El sargento estaba de pie, con las piernas afirmadas contra los tabloncillos laterales y el megáfono a la altura del mentón. El señor Pal había regresado a la proa, donde, agachado debajo del toldo junto a Sanger, le hacía una vivida descripción de mi conducta desatinada y de nuestra inminente captura. Noon estaba en el asiento delantero del Mercedes y me miraba con su habitual serenidad. ¿Imaginaba que el Mercedes de Kagwa sería un santuario seguro cuando el sargento subiera a la cubierta?

El veloz bote neumático ya estaba al lado del ferry, levantando enormes rociones de espuma contra las olas de nuestra proa. El sargento cambió el megáfono por una carabina ligera que le alcanzó el soldado. Avanzábamos juntos; el bote neumático saltaba de ola en ola, la chimenea del *Salammbó* lanzaba un chorro de humo negro que se desenroscaba sobre el río.

Balanceándose sobre sus piernas macizas, el sargento examinó el ferry y vio a Sanger y al señor Pal agazapados debajo de la enseña protectora de la compañía japonesa de coches, no beligerantes del último día bajo la bandera más neutral del mundo. Le gritó algo al soldado, luego alzó la carabina y me disparó a la cabeza por la ventana abierta de la timonera.

Oí silbar el proyectil sobre el agua en dirección a la costa opuesta, una áspera tos apagada por la detonación. Torcí la rueda del timón, tratando de empujar a la costa el bote neumático, pero el soldado ya había reducido la velocidad. El bote giraba en la estela del ferry, el sargento se preparaba para un segundo disparo. Hice girar el timón con la idea de dirigirme a la margen opuesta, donde Noon tendría la oportunidad de huir por la selva y quizá de regresar a las montañas.

El tonel suelto se deslizó por la cubierta y embistió los equipos cinematográficos. El ferry quedó atravesado en la corriente y una enorme ola cayó sobre la timonera. La lancha amarrada a babor se elevó por encima de la borda y aplastó la barandilla metálica. Cuando las amarras se quebraron, cayó hacia atrás embarcando la mitad de la estela del ferry. Todavía en movimiento, empezó a hundirse y estuvo a punto de arrastrar consigo al bote neumático, que se acercaba a gran velocidad.

Entre las malezas de la costa, al pie de los árboles, aparecieron unas luces como ojos de un leopardo soñoliento. Un jeep camuflado dio marcha atrás hacia la playa, giró y continuó a lo largo del borde del agua. Dos hombres armados vestidos con el uniforme de combate de la guerrilla del general Harare acompañaban al conductor. Se afirmaron contra la ametralladora montada en una barra sobre la cabeza del conductor y apuntaron el arma contra el bote neumático.

Ya no le interesábamos al sargento de Kagwa. Desde la proa del bote hacía señas al timonel de que regresara. Al joven soldado atemorizado se le paró el motor y el bote se detuvo. Por encima del hombro lo vi cabalgar en la estela del ferry, el sargento echado al amparo de los travesaños mientras la ametralladora del jeep disparaba una breve ráfaga.

Aunque eran hombres de Harare, yo esperaba estúpidamente que nos protegieran. El jeep venía paralelamente al ferry; sus ruedas levantaban abanicos de espuma cuando rozaban el agua. Luego la ametralladora se volvió hacia nosotros y los soldados se aprestaron a disparar.

Puse el motor en punto muerto de modo que el *Salammbó* quedó inmóvil, con la hélice girando al ritmo de la corriente. El jeep se detuvo donde la playa se acababa entre las raíces expuestas de las palmeras. El conductor del vehículo, cuyas ruedas estaban en el agua, esperaba a que los dos ametralladoristas prepararan su arma. Por

la puerta de la timonera miré el agua brillante a estribor; esperaba tener bastante fuerza para nadar los cien metros que nos separaban de la costa.

La portezuela del Mercedes se cerró con violencia en el aire tranquilo. Noon emergió del asiento delantero. Había recogido su chaqueta de la ventanilla y ahora vestía esa prenda masculina que le ocultaba y ensanchaba los hombros. Atravesó la cubierta mien tras abotonaba la solapa sobre sus pequeños pechos y desplegaba las mangas, de modo que el camuflaje típico del ejército de Harare se veía claramente al sol.

Los soldados del jeep la observaron a través de las miras. Desde lejos, su rostro debía de parecer sereno e inexpresivo, pero cuando se acercó a la timonera tenía la boca y las mejillas crispadas como una niña demasiado aterrorizada para gritar. Ignorándome, buscó dentro de la timonera, recogió el rifle y luego alzó la palma izquierda y rozó con los nudillos la hombrera de su chaqueta, el saludo característico de las tropas de Harare.

El ferry se alejó seguido por la mira de la ametralladora, ganando velocidad a medida que el cauce se ensanchaba y la corriente decrecía. Estábamos a unos cuatrocientos metros cuando los guerrilleros parecieron desinteresarse. El conductor retrocedió por la playa.

—¿Noon?

La tomé por los hombros mientras dejaba el rifle detrás de la puerta. Contemplaba fijamente a los guerrilleros; el miedo se convertía lentamente en disgusto. Mirándolos con frialdad, escupió sobre la cubierta.

Traté de abrazarla y sentí su esternón latiendo temeroso contra mis costillas, un martillo animado por su corazón, pero se deslizó entre mis brazos abandonando la chaqueta. Con la embarrada prenda en las manos la vi caminar por la cubierta hasta los equipos cinematográficos. Se agachó entre esas malezas electrónicas, golpeándose los dientes con las uñas. Encendió la pequeña pantalla del monitor y miró fascinada la imagen de su rostro que nadaba hacia ella a través del cristal polvoriento, con la expresión de una anciana que ve una vez más el mundo perdido de su infancia.

22 Hacia las lagunas

CORTEJAR A NOON me había sostenido durante muchas semanas, pero ahora lo principal era nuestra supervivencia. Poco después de escapar de la lancha rápida de Kagwa entramos en un sector inesperado del Mallory. El río fluía por una ancha llanura de ciénagas y salinas, una región de nieblas y de aves melancólicas que se gritaban unas a otras a través de las lagunas desoladas. En el borde más lejano de la meseta veíamos las estribaciones bajas del Macizo de Tondú, en cuyos valles secretos se ocultaba la fuente del Mallory.

Además el río había cambiado de carácter. Aunque el cauce era el mismo, el canal principal se había dividido en un laberinto de ciénagas e islas cubiertas de cañas, como si tratara de esconder de sí mismo su propia identidad. La tercera mañana, una hora después de haber partido de la isla donde habíamos amarrado durante la noche, perdí de vista las costas del río y entré en una de esas lagunas, semejantes a grandes lagos interiores, entre las calzadas de papiros y cañas. Una densa niebla, alimentada por toda aquella humedad, nos separaba del sol; y a mediodía ese miasma se convirtió en una niebla ambarina de modo que parecíamos extraviados para siempre en el espejismo de un mar dorado. El aire estaba lleno de aves poco familiares que habían instalado sus hogares en las ciénagas y cazaban las culebras y las pequeñas ranas que constituían la única vida acuática. Sus gritos incesantes atravesaban el aire de bronce y sus cuerpos alados, letras crípticas de un alfabeto estilizado, giraban sobre nuestras cabezas como fragmentos de un mensaje amenazante, una advertencia que me dirigían las montañas del macizo. A través de la cálida luz vi el movimiento de otra embarcación. Un pescador local impulsaba con una pértiga su canoa a doscientos metros de distancia; la imagen ondulante de su figura negra parecía el trazo de un pincel en un manuscrito chino.

—Noon..., te necesito aquí...

Deliberadamente apagué el motor y dejé derivar el ferry entre las cañas. Sus ásperos cantos rasparon el casco, desprendiendo capas de herrumbre y barro. La cabeza de Noon emergió del estudio en miniatura donde pasaba el día bajo la sombra improvisada y elegante de un paraguas plateado de fotógrafo. Miró la serena extensión de la laguna y la angosta calzada que nos separaba del río. Me dedicó una mirada impaciente, salió del estudio y se dirigió a proa, pasando entre las figuras reclinadas de Sanger y del señor Pal debajo del toldo de Toyota.

La observé mientras examinaba la bruma cálida y ondulante, como un ama de casa capaz que inspecciona los puestos de un mercado nuevo. Como siempre, me asombró la rapidez con que podía orientarse. Elegía de manera infalible el mejor rumbo, como si su mente estuviera equipada con una sonda ecoica, y esquivaba una roca sumergida o el techo de un silo de la compañía minera. En ocasiones yo sospechaba que ella conocía, quizá inconscientemente, el curso íntegro del Mallory.

Yo interpretaba que la razón de su apego por mi era esa intimidad con las profundidades ocultas del río, con su vasto recorrido y con su fuente eventual. Contrariamente a los demás, a Sanger, al capitán Kagwa o a Nora Warrender, ella aceptaba que el río y yo éramos uno. Esa conciencia de la verdadera naturaleza del Mallory era un conocimiento anticipado de mi propio cuerpo. Los peces y culebras que ella sacaba del agua con engaños para alimentarnos eran las esperanzas y los miedos que me habían lanzado a esta búsqueda. Ahora sabía por qué me agradaba que se bañara desnuda en el río, que se sumergiera en ese sueño más vasto que sostenía nuestro viaje. Mientras remontábamos la corriente, mi deseo de destruir el río cedía paso a la creencia de que había algún secreto en la fuente del Mallory y de que solamente Noon me guiaría hacia él.

Tocó el aire brumoso con la mano y lo olisqueó como un catador que evalúa un bouquet. Los contornos de las profundidades invisibles se movieron en la luz, se reflejaron en la rosa náutica de una brújula escondida detrás de sus ojos.

Terminó su inspección con un gesto vivo y miró el reloj digital de su muñeca. Era un gesto para mí. Sanger se lo había dado como un soborno para que le llevara agua al señor Pal, y ahora ella usaba ese cronómetro barato como si fuera la joya más elegante, adivinando que la pantalla de cristal líquido y las funciones que activaban los botones pertenecían a la misma familia de señales que los textos de los documentales de Sanger. ¿Utilizaba el reloj para calcular el norte? Pero en esas ciénagas y lagos el sol no era casi visible en ninguna dirección, y parecía emanar de la ardiente bruma que nos rodeaba. La tripulación del *Salammbó* estaba formada por una sibila niña y tres hombres de sombras borrosas.

Noon me silbó, llamándome la atención mientras yo dormitaba sobre el timón. Señalaba a lo lejos el noroeste del lago, una zona de costas que se desmoronaban e islas minúsculas.

—¿Noon...? ¿Otro juego?

Torcí la rueda a estribor y conecté el motor. Brotó humo de la chimenea mientras el *Salammbó* avanzaba por las aguas bajas. Noon, en cuclillas en la proa, de vez en cuando miraba con el entrecejo fruncido a Sanger y al señor Pal, acurrucados debajo del toldo. Nos acercamos a una empalizada de altas cañas que emergían de una costa sumergida; moscas y mosquitos pululaban en el aire a su alrededor. Un ejército de ranitas cubría el agua; se alimentaban de algas que convertían la superficie de la laguna en una jalea traslúcida. Una nerviosa garza se zambulló en la bruma, cazando a las pequeñas culebras que a su vez se comían a las ranas. Luego se elevó del agua y chilló encima del ferry. La forma que se retorció en su pico puso en el aire una caligrafía de dolor.

Mirando esas criaturas primitivas, comprendí que habíamos dejado atrás para siempre, en el curso inferior del Mallory, el reino familiar de los pequeños mamíferos, los pájaros y las flores. Habíamos regresado al mundo más primitivo de los anfibios y las rapaces que cazaban entre los muros de caña erguidos como lanzas

de bronce a la húmeda luz de un sol más joven. El ferry, el Mercedes y los equipos de televisión parecían aquí tan exóticos como una nave espacial de visita.

La rueda del timón se desprendió de mis dedos cuando la proa del ferry giró a babor. Estábamos a punto de encallar en la calzada de fango que formaba el límite norte de la laguna. Las cañas rasparon el casco y se lanzaron contra mi cara a través de la ventanilla rota de la timonera.

—Noon... ¡Agáchate! —Empecé a desconectar la hélice, pero a último momento apareció una brecha en la empalizada. El ferry se deslizó por ella, la hélice convirtió las varas amarillentas en una estela de aplastada cestería. Entramos en un canal ancho y silencioso, un brazo errante del río que Noon había identificado desde el centro de la laguna, leyendo de algún modo el rastro del agua pura entre las aves estridentes.

En la boca del canal, donde el vasto dorso del Mallory corría entre la bruma, vi los restos de un campamento militar. Una patrulla de soldados de Harare había acampado en una isla pequeña, cuya maleza habían quemado para dar lugar a la tienda.

Desconecté la hélice y dejé que el ferry derivara entre las cañas. Mientras Sanger y el señor Pal me miraban con ojos vidriosos desde debajo del toldo, salté al agua y caminé entre la hierba chamuscada. Estaba entre los restos de un campamento de soldados: troncos carbonizados de un fogón, latas de cerveza entre las cenizas, una herrumbrosa caja de munición llena de cápsulas usadas, unas botas de caucho rotas. Busqué entre los restos con la esperanza de encontrar un cartucho para el Lee-Enfield.

El humo se elevaba de la chimenea del ferry; miré cuidadosamente a mi alrededor en busca de esa patrulla. Supuse que el Mallory corría ahora por una zona controlada por las fuerzas de Harare. Nuestras provisiones estaban casi agotadas: apenas quedaban en el saco seis tazas de arroz, y en el término de tres días nos quedaríamos sin alimentos ni combustible, mucho antes de llegar a las fuentes del río. La penosa tarea de capitán, jefe de máquinas y fogonero del ferry, el esfuerzo necesario para verter el gasóleo en el depósito y la presión incesante de la rueda del timón contra mis brazos se habían llevado de mi cuerpo la mitad de mi sangre y de mis músculos. Quemaduras solares me cubrían la cara y la frente y florecían en mi barba como hongos en una pradera húmeda.

A pesar de estas aflicciones, yo estaba decidido a continuar. Mi fiebre y la confusión de mi mente unidas a la astucia de Noon nos habían llevado a un paso de la fuente del Mallory.

—¡Doctor! ¡Los ojos del señor Pal! —Sanger estaba agachado debajo del toldo, débil, temblando contra los tensores. Ramas ardientes crepitaban en el hornillo, sobre la cubierta, junto a la timonera, calentando una olla de ranas, y el humo verde hacía toser a Sanger. Volví al ferry, trepé más allá del coche salpicado de barro y me acerqué.

—Mallory, estoy preocupado por el señor Pal... Le duelen los ojos. —Sanger se apoderó de mi mano y apretó los huesos de la muñeca para asegurarse de que yo no era un impostor—. Trate de recordar su otro yo...

Los dos hombres estaban debajo del toldo, con los restos de varias comidas esparcidos a sus pies. Los platos de estaño del juego comprado flamante en una tienda estaban cubiertos de arroz quemado y escamas de pescado. Sanger y el señor Pal pasaban el día acurrucados en sus sillas de cubierta, amables pasajeros andrajosos que habían tomado un barco sin destino de más. El ala del sombrero de paja escondía la cara de Sanger, pero yo veía sus labios y mejillas marcados de picaduras de insectos infectadas desde hacía semanas y el cuello inflamado por una reacción viral provocada por el sol. Pasó el brazo alrededor de los hombros del señor Pal y escuchó su corazón con impaciencia.

—Esos pájaros, doctor, no oigo nada. Ahuyéntelos.

A su lado, el señor Pal estaba hundido en su silla. Se había lastimado en el estómago durante su combate con el tonel de combustible, y el avance de una infección hepática daba a su rostro la palidez del cobre bruñido. Reposaba con los ojos cerrados, pero de pronto inició una descripción balbuceante de las lagunas y las islas de cañas, el comentario de un sueño.

—... estas lagunas sustentan una abundante fauna acuática de anfibios y habitantes de las piedrecillas. Las aguas llenas de materias nutritivas proporcionan también un hogar a los cocodrilos de los estuarios...

—¿Cocodrilos? Estamos lejos de cualquier estuario..., pero no nos vendrían mal unos cocodrilos, señor Pal. Tenga los ojos bien abiertos...

—... además, una especie determinada de salamandra se calienta al sol de la tarde... al crepúsculo, el fénix alza el vuelo...

La fantasía iluminaba ya el comentario, pero cuando me arrodillé delante del señor Pal, él puso sus manos en mi pecho y me apartó, mirándome con una mueca.

—... se acerca un salteador, señor, un *dacoit* que le robará a sus hijas...

—Tranquilícese, señor Pal. —Sanger lo interrumpió retuvo sus manos como una madre que calma a un niño díscolo—. Ya lo ve, Mallory, debe hacer algo por los ojos del señor Pal. Recuerde que en un tiempo era médico.

—Noon está preparando la comida. Después podrá acostarse en mi cama en la timonera. —Examiné brevemente la blancuzca parte interior de los párpados del señor Pal—. En las montañas hará más fresco.

—¿Montañas? Un puro espejismo. Debemos volver, doctor. Es evidente que el señor Pal está muy enfermo.

Miré al amarillento joven indio y resolví darle la mitad de mi ración. Sabía que había descuidado al botánico. Era raro: mi moral y mi sentido de la responsabilidad habían disminuido, aunque me había convertido en un hombre más generoso y más feliz. Y, por el momento, necesitaba que viviera. Recordé la vanidad de Harare y se me ocurrió que Sanger y su equipo de televisión podían finalmente ser útiles. La

cámara cinematográfica era probablemente el único pasaporte que nos permitiría atravesar las filas de la guerrilla.

—Doctor..., trate de poner su mente en foco.

—Mejorará. Es una fiebre pasajera.

—Hay una epidemia en este barco. Podemos curar todos los casos si volvemos a Port-la-Nouvelle.

—No. Continuaremos.

—¿Todavía está obsesionado con ese sueño absurdo? ¿Buscar la fuente del río? Mire cómo está, doctor.

—Piense en el documental, Sanger. Sé que asombrará a los japoneses.

—Tonterías, Mallory. Debemos volver ahora mismo.

—Ya hemos ido demasiado lejos. —Miré la ancha corriente, la superficie dorada por la brumosa luz del sol—. Llegaremos a la fuente. Es una cuestión de honor.

—Una cuestión de locura. Usted es un hombre pequeño, Mallory, y la locura de un hombre pequeño puede tomar formas peligrosas.

Sanger se puso de pie y trató de guiarme hacia la timonera, con la cabeza perdida en el toldo Toyota. Detrás de las gafas manchadas de barro los ojos débiles rehuían el sol. Mientras manoseaba la bandera de lona comprendí que Sanger pronto dependería enteramente de mí.

—¡Noon! ¡Trae agua! —Empujé a Sanger a su silla. Noon, en cuclillas junto al fogón, arrancaba las patas de los centenares de ranitas que había atrapado y las arrojaba a la sartén. Se apartó del hornillo y se acercó, con una videocassette en la mano. Golpeteándose los dientes a modo de lenguaje, la agitó ante los dos hombres.

El señor Pal revivió al oír el ruido y buscó en el bolso de cuero que estaba en la cubierta al lado de su silla. Contenía una pequeña colección de cassettes, la moneda más valiosa a bordo del ferry. Sanger y él le prestaban a Noon las cassettes a cambio de diversos favores. Los bañaba, les llevaba agua, limpiaba la cubierta a sus pies, lavaba sus ropas y luego se retiraba a su cueva electrónica con una cassette nueva.

Para mi sorpresa, cuando miré por encima del hombro de Noon, instalada ante la pantalla del monitor, observé que muchas cassettes eran extractos de anticuados documentales de carácter comercial, secuencias de elefantes que empujaban troncos, guerreros que pisaban con fuerza el suelo durante la coronación de un jefe, mujeres con los pechos desnudos que llevaban cántaros de agua sobre la cabeza, y otros tópicos de los primeros documentales sobre la naturaleza salvaje. Sanger había explicado que eran modelos útiles para sus propias películas y una reserva de metraje pseudoauténtico consonante con las imágenes profundamente implantadas en la mente del público. Yo disentí vivamente y señalé que la imagen occidental del África procedía de los más burdos noticieros sobre las guerras civiles en el Congo y Uganda, del hambre en Etiopía y de las películas gráficamente explícitas de leones copulando en primer plano en el Serengeti, o desmembrando a una bestia salvaje que todavía respiraba. Pero Sanger sostuvo que todo eso constituía meramente otra ficción

estilizada, una violencia más sensacional pero igual y artísticamente neutralizada, y que una experiencia auténtica de primera mano, de lo que fuera, carecía totalmente de sentido en los últimos años del siglo y desde hacía mucho tiempo.

—La verdad es sólo la mentira que se desea creer —solía decir—. Después de todo, su creación del río ha surgido de un repertorio familiar de tópicos infantiles. Sospecho incluso que su deseo de destruirlo es en realidad una tentativa de destruir la imagen del mundo que da la televisión...

Mientras las ranas se cocían, Noon bañó al señor Pal; primero lo desnudó hasta la cintura y luego le frotó el hinchado vientre con la gamuza de la guantera del Mercedes. Limpió los platos de estaño con un puñado de arena y derramó agua sobre el botánico medio inconsciente. El señor Pal se reanimó por un instante. Se echó atrás, sorbiendo el sudor que corría por su cara, los ojos fijos en la isla de cañas quemadas junto al muelle. Luego volvió a sumirse en su fiebre.

Yo no podía hacer gran cosa por él. Incluso si íbamos río abajo y lográbamos rendirnos al capitán Kagwa, era muy poco probable que él enviara al señor Pal al sur, a Port-la-Nouvelle.

Cuando terminamos de comer, vertí cincuenta litros de gasóleo en el depósito del diesel mediante un sifón, puse el motor en marcha y me alejé de la isla. Mientras salíamos del brazo y entrábamos en el curso principal del Mallory, presté atención a cualquier ruido de las fuerzas expedicionarias de Kagwa. A través de las lagunas y los islotes de cañas, el ruido de los motores de la barcaza de desembarco podía oírse a millas de distancia y la bruma luminosa que cubría el agua nos ocultaría del helicóptero.

Yo necesitaba que Noon estuviera a proa entre Sanger y el señor Pal, lista para advertirme si encontrábamos las patrullas de Harare. Pero ella permaneció en su cueva, absorta en el monitor de la televisión. Evidentemente, todas las horas que yo había pasado tratando de enseñarle a Noon los rudimentos del lenguaje y el alfabeto con la intención de ampliar su mundo habían sido tiempo perdido. Cuanto más improbable era la imagen del África, mayor era la fascinación de Noon. Lo que más le interesaba eran los cortes de película que había rescatado Sanger de un melodrama de Hollywood de los años cuarenta que narraba las aventuras de una reina guerrera africana y ponía los ojos de Noon a quince centímetros de la pantalla. Con el mentón sobre los puños, contemplaba esas imágenes de un Tarzán hembra representado por una escultural rubia tejana que cazaba desde el lomo de su elefante, gobernaba sus leones y se ponía al frente de los asustados aldeanos contra una pandilla de cazadores blancos de esclavos. Esas trilladas imágenes parecían dar a Noon su primer sueño de ella misma. La recordé cazando ranas en el agua con los pechos desnudos y comprendí de dónde procedía su inspiración.

Al principio de la tarde, cuando el calor del sol parecía fundir la superficie del agua, los gases del diesel me obligaron finalmente a salir de la timonera. Apagué el

motor y dejé que el ferry tocara tierra en una ensenada baja entre dos bancos de arena, en la costa oeste del río.

Agotado por el esfuerzo de sostener la rueda del timón, me senté a la sombra de la timonera. Habíamos recorrido unas tres millas, pero en ese vasto archipiélago de islas de cañas no se tenía ninguna sensación de avance, como si el Mallory se hubiera perdido a sí mismo en su propia infinidad acuática. Casi no reconocía mi cuerpo bajo el gasóleo y las llagas que me cubrían la piel; escuché los chillidos de las aves que cazaban en las lagunas y el febril murmullo del señor Pal, acostado al lado de Sanger en la proa del ferry.

Sin embargo, Noon parecía revivir en el calor. La oí gritar y gruñir para reemplazar la ausente banda de sonido de su película favorita. Apagó el monitor, reservando inteligentemente la batería para el final de la tarde, consciente de que pronto se gastaría si el generador del diesel no la recargaba. Indiferente al calor, se deslizó por la cubierta, fue hasta el hornillo, vació las cenizas por la borda y miró frunciendo estilizadamente el entrecejo las escasas culebras que se alzaban hasta la moteada superficie. Machete en mano, saltó al agua y empezó a cortar cañas, como si fueran lanzas esgrimidas por un ejército enemigo. A su manera ingenua, imitaba a la actriz que había visto en las películas, pensando quizá que eran noticieros sobre una tribu de reinas guerreras.

Estaba obsesionado por Noon, por sus dedos delgados y veloces como los de un tahúr, por la cicatriz de su pie y las verrugas de su rodilla izquierda, que me parecían señales de algún futuro encuentro erótico. La seguí por la cubierta mientras reunía las cañas para el fuego. Sus ojos no se apartaban del bolso de cassettes que estaba entre los pies de Sanger, esa colección de materiales docentes con que construiría una mujer nueva y más fuerte.

¿No podía introducirme yo en su representación de esos papeles cinematográficos, imitar la conducta de aquellos amantes de mujeres extraordinarias? Noon era la primera persona a quien yo daba forma por completo, y de ningún modo deseaba cederle el triunfo a Sanger. En muchos sentidos yo le obedecía en todo, pero aun así ella sólo existía dentro de mi duelo con el río. La mujeres inteligentes y seguras que había conocido cuando era un joven médico en Londres eran demasiado tolerantes y afectuosas para apoderarse de mi imaginación, por más que las quisiera. Quizá, en el futuro, esos matrimonios sin par de la memoria y el deseo sólo podrían llevarse a cabo en el seno de alguna unión obsesiva y turbadora, como la que había entre ese gran curso de agua y yo...

—¡Está muerto, Mallory! ¡El señor Pal se ha muerto! —¡Mal! ¡Doc Mal! Noon golpeó la timonera con el puño y me despertó de esa confusa fantasía. Sanger me llamaba desde la proa y agitaba los brazos luchando contra el toldo. Acudí a su lado y lo liberé de los tensores.

—Lo examinaré. Y no actúe todo el tiempo...

—¡Doctor, el señor Pal está muerto!

—¿Muerto? Ya ve usted que se mueve.

El botánico estaba hundido en su silla; su cabeza se movía como si tuviera roto el cuello. Podrida por la humedad que se desprendía de su cuerpo, la lona se había desgarrado y él estaba apoyado en la cubierta dentro del marco de madera, en una charca de sudor y orina.

—Quédese con nosotros, señor Pal. —Sanger se arrodilló a su lado y le gritaba al oído—. ¡Volveremos a Port-la-Nouvelle! ¡El doctor Mallory le dará un medicamento!

Recordé que había sido antes un médico y examiné al indio. Ya inconsciente, expiraba dentro de su piel inflamada, el cerebro cocido por la fiebre. La enteritis y las membranas mucosas ulceradas de la boca indicaban una severa enfermedad, agravada por la exposición a la intemperie y por incontables infecciones oportunistas.

—No tengo nada. Aquí no hay medicamentos. Ni siquiera una botella de whisky.

—Qué estupidez. El hombre es musulmán. —Sanger me apartó, tomó la cara del botánico entre sus manos y empezó a masajearle las mejillas—. Escúcheme, Mallory. Tenemos que partir de inmediato. Ponga en marcha el motor y vamos rumbo a Port-la-Nouvelle.

Traté de alejarme, pero él se apoderó de mis muñecas y las retorció en sus fuertes manos como si tratara de anudarme los brazos.

—Haga girar el barco. Es una pesadilla, Mallory, Esto no es una película. Vea cómo está, hombre, peor que el señor Pal.

Trató de empujarme hacia la timonera y se enredó con el toldo. Lo vi luchar contra el aire y el sol. Noon apareció detrás del coche, mirando inexpresivamente esa confrontación entre un hombre ciego y su sombra.

¿Debíamos regresar? La niebla se aclaró alrededor del ferry. Una luz violenta en que pululaban los insectos se extendió sobre las basuras y los vómitos de la cubierta, sobre la desfalleciente tripulación de esa nave desfalleciente. En un breve instante de lucidez miré mi reflejo en la embarrada pintura del Mercedes, mis destrozados pantalones cortos, mi cuerpo flaco cubierto de picaduras y llagas infectadas. Oscuramente recordé un yo perdido, un hermano mayor responsable que había impuesto equivocadamente este viaje absurdo. Traté de apartarme de mi propia obsesión, pero no pude alejarme de mi sueño del Mallory. ¿Acaso mi tentativa de cegar el río era sólo el último pago de aquel suicidio a plazos en que me había embarcado cuando elegí trabajar en Port-la-Nouvelle? Había matado ya a la señorita Matsuoka y pronto le seguiría el señor Pal; tarde o temprano todos moriríamos en el futuro choque entre Harare y el capitán Kagwa. Noon moriría antes que ninguno de nosotros.

—Está bien, Sanger. —Llamé a Noon—. Trae al señor Pal a la timonera. Volveremos a Port-la-Nouvelle.

23. Viaje hacia el planeta de la lluvia

EL HUMO BROTABA de la chimenea del *Salammbó*, se difundía en la densa bruma que cubría las lagunas. En alguna parte a través de ese brillo ámbar veía la imagen del sol a la deriva, tan próximo que parecía suspendido de una pluma por encima de nuestras cabezas. Cuando invertí la marcha el diesel trepidó contra la caja del motor y sacudió la timonera como una jaula podrida. El brazo derecho del señor Pal cayó de la litera y luego empezó a arrastrar al suelo el resto de su cuerpo.

—¡Noon!

Negándose a cooperar, Noon estaba sentada en el asiento del conductor del Mercedes con el mentón sobre el puño. Movía los mandos como si estuviera calculando un itinerario alternativo.

—Confía en mí...

Con una mano en el timón, la otra en el acelerador, di un paso atrás en la timonera. Puse el pie en el pecho del señor Pal y volví a meter al botánico en la angosta litera. Sus ojos se abrieron y de sus labios brotó un confuso fragmento de sus interminables comentarios.

—... aguas dulces que la benévola lluvia hace caudalosas... Clara corriente que refresca todas las fiebres...

Lo ignoré y llevé el ferry al curso principal del río. La costa este era apenas visible a través de la bruma, perdida en alguna parte entre los islotes de cañas y los bancos de arena.

Impulsado por la hélice, el ferry giró en el centro del río. La corriente llevó la proa hacia el sur, para iniciar el largo viaje del *Salammbó* a su puerto de origen. Las olas repiqueteaban y susurraban contra el casco, como si lamentaran que sus herrumbradas planchas y sus fatigados maderos carecieran de resolución para afrontar el rigor de nuestra búsqueda.

—¡Doctor! ¿Hacia dónde? ¿Cuál es nuestro rumbo? —Sanger gritaba desde la proa, las manos alzadas en la confusa brisa. Durante unos segundos desapareció en una nube de humo de la chimenea y luego reapareció como un mago que surge de una puerta trampa.

Protegí mi cara del sol, acechando alguna señal del helicóptero de Kagwa. Olas pequeñas conversaban con el casco, gorgoteaban mensajes olvidados a medias, secretos susurrados que habían traído desde las fuentes del Mallory, a muchas millas de distancia.

—¡Doctor! ¿Cuál es nuestro rumbo?

—Sur... Navegamos hacia el planeta de la lluvia.

Nos desplazábamos río abajo a dos o tres nudos; la corriente sobrepasaba el lento empuje de la hélice. Giré a estribor, atravesando el ferry de popa en la corriente. Noon abandonó su malhumorado jugueteo con el tablero de instrumentos del coche y

me miró como si sospechara que el hambre me había privado del sentido de la orientación. Evité su mirada y dejé que el ferry completara el giro. Cuando estuvimos completamente al través desembragué la hélice y giré bruscamente a babor. La proa de la embarcación empezó a orientarse hacia el norte, mientras la popa pandeaba y se alineaba. Volví a conectar la hélice y aumenté gradualmente la velocidad.

Nuevamente íbamos hacia el norte, hacia la fuente del Mallory. Sanger, que no advirtió este sencillo engaño, se echó atrás en su silla de cubierta, el sombrero ladeado, con aire de satisfacción.

De modo que la miopía de Sanger, quizá agravada por el escorbuto, era tan completa como yo había pensado. ¿Durante cuántos años lo había ocultado, modelando su imagen del mundo exterior sobre los informes que le traían sus asistentes, filmando unos documentales científicos tan ficticios como los rinocerontes de Durero?

Mientras tanto, Noon había bajado del Mercedes. Desde el otro lado del coche me miró por encima del sucio techo, evidentemente sorprendida por esa pequeña demostración de duplicidad. Advertí que no le importaba nada el señor Pal y que le resultaba difícil comprender por qué me molestaba yo en engañar a Sanger y hacerle creer que regresábamos a Port-la-Nouvelle.

Sin embargo el engaño había cumplido su finalidad. Yo no había pensado en ningún momento abandonar la cacería del Mallory, y esa pequeña mentira era un último acto de reconocimiento de la deuda humana y profesional que en otros tiempos me habría sentido obligado a pagar al botánico agonizante.

De pie contra el timón, lo aferraba contra el pecho desnudo, la madera de teca se hundía en mi esternón. El dolor me unía al *Salambo*. Cuando hice girar la pesada rueda para guiar el ferry por el centro del cauce, sentí complacido la herida infectada de mi cabeza, una pomposa cresta de pelo y sangre seca que llevaba como una cucarda. Aumenté la velocidad, oí el humo que se sacudía como un puño dentro de la chimenea.

—¡Doctor! —gritó Sanger desde la proa—. No gaste combustible. La corriente nos llevará.

—No se preocupe, Sanger. Llegaremos a tiempo.

—¿Cuándo encontraremos al capitán Kagwa? Sus fuerzas deben de estar cerca.

—Pronto, Sanger. Lo encontraremos pronto.

—Habrá que transferir la propiedad del Mallory.

—Por supuesto, Sanger. Lo llamaremos el Kagwa.

—No, no. Seguirá siendo el Mallory. ¿Cómo está el señor Pal?

—Descansa. Su sueño es más tranquilo.

—Me alegro. Sin duda sueña con el Ganges y con el Irawadi.

Noon había abandonado el Mercedes y estaba junto a la puerta de la timonera. Miraba al señor Pal, extendido en el suelo junto a la litera, y luego volvió hacia mí su atención golpeteándose los dientes como un cajero mientras hacía un rápido

inventario de mi estado febril.

—No estoy muy bien, Noon, ¿verdad? Quizá tengas que reemplazarme.

Sólo entonces advertí el machete que traía en la mano. Miraba de manera dura y adulta hacia la proa del *Salammbó*. Sanger había salido de su silla y se alejaba del toldo. Ansioso por controlar nuestros progresos, pasó a tientas junto al Mercedes y luego, ayudándose con las manos, entre sus equipos cinematográficos. Con el rostro enmascarado por las gafas solares, se movió entre luces y monitores, olfateando en el aire algún rastro del capitán Kagwa. Titubeante entre las pantallas silenciosas, parecía un Quasimodo ciego entre sus campanas.

—¿Mallory? —Sus manos arañaron las ventanillas rotas de la timonera—. ¿Estamos en el rumbo correcto? Todos estos canales..., oigo cómo respira la hierba. Ha construido usted un laberinto.

—Encontraremos el camino. Reconozco todas las señales.

—Está bien... Hay un mapa dentro de su cabeza. Tiene fiebre, doctor. ¿Cómo está el señor Pal?

—Un poco más tranquilo. La infección ha mejorado. Alguna fiebre traída por el agua.

—Una enfermedad llamada río. Una dosis del Mallory... —Se pasó la mano por las llagas de la cara, como si tratara de reconocerse—. La culpa es solamente mía, doctor: yo lo impulsé. Esa pequeña excentricidad..., ¿cómo podía saber que iría usted tan lejos? Ahora todo está perdido...

—Hará su película, Sanger.

—No... No habrá película... Todo ha terminado para mí. Debe descansar. Podemos quedarnos aquí y esperar al capitán Kagwa.

—Seguiremos en marcha. Ahora estoy más fuerte.

—Está enfermo. Incluso puede ser que el capitán lo perdone.

Perdió el equilibrio y vaciló junto a los toneles de combustible. Noon se apartó de su camino. Estaba junto al hornillo con el machete y partía las cañas en finas astillas. Me miraba sosegadamente, como si calculara cuántas horas o cuántos días más podría contar conmigo. Luego, sin apartar de mí la vista, se lastimó el pulgar.

—¡Mal!

Dejé el timón e hice a un lado el machete. Le apreté el pulgar e hice brotar unas pocas gotas de sangre. La herida se volvió blanca y vi una astilla clavada en carne viva. Llevé su mano a mi boca y arranqué la astilla con los dientes. Chupé la sangre de la pequeña herida y sentí un leve olor a ranas y a piel de culebra y el sabor más suave y más extraño de una piel de mujer.

Haciendo muecas de dolor, Noon saltaba sobre un pie, con el machete en la mano libre. Mientras chupaba uno tras otro sus dedos sabía que podía cortarme el cuello con un solo tajo del machete. Pero me dejó que la tocara y que sorbiera la sangre del pulgar como si fuera su pecho. ¿Se valdría de su sexo para conseguir que yo continuara hasta la fuente del río? Mi mano estaba contra su mejilla. Puse mi brazo

alrededor de sus hombros y sostuve el timón con una mano mientras buscaba una caleta serena en el río lleno de sol. Allí nos uniríamos en la costa de una laguna, entre la frescura de los lirios y los tamarindos, sumergidos en las sedas soñolientas de su cuerpo.

Sentí la suave brisa del río y la dulce fragancia de la ciénaga mientras aferraba el timón. Y el barco de la fiebre navegaba entre los peces dormidos y los pájaros mareados...

—¡Mal!

El ferry escoró a estribor cuando el timón de hierro rozó un obstáculo sumergido. El timón se deslizó entre mis dedos, los radios me golpearon las manos como si me castigaran por haberme dormido. El señor Pal estaba caído debajo de la litera junto al rifle. En la proa, Sanger se deslizó de su silla arrastrando consigo el toldo. Se aferró del cabrestante de proa, temiendo sin duda que el ferry estuviera a punto de zozobrar.

Habíamos chocado contra los restos de un puente de madera que en un tiempo atravesaba el antiguo wadi que ahora formaba parte del lecho del Mallory. Destrozados por el peso del ferry, los empapados maderos ascendieron brevemente a la superficie como un grupo de cocodrilos perturbados y luego se hundieron debajo de la espuma. Apagué el motor y el ferry permaneció inmóvil en mitad del río.

Con la ayuda de Noon, Sanger se apoyó contra la rejilla del radiador del Mercedes, con la mano derecha palpando los faros y el emblema cromado, y la izquierda en el agua para estimar la dirección de la corriente.

—¡El motor, doctor! ¡Póngalo en marcha!

—Está bien, Sanger. No hay peligro.

—¡El motor!

Cuando la hélice empezó a girar e impulsó al ferry río arriba, Sanger hundió la mano en la corriente. Se quitó las gafas, alzó los ojos ciegos y ofreció su mejilla al sol.

Sanger sabía ahora que nos dirigíamos hacia el norte. Había tratado de comprobar sin éxito el rumbo del *Salammbó*, confundido por el movimiento relativo del agua. Pero la cálida luz del sol que le daba en la cara desde la costa oeste eliminó todas sus dudas.

—¡Señor Pal! ¡Tome el timón!

Se incorporó y rodeó vacilante el coche con las manos extendidas, listo para arrebatarme el timón. Cuando llegó a la parte despejada de la cubierta se tambaleó junto al borde, con los pantalones empapados por la espuma del tajamar. Giré a babor, tratando de arrojarlo al agua, pero cayó de rodillas y a tientas llegó hasta los equipos cinematográficos. Mientras sus manos se movían sobre la cubierta metálica, Noon retrocedía casi invitándolo a apoderarse de sus tobillos, el machete oscilando entre sus rodillas.

—No te preocupes por él, Noon. No te hará daño. Lo dejaré en la costa.

—Deje el timón, Mallory. Ahora todo ha terminado.

—Estamos en camino, Sanger. El barco obedece a su brújula.

—¡Vuelva atrás!

Sanger golpeaba la cubierta con las palmas, descargando todo su odio sobre las planchas herrumbradas. Aferró los montantes de madera de la timonera, tratando de arrojar por encima de la borda toda la estructura. Por la ventanilla rota sentí su respiración jadeante que olía a dientes cariados. Sus fuertes manos se apoderaron de mis hombros. Me tocó la piel, la grasa y las llagas del pecho, la barba crecida y aceitosa, convencido finalmente de que un impostor capaz de imitar mi voz había tomado el mando del *Salammbó*.

—¿Quién es? ¿Doctor Mallory?

Le aparté las manos y lo empujé contra los toneles de gasóleo. Mientras me liberaba de sus miembros que se debatían oí una percusión familiar por encima del ruido del diesel. Una sombra funesta se movía sobre el agua como un cangrejo. Las palas giratorias cortaban el aire y sombreaban alternativamente la cara asustada de Noon. Alcé la vista y vi por el techo de la timonera el helicóptero del capitán Kagwa, la ametralladora en su burbuja de cristal, los flotadores amarillos como dos enormes cilindros de gas. A cien metros de distancia, siguió la costa oeste, atravesó el río y empezó a girar sobre las lagunas y los islotes de papiro de la costa este.

Oculto entre la niebla y camuflado por la suciedad y las hojas que cubrían su cubierta y su carga, el *Salammbó* no había sido advertido por el piloto. Embragué nuevamente el motor y dejé que la embarcación penetrara en una zona más brumosa, junto a un bosque de tamarindos vecino a la costa.

El helicóptero atravesaba estrepitosamente el río. Con la cabeza baja, repiqueteando con las uñas sobre los dientes frenéticas señales, Noon se refugió en el asiento trasero del Mercedes. Sanger había regresado a su silla de cubierta y tenía entre las piernas un bolso de lona. Entre los magnetófonos y aerosoles repelentes de mosquitos había encontrado una pequeña pistola cromada. Rígido, con el arma elevada sobre su cabeza, parecía a punto de iniciar una regata.

Mientras el ruido del helicóptero lo envolvía, Sanger disparó al aire. El breve estallido se perdió en el crepitante estruendo, pero Sanger amortilló el arma y la alzó contra el destrozado toldo. ¿Trataba ese ciego de derribar el helicóptero con semejante arma? Incluso Noon lo miraba curiosamente desde la ventanilla del coche.

Cuando disparó un segundo balazo al helicóptero comprendí que Sanger esperaba que el piloto advirtiera los fogonazos. Pero el aparato se movía río arriba y ganaba altura mientras el piloto trataba de evitar los posibles disparos de los guerrilleros de Harare. Iluminados por el sol de la tarde, los gases del escape colgaban detrás del helicóptero como la cola dorada de un zorro aéreo.

—¡Pare el motor! Está enfermo, doctor...

Entre los últimos ruidos, Sanger se adelantó a tientas entre los toneles vacíos. Noon permanecía prudentemente en el Mercedes, como una princesa que contempla

una riña callejera desde la seguridad de su coche.

—Mallory, se pondrá bajo la custodia del señor Pal...

Apagué el motor y escuché el último sobresalto del diesel. El ferry perdió velocidad y quedó a la deriva, mecido por el suave oleaje que repiqueteaba contra el casco como si esperara su hora. Detrás de mí el señor Pal estaba debajo de la litera, balbuceando para sus adentros una delirante botánica.

Sanger había llegado a las pantallas de televisión, y se detuvo entre las piezas silenciosas de su juego de ajedrez electrónico. Con la mano libre tocó las grasientas pantallas. Salí de la timonera y fui hacia la borda, a estribor, pero él oyó mis pasos. Me apuntó con la pistola e hizo un solo disparo, y la pequeña bala se clavó a poca distancia en un montante de la puerta.

Me agaché junto a la borda, tratando de serenar mis manos temblorosas. Por un instante Sanger me había engañado. Necesitaba que el motor estuviera en silencio para acechar mis torpes pasos. Aguardé mientras llegaba a la timonera, aferraba el marco de la ventanilla rota, se cortaba la mano con los triángulos de vidrio quebrado. Con la palma ensangrentada, vaciló en el vano de la puerta y disparó nuevamente contra el timón que crujía a su lado.

Las sombras de los tamarindos atravesaban como manchas de camuflaje la cubierta. Cautelosamente pasé de lado entre los toneles de combustible y fui hasta el círculo de monitores de televisión. Arrodillado entre las pantallas silenciosas, esperé que Sanger se extraviara y caminara al azar por la popa del ferry.

Pero su oído fino, agudizado por años de miopía, había oído mi respiración fatigosa. Antes de que yo me moviera, él salió de la timonera. Avanzó rápidamente con sus pies pequeños hasta el montón de toneles y esperó allí entre las sombras moteadas.

Retrocedí entre las consolas metálicas y aplasté una polvorienta cassette. Recogí la caja de plástico, esperando confusamente que cualquiera de esas absurdas películas pudiera detener una bala casi tan inocua como un cosmético.

Sanger me oyó y se lanzó hacia mí desde los toneles. Estaba a sólo dos metros y yo veía debajo de sus gafas la cara demacrada cubierta de picaduras de insectos y de llagas solares. La pequeña pistola apuntaba contra la cassette que tenía en la mano, como si él tratara de recordar por alguna experiencia anterior si yo era zurdo o diestro.

La cubierta se inclinó levemente debajo de nuestros pies, y el cargamento se deslizó. Me afirmé mientras las consolas metálicas chocaban unas contra otras, buscando alguna forma de escapar. Vi que Noon había soltado y luego aplicado nuevamente el freno de mano del Mercedes, y que el pesado vehículo tironeaba de los tensores.

—... el río, como un estereotipo ecológico, preservado por la prudente administración de Kagwa, ha...

Confundido por su propia voz, que emergía del altavoz del coche, Sanger se

volvió. Antes de comprender que yo estaba a su lado, alcé la cassette y le arranqué las gafas solares de un golpe. Aferré sus hombros con las dos manos, lo empujé hacia adelante sobre la cubierta y lo lancé de cabeza al agua. Mientras se debatía entre las olas cubiertas de sombras, los brazos levantados para mantenerse a flote, Noon elevó el volumen del altavoz, ahogando sus gritos con fragmentos de su propio monólogo.

Más tarde, cuando ya había pescado a Sanger del río con un bichero, registré su bolso de lona. Sanger yacía en la cubierta junto al Mercedes, respirando entrecortadamente, con el traje de safari entretejido de algas. La grasa del eje de la hélice manchaba su rostro pálido, como si la inmersión en el Mallory lo hubiera transformado en uno de esos nativos de piel oscura que celebraban sus falaces documentales.

Noon no me dejaba moverme mientras hurgaba el bolso de lona. Saltaba a mi alrededor, sus dedos repiqueteaban con alivio sobre sus dientes o le lanzaban castañetas a Sanger, profería un torrente de epítetos inarticulados. Yo esperaba encontrar otra pistola o, quizá, algún cartucho para el rifle Lee-Enfield. Pero entre los repelentes de mosquitos y las cápsulas de vitaminas había una botella medio vacía de whisky y una cassette en cuya etiqueta se leía, en la letra del señor Pal: «El doctor Mallory y una jovencita nativa bañándose desnudos».

Pues la cassette en manos de Noon.

—Se han equivocado contigo...

—¿Mal?

—Nos has gobernado a todos a tu antojo. Sabe Dios adónde me llevas...

Admiré la discreción y la astucia con que, a pesar de sus temores, había distraído a Sanger y también el toque de crueldad que había demostrado mientras él flotaba indefenso en el río, al elevar el volumen y anegararlo con el ruido de su propia voz.

Arrojé el bolso a los sucios pies de Sanger y alcé la vista al aire del atardecer, acechando el helicóptero de Kagwa. Demasiado agotado para continuar el viaje, apagué el motor y amarré el ferry en la costa oeste. Bandadas de nubes color cereza atravesaban el cielo hacia el poniente mientras el ocaso avanzaba entre las ciénagas cubiertas de papiros. La luz era más suave y el aire azafranado sobre el río era todavía tibio y dulce, pero a la sombra de los tamarindos la cubierta del *Salamambo* estaba de pronto muy fría. Mi fiebre volvía a estremecerme y un sudor helado me cubría el pecho y los brazos.

Destapé la botella y bebí un trago de whisky, gemí cuando el alcohol ardió en las llagas de mis labios y encías. Me apoyé contra el Mercedes, traté de afirmar mis piernas vacilantes. Vi a mis pies las gafas rotas de Sanger, espejos en añicos que reflejaban mi cuerpo enflaquecido, avieso capitán de un barco avieso...

Me incliné a recoger las gafas y caí sobre la cubierta, derramándome encima el whisky. Alcé la montura negra y luego la arrojé al agua. Recordé que de un golpe le había quitado a Sanger las gafas en lugar de arrebatarle la pistola de la mano, pero aquellas gafas opacas simbolizaban la visión imaginaria del río que Sanger había

tratado de imponer sobre la mía.

—... vino una aviesa cámara, cruzó un avieso río y cazó un cocodrilo avieso...

Murmurando ese sonsonete, regresé a la timonera perforada por las balas. El señor Pal se había desplazado en el suelo y ahora estaba debajo del timón, que aferraba como si tratara de invertir el curso del *Salamambo*.

Me agaché, lo tomé por las piernas y lo alejé del timón. Me agarró los tobillos con las manos, pero me deshice de ellas a puntapiés e inicié la tarea de poner el motor en marcha.

Veinte minutos más tarde, cuando el ferry salió del bosque de tamarindos, ya había anochecido y una luz sepia cubría el río. Jirones de aire oscuro se elevaban de la superficie, como si se le quitaran a una mente dormida fragmentos de un sueño. Pasé entre ellos; el alcohol y la fiebre guiaban mis manos. El Mallory se había ensanchado como si realizara su última tentativa de engañarme, y se había dividido en un laberinto de canales entre calzadas de papiros que formaban sangrientas empalizadas. El agua cesó de moverse y reduje la velocidad del ferry. La pequeña ola del tajamar se movía sobre una superficie de seda aceitada. El suave movimiento calmó al señor Pal, que se sumergía en la profunda paz del coma hepático, e inspiró en él la descripción susurrada de la verdad final que vislumbraba a las puertas de su propia muerte.

—... en términos de medio ambiente... el paraíso... podría considerarse un exceso de soluciones en busca de un problema... Profesor, Nihal, Madhur...

Al atardecer, cuando la última luz de color rubí desaparecía en la niebla, advertí que habíamos entrado en una gran laguna. Paré el motor y dejé que el *Salamambo* navegara a la deriva en ese espejo oscuro que no tenía ningún reflejo.

Noon estaba en el Mercedes, demasiado cansada para repiquetear los dedos contra los dientes. Cuando le toqué el hombro me miró con sorpresa como si ya no recordara quién era. A la suave luz que reflejaba el tablero de instrumentos su cara estaba tensa y afinada. Parecía que se hubiera vuelto más joven, nuevamente una niña, y comprendí que desfallecía de hambre.

—Noon... Me sentaré a tu lado. Te mantendré caliente. Mañana cazaremos pájaros.

Estaba a punto de subir al coche, pero se abrió la portezuela del lado opuesto. Ella se alejó de mí en la oscuridad y sus pies temblorosos recorrieron la cubierta mientras iba a refugiarse entre las cajas de equipos cinematográficos. Debilitado por el hambre, vacilé contra el coche. Bebí lo que quedaba del whisky y luego avancé por encima de las piernas extendidas de Sanger.

Oí voces en el lago detrás de mí. Más allá de la timonera se oía un motor, como si el diesel hubiera revivido por sí mismo. Una ola golpeó las planchas del casco y el ferry se meció en el agua quieta. Resbalé sobre la cubierta engrasada y tambaleándome aferré el mástil.

Un reflector barrió el agua y su violenta luz iluminó el *Salamambo* y su carga. El

haz de luz se detuvo en el tritón cromado del Mercedes y en el blanco rostro de Noon agazapada entre los toneles de combustible. Cubriéndome los ojos vi que otra embarcación se acercaba y se detenía a cinco metros de la borda de estribor. Bajo el puente descubierto, dos figuras apuntaban el reflector hacia mi cara.

Me desprendí del mástil y di unos pasos inseguros sobre la cubierta excesivamente iluminada donde las sombras giraban como alucinaciones. Aquellos visitantes inesperados, ¿eran acaso los miembros de un equipo de filmación que venía a ayudarme a seducir a Noon?

Entonces una voz de mujer habló en la oscuridad.

—Doctor Mallory: puede quedarse con Sanger y con el río. Pero nos llevaremos a la niña.

24. Un sueño de mujeres hermosas

DESPERTÉ EN UN SUEÑO de mujeres hermosas. Yo estaba sobre un colchón polvoriento en una cama recargada de adornos cuya cabecera dorada se elevaba hacia un techo pintado. Debajo de una bóveda azul eléctrico, un grupo de ninfas nadaban alrededor de la fuente de una piscina celestial. Sus pechos jugueteaban como marsopas entre las olas y la espuma saltaba entre sus muslos acogedores.

Escamas de pintura barata se desprendían del techo; encima se oían pasos y la voz de una mujer que gritaba hacia el lago desde la cubierta de ese burdel flotante. Las ranas croaban tristemente en respuesta y los mosquitos giraban en la pequeña cabina y esquivaban los fragmentos de yeso que cada paso desprendía del techo.

Descansado después de un largo sueño, recibí sobre mi piel manchada de grasa esa fina lluvia de cuerpos de mujeres hermosas, cada una como una Noon madura. Los postigos de la ventanilla me protegían del sol que resplandecía detrás del marco metálico, pero por las hendiduras de la madera podrida veía las lanzas de los papiros de la costa a seis metros de distancia.

Asido de los barrotes me incorporé. Coronaba la columna de bronce la estatuilla de una bailarina desnuda que dejó caer sobre mi mano derecha su barata piel dorada. Sacudí el polvillo metálico sobre el colchón mohoso y miré a mi alrededor la pequeña cabina, situada en alguna parte bajo la cubierta del restaurante en la popa del *Diana*.

Cuando abrí los postigos la cálida luz del sol inundó la cabina calentándome la piel. La fiebre había desaparecido y me sentía fuerte pero con la cabeza vacía, como si durante la noche me hubiesen sorbido en parte el cerebro aquellas mujeres que se habían apoderado de mí con sus fuertes manos en la timonera del *Salamambo*.

Una ola perezosa atravesó la superficie amarillenta de la laguna y se perdió entre las cañas y los papiros. A pesar de la intensa luz, el agua parecía inerte como si el Mallory hubiese padecido la misma fiebre y aguardase mi recuperación antes de volver a fluir. Unas pocas garzas y gallinetas gritaban sin convicción, pero también ellas parecían desmoralizadas. El mismo río, pensé, estaba encharcado.

Asomado a la ventana, con la cabeza contra la tela metálica, vi un bote neumático que se acercaba por estribor. Dos de las mujeres de la señora Warrender remaban hombro a hombro. Detrás de ellas, en la popa, había una gran caja llena de monitores de televisión y equipo cinematográfico. A trescientos metros de distancia, el *Salamambo* estaba abandonado en el centro de la laguna. La cadena del ancla colgaba blandamente de la proa y la desamparada nave parecía a punto de naufragar bajo el peso del coche cubierto de polvo.

Me puse de pie, apoyado contra la puerta. Ya me sentía fatigado, pero era hora de buscar a Noon, tomar prestado el bote neumático y regresar al ferry. Me quité de los brazos las escamas de pintura. Sobre un bidé rajado, manchado por todos los placeres olvidados de los trabajadores del petróleo del lago Ivotto, había un espejo con trazos

de lápiz labial. Miré mi barba hirsuta, un matorral desgreñado pero casi mesiánico que caía desde las llagas de mis mejillas. Tenía los ojos moteados de amarillo y las encías en retroceso daban a mi boca tensa una sonrisa de lobo. No ignoraba que aún padecía una fiebre palúdica intermitente. Un destacamento de gendarmería quería mi cabeza, yo estaba infatuado con una adolescente y casi todas las personas que había reclutado para mi extraña causa estaban muertas o agonizantes. Sin embargo me sentía más decidido que nunca desde mi partida de Port-la-Nouvelle. Pensé en los lunáticos acontecimientos de la víspera, en el intento de matarme de Sanger. Pero estos hechos ya habían ocupado su sitio en el *continuum* de maravilla que envolvía mi vida desde el nacimiento del Mallory.

Moví el herrumbrado picaporte y descubrí que la puerta estaba cerrada con llave desde el pasillo.

—Por Dios... ¡Señora Warrender! —Golpeé con los puños los senos pintados sobre mi cabeza y desalojé un pezón de yeso que cayó al suelo entre los lápices labiales vacíos y las revistas cinematográficas desteñidas. El par de fuertes pies que patrullaba la cubierta se detuvo. La mujer consultó a la señora Warrender, con el tono de un guardián que habla de un animal salvaje que se niega a cooperar.

Recordé el *Diana* cuando se acercaba al ferry. Una de las africanas había aparecido en el haz del reflector. Se había inclinado junto al Mercedes y había puesto los brazos alrededor de los hombros febriles de Noon, mientras le quitaba la cassette como una celadora de escuela de niñas que pone fin a la algazara del dormitorio. Cuando Noon y Sanger estuvieron a bordo del *Diana*, las mujeres fueron a buscarme a la timonera, donde yo estaba arrodillado, con la boca apretada contra la del señor Pal, tratando de insuflar vida en sus pulmones. Con sus fuertes manos me tomaron por los brazos, me transportaron entre las sillas y mesas de la cubierta del restaurante y me llevaron por la escalerilla a la cabina sin aire que olía a moho y a escayola húmeda.

—¡Señora Warrender!

Yo estaba a punto de arrancar de sus goznes la puerta podrida, pero una mano hizo girar la llave en la cerradura. En el pasillo estaba Fanny, la mayor de las africanas, una mujer de anchos hombros que atendía el bar de los petroleros y ponía en la puerta a los borrachos. Me miró autoritariamente, como si yo fuera un cliente que no había pagado su cuenta.

—Puede subir a cubierta. Es su hora de tomar aire.

—Gracias a Dios... Pero, ¿dónde está Noon?

—¿La niña? Descansa. Como el profesor Sanger. Déjelos en paz.

—Escuche..., quiero verlos. Necesitan mi ayuda.

—¿Su ayuda? No, gracias, doctor. No más medicamentos raros del doctor Mal.

Sin saber qué responder, seguí escaleras arriba su trasero abundante e intencionado. Aunque era una bonita mujer, a quien había admirado muchas veces desde las ventanas de la clínica de Port-la-Nouvelle, ahora pertenecía a un orden de

femineidad distinto y remoto.

Salimos a la cubierta y el sol acortó de inmediato el foco de mis ojos. Los viejos maderos del *Diana* habían sido fregados hasta un blanco de cal. El suelo parecía una marquetería de hueso, como si estuviera hecho con los esqueletos de todos los trabajadores del petróleo que habían yacido en los cubículos situados debajo del restaurante, un prostíbulo fluvial construido con las costillas y los cráneos de sus clientes. Nora Warrender y sus compañeras habían transformado esa embarcación abandonada. Habían lavado y frotado cada centímetro de pintura ornamental, y eliminado la mugre de sus centenares de volutas decorativas como si fueran las orejas de los chicos de un reformatorio. El *Diana* brillaba como marfil viejo y emitía una misteriosa luz sepulcral, como una galera fúnebre preparada para una cremación en mar abierto. Sobre la pista de baile habían atado una toldilla de lona entre la chimenea y el techo de madera del restaurante y también ella parecía una piel humana curtida y puesta a secar que formaba, con sus borlas y bolillos, un friso de vergas y escrotos.

Junto a la pista de baile, al amparo de la toldilla, había varias jaulas de animales que yo había visto por última vez en el establecimiento de cría de Port-la-Nouvelle. Un par de macacos y varios monitos tití se acercaron a los barrotes, intrigados y evidentemente deseosos de acoger a un ser fraterno en su reino penitenciario.

Louise y Poupée, las dos mujeres que habían venido a remo desde el *Salamambo*, amarraron el bote neumático y empezaron a izar a la cubierta los equipos eléctricos. Di un paso adelante, dispuesto a ofrecer ayuda, pero Fanny me apartó, irritada por la sola idea de mi participación, como si cualquier cosa que no fuera mi presencia simbólica en esa nave de hueso fuera una intromisión.

En la popa del *Diana*, debajo del toldo y ante una mesa estaba una cuarta joven reclutada después de mi partida de Port-la-Nouvelle. En la mesa había varias lámparas ornamentales, cuyas pantallas de cristal coloreado limpiaba con una gamuza. Ese grupo autónomo de mujeres, ¿se proponía volver a abrir el *Diana*? Intrigado por tanta actividad doméstica en el viejo prostíbulo flotante, fui a través de la pista de baile al bar semicircular detrás de la chimenea. Por una escotilla abierta vi el cuarto de máquinas y el venerable motor de gasolina restaurado y pulido como el electrodoméstico más enorgullecedor.

¿Podría comandar ese barco? Mientras miraba la pequeña caseta del puente tuve una brusca imagen de mí mismo ante la rueda del timón cuidadosamente centrada, capitán de una tripulación enteramente femenina. Avancé hasta la caseta, dispuesto a probar la rueda, pero Fanny me tomó del brazo.

—Doctor, se quedará en la pista de baile. O irá abajo.

—¿Pista de baile? Mire... —Traté de liberar el codo, resbalé y caí al suelo a sus pies. Apartó mi cabeza con el sólido muslo y luego me puso de pie sobre mis rodillas temblorosas. Me afirmé contra sus brazos musculosos, bajé la vista a mi pecho palpitante que aspiraba el aire húmedo como una bomba mal ajustada. Lejos de

comandar ese barco, yo estaba a merced de esas mujeres.

—A su sitio, doctor Mal.

—¿A la pista de baile? Muy bien... ¿Qué le ha ocurrido a la señora Warrender?

—Está aquí... afuera, cazando. Quiere hablar con usted, más tarde.

—De acuerdo. Pero antes querría ver a Sanger y a Noon.

—¿La niña? Bueno... —Fanny se volvió hacia Louise y Poupée, que limpiaban el polvo de los receptores de televisión. No advertí en los ojos de las jóvenes el menor reconocimiento de que yo existiera, pero Fanny me indicó con un gesto la escalerilla —. Puede ver a la niña y al profesor Sanger. Sólo unos minutos. No quiero que los enferme, doctor.

Únicamente entonces, mientras examinaba brevemente a Sanger y a Noon, comprendí hasta qué extremo físico nos había llevado nuestro viaje en el *Salammbó*. Sanger estaba echado sobre un colchón manchado de semen en el cubículo situado al lado del mío, con un par de gafas para el sol de mujer en las manos, los ojos fijos en las figuras desnudas que nadaban por el invisible cielo azul eléctrico por encima de su cabeza. Con sus ropas andrajosas, parecía un anciano vagabundo que hubiera regresado al abandonado club nocturno en que había dilapidado sus sueños de juventud. El latido irregular de su corazón, la erupción de impétigo que le cubría el pecho, y los brazos y las piernas enflaquecidos que sobresalían como los palos de un espantapájaros me recordaron hasta qué punto había descuidado yo tanto a Sanger como al señor Pal.

—Mallory... —Apretó contra mi espalda la montura adornada con brillantes de las gafas de sol, un amable regalo de Nora Warrender—. Todo esto ha sido un disparate. Locura a bordo de un barco loco. ¿Volveremos al lago Kotto?

—Sí, volveremos.

—¿Y el señor Pal?

—Él ya se ha ido. Pronto estará con él, Sanger.

—Me alegro... Extraño al señor Pal...

Desenredé sus dedos de mi mano. Su fiebre había cedido, pero yo me sentía incapaz de hacer algo por él, porque había dejado de pensar y de obrar como un médico. Durante el viaje en el *Salammbó* habíamos entrado en un reino donde la enfermedad y la obsesión habían dejado de ser los opuestos de la salud y la cordura.

Ni siquiera cuando vi a Noon, acostada como una niña mal nutrida, con la frente huesuda escondida por una almohada pequeña, pude verla de otro modo que como la mujer en que se había convertido durante nuestro viaje desde Port-la-Nouvelle. Sostuve su muñeca fina como una ramita, buscando el pulso incierto, tratando de llevarla con la voluntad al ferry abandonado en el centro de la laguna. Necesitaba sentir nuevamente la cubierta oscilante del *Salammbó* debajo de los talones, ver en la proa los muslos adolescentes de Noon mientras me guiaba entre los bancos de arena cuyas formas sumergidas, rozadas por la quilla del ferry, excitaban mi sueño a medias consciente de acariciarlos.

Sin embargo, esos sueños habían reducido a esa niña antes hermosa a poco más que un esqueleto. Mientras disminuía mi confianza en mí mismo y en nuestro excéntrico viaje, advertí que Noon me miraba con sus ojos alerta, una paciente que evaluaba al médico. Contaba las llagas de mi cara y mis brazos, estimaba la fuerza que subsistía en mi pecho y en mis hombros. Comprendí que se preguntaba si yo estaba suficientemente bien para proseguir.

—Doctor..., es hora de que vuelva a su cabina. Debe darle descanso a su mente.

Fanny estaba al pie de la escalerilla y me indicaba que saliera. Regresó a la cubierta cuando cerré la puerta de Noon. Estaba en el estrecho pasillo, cuyos muros mohosos olían a madera de ataúd y pensaba cómo sacar de la embarcación a Noon. Todas las ventanillas de las cabinas tenían rejas metálicas para que los clientes no se encaminaran por un atajo a sus placeres. Aunque pudiera arrancarlas a puntapiés de la madera podrida, ni Noon ni yo teníamos fuerzas suficientes para nadar hasta el *Salamambo*.

Agotado por el calor y por la paciente industria de las mujeres en la cubierta, apoyé mi peso contra una puerta cerrada con candado. La cadena arrancó la armella de la madera esponjosa. Cayó al suelo con el candado, y se abrió la puerta de otro cubículo.

Bajo el mismo fresco chillón había otro colchón sucio. Iba a acostarme en él, pero ya estaba ocupado. Había un arsenal de armas alineadas cuidadosamente, con los cañones apuntados contra la ventana: tres carabinas francesas y norteamericanas, varias metralletas Kalashnikov y el antiguo Lee-Enfield de Noon. Bien limpias, tenían los cerrojos y gatillos envueltos en trapos engrasados para protegerlos de la humedad. Junto a los rifles había una colección de cargadores y cartuchos sueltos, y sacos de lona como los que usaban los soldados del capitán Kagwa y los guerrilleros de Harare. De los barrotes de bronce colgaban como trofeos tahalíes, cinturones con cartucheras y redes con granadas.

Miré ese importante depósito de armas y me pregunté cómo las habían reunido las mujeres. No parecía que ninguna hubiera estado expuesta a la humedad del suelo o del aire. Alcé el pesado Lee-Enfield, apenas con fuerza suficiente en los brazos, y desenvolví los trapos que cubrían el cerrojo. Supuse que las mujeres habían encontrado por casualidad un antiguo campo de batalla durante su viaje desde el lago Kotto.

Mientras abría el cerrojo con la esperanza de encontrar una bala en la recámara, se abrió la puerta a mi espalda. La señora Warrender tenía en las manos el candado y la cadena. Vestía aún el peinador que usaba en Port-la-Nouvelle, como si hubiera pasado todos estos meses ociosa ante su tocador y esperase que yo me reuniera con ella en una cabina próxima. Llevaba el pelo muy corto, casi como la víctima de un campo de concentración, y la cara y el cuello estaban tan pálidos como la blancura fantasmal del *Diana*. Se me ocurrió que también ella podía ser una prisionera.

—Nora, ¿la retienen aquí? Podemos marcharnos en el *Salamambo*...

Me sonrió, el mismo desvaído mohín de sus labios pálidos que yo había visto por última vez, desde mi caravana, cuando no había logrado despertar su interés. Oí la cadena deslizándose entre sus manos.

—Está cansado, doctor, ha hecho un largo viaje y es hora de que descanse. — Nora-Sostuve el rifle contra mi pecho y apreté el cerrojo contra las llagas del esternón para reanimarme. La señora Warrender me miraba con su habitual compostura, como si yo fuese parte de un sueño de hombres del que por fin había despertado y que sólo podía recordar mediante un esfuerzo de la voluntad. Supe entonces que era yo el prisionero de esas mujeres y que si deseaba escapar, no ya gobernar el barco, ésa era mi última oportunidad.

—Le ayudaré... —La señora Warrender puso su mano pequeña pero fuerte en la mira del arma. Yo estaba a punto de arrancarle el rifle de las manos cuando vi a sus dos compañeras por la reja de la ventanilla. Estaban en el bote neumático y remaban hacia el *Diana* desde el ferry. Detrás de ellas estaba echado un hombre pequeño de cara olivácea que arrastraba el brazo por el agua como si quisiera comprobar la dirección de la corriente.

—Nora, es el señor Pal. Se habrá recobrado...

Antes de que ella pudiera cerrar la puerta, la hice a un lado y salí al pasillo. Oí sus pies detrás de mí mientras subía por la escalerilla.

—Doctor Mallory... Es hora de que usted descanse, doctor.

Yo estaba en el centro de la pista de baile, sobre el suelo de huesos que me quemaba los pies, bajo el toldo de piel arrancada. Con el rifle descargado junto al pecho veía acercarse el bote. Sobre la superficie purulenta de la laguna la mano colgante del botánico trazaba una larga línea que llegaba hasta el *Salamambo*.

Era evidente que el señor Pal estaba muerto y que las dos mujeres se disponían a enterrarlo. Remaron hacia la proa del *Diana*; la señora Warrender y Fanny estaban a mi lado. El sol se reflejaba en el agua detrás del bote y la intensa luz ceñía sus espaldas y la cabeza del señor Pal, como si regresaran del futuro con el cuerpo del último hombre y eliminaran de su mundo los restos de una especie extinguida y los llevaran a enterrar en el pasado.

25. Las cazadoras de patos salvajes

MÁS TARDE, cuando las mujeres depositaron al señor Pal entre los papiros en la costa oeste de la laguna, yo estaba con la señora Warrender junto a las lámparas restauradas.

—Quiero marcharme pronto —le dije mientras pulía las baratas pantallas de cristal—. Una hora después del crepúsculo, si puedo poner el motor en marcha.

—¿Es eso prudente?

—Sí. Las fuerzas de Kagwa pueden estar aquí mañana. Le aconsejo que se marche, Nora. Hay hombres de Harare por todas partes.

—Hemos visto a uno o dos. No nos han molestado.

—Eso me sorprende. Todas esas armas y municiones, ¿dónde las ha encontrado?

—En el camino desde Port-la-Nouvelle. —Miró a las sepultureras que trabajaban entre las altas hierbas—. Ellos... Ya nadie las necesitaba. Creo que debería descansar aquí. Quizá encontremos alguien que lo lleve de regreso al lago Kotto.

—No, debo ir río arriba. Llevaré conmigo a Noon.

—No está en condiciones de viajar. Además, ¿está usted seguro con ella?

—Es la única persona con quien estoy seguro. Si no fuera por Noon jamás habría llegado hasta aquí. Conoce el río como... el interior de un sueño.

—Ella lo engaña, doctor: va a quedarse con nosotras. Usted ya ha matado a dos personas... Librado a usted mismo, matará a varias más.

Ignoré esto y miré a las dos mujeres que habían enterrado al señor Pal mientras regresaban entre los papiros al bote neumático. Oyeron algo entre el laberinto de canales y se agazaparon. En las jaulas situadas junto a la pista de baile los macacos aferraban los barrotes con agitación. Me acerqué a la borda, alerta a cualquier sonido del helicóptero de Kagwa, pero la fuente del ruido parecía más próxima. Mientras una de las mujeres separaba los tallos de papiro la otra alzó el rifle. Un momento después subieron al bote y remararon hacia la boca del estrecho canal entre las murallas de hierba. Detrás del bote quedaron remolinos de vegetación podrida. El agua de la laguna ya parecía estancada.

Señalé la superficie lechosa y las malezas muertas enredadas en la cadena del ancla.

—¿El Mallory ha dejado de correr?

—¿El Mallory? —La señora Warrender repitió el nombre como si describiera alguna oscura enfermedad—. ¿Se refiere usted al río?

—A mi río.

—El río al que ha dado su nombre y que quiere destruir.

—Atacó mis pozos... Es verdad que quiero encontrar su fuente. Es un asunto privado entre el Mallory y yo. Sanger lo comprende.

—¿Un asunto privado? Este río puede regar toda la zona sur del Sahara y crear

una reserva natural diez veces mayor que el Serengeti. ¿Cómo puede afirmar usted que le pertenece?

—Porque lo he creado. Yo soy, realmente, el Mallory.

Siguió el juego sin dejar de frotar la lámpara.

—¿Usted es el río? ¿Las serpientes muertas y el barro y los peces podridos?

—Todo eso y también su sueño de vida.

—¿Y cuando llegue a la fuente?

—Eso depende de lo que encuentre.

—¿Se ahogará allí, quizás?

—¿Ahogarme? Entonces, ¿todo el viaje sería una tentativa de suicidio? Sin duda es algo más. No lo sé...

—¿Tal vez Noon lo sabe?

Antes de que pudiera responder, el ruido de un disparo llegó al *Diana*, amortiguado por los densos papiros. El rostro pálido de la señora Warrender tembló entre sus lámparas. Se pellizcó los labios, miró el sitio adónde las dos mujeres habían llevado el bote de remos. Desde la barandilla de la pista de baile, detrás de mí, Fanny escrutaba las paredes de hierba. Nora y ella compartían la misma expectativa nerviosa, como si aguardaran que les trajeran para la cena un pavo premiado. No me agradaba la idea de que dispararan contra las aves, contra las criaturas que bebían del cuerpo del río, del curso de agua que había nacido de mi propio caudal sanguíneo. Noon y yo no habíamos comido aves aunque estuviésemos hambrientos.

—Las patrullas de Harare pueden oírla —advertí a la señora Warrender—. Hay merodeadores en las lagunas. Yo podría ser su capitán del *Diana*.

—¿Capitán? El *Diana* no tiene capitán. Nosotras nos turnamos, doctor. Esa clase de cooperación que despierta sus sospechas...

—Despertará las sospechas de Harare. ¿Qué hace tan lejos del lago Kotto?

—Como usted, buscamos la fuente del... Mallory. Un gran río como éste atrae a los hombres.

Miró las aguas amarillentas. ¿Llevaba puesto ese peinador deshilachado mientras la violaban los hombres de Harare? Como su pelo rapado, debía de ser una memoria constante, tan severa como una fotografía policial, del crimen cometido contra ella.

—Comprendo, Nora. Usted quiere vengarse de Harare.

—No sólo de Harare. —Continuó frotando la lámpara—. Se habla de una represa, de que el agua está contenida de alguna manera.

—¿Una represa? —Rechacé la idea, incapaz de considerarla siquiera—. No puede haber una represa.

—¿Por qué no?

—Sería como aplicar un torniquete a mi propio brazo. Se gangrenaría.

—¿De modo que usted es realmente el río?

—Por supuesto. Ahora estoy seguro.

Ella apartó las lámparas y me miró con su primera expresión de simpatía.

—Es obvio que está usted completamente loco.

Durante seis días estuve prisionero en el barco de las viudas, encerrado en mi cabina bajo el cielo raso prostibulario. Más desnutrido de lo que pensaba, yacía horas y horas en el colchón enmohecido. Cada atardecer la fiebre retornaba mientras oía croar a las ranas. A la mañana estaba demasiado cansado para hacer otra cosa que sentarme en una silla del restaurante junto a la pista de baile. Por la tarde las mujeres me permitían alimentar a los animales en sus jaulas, pero todavía estaba demasiado agotado como para pensar siquiera en apoderarme del *Diana*.

Noon y Sanger estaban echados en sus cubículos. Parecíamos abrumados por una laxitud creciente, como si a todos nos afectara el fallo de mi voluntad, el debilitamiento de la energía imaginativa que había creado el Mallory.

Mientras hablaba con los macacos me preguntaba por qué las cinco mujeres preferían quedarse en esa laguna estancada, alejada del cauce principal del río. A pesar de la aparente paz de su nueva vida, era evidente que su principal placer era la caza. Todas las tardes yo me veía obligado a escuchar los desagradables ruidos de esa actividad. Dos de ellas partían en el bote neumático, muy juntas, a popa, con un rifle, y desaparecían entre los papiros de alguno de los centenares de canales que unían las lagunas. Una hora más tarde, un disparo aislado que señalaba el fin de otra ave de las ciénagas me despertaba de la fiebre.

Sin embargo, nunca traían su presa a bordo del *Diana*. Afiebrado, pensaba que odiaban a las aves porque bebían el agua del Mallory. Les decía a los macacos: «Otra vez están matando a las aves; quieren cortarme las alas...».

Fuera como fuese, estaba decidido a continuar el viaje. Bajo la mirada de Louise o de Fanny se me permitía ver a Noon unos pocos minutos por día, mientras ella contemplaba su techo de club nocturno. Le tomaba el firme pulso, examinaba sus ojos más claros y sus encías mejoradas, consciente nuevamente de que era ella quien evaluaba mi estado. Me miraba cuando le palpaba el hígado y le auscultaba el pecho, y evidentemente medía mi recuperación por el grado de excitación que me provocaba.

Las mujeres lo sabían y la mantenían apartada de mí durante las pocas horas en que le permitían salir a la cubierta. Encerrada detrás de la puerta de la cocina, amasaba tortas de sorgo y sacaba caracoles del caparazón para la cena.

El sexto día, el primero sin fiebre, yo daba de comer a los macacos cuando se oyó la detonación sofocada de un disparo de rifle en las islas de papiros, al oeste de la laguna. Entre la maraña de canales un movimiento agitó las empalizadas de hierba, como si un pájaro herido aleteara entre los altos pastos.

Me dejé caer por la borda, a estribor, sobre la jaula de los monitos tití y de allí salté al techo del restaurante. A mi alrededor las infinitas caletas de ese mundo ribereño humeaban bajo el sol. Entre la bruma amarillenta vi a un kilómetro hacia el este el cauce del Mallory, la niebla como vapor sobre una cuba tibia. Ninguna ola ni

agitación turbaba la superficie, opaca como ámbar. El inmenso volumen de agua estaba estacionario, el río esperaba que yo actuara. Estaba a punto de ocurrir el cambio de alguna clase de marea interior, reflejo de una elección inminente.

Cuatrocientos metros al oeste, más allá de la costa de la laguna, una hilera de cañas había caído al agua y revelaba el suelo. Por ese estrecho pasillo se acercaba a la carrera un hombre, con la cabeza baja como si tratara de ocultarse de sus perseguidores. Tenía una lanza para pescar en la mano y un rifle terciado a la espalda. Cada vez que se agachaba, la culata del arma se alzaba sobre su cabeza como la cola de un pájaro herido.

Sin advertir el *Diana*, el soldado se aproximó. Tenía el uniforme y los correaes atados con trozos de cuerda, y reconocí que era un guerrillero de Harare. Tal vez había desertado, con la esperanza de regresar a su aldea, o era el último sobreviviente de una unidad atacada desde el aire por el helicóptero del capitán Kagwa. Aunque lo había identificado, de alguna manera confusa pensé que me traía un mensaje desde la fuente del Mallory, en el que se me decía lo que debía hacer para reabrir el río silencioso.

Sin pensar, alcé los brazos y le hice señas. Cuando me vio y vio mis manos vacías contra el cielo, el soldado se detuvo y levantó la cabeza. Apartó la hierba y estaba mirando cautelosamente el *Diana* cuando se oyó un segundo disparo.

La detonación resonó en la laguna y se llevó la vida del soldado hambriento. Cuando alcé la mirada vi que ahora nada se movía. Las cazadoras de patos salvajes habían obtenido su presa y se ocuparían tranquilamente de ella.

Una hora más tarde la señora Warrender y Poupée emergieron de la cala. Transpiraban por el calor, pero tenían los rostros serenos y desprovistos de emoción. De pie, juntas, empujaban sus remos mientras las altas cañas se abrían y se reunían a sus espaldas.

Con Louise y la mujer más joven, miré desde la borda mientras amarraban el bote junto a la planchada. En la popa estaban el rifle y los desgarrados correaes, y una pala cuya hoja bruñida brillaba al sol como una espada.

Descendí de las jaulas y me detuve en la cubierta frente a la señora Warrender, como un pretendiente tímido a punto de solicitar un baile.

—¿Buena caza, Nora?

—No demasiado buena, doctor. —Se ajustó el peinador sobre los hombros con un movimiento brusco y rígido, que me recordó su extraña calma en los meses siguientes a la muerte de su marido—. Hoy no hemos tenido suerte.

—No sabía que por aquí hubiese nada a que se pudiera disparar.

—No hay gran cosa. Pero si se espera, normalmente algo aparece.

—Veo que encontró otro rifle.

—Había un soldado muerto en la costa. A pocos cientos de metros de aquí.

—Pobre hombre. Probablemente volvería a su aldea. ¿Mi ayuda no le habría servido?

—No. Estaba completamente muerto.

—Lo siento. De todos modos, ustedes podrán usar mejor ese rifle.

—Creo que así será. Lo enterramos en la costa. Su río le bañará los huesos, doctor.

—¿Han enterrado muchos soldados muertos?

—No muchos. Aunque me parece que encontramos uno casi todos los días.

—Ya lo había pensado. Tantos rifles y tanta munición...

—Y tantos soldados muertos que enterrar. Quizá podría ayudarnos, doctor. Hay otro muerto que necesita sepultura...

—Bueno... —Seguí su mirada hasta el bote. Mientras se apartaba de la planchada sujeto por su amarra, observé que la pala estaba todavía en la popa. Había una media luna de tierra húmeda contra el acero brillante, como el primer plazo de una nueva tumba.

La señora Warrender había recogido el rifle y me sonreía francamente y con toda la boca por primera vez desde que la conocía. A pesar del vestido harapiento y del pelo desgredado, parecía tan feliz como el día de su boda. Vacilé en el centro de la pista de baile, consciente de que las mujeres habían formado un círculo a mi alrededor. Fanny había salido de la cocina y, acodada en la barra, me miraba con cierta simpatía. Solamente Noon, que acababa de aparecer tras la puerta de la cocina, me dirigió una mirada de furia, con las cejas unidas en señal de advertencia.

—Vamos, doctor. —La señora Warrender me puso la mano en el brazo y advertí el esmalte metálico de sus uñas descuidadas, como las de una ama de casa fatigada—. Es necesario enterrar ese cuerpo.

—Cavar una tumba... No soy bastante fuerte.

—Sí que lo es, doctor. Una tumba poco profunda.

Venga...

—Bueno, si no es muy profunda... Mis manos están...

Preparé las palmas para la tarea, las froté contra mis caderas. Una herida abierta me dolió cuando pasé la mano. Bajé la vista y advertí por vez primera que estaba desnudo. Después de llevarme a bordo del *Diana*, las mujeres me habían quitado los andrajos manchados de pus que yo usaba en el ferry. Durante los días anteriores no había pensado una sola vez que estaba desnudo, ni siquiera en la presencia de aquellas mujeres. Al negarse a verme como un hombre me habían castrado con toda eficacia.

Traté de recobrarme y miré más allá del círculo de mujeres hacia la laguna y las silenciosas paredes de hierba. La muerte se escondía entre las altas empalizadas, caminos de acceso a un laberinto que terminaba en la puerta de una tumba. El sol pesaba sobre el agua estancada y le impedía acudir en mi ayuda. De la cubierta del salón de baile se elevaba una intensa luz blanca, como el brillo de una lámpara llena de cal. Blanqueaba el vidrio de color de las linternas y convertía el motor del *Diana* en un esqueleto calcificado. Me masajeeé el diafragma, pulsando la sangre hacia mi

cabeza, pero la luz aumentaba y parecía vestir a esas mujeres con sudarios, como plañideras que llegaran temprano a un funeral. La cólera de las mujeres irradiaba ese antiguo barco, infectando los huesos de sus cubiertas y sus baos, que ahora daban una blanca luz propia.

Una linterna cayó a la cubierta entre las mesas del restaurante. Desconcertadas por los cristales que se rompían, las mujeres miraron los fragmentos de rubí, cuyo barato brillo vidrioso parecía quebrar el hechizo. La cubierta se movió debajo de sus pies como si el lecho de la laguna emergiera a la superficie.

—¡Fanny..., Louise! ¡El barco está garreando! —Confundida, la señora Warrender aferró la barra con ambas manos tratando de afirmar el *Diana*. Las mesas y las sillas empezaban a deslizarse sobre los blancos maderos. Las linternas tintineaban, y una segunda cayó a la cubierta. Los macacos y los tití chillaban alarmados en sus jaulas y se aferraban frenéticamente a los barrotes.

—¡Fanny, nos hundimos! ¡Poupée!

El rifle apoyado contra la barra cayó sobre los pies de la señora Warrender. Una profunda vibración recorrió el barco y su vieja quilla exhaló un gemido de cañas, huesos de un cadáver atormentado.

Miré la laguna, esperando que sus aguas inundaran la cubierta. Las altas hierbas nos rodeaban por todas partes y revelaban sus oscuras raíces entre el fango brillante de la costa. Lejos de tragarnos, el nivel de la laguna había descendido. Ahora el *Diana* estaba encallado en el fondo y el viejo casco no estaba sostenido por su propia flotabilidad. Ya los primeros bancos de arena emergían a la superficie y podía ver la costa sumergida del canal más profundo por el que la señora Warrender y las mujeres habían llevado al *Salambo* al centro de la laguna antes de abandonarlo.

Caminé entre las mesas que se deslizaban apartándolas del camino, mientras subía el leve desnivel hacia la borda de babor. Detrás de mí, la señora Warrender dirigía las operaciones de salvamento. Todavía con la impresión de que el barco se hundía, ella y sus compañeras trataban de amarrarlo a la costa.

Oí cómo se gritaban unas a otras, un grupo de asustadas comadres marinas que ya no confiaban en sus propios pies. La superficie de la laguna había descendido poco más de medio metro. En alguna parte del laberinto de canales un muro de contención había cedido, una represa de tierra de aluvión se había disuelto y los niveles del sistema se equilibraban por sí mismos.

De todos modos, esto significaba que el Mallory decaía. El gran curso de agua que yo había convocado desde su fuente misteriosa finalmente empezaba a titubear, como si anticipara mi muerte a manos de esas mujeres.

—Doc Mal...

Noon estaba detrás de mí, con el Lee-Enfield en sus manos pequeñas, oculta de las mujeres por las jaulas de los animales. La recordé la primera vez, cuando me empujaba con el cañón del arma hacia la playa del lago seco de Port-la-Nouvelle. Me miraba en la misma forma decidida pero cautelosa. Recordé también el golpe seco del

percutor. ¿La señora Warrender le habría dado otra bala?

Levantó el pesado rifle y dirigió el cañón hacia el *Salammbó*, moviendo la cabeza como asombrada por la lentitud de mi respuesta.

—Tienes razón, Noon... —Le tomé el brazo y la ayudé a trepar a la borda. El agua, abajo, apenas llegaba a la altura de la rodilla. Oí a la señora Warrender más allá de la banda de estribor; tranquilizaba a Sanger que balaba alarmado desde la ventana enrejada de su cabina.

Puse mis manos en la cintura de Noon, aspirando el fuerte olor de su cuerpo adolescente que durante tantos días había extrañado. Reanimado por ella, recordé el ocioso parloteo de la señora Warrender sobre una represa. Quizás se había construido una para atrapar las aguas y no era que el Mallory hubiese desfallecido...

Alcé a Noon por encima de la borda y la bajé al agua: luego le alcancé el rifle. La seguí al líquido tibio y amarillento y señalé las ondulaciones que ya partían de nuestros cuerpos al *Salammbó*.

—Ven, Noon. Llegaremos antes que la señora Warrender. Alguien trata de robarme el río...

26. Los jardines del Sahara

UNA TRANSFORMACIÓN había conquistado el río y traía consigo la amenaza de peligros imprevistos. Por primera vez, las huellas de mis pasos subsistían en la suave arena del lecho del río y me delataban a cualquier francotirador o centinela. Mientras me escondía detrás del tronco de una palmera caída, en busca de rastros de una patrulla guerrillera, las huellas de mis pies surgieron claramente debajo del agua siguiendo la sombra que se escurría entre mis talones como un murciélago sediento. El nivel del Mallory había descendido por lo menos tanto como mi estatura, y ahora mostraba las raíces de los árboles en la costa. Cocido por el sol, el expuesto lecho del río había iniciado su retorno al desierto.

Cincuenta metros a mi derecha estaba el cauce principal del Mallory, reducido ahora a poco más de la mitad de su anchura original. Los bancos de arena eran dunas bajo el sol y en sus crestas crecía la primera capa de hierba. Una maraña de canales y lagunas pequeñas separaba el río de sus antiguas costas, y en una de aquéllas estaba amarrado ahora el *Salamambo*; Noon montaba guardia en el techo de la timonera.

La puerta esmaltada de una vieja nevera sobresalía de la arena, la marca del fabricante brillaba al sol como una cifra cromada. El lecho del Mallory estaba cubierto de desechos arrastrados río abajo desde la antigua base aérea francesa de Bonneville; neumáticos, sillas de playa, cajas de munición y trozos de radio. Pocos minutos antes, mientras iba hacia la costa, me había cortado el talón derecho con el cuello roto de una botella de vino oculta en una charca, entre un bote de aerosol y un secador de pelo de plástico.

Cojeando por la arena blanca abandoné la escasa protección de la palmera y corrí hacia el casco de un coche pequeño enterrado en la suave pendiente. Apoyado contra el parachoques, oí el zumbido regular de un camión que avanzaba por un camino del desierto y vi el humo de hogueras de madera húmeda más allá de las palmeras de la próxima curva del río. Veintenas de penachos blancos se elevaban en el aire y confirmaban que Noon y yo habíamos llegado finalmente al centro del dominio de Harare.

Sin embargo, en la semana transcurrida desde nuestra huida de la señora Warrender y sus viudas, habíamos visto una sola patrulla fluvial armada, como si algún desplazamiento de las prioridades estratégicas hubiese trasladado el centro del conflicto del Mallory a los áridos matorrales que lo rodeaban. Las jangadas de los pescadores y las canoas de los mercaderes que habíamos encontrado estaban abandonadas contra los postes de los embarcaderos en desuso. La pequeña población emigrante atraída al curso superior del río en los cuatro meses transcurridos desde nuestra partida de Port-la-Nouvelle misteriosamente había perdido su interés por este canal bienhechor. Navegábamos entre las costas, ahora más altas que la timonera del *Salamambo*, y salpicadas de molinos de viento y norias olvidadas, como si la gente que

antes pescaba y se bañaba aquí hubiera sentido con anticipación que el río estaba a punto de morir.

Sin embargo, yo miraba al Mallory con cautela. Quizás preparaba su trampa final para mí, destruyéndose para que Noon y yo pereciéramos de sed. Pero afortunadamente el río era una importante vía de agua, de cien metros de ancho aún en su actual forma reducida. La corriente que la proa del ferry hendía no se debilitaba, y no era precisamente estancada ni salobre el agua clara y fresca que fluía desde las montañas del Macizo, cuyas laderas azules estaban ahora sólo cinco millas al nordeste. A pesar de mi determinación de llegar a la fuente del río, me alegraba ver que mi gran rival todavía conservaba buen ánimo.

También Noon estaba tan resuelta como siempre. Al principio parecía alejada de mí y yo lamenté la ausencia de aquellas imágenes de televisión que tanto la habían intrigado en una etapa anterior de nuestro viaje. Pero pocas horas después de nuestra fuga del *Diana* estábamos trabajando juntos, el mismo equipo excéntrico que había impulsado al ferry todo el camino desde el lago Kotto. Mientras nadábamos los últimos metros hasta el barco, perseguidos por un disparo único desde la inclinada pista de baile del *Diana*, Noon volvió a ser la jovencita que yo había cortejado en la timonera del *Salamambo*. Su pálido cuerpo parecía extraer energía de las leprosas aguas amarillas. Tres metros delante de mí, se izó fácilmente a la cubierta, con sus pequeños hombros y pechos de niña transformados en los de una mujer. Tomó el rifle de mis manos y me ayudó a subir con un gruñido de trabajador. Mientras me guiaba a la timonera sentí que el *Salamambo* cedía bajo nuestro peso y supe así que aún quedaban unos centímetros de agua debajo de su quilla.

Siguiendo el cauce más profundo, cuyas costas sumergidas veíamos a través de las aguas bajas, navegamos por el brazo por donde habíamos entrado a la laguna. Una hora más tarde, después de abrirnos paso entre esa maraña de canales, llegamos por fin al curso principal del Mallory. El aire caliente se precipitó a recibirnos, su aliento suave susurraba como una amante contra mi piel desnuda.

Ese mismo día dejamos atrás las ciénagas y las lagunas y empezamos a atravesar una zona de sabana desierta. Libre de su cargamento de equipo cinematográfico, y llevando sólo el Mercedes salpicado de barro a bordo, el *Salamambo* progresaba firmemente contra la modesta corriente. Nuestro único combustible consistía en los pocos litros que las mujeres no habían logrado sacar del tanque con un sifón; era lo suficiente, calculé, para otras veinte millas. Pero el nivel más bajo del río, y algún olor en el aire, me convencieron de que llegaríamos a nuestra meta.

Como si tuviera conciencia de esto, Noon vigilaba las costas y el *Diana*, en cuclillas en el techo de la timonera. En ocasiones oía repiquetear sus dientes cuando señalaba las volutas de humo negro, como guirnaldas, visibles más allá de las polvorientas malezas. Al atardecer, cuando amarrábamos para la noche y Noon nadaba en busca de peces en las aguas oscuras, yo subía a la timonera y miraba la blanca nave de las viudas tres millas detrás de nosotros, un espectro de hueso en el

ocaso.

Ya no me inspiraban temor. El mundo fluvial de las ciénagas y las cortinas de papiro, su coto de caza de memorias, crímenes y soldados extraviados, había cedido el paso a un cauce claramente delimitado y a los agudos acantilados de arena que el Mallory había recortado en el seco suelo ocre. Atravesábamos el límite sur del Sahara y el terreno desolado apenas parecía consciente del río. Fortalecido por mi descanso en el *Diana*, llevaba al *Salammo* hacia su destino final.

La estridencia de un motor fuera borda resonó contra las puertas herrumbradas del coche. Agazapado en el asiento trasero, vi acercarse cuidadosamente por la curva del río la patrulla guerrillera. Eran dos canoas unidas con bambúes, tripuladas por tres soldados. Había hombres armados en toda la región. Pero estos soldados habían perdido interés en el río y examinaban las costas a seis metros por encima de mi cabeza.

Tras una atenta inspección, giraron, avanzaron río arriba y pronto se perdieron entre las dunas y los promontorios rocosos. Salí del coche y atravesé la franja de arena blanca que llegaba hasta las raíces de las palmeras de la costa. Con las manos trepé por la escalera de raíces entrelazadas. Sus duras hojas ya estaban veteadas de fibras aserradas amarillentas que me raspaban los brazos. Un sendero cubierto de hierba partía de una noria abandonada y zigzagueaba hasta la cresta de una pequeña elevación.

Me eché en un hueco musgoso entre dos rocas que formaban la cumbre, con el rostro oculto por el follaje de un tamarindo. A lo lejos, a través de la bruma de polvo iluminado por el sol, el ancho cauce del Mallory serpenteaba hacia mí desde las montañas azules del Macizo. Corría hacia el oeste, bordeando la gran llanura del desierto que se extendía hasta el horizonte. Sólo interrumpían ese paisaje sin rasgos de malezas y arbustos de creosota las pistas borrosas de la antigua base aérea francesa de Bonneville, un par de kilómetros hacia el norte. Al final de la meseta, el Mallory se quebraba en una serie de cascadas bajas, amplios escalones de roca basáltica que señalaban el límite navegable del río. El brazo oriental desaguaba en una tranquila laguna de unos trescientos metros de ancho y luego se vaciaba en el canal principal donde ahora estaba amarrado el *Salammo*. Sin embargo, el brazo oeste, que transportaba la mitad del caudal, terminaba en una represa improvisada de treinta metros que los pescadores locales habían construido entre la isla central y la costa.

Después de plantar en el lecho arenoso una hilera de estacas de bambú, habían extendido sobre ellas sus redes a través del agua para sostener troncos, hojas de palmera y desechos metálicos tomados de los estropeados hangares y depósitos de la base aérea. Esa acumulación de maderos y vegetación podrida retenía como un filtro la tierra de aluvión que traía el agua. Incrustadas en el muro había puertas metálicas, chapas de hierro galvanizado, cables de antenas y postes de telégrafo. Ese prominente muro de cuerdas y tierra parecía un gigantesco sostén sobre unos senos de fango

reseco adornados con un tesoro perdido de tecnología occidental.

Por cien brechas de esa represa de desperdicios brotaba agua que saltaba a la laguna, donde había veintenas de barcas de pesca y jangadas amarradas a embarcaderos improvisados a lo largo de la playa. Mediante la represa los pescadores habían desviado hacia el norte el cauce robado del río, que fluía a través del desierto por una red de canales y formaba finalmente una laguna de aguas bajas que se extendía hasta los hangares en ruinas de la base aérea.

Observé esa costa verde, con sus sembrados de mandioca y de sorgo. Recordé mi primera visión del Nilo inferior desde el avión que me llevaba a El Cairo, y la angosta franja de tierra cultivada que había entre el río y el desierto. Gracias al robo del Mallory el Sahara florecía nuevamente. Los pastores y granjeros nómadas que durante décadas habían sido empujados hacia el sur por el sol empezaban a conseguir finalmente que la línea verde avanzara. Con la ayuda de los pescadores y de los soldados de Harare —varios de ellos se estaban bañando en la laguna— habían vuelto a colonizar el desierto. A pesar del modesto éxito de sus pequeños terrenos y plantaciones, habían vuelto para siempre la espalda al curso inferior del Mallory.

Pero el río aún fluía. Seguí su curso serpenteante a través del paisaje azul de la meseta, el dorso plateado que chisporroteaba contra las salientes rocosas. En alguna parte de las sierras oscuras estaba su fuente: llevaríamos el ferry a su puerto debajo de la represa, lo fondearíamos allí y remontaríamos el Mallory en una de las muchas canoas amarradas en la laguna. Miré las laderas boscosas de las montañas, cuyas estribaciones inferiores descendían hacia la costa este del río. La abandonada cinta transportadora de una compañía minera francesa subía hasta los silenciosos elevadores que se erguían entre los árboles como torres de control.

Todavía asombrado por la belleza del desierto verde, volví hasta el río. Descendí por la maraña de raíces y salté a la playa arenosa. Seguí las huellas de mis talones, donde las moscas sorbían ahora mi sangre seca, más allá del bote de aerosol y el secador de pelo, expuestos en la arena como objetos en un museo arqueológico del consumo. Mientras vadeaba la corriente fresca vi la proa del *Salamambo* en su sereno fondeadero entre las dunas. Llegué a aguas más profundas, nadé hacia el barco y le hice señas a Noon cuando me detuve a recobrar el aliento junto a la cadena del ancla.

—¡Noon! ¡El Mallory! ¡Todavía está aquí!

Ella se inclinó sobre la borda y me recompensó con una breve sonrisa como para demostrar su tolerancia por mi extraña actitud de dudar del río y de mí mismo.

Sin embargo, cuando aferré el parachoques trasero del Mercedes y me icé a la cubierta advertí que Noon llevaba su chaqueta de camuflaje. Tenía en sus fuertes manos el Lee-Enfield, con los hombros cuadrados mientras me apuntaba. Su postura evocaba la reina guerrera de Sanger.

Detrás de ella, dos soldados de Harare examinaban los mandos del coche. Tenían las botas y los pantalones cubiertos de arena húmeda de la angosta playa situada detrás del ferry. Alzando sus armas, dieron un paso hacia el sol y me indicaron que

me acercara al coche embarrado. Me miraban con evidente sorpresa, desconcertados por mi figura desnuda y barbada, por mis muslos lastimados y el pecho manchado de grasa, y por las sangrientas marcas que mis pies dejaban sobre la cubierta.

—¿Noon? —Yo esperaba que les explicara que ese salvaje del Mallory había sido antes el médico que los había atendido en Port-la-Nouvelle. Pero Noon me miraba en silencio, con su cuerpo de jovencita oculto en la deformada prenda de camuflaje. ¿Acaso me había engañado todo el tiempo, atrayéndome hacia un sueño fluvial que haría de mí su prisionero y me entregaría en manos de Harare?

27. El canal robado

LAS MANOS ATADAS a la espalda con tiras de la bandera de Toyota, estaba desnudo sobre los tablones soleados del camión abierto. Noon y un soldado iban apoyados contra la parte posterior de la cabina del conductor y el blanco polvo del camino giraba alrededor de sus hombros. Cuando llegamos al terraplén de una vía férrea abandonada Noon se puso en cuclillas, demasiado cansada para sostener el pesado Lee-Enfield. Apretando el rifle entre las rodillas desnudas, me miraba con los ojos resignados de la hija de un granjero que lleva al mercado un animal que ha criado con cariño y que una vez le inspiró una esperanza más elevada que el próximo gancho para la carne.

¿Noon pensaba entregarme a Harare desde el comienzo o me abandonaba por conveniencia? Negándome a encontrar su mirada, contemplé por encima de la puerta restallante el río más allá del camino. Nos dirigíamos hacia la antigua base aérea a lo largo de la costa oeste del canal desviado, a través de una franja de primitivos sembrados y granjas. La heroica tentativa de invertir el avance del Sahara y hacer que el desierto floreciera parecía mucho más modesta vista de cerca. Las granjas eran pequeñas parcelas de campo despejado entre los árboles, separadas una de otra por zanjas de regadío y dominadas por los muros de tierra de los depósitos de agua estancada. Se habían excavado centenares de pozos donde los granjeros atesoraban su botín y se había machacado la tierra con inmenso cuidado hasta darle la dureza del barro cocido. En contraste, sus pequeñas viviendas eran chabolas apresuradamente construidas con chapas de asbesto y de hierro galvanizado arrancadas de la base aérea.

La índole descuidada y culpable del canal robado reforzaba la sensación de que se había cometido un enorme robo, de que se atesoraba un premio ilícito entre las hileras de plátanos. Afirmando la portezuela con el codo, miré las aguas perezosas contra las costas de fango. La mitad del Mallory fluía por el desierto revivido, pero ese importante cauce de unos cincuenta metros de ancho estaba tan muerto como un canal abandonado. Las aguas quietas habían perdido toda huella de la vivacidad y la autoridad del gran río que yo había creado en Port-la-Nouvelle y cuyo curso había seguido durante los últimos meses. El Mallory se había abierto camino violentamente a través del paisaje, hundiendo en el subsuelo sus firmes costas, pero este canal desviado no dejaba marcas sobre el terreno a pesar de toda la vida verde que nutría.

Mientras lo veía disiparse entre zanjas y acequias, observé que los pescadores y los granjeros nómadas que habían robado ese brazo del Mallory tenían poca confianza en su botín. El camión redujo la velocidad para evitar a un grupo de mujeres que excavaban un gran pozo junto al camino. Afirmaban los muros con piedras y cristales rotos, conscientes de que ese depósito, como todos los demás, había de desvanecerse cuando bajara el nivel del agua.

Hicieron una pausa apoyadas en sus palas, estudiaron el camión y a su desgredado prisionero. A pesar de la sed, yo estaba demasiado fatigado para pedirles agua. Al robar una parte del Mallory, esa población empobrecida me había desangrado. Recordé las cabras atadas detrás de las farmacias chinas en las callejuelas apartadas de Kowloon, de cuyas carótidas se servían los clientes tazas de sangre caliente por dinero. Me dolía el daño que le habían hecho al Mallory, ahora desmembrado entre esos pozos infestados de mosquitos. Las moscas me cubrían el pecho y las piernas y vibraban en una nube que flotaba sobre el camión. Calculé que mi propio fin estaba próximo; apenas Harare me reconociera completaría la ejecución que había interrumpido en el lago Kotto la llegada de Sanger.

Sin embargo, esa gente no se encontraba en condiciones mucho mejores, como si hubiesen bebido demasiadas aguas envenenadas del Mallory. A pesar de las cosechas que recogían en sus parcelas, los niños estaban flacos y mal alimentados, y sus caritas huesudas cubiertas de moscas. Las mujeres anémicas parecían afectadas por las aguas muertas del canal y apisonaban con monotonía los muros de su depósito. Entre las palmeras colgaba un fétido aroma que se elevaba del suelo y hacía torcer las narices a los hombres aburridos que jugaban a las cartas en las puertas de sus chabolas.

Mientras avanzábamos por el camino el hedor aumentaba y comprendí que esos nómadas del desierto no tenían la experiencia necesaria para usar sin peligro un volumen de agua tan grande. Los depósitos y las lagunas de tierra junto a las viviendas estaban llenas de un líquido salobre contaminado por los desechos humanos con que fertilizaban las cosechas y en el que residían miríadas de moscas y mosquitos transmisores de fiebre. El agua que sustentaba ese regadío del desierto estaba cargada de enfermedades que habían empezado a envenenar incluso la rama robada del Mallory con que se alimentaba.

El cauce principal empezaba a dividirse, los negros brazos formaban una serie de charcas aceitosas separadas por terrenos cubiertos de desechos. Seguimos el más largo de los canales y entramos en un camino afirmado. Cuatrocientos metros más adelante llegamos al portal de la antigua base aérea francesa, donde dos soldados de Harare montaban guardia con sus armas rodeados por un lago fangoso. Todo el campo de aterrizaje era ahora una ciénaga cubierta de hierba alta hasta la cintura y de centenares de zanjas que se perdían en el desierto. Dos hangares metálicos se erguían entre la hierba, con los techos curvos y marcados de viruela como zepelines caídos.

A nuestro alrededor estaban las calles silenciosas del antiguo pueblo de la guarnición. Había un cine de chapas de zinc, cuyos desvaídos pósters anunciaban un film francés de violencia, una lavandería, habitaciones para el personal casado, una sala de maternidad, una central telefónica en ruinas y hasta una agencia de viajes. Las palmeras crecían a través de los techos herrumbrados y cundía la sensación de que el final del siglo xx había llegado a ese remoto punto del desierto, se había quedado unos minutos y luego se había marchado sin mirar hacia atrás.

Atravesamos el pueblo y nos acercamos a un grupo de barracones flotantes. Unidos por pasarelas de madera, estaban en un puerto de barro regado por las aguas que se filtraban del río.

Empujado por el rifle de Noon, bajé del camión y seguí a los dos soldados por un sendero entre las altas hierbas. Los soldados me dejaron a cargo de Noon y se dirigieron al mayor de los barracones bajo el cálido sol. Ignoré a los mosquitos que cubrían mi piel desnuda. Miré los dibujos del agua salobre entre los pies de los soldados. Las ondulaciones llegaron hasta el canal de agua abierta, a cincuenta metros de distancia, donde un brazo menor del Mallory aún corría caudalosamente. Pero más allá del perímetro cenagoso del campo de aterrizaje el río moría en el desierto. Imaginé que mi propia vida se perdía en ese erial polvoriento, llevándose consigo toda memoria de mi duelo con el río.

—Mal...

Noon apartaba las moscas de mi pecho. De la vecina choza de una mujer soldado me había traído una chaqueta de camuflaje y unos pantalones rotos de fajina. Me echó la chaqueta sobre los hombros y luego me ayudó a ponerme los pantalones, que aseguró alrededor de mi cintura con una cuerda. Me apoyé contra ella, tratando de leer algún sentimiento amistoso en sus labios fruncidos. Las finas ventanas de su nariz se agitaban mientras las moscas le recorrían la cara, buscando cada orificio como habían hecho tantas veces mis ojos durante nuestro viaje.

¿Me mataría si trataba de huir? Recordé que su rifle estaba descargado. Busqué una vía de escape entre las islas de plantas acuáticas y luego miré por última vez los restos del río que moría en el desierto como si tuviera conciencia de mi propio fin. Impulsada por la presión de mis pies sobre la pasarela, el agua negra se desplazó contra la corriente, como si esa gangrena del Mallory avanzara por sus miembros para envenenar el cuerpo principal.

Uno de los soldados se asomó por una puerta y dirigió un agudo silbido a Noon. La seguí por la pasarela hasta el barracón más grande. La destartada construcción, montada sobre una balsa de toneles de queroseno, era parte de un hospital flotante. En los catres del ejército francés yacían soldados heridos con los hombros y los codos cubiertos de escayola manchada de sangre, entre el tufo del pus y las bandas rivales de moscas voraces. La mayor parte de los pacientes, como las enfermeras que arrastraban apáticamente los pies, sufría de la fiebre palúdica que yo había observado en la gente del camino, envenenada por las sucias aguas del río desviado.

Más allá de la sala había un pequeño dispensario. En el suelo había un gallo con las patas atadas que miraba ferozmente al enfermero parado junto a una mesa sobre caballetes repleta de frascos de medicina vacíos, artísticamente dispuestos. Curaba un forúnculo perforado en la mejilla de un oficial guerrillero de cara gris que se sometía al tratamiento con disgusto y repugnancia. Debajo del cuadrado de gasa y la barba rala reconocí al antiguo estudiante de la escuela de odontología de Lille, el general Harare.

Frunció el entrecejo, demasiado irritado como para hacer el esfuerzo de recordar quién era yo, y luego me indicó que me adelantara.

—¿Doctor? El lago Kotto, usted estaba en Port-la-Nouvelle... con la compañía francesa, buscando petróleo...

—Agua, general. Yo estaba buscando agua.

—Así es: agua. Una esperanza imposible. De las piedras del África se puede sacar sangre, pero no agua. ¿Doctor...?

—Mallory. Lo atendí por sus dientes, general. Traté a muchos de sus hombres. El sargento...

—Por supuesto, le lavó los oídos. Debe volver a atenderlo, ya no oye mis órdenes. El doctor Mallory... He oído hablar de usted y de una de mis guerrilleras. Mató a dos hombres de Kagwa y robó un barco.

—El ferry *Salambo*. En él hemos venido hasta aquí. —Harare asintió y comprendí que suponía que yo me había pasado a ellos—. Le he traído un Mercedes, general, está en el ferry. Es el coche personal de Kagwa.

—¿El Mercedes de un policía de pueblo? No me extraña que Kagwa quiera matarlo. Ha ido a la frontera del Chad a comprar gasolina para su helicóptero, o quizás a vender sus memorias. Dicen que lleva consigo su propia unidad de televisión.

Harare me miró, como si envidiara a Kagwa ese instrumento de poder y celebridad, con la esperanza de que pudiera ofrecerle algo parecido.

—Volverá, general. Dispone de una barcaza de desembarco y unos sesenta hombres. Están a unos veinticinco kilómetros al sur de aquí.

—Lo sé. Están en las ciénagas de los papiros, matando a mis pobres pescadores. Ha tenido que luchar para llegar aquí, doctor. —Señaló los jirones de la bandera de Toyota, suponiendo que las líneas rojas eran manchas de sangre de una herida en mi muñeca—. ¿Tiene el brazo roto?

—El helicóptero de Kagwa nos atacó. —Alcé las manos como si estuvieran apretadamente vendadas—. Afortunadamente me recobré.

—Ha sido más afortunado de lo que piensa. Aquí no hay medicinas. Este hospital no cura a sus pacientes, doctor, los mata. —Su cara pálida enrojeció; aferró los hombros del enfermero y trató de enderezar su pierna izquierda—. Es inútil. Desde ahora en adelante lo único que podré hacer con esta pierna es arrodillarme. Y si Kagwa se acerca será hora de decir algunas plegarias.

—Se mantendrá apartado tanto tiempo como pueda, general. Es un hombre prudente.

—Por supuesto. No quiere gastar gasolina. Somos poca cosa para él. Lo que le importa es su Mercedes. Ese policía rural quiere ser el gobernador de la Provincia del Norte.

—Entonces diríjase a las montañas, general. Siga el río hasta sus fuentes.

Harare apartó al enfermero.

—Esta gente no quiere marcharse. Cada soldado tiene familia y una pequeña granja. Y ahora tienen agua, doctor, ese precioso oro transparente.

—Pero el Sahara florece otra vez. Es un sueño convertido en realidad, general.

—¿A qué precio? Nuestros revolucionarios del desierto se han convertido en dóciles jardineros. Este río ha sido una maldición, doctor. Se lo advierto, es un paraíso envenenado. La mitad de la gente está enferma.

—Entonces utilice el río contra Kagwa.

—¿Cómo puedo hacerlo? El río ha sido el arma principal de Kagwa, un camino que lo trae directamente hasta nuestra puerta.

—¡Ciérrela! Embalse los dos canales. El nivel del agua ya está descendiendo. Si extiende la represa hasta la costa este, Kagwa y su barcaza de desembarco se hundirán en el lecho del río.

Una de las enfermeras arrojó al agua por la ventana un cubo de excrementos. El olor invadió el dispensario y por un momento impuso respeto a las mismas moscas.

Harare se tomó del brazo del enfermero y se paró sobre su pierna sana. Dirigió una mueca al gallo del suelo y fue hacia la galería abierta en la parte trasera de la construcción. Estaba detrás de él y vi que miraba hacia la ciénaga de hierbas y canales del campo de aterrizaje. Miraba hacia el sur, en la dirección de la niebla y la luz verdosa que señalaban el curso sur del Mallory. Siguiendo su brazo extendido, vi un leve penacho de humo, que no procedía de la embarcación de Kagwa sino de la chimenea del burdel flotante, el blanco barco de las viudas.

Conteniendo mis temores, me volví y miré hacia las montañas del nordeste y la fuente del río. Bajo el peso de nuestros pies el lodo negruzco rezumaba y avanzaba hacia el agua clara de la corriente, más allá del puerto. Ya podía imaginar ligada la última arteria del Mallory y el veneno que fluía río arriba hacia las aguas atrapadas.

Vacilé, incapaz de decidir si correría el riesgo con Harare. Completar la represa, aunque sirviera a mis objetivos, virtualmente sellaría el destino de ese pueblo empobrecido. Por ellos y por el río debía hacer todo lo posible para destruir la represa existente, aunque esto anticipara la llegada de Kagwa. Sin embargo eso sería ceder ante el Mallory. Mi propia obsesión, que tan lejos me había llevado, era todo lo que poseía.

Noon estaba a mi lado y empezó a desatar la cuerda que me ataba las muñecas. Parecía activa y confiada, ya descansada tras los rigores de nuestro viaje. Sus ojos se encontraron con los míos en la mirada compartida del conspirador, y luego se dirigieron al curso superior del río, con la esperanza de que continuáramos nuestro viaje. El pontón se inclinó bajo su peso y lanzó una nueva medida de barro negro a la corriente, recordándome todos los desechos que los habitantes de ese jardín verde del Sahara generarían, veneno suficiente para infectar el río y perseguirlo hasta su fuente.

Señalé el humo distante del *Diana*, y recordé que a su bordo estaba el equipo de Sanger.

—A propósito, general, tengo contactos con un productor de televisión.

Fácilmente podría conseguir que lo filmara. La interviú se verá en todas las salas de estar del Japón...

28. Doctor Mal

COMO SIEMPRE, cada tarde, cuando salía a examinar el río, veía a Noon en su bote metálico junto al muelle del general Harare, esperando a que reanudáramos nuestro viaje. Ya era tarde cuando desperté en la timonera del *Salamambo*, y oí que Noon golpeaba distraídamente el agua con su pértiga. Yo estaba preocupado por el regreso de mi fiebre y por los ruidos distantes de fuego de morteros en las colinas del este.

Durante toda la noche los fogonazos de los disparos habían atravesado la oscuridad, reflejados en los cristales rotos de la timonera como destellos de rayos en las profundidades de los valles del bosque.

Acostado en el colchón manchado de sudor, veía a mi alrededor ese fulgor reflejado en los adornos cromados de los desechos metálicos incrustados en la represa, las neveras, las fotocopiadoras y los acondicionadores de aire robados a la base aérea. El enorme sostén de la represa, junto a cuyo pecho izquierdo estábamos el *Salamambo* y yo, brillaba como el corpiño de una reina de carnaval. Las aguas fugitivas del Mallory rezumaban de la carne de la represa y se vertían en la laguna, chorros ruidosos que ni siquiera las descargas lograban apagar.

Cuando me levanté y salí a la cubierta comprobé que ya no le interesaba a Noon. Había amarrado su canoa al desembarcadero reservado para la huida del general Harare en el curso superior del Mallory, más allá de la represa y de la cascada. Flirteaba allí con los dos centinelas que custodiaban el coche de Kagwa, el mugriento vehículo que era ahora su hogar, y trataba de enseñarles unas pocas palabras de su primitivo inglés. Fingía, para que yo la viera, que se proponía alejar a esos jóvenes de su puesto, instarlos a abandonar la lucha contra las fuerzas del capitán y a ocupar mi puesto en la búsqueda de la fuente del río.

Sin embargo, cuando bajé por el lado interior de la represa, por el sendero que iba hasta mi balsa, inmediatamente se apartó de los centinelas y remó hasta el centro del cauce. Su canoa metálica era la parte inferior del depósito descartable de un avión, que había rescatado entre los desechos mientras yo supervisaba la construcción de la represa. Era en cierto modo un pequeño gesto de desafío para recordarme que incluso de la absurda estructura que bloqueaba las aguas del Mallory ella era capaz de extraer alguna esperanza para nuestra expedición detenida.

A la luz de la tarde, ese depósito gris que bogaba por la superficie de alquitrán del río parecía la chinela de plata que llevan las princesas de todos los cuentos de hadas. Se puso de pie y se exhibió un instante para mí, y encontré difícil creer que esa mujer hermosa con una actitud febril pero elegante, esa Venus de climas cálidos nacida de su concha aérea, fuera sólo seis meses mayor que la niña de mandíbulas apretadas que remaba en las aguas del lago Kotto.

—Noon... ¡Ven conmigo! —En mi balsa había un pequeño motor fuera borda de cuatro caballos que podía sobrepasar fácilmente la canoa de Noon, aunque por alguna

razón jamás logré alcanzarla—. Hoy pareces fatigada. Te examinaré.

Pero ella no respondió y se echó a reír cuando resbalé en la espuma grasienta de la costa. En el agua había una serpiente muerta, escondida entre los maderos podridos y el gasóleo que se filtraba de la sentina del *Salammo*.

Miré a Noon, que impulsaba su canoa río arriba, se despedía de los jóvenes soldados con un gesto altanero y me miraba por encima del hombro. Antes de seguir a Noon yo debía inspeccionar la represa. Batida por el Mallory allí donde se torcía para regar las plantaciones del desierto, esa masa de desechos metálicos, tierra y basura se desplazaba constantemente. La precaria represa estaba sostenida por las redes atadas al casco del *Salammo* y amenazaba derrumbarse en cualquier momento en la laguna.

Poco después de mi primer encuentro con Harare, seis semanas antes, había persuadido al enfermo jefe guerrillero de la necesidad de completar la represa del Mallory, en parte como un golpe estratégico contra Kagwa, dado que literalmente le robaríamos el río bajo la quilla de su barcaza de desembarco, y en parte como una forma de extender las plantaciones del Sahara y de atraer más granjeros nómadas entre los cuales Harare podría reclutar nuevos combatientes.

Aunque confuso por los efectos colaterales de una marca de sulfamidas que ya no se fabricaba, Harare me había asignado un pelotón de soldados convalecientes quienes, a su vez, habían reunido una cuadrilla de unas treinta mujeres del pueblo. Reunidos junto a la cascada, miraban distraídamente el brazo oriental del Mallory, ansiosos por apoderarse de sus aguas pero desesperadamente incapaces de afrontar la tarea.

La rápida corriente arrastró nuestros primeros esfuerzos para construir un muro de contención de tierra y albañilería; las aguas del río escaparon entre nuestras piernas como salmones en la época de la cría. Las rotas redes de pesca de los pobladores eran demasiado cortas para salvar la cascada. Desalentados muy pronto, empezaron a regresar por la playa a las aguas estancadas, palúdicas, de sus sembrados y depósitos.

Yo había situado el *Salammo* junto a un embarcadero de la laguna debajo de la represa, donde los soldados habían descargado el coche del capitán Kagwa. Mientras retiraban la planchada de madera permanecí en la timonera, con las manos sobre los mandos. Sentía la corriente que tironeaba de la proa del ferry, como si el Mallory me desafiara a embestir la cascada. Las últimas mujeres trepaban entre las redes deshilachadas y arrojaban al agua sus cargas de piedras. Exasperado con ellas, conecté el motor y me dirigí a los escalones inferiores de la cascada. Oí a mis espaldas el grito alarmado de Noon. Perseguía la amarra por la playa, convencida de que yo trataba de continuar nuestro viaje con mi excentricidad característica.

A seis metros de la cascada, el *Salammo* encalló en el suelo de cantos rodados, casi a mitad de camino entre la costa este y la isla central. Sin hacer caso a los gritos de los soldados, aumenté la velocidad y la hélice levantó un surtidor de espuma que atrajo nuevamente a los trabajadores a la orilla. Con una llave inglesa en la mano bajé

al cuarto de máquinas. Mientras me movía a tientas en la oscuridad, sentí que la quilla del *Salammbó* resbalaba sobre el lecho pedregoso, rechazada por la tumultuosa corriente del Mallory contra el casco. El agua del robinete de popa me empapó y envolvió el tubo de escape en una nube de vapor que llenó el cuarto de máquinas y ocultó las caras asombradas de los soldados que miraban por la escotilla.

En diez minutos el *Salammbó* había encallado firmemente en el lecho del río. Impresionadas por la vista de ese dique metálico, las mujeres retornaron a la tarea de robar el Mallory. En menos de un mes la represa quedó terminada, y el *Salammbó*, que tan infatigablemente nos había traído desde Port-la-Nouvelle, encontró su último fondeadero entre un montón de desechos, neveras, cocinas esmaltadas, timones de avión y antenas de radio que conformaban una morrena terminal de tecnología moderna.

Mientras tanto, había robado mi propio río. Cerrado el paso hacia el sur, el Mallory seguía ahora el curso oeste del primer desvío hacia el desierto verde, purificando por un momento los depósitos estancados y las zanjas de riego, y desaparecía en un alboroto de excavaciones y sembrados. Paradójicamente, la mayor provisión de agua no había conducido a un aumento de la tierra cultivada sino a una dura competencia entre los constructores de acequias y depósitos. Entre éstos y los terrenos cultivados había redes de canales de riego, que no favorecían a ningún plátano ni a una sola planta de maíz. Entre los debilitados pobladores se crearon elaborados rituales para celebrar la compraventa y la transferencia volúmenes de agua estancada, y todas sus energías se disipaban en disputas por la propiedad de ese líquido infectado. La intensa rivalidad provocaba duras peleas a través de las cuales yo me movía impunemente, considerado como un rey de la lluvia. Harare estaba demasiado enfermo y demasiado inquieto por la amenaza del capitán Kagwa para preocuparse porque yo me convirtiese en lamentable sultán de aquellos paupérrimos nómadas. Yo acariciaba las cabezas cubiertas de llagas de sus hijos, inyectaba sulfamidas con la fecha vencida en los brazos de los ancianos y era en general el señor de mis moribundos dominios.

Sin embargo, tenía inquietudes más urgentes. El nivel de la laguna debajo de la represa descendió algo más de un metro, pero por el muro de contención de tierra se filtraba agua suficiente para mantener un canal angosto aunque navegable río abajo. Desde la cubierta del *Salammbó* miraba el curso del río herido, hacia el sur, entre las grandes costas de aluvión, ahora blancas como la muerte, que se erguían al sol entre las sombras fugitivas.

Tal como esperaba, el súbito descenso del nivel del Mallory había detenido al capitán Kagwa. Durante las semanas de construcción de la represa el ruido de las armas de fuego se acercaba cada vez más. Las explosiones de las granadas de mortero y las llamas de los árboles incendiados temblaban en los valles tres kilómetros al sudeste. En dos ocasiones el helicóptero voló sobre la laguna antes que el fuego de los rifles lo ahuyentara; el piloto francés fotografiaba la ancha curva del Mallory

cuando giraba hacia el oeste por su nuevo cauce.

Harare me había ofrecido las habitaciones privadas del antiguo comandante francés de la base aérea, pero yo había decidido quedarme a bordo del *Salamambo*. Entre el antiguo barco y yo había lazos no expresados. Los desechos metálicos que lo rodeaban lanzaban constantes gemidos y gruñidos y, en mi fiebre, casi me creía embarcado en un viaje todavía más extraño a través de los basureros del planeta.

Una semana después de la terminación de la represa apareció en la laguna el burdel flotante de Nora Warrender. Recortado contra las oscuras sierras del este, el casco blanco parecía flotar en el crepúsculo, un sepulcro deslizante de hueso pulido. Llegó poco después del atardecer, bajo la atenta mirada de los centinelas que custodiaban la represa. Vi en el puente a la señora Warrender y a sus hermanas: Fanny sostenía el timón con sus fuertes brazos. Trataron de amarrar contra la represa, pero una barca patrullera las obligó a anclar junto a la salida sur de la laguna, a doscientos metros de distancia. Cuando cayó la oscuridad, una hilera de linternas se encendió bajo el toldo de la cubierta del restaurante. Su luz suave enmarcaba el bar y la pista de baile y se reflejaba en las aguas de la laguna. Los rayos rubí y turquesa iluminaban los uniformes verde oliva de los guerrilleros que se acercaban a inspeccionar el *Diana* y los transformaba en actores de una arlequinada. No había pasado una hora cuando Louise y Poupée empujaban las primeras botellas de cerveza sobre la barra y los soldados colgaban sus correajes de las sillas del restaurante. Sanger mismo se acercó a la pista de baile e instaló un monitor de televisión para diversión de los parroquianos. Al ver su figura ciega y escurridiza, meramente tolerada por las mujeres, a duras penas pude recordar al astuto empresario que había conocido en Port-la-Nouvelle.

Durante los días siguientes, el *Diana* permaneció fondeado en el lado opuesto de la laguna, con sus linternas apagadas pero el bar abierto, y grupos de soldados remaban hasta el barco. Mientras bebían cerveza rancia en las mesas del restaurante y bailoteaban en la pista al son de algún disco rayado, me pregunté si les cortarían el cuello o si los camarotes situados debajo de la cubierta estaban de nuevo en funciones. Las mujeres sentían tal desdén por los hombres que habían matado a sus maridos que podían acostarse con esos soldados ebrios sin el menor problema.

Cualesquiera que fueran los motivos de las mujeres para fondear en la laguna, las evité cuidadosamente. En sus ojos, que soñaban con la muerte, sólo veía reflejados los papiros amarillentos y leprosos de las ciénagas.

29. Las playas azules

POR EL MOMENTO tenía en vista una muerte mucho más importante. Volví la espalda al estanque y al blanco barco con sus siniestras linternas; aparté de un puntapié la serpiente envenenada que yacía al pie de la represa. La estela de la canoa de Noon enviaba perezosas ondulaciones a través del río. Retenidas sobre la cascada rocosa, las aguas del Mallory casi habían cesado de fluir; su oscura superficie estaba cubierta por una espuma opaca. Las olas de la embarcación de Noon, amortiguadas por esa capa de satén, llegaban a mis pies como una serie de vagas reflexiones a posteriori, como si el embalse del Mallory, la contención de un sueño, hubiesen detenido al tiempo mismo.

La misma Noon, atontada por la fiebre que había vuelto a todos nosotros, se movía más lentamente e impulsaba su concha de plata con distraídas paladas, los hombros bellos pero flacos expuestos a la luz en una actitud aprendida de las películas de viajes de Sanger. Perdió el equilibrio al pasar junto al embarcadero, donde los jóvenes centinelas estaban apoyados contra el radiador del Mercedes. Alzó la pértiga, dibujó un mensaje críptico en el aire cargado y luego trastabilló deliberadamente, agitando con sedoso temblor el agua salobre. ¿Acaso parodiaba la muerte del Mallory y el desfallecimiento de mi propia voluntad? Mientras los soldados reían con buen humor, Noon se sentó en su canoa y corrió el cerrojo del Lee-Enfield con un gesto teatral y el entrecejo fruncido con autoridad, aunque Harare, suspicaz por su larga ausencia, se había negado a darle munición para el vetusto rifle.

Con un esfuerzo aparté la mirada de Noon. A mis pies, junto a la balsa de pontones, había un cucal muerto; su ennegrecido plumaje apenas era visible entre las grasientas cañas y la vegetación podrida. Odiaba ver esas criaturas asesinadas por el Mallory, pero bastaba mirar la línea de la costa entre la bruma de moscas y mosquitos del estiércol para comprobar el éxito creciente de mi insidioso plan.

En la orilla grupos de mujeres custodiaban las entradas de sus zanjas de riego, demasiado fatigas para hacer funcionar las norias con que llenaban sus preciosos depósitos. Los sembrados crecían a su alrededor, una llamarada de forraje verde y flores amarillas. Sin embargo, su edén estaba envenenado. Como yo había imaginado, la terminación de la represa y la duplicación de su provisión de agua sólo habían aumentado la inseguridad de aquella población empobrecida. Centenares de nómadas habían invadido esa zona del desierto; habían delimitado sus parcelas y excavado sus acequias en el suelo polvoriento. Todos los terrenos estaban cubiertos de agua. Junto a los depósitos de agua estancada había niños cenicientos y hombres armados con palos que resguardaban de sus vecinos sus reservas de agua, un festín para los mosquitos palúdicos y las moscas de la fiebre. A sus pies el Mallory corría entre sus costas grasientas. Dudaban de la voluntad de sobrevivir del río y miraban las charcas

negruzcas, los cuerpos de serpientes, peces y aves.

Yo era su médico y hacía todo lo posible para cuidarlos pero, a mi pesar, necesitaba esas personas enfermas, necesitaba sus fiebres y sus desechos. Ese fétido paraíso era un motor que generaba los venenos que finalmente matarían al río. Ya había señales de que el Mallory desfallecía, mientras el veneno trepaba hacia su cabeza por esa arteria enferma. Cuando aparté la balsa de la represa y puse en marcha el motor fuera borda, la hélice cubrió el muro de desechos grasientos.

Atravesé el cauce entre costas rocosas en las que crecían unas pocas palmeras marchitas. Había en las orillas angostas playas de piedrecillas azules, como cianóticas por la falta de oxígeno del agua contaminada. Pocos peces nadaban debajo de la superficie, y las aves se mantenían a distancia.

Noon se había adelantado y se ocultaba entre los agudos recodos que el Mallory describía entre las estribaciones del Macizo. Apagué el motor y dejé que la balsa derivara en la suave corriente. Estaba ya a un kilómetro de la represa y había entrado en la zona silenciosa del río. Allí el Mallory borraba todo sonido a su paso. Como si se desmantelara sentido por sentido, había descargado los peces de sus profundidades y desnudado de pájaros los árboles y se aniquilaba al tiempo que su sueño moría en mi mente.

A pesar del silencio, era un sitio algo peligroso. Bandidos y desertores de las fuerzas rebeldes merodeaban por los valles y pensé en Noon en manos de algún guerrillero herido que vadeaba hasta su canoa.

Por encima del hombro oí el susurro de una pértiga y el ruido de una quilla sobre las piedras. Noon estaba desnuda en su concha metálica, la pértiga horizontal a la altura de sus pechos. Mientras me contemplaba con la misma mirada curiosa y serena que yo había visto la primera vez en Port-la-Nouvelle, el agua goteaba de la pértiga marcando los segundos.

—Noon..., todavía esperas que yo continúe. Primero volveremos al ferry. Allí podrás descansar.

Puse en marcha el motor e hice girar la balsa en la corriente. Con el uniforme de la guerrilla a sus pies, Noon llevó la canoa a una cala poco profunda. Arrodillada en el agua azul, trataba de refrescar su fiebre en ese sombreado estanque; el reflejo de sus brazos y sus hombros se dispersaba en la superficie como si estuviera a punto de disolverse en sus ocultos espejos.

—Noon, partiremos mañana. Sé que lo he dicho antes...

Dejé que la balsa encallara. Noon cayó de lado al agua y sólo con un esfuerzo logró volver a arrodillarse. Temiendo que pudiera ahogarse en su fiebre, traté de aferrar la popa de la canoa, pero ella la apartó de mí. De su boca manaba sangre que formaba delgadas serpentinas en el agua como las cintas de un señuelo.

De las sierras del este, veladas por la niebla, llegaba el rumor del fuego de morteros. Sectores de bosque ardían y un humo verde jade flotaba sobre los valles, amenaza de una tormenta que se aproximaba. La patrulla de reconocimiento del

capitán Kagwa había avanzado hasta la colina más próxima, capturando la cinta transportadora de la compañía minera. Harare debía estar tratando de reunir a sus hombres en alguna parte entre los acantilados, con un ojo cerrado por el forúnculo de su mejilla.

Entre esos ruidos desapacibles se destacaba uno más regular, el zumbido creciente del motor de un avión. Oculto por sus flotadores anaranjados, el fuselaje del helicóptero de Kagwa atravesaba las elevaciones de la costa este del Mallory. Flotó sobre el centro del canal y luego se lanzó hacia la superficie levantando violenta espuma con sus palas. El capitán Kagwa se asomó desde el asiento del observador junto al piloto francés; un chaleco antibalas rodeaba su grueso cuello. Él y el piloto miraban a Noon, que impulsaba su canoa con la pértiga y se alejaba, esa guerrillera semidesnuda con una chaqueta de camuflaje y un rifle entre los pies.

El helicóptero se situó detrás de ella, enceguecido por su propia espuma. El piloto inclinó el aparato de lado y la espuma cayó sobre mí como una nube húmeda mientras corría por las aguas bajas. Kagwa echó atrás su asiento para apuntar cómodamente su carabina contra la muchacha. Aterrorizada por esa máquina amenazadora, Noon dejó caer su pértiga y alzó el Lee-Enfield descargado, apuntando desesperadamente hacia el aire confuso.

Una bengala disparada desde un puesto de observación en la casilla de la cinta transportadora de la mina se elevó en el cielo de la tarde. Una estrella de color cereza iluminó las sierras sombrías, un medallón de luz que cayó lentamente de su estela esponjosa a las copas de los árboles.

Sin esperar a Kagwa, el piloto abandonó la persecución de Noon. Inclinó su aparato y aceleró por encima de la línea de los acantilados. La espuma cayó como una estrella perdida sobre la superficie plateada del río. Noon dejó el rifle en la canoa y remó con un brazo, ansiosa por volver a la seguridad de la represa. Incapaz de volver a poner en marcha el motor, empujé la balsa hacia las aguas bajas y avancé por el agua siguiendo las cintas de sangre que ondulaban bajo la superficie de ese río fúnebre.

30. Las vistas de la galería

Al CREPÚSCULO me encontré apoyado contra el timón del *Salamambo*, afiebrado capitán de ese barco de tierra naufragado entre los montones de basura de la represa. Los disparos habían disminuido hasta desaparecer, pero sus ecos resonaban en mi cabeza palpitante. La patrulla del capitán Kagwa había capturado la cinta transportadora de la mina y la colina final que dominaba el valle. Allí se atrincherarían durante la noche a la espera de la llegada del grueso de las fuerzas en la barcaza de desembarco. La niebla de la noche seguía las ondulaciones de las sierras circundantes y perseguía los estrechos desfiladeros del bosque donde los desmoralizados hombres de Harare aguardaban refuerzos. El humo de sus cocinas se elevaba entre los árboles goteantes y parecía cambiar señales secretas sobre el ataque inminente, como si los poderes invisibles del Macizo que ocultaba el Mallory estuvieran a punto de descender a la llanura y vengar la muerte del río.

Por las ventanas inclinadas de la timonera miré las espirales de niebla que seguían el curso del río hacia el sur y la nube de vapor de la barcaza de desembarco de Kagwa, amarrada río abajo apenas a dos kilómetros.

Una bala trazadora pasó por encima de las cumbres, disparada por uno de los exploradores de Harare desde el perímetro defensivo que el jefe guerrillero había trazado alrededor de ambas costas del río. Mientras el ruido se perdía en el bosque, oí el rumor del agua que se filtraba por la represa y el golpeteo de mi propio pómulo contra el timón marcado por los balazos.

Una hora antes, en el hospital flotante, había inyectado a Harare la última dosis de sulfamida. Todos padecíamos ahora la misma fiebre, transmitida por las moscas y mosquitos de las aguas nocivas del río. Yo sabía que debía rescatar a Noon de la batalla final que pronto acabaría con Harare y con su pueblo del desierto, y llevarla río arriba. Pero el curso superior del Mallory me asustaba con sus playas azules y sus serpientes muertas y con la presencia palpable del veneno que sus aguas habían extraído de mi cabeza.

Río abajo estaba el capitán Kagwa, con un largo inventario de cuentas a ajustar. Aunque pudiéramos escapar de sus fuerzas, aún deberíamos salvar las ciénagas de papiro donde la señora Warrender y sus mujeres habían cazado y podían volver a cazar.

El barco de las viudas estaba fondeado ahora a sólo cincuenta metros entre la población de pequeñas embarcaciones que se había refugiado cerca de la represa. Antes, mientras las descargas se aproximaban, las balsas de pesca y las chabolas flotantes habían abandonado sus fondeaderos en el centro de la laguna. Los soldados que custodiaban la represa les habían ordenado que se retiraran y habían cortado sus cabos cuando trataban de amarrar junto al vacilante muro de tierra y desechos metálicos.

El *Diana* había levado anclas y se había movido lentamente a través de la laguna; sus blancos maderos parecían más que nunca una marquetaría de huesos. El vapor fantasmal de su motor se elevaba en el aire como el humo de un crematorio flotante. La señora Warrender estaba en el puente, con su carita de niña siniestra iluminada por las linternas de la pista de baile.

Yo recordaba las ciénagas de papiro y desconfiaba de la señora Warrender y de sus mujeres, y se lo dije al sargento a cargo. Pero los guerrilleros habían pasado demasiadas horas en el viejo burdel flotante, hechizados por esas mujeres pasivas y acogedoras, por la infinita provisión de cerveza barata y, sobre todo, por el primitivo circuito cerrado de televisión. Sentados alrededor de la pista de baile, con los rifles apoyados contra las mesas del restaurante, se veían a sí mismos en la pantalla situada sobre la barra, filmados por la cámara que Sanger, a tientas como un Merlín ciego, había instalado sobre un trípode entre las jaulas de los animales.

Los soldados no pudieron resistirse a la promesa de ser estrellas cinematográficas y permitieron a la señora Warrender que amarrara el *Diana* contra la represa. Rodeado por una flotilla de pequeñas embarcaciones, el blanco barco de la noche estaba firmemente atado al dique crujiente, un asesino enmascarado apretado contra el pecho de su víctima.

Mareado de hambre escuché correr el agua por las venas secretas de la represa. Los desechos metálicos amplificaban el ruido que parecía el suspiro de un mar helado. A través de ese rumor incesante oía los suaves acordes de viejos discos de músicaailable que venían de la cubierta del *Diana*. Incapaz de dormir en la litera inclinada—con los pies apretados contra la pared me sentía como un cadáver en un ataúd perforado por las balas— salí de la timonera y pasé de la cubierta a la represa de tierra.

Cien chorros de agua surgían entre las redes y caían al embalse. Debajo de mis pies se había abierto entre los compactos desechos la boca de una pequeña cueva, una cloaca que rezumaba una bilis fosforescente. Caminé por la represa hacia el *Diana*. Por un sendero en la costa oeste de la laguna se llegaba a una planchada de madera apoyada en la borda a estribor.

Las linternas relucían sobre la pista de baile, su luz siniestra reflejada en las botellas vacías de la cubierta, entre cristales rotos y paquetes de cigarrillos. En las charcas de cerveza flotaban páginas arrancadas de una revista pornográfica con que los soldados habían intentado encender una de las linternas color ámbar. La barra estaba desierta, el abandonado equipo de televisión registraba un último grupo de soldados sentados ante las mesas. Trataban de llegar a un acuerdo con las camareras, dos chicas locales a quienes Louise y Poupée habían reclutado entre las esposas abandonadas y las viudas de las granjas vecinas.

La señora Warrender estaba en el puente del *Diana*, cuya barandilla, en la oscuridad, la separaba del miserable júbilo de la cubierta inferior. Finalmente había

abandonado su peinador y llevaba ahora el vestido de noche de brocado que yo le había visto recoger de la maleta en la playa, en Port-la-Nouvelle. Esa prenda fuera de lugar pero formal le daba nuevamente el aspecto de una joven, como si volviera deliberadamente al mundo ingenuo anterior a su matrimonio. Con las manos unidas, contemplaba esa escena de ebriedad como una solterona victoriana que mirara la indecente conducta de unos animales en una jaula.

No me gustaba que la señora Warrender hubiese reclutado a sus putas entre las chicas ignorantes de la población ni que las usara como cebo en cualquier trampa que se propusiese instalar, y sabía que también habría tratado de enrolar a Noon si yo no hubiese escapado con ella. Por razones que prefería no examinar, la presencia calma pero amenazadora de esa mujer que aún no había saciado su venganza me aumentaba inmediatamente la fiebre. Insatisfecha, Nora Warrender me había perseguido desde las ciénagas de papiros, hasta el curso superior del Mallory, aunque en apariencia se había desinteresado de mí al llegar a la laguna. La miraba desde el *Salambo* y encontraba difícil leer en su excéntrica conducta alguna motivación clara. Harare y sus hombres habían olvidado su anterior encuentro con las mujeres en el establecimiento de cría de animales y se paseaban al alcance de los rifles del *Diana*. Pero las mujeres no habían intentado nada.

Fui a la pista de baile por la planchada bamboleante, tan mareado que casi resbalé. Nora Warrender me dedicó una sonrisa tolerante y luego se retiró al interior del puente. A pesar de mi estado lamentable, mí poder sobre el río mantenía su autoridad.

En la oscuridad, junto a la borda de babor de la cubierta del restaurante, estaba Sanger con su cámara y su trípode, los ojos ocultos tras sus adornadas gafas para el sol. Estaba de pie en un taburete, fuera del paso de los soldados, entre dos jaulas de animales. La distante fusilería de la tarde había inquietado a esas nerviosas criaturas, y Sanger escuchaba con su oído izquierdo a un gárrulo títi, como sí ese monito asustado le proporcionara toda su visión del mundo, un leve eco de los comentarios del señor Pal. Alzó la otra oreja cuando trastabillé en la planchada y sus manos, cubiertas de llagas, rodearon la cámara para protegerla. Durante unos segundos su cara emergió de su escondrijo y la luz de una linterna fluctuó sobre su pelo blanco y sus rasgos desgastados. Parecía, en las sombras, un mendigo ciego en los escalones de un hotel frente al mar, exhibiendo su pantalla de televisión como una herida.

Una linterna cayó a la cubierta cerca de la mesa de los soldados y el petróleo llameante flotó hacia mí sobre una charca de cerveza. Los soldados gritaron y señalaron, no las llamas que saltaban a sus pies sino la imagen de la pantalla de televisión sobre la barra.

Me quedé a la luz entre las botellas vacías. Sanger adivinaba mis pasos y se agitaba en su oscuro nicho, esperando que el títi le describiera a ese tardío visitante del *Diana*.

—Mallory... —Aferró mi muñeca—. Ha venido a buscarme... Estaba enfermo,

doctor. Todavía podemos hacer la película, Mallory.

Le aparté la mano.

—No queda tiempo para películas, Sanger. Me gustaría poder ayudarle... Mire cómo está.

—Mire usted también, doctor... Es una buena película. —Indicó la pantalla con un gesto; todavía exhibía sus miserables ilusiones ante cada cliente pasajero del burdel flotante—. Usted aparece, doctor. Más tarde volveremos a Port-la-Nouvelle... ¿Podrá encontrar al señor Pal?

—¿El señor Pal? Le espera en las ciénagas de papiros. Pregúnteselo a la señora Warrender.

—Muy bien... Nuestra nueva película... Quiero hablar con el señor Pal.

Mientras él seguía murmurando, lo dejé y avancé entre las mesas. Apreté los blancos tablones con los pies, para ahuyentar la fiebre. Los soldados me ignoraron pero una de las mujeres, sentada en las rodillas de un cabo, se deslizó entre sus manos y se me acercó.

—¿Quiere cerveza? ¿Un buen rato?

—¿Noon está aquí?

—¿Noon?

—¿La has visto?

—Noon ocupada... Muy ocupada...

—¿Dónde está?

—Oh... ¿Dónde?

Me miró sabiamente de arriba abajo. Apenas tendría más de catorce años, pero ya se conducía como una experta buscona de taberna. Giró a mi alrededor envuelta en un vaho de perfume y licor barato, en busca de una cadenilla o un reloj de oro. Cuando la aparté hizo una mueca de disgusto y me mostró sus dientes rotos, suponiendo que la herida de mi cráneo era una eczema infecciosa.

—Puaf... —Se giró hacia su cabo—. Hombre inmundo... Ver a Noon...

La esquivé, retrocedí vacilante, casi me quemé los pies con las últimas llamas de petróleo. Del lector de cassettes del soldado brotó un rugido musical que volvió a subirme la fiebre. El dolor tamborileaba contra mi cabeza, una viva migraña frontal. En la pantalla de televisión me vi aferrado a la borda, como un orangután furioso a los barrotes de un zoológico. Movía la mandíbula en el aire con el gesto mecánico de un mamífero desesperado que tratara de reabrir las llagas de su cráneo.

Mirando esa imagen, me sentí curiosamente distante de mi propio cuerpo con sus dolores y su fiebre y más próximo a la imagen abstracta y estilizada de la pequeña pantalla. El rectángulo brillante, apenas mayor que una bombilla de luz, me empequeñecía como todas las cosas miradas por la cámara, y suprimía banalidades como la emoción, el dolor y la motivación. Sólo persistía mi obsesión, un gran sueño hecho de desfallecimientos nerviosos, pero de todos modos un gran sueño.

Arrastré los pies hacia la barra, mirando la pantalla como a lo largo de los años

había contemplado fríamente tantas radiografías. Llegué al tablero de control y traté de aumentar el brillo para que esa fría blancura nos bañara a todos.

Mus allá de la imagen vacilante de mi cabeza herida y de los soldados discutiendo en su mesa, vi que otra figura aparecía entre las fantasmales linternas. Una de las chicas más jóvenes de la señora Warrender, una enfermiza viuda niña que llevaba un vestido de baile barato varias medidas demasiado grande, se apoyó sobre la borda y aspiró el aire de la noche como si tratara de liberarse del sabor del último cliente. Aferró el mástil de la bandera, dispuesta a vomitar, cuando me vio junto a la barra. Alzó el mentón ante el nuevo cliente, y se detuvo a mirarme. A través del colorete y del lápiz labial que enmascaraban su rostro infantil, su expresión era de brusca inquietud.

—¿Noon...?

Deslumbrado por la luz blanca, apagué la televisión. Se oyó el grito del cabo, pero cuando me volví advertí que la muchacha había desaparecido ¿Acaso se había puesto Noon ese vestido estridente, incapaz de resistir la atracción del sistema de televisión de circuito cerrado? Tal vez sabía que sólo podría sobrevivir a la llegada del capitán Kagwa como una chica más de la señora Warrender.

Junto al bar estaba la escalerilla que descendía hasta las cabinas. Atravesé la pista de baile y descendí los escalones de madera. Una botella de cerveza rodó por la cubierta, pateada hacia mi cabeza por uno de los soldados, y se quebró contra la barandilla de bronce.

Busqué a tientas en la oscuridad un asidero en el pasillo. Entre los tablones se colaban líneas de luz que temblaban como antorchas fúnebres vistas a través de la tapa de un ataúd. En la oscuridad estaba a solas con mi fiebre, rodeado por los perfumes y los olores a semen y mucosidad que allí flotaban, unidos para siempre en mi mente con las ninfas que decoraban el techo de las cabinas. Pensé en la joven prostituta que había visto en la popa, falsa niña con un vestido demasiado grande que fingía ser una novia impúber... La nave se estremeció suavemente, mecida por las pequeñas embarcaciones que se acurrucaban contra ella. Por las hendiduras de la represa cien chorros de agua fétida caían sobre el casco del *Diana* como si todos sus clientes orinaran contra el burdel flotante con la intención de refrescar sus tórridas cubiertas.

Tropezando en mis propios pies, caí contra la puerta del cubículo donde la señora Warrender guardaba sus armas. Éstas habían desaparecido para que no las vieses los hombres de Harare. La luz fluctuaba sobre la cama mientras los chorros de agua caían en cascada sobre los postigos de la ventana y transformaban el interior de ese sudoroso tocador en una escena de antigua película muda vista en una galería de atracciones portuaria.

Entré en la pequeña alcoba, aspiré el aire estancado que olía a yeso descascarado y aceite para rifles. En la trémula oscuridad me apoyé sobre el lavabo y dejé que el sudor goteara de mi cara y de mi pecho. Demasiado fatigado para buscar en las otras

cabinas, me eché sobre el colchón, apoye la frente contra los barrotes de bronce de la cabecera, y miré la luz que se reflejaba en los dorados a la hoja. Encima, las ninfas saltaban desde sus espumosas profundidades, listas para llevarme a un cielo más sereno.

Poco después desperté de un inquieto sueño con las piernas resbalando del colchón al suelo. Busqué los barrotes para incorporarme a la cama y sentí que un brazo me retenía. En la cabecera de la cama, en la oscuridad, estaba una mujer de hombros delgados con los finos muslos orientados hacia la ventana, cuyos postigos estaban cerrados. Las lentejuelas cosidas a su vestido barato y los adornos de vidrio suspendidos sobre sus pechos pequeños parecían ocultarla dentro de los barrotes de metal que había detrás de mi cabeza, una niña erótica encerrada en una jaula de dorados desconchados. Tenía en la mano una gasa con la que me había secado el pecho.

La luz vaciló, el temblor plateado de las viejas vistas de las galerías de atracciones. Sentí el calor febril de la piel de la chica. Un sudor palúdico corría por los muslos huesudos que mantenían mis manos apartadas. Al brillo vacilante del agua que caía contra el casco vi los ojos alarmados de la joven prostituta que trataba de liberarse de ese hombre enfermo. Traté de inspirarle confianza y apreté mis manos entre sus piernas con la esperanza de calmar a esa paciente preocupada que me atendía en mi propio lecho de enfermo.

Mis dientes arrancaron una tira de lentejuelas del corpiño de su vestido y los cristales perlaron los pezones de sus pechos en miniatura. Durante un instante, entre el vaho del perfume y el hedor del río envenenado sentí el olor de una piel familiar, la fragancia dulce y aguda de la niña de doce años que había navegado conmigo en el *Salammbó*, hasta el final del Mallory. La adolescente que abrazaba se convirtió en otra niña de la noche. Sentí las lentejuelas sueltas contra mis labios, la palma de una mano pequeña que aliviaba su presión contra mi frente. La luz fluctuante nos transformaba en actores de una película clandestina. Los plateados chorros de agua parecían acariciar el cuerpo desnudo de la muchacha. Uní mis manos detrás de su cabeza y sostuve su carita entre mis brazos. Sus manos estaban atrapadas contra mi pecho, pero sentí que sus palmas me abrazaban mientras nuestras fiebres compartidas se unían en la noche temblorosa.

31. La muerte del *Diana*

UN PESADO GOLPE sacudió el *Diana*, como si su proa hubiese sido embestida por un elefante extraviado en la laguna. Las ninfas pintadas en el techo de la cabina lloraron una nube de yeso blanco sobre la cama donde dormía. La onda de choque de un disparo de artillería retumbó en el casco e hizo entrechocar sus viejos huesos. Una ola azotó los postigos de madera de la ventana. Arrancado al fresco sueño, permanecí inmóvil en el colchón salpicado de rocío, escuchando los ruidos intermitentes de tina ametralladora, un helicóptero que giraba y la palpitación distante de un gran motor diesel marino. Los soldados corrían más allá de la planchada, los pasos que golpeteaban sobre el fango eran parte de la algarabía de la batalla que sofocaba el susurro del río al filtrarse por el muro de la represa.

De modo que finalmente había llegado el ataque del capitán Kagwa, tras tantas semanas de amenaza. Puse las piernas en el suelo y traté de afirmarme mientras me quitaba el polvo blanco de los hombros. La fiebre había pasado y sentía el cuerpo sereno y curiosamente pasivo. Aunque continuaba temiendo a Kagwa, me sentía distante de mi probable destino en sus manos.

Una bengala brilló a babor, a través de las puertas de las cabinas vacías. Salí al pasillo y pisé un vestido cubierto de lentejuelas abandonado por una de las chicas, mientras una torre de luz sibilante descendía en la laguna. Su vivido fulgor iluminó la pálida niebla de la madrugada y puso un resplandor melancólico en las caras alzadas de los pescadores en los botes y las balsas que rodeaban el *Diana*.

Una granada perdida de mortero había dado contra un embarcadero a seis metros del *Diana*, había cubierto de agua el barco y me había despertado. Las cañas quebradas ardían en las aguas bajas, el humo verde se unía a los penachos que surgían de los tamarindos incendiados en la colina sobre la laguna. La barcaza de desembarco, un férreo depósito de armas, se acercaba por la turbulenta superficie, casi demasiado grande para el espejo que se achicaba y reflejaba sus macizas planchas. Temeroso de errar el rumbo, el timonel vacilaba y el helicóptero descendió entre el humo y el fuego de las armas ligeras y flotó sobre la rampa de desembarco.

Oculto detrás de los postigos, vi cómo esa escaramuza se convertía en una batalla. Los hombres de Harare se atrincheraban en las playas que dominaban el embalse. La barcaza se acercaba hacia ellos; parecía natural que la lucha definitiva entre Kagwa y Harare se desarrollara en el casi seco lecho del río que yo había creado para ellos, bajo los vastos senos de la represa con su carga de herrumbradas neveras y refrigeradores de cerveza. Yo daba por sentado que el capitán Kagwa habría de ganar la batalla, reabrir el Mallory y apoderarse de su reino...

Una especie de martillazo cayó sobre la cubierta encima de mi cabeza, una ráfaga de la ametralladora instalada en la popa de la barcaza. Un tití lanzó un chillido de terror que hizo vibrar los barrotes de su jaula.

—¡Noon! —Alarmado, empecé a registrar las cabinas vacías, haciendo a un lado la niebla de yeso que caía de los techos. En los espejos rotos veía partes desarticuladas de mí mismo, un hombre desnudo cubierto de talco en una pantomima de prostíbulo, jugando a la gallina ciega en busca de las mujeres escondidas. El ruido del helicóptero estremecía los espejos, que se preparaban a retirarse a su mundo ilusorio, y la niebla temblaba a mi alrededor entre las detonaciones.

Me senté en la cama de la cabina y sentí la huella de un cuerpo joven de mujer entre las manchas de fiebre que empapaban el colchón. Sentía su piel en mis manos, la fragancia de un sueño evocado. ¿Había dormido Noon conmigo, o la había confundido con alguna de las jóvenes viudas que había visto acompañando a los soldados?

¿Había estrechado en la oscuridad a Noon o a su doble? ¿Había besado los labios y los ojos que había mirado todos los días mientras navegábamos por el Mallory hacia su fuente? Yo había abrazado los mismos muslos que habían rodeado un cubo de ranas sin cabeza, saboreado la misma saliva que Noon ponía en las puntas de sus lanzas de pesca. En la temblorosa oscuridad de esa cabina polvorienta había sentido el mismo amor, la misma pena y la impaciencia que Noon me había dedicado desde nuestro primer encuentro en Port-la-Nouvelle.

Apreté el colchón con las manos, esperando a medias encontrar en la tela podrida el contorno de una mujer más adulta. Mis dedos tocaron algo oscuro debajo del talco, una mancha de saliva manchada de sangre, y recordé la herida infectada de la boca de Noon.

Una segunda bengala explotó entonces sobre el *Diana*. Su venenosa luz azul iluminó el cerrojo y el cañón del rifle Lee-Enfield apoyado contra el lavabo.

Arcos de fósforo azul caían del cielo y goteaban en las aguas perturbadas del embalse. Aterrorizados por la barcaza de desembarco, los pescadores y los habitantes de las balsas amarradas junto al *Diana* cortaban sus cabos. Se dirigían hacia el precario abrigo de la playa, donde los guerrilleros de Hadare presentaban su última resistencia.

Balas perdidas golpeaban la obra muerta del *Diana*, resonaban contra las barandillas metálicas y destrozaban los muebles de la cubierta del restaurante. Yo sostenía el Lee-Enfield, nervioso por el olor de Noon en la culata de madera, y salí al pasillo. La escotilla estaba corrida sobre la escalera y oí que la señora Warrender y sus mujeres arrastraban las jaulas de los animales hacia la banda de estribor.

—¡Nora!

Arrodillado en los últimos escalones, empujé la escotilla con la culata del rifle. Mis gritos se perdían en el aullido del helicóptero. El viento de sus palas se metía entre los tablones de la cubierta y convertían el pasillo en un torbellino de polvo. La blanca bruma de los murales que se desintegraban bullía a mi alrededor, los fantasmas de aquellas ninfas de tempera perdidas en los corredores de ese burdel

abandonado.

Por encima del ruido de la batalla se oían los chillidos y gruñidos de un macaco. Garras enloquecidas corrían por la cubierta. Las mujeres gritaban y una escoba restallaba contra los tablones. Comprendí que Nora Warrender ponía sus animales en libertad y los empujaba hacia la costa. Traté de alzar la escotilla; apenas pude mover la pesada jaula que tenía encima. A través del polvo y la espuma que arrojaba contra nosotros el helicóptero vi que las mujeres abandonaban el *Diana*. Los rifles terciados a la espalda, llevaban maletas y sacos de dormir como miembros de una compañía teatral armada que abandonara la ciudad durante un sitio al fin de la temporada. Arrastraban consigo al profesor Sanger, que aferraba su cámara como la escudilla de un mendigo.

En el pasillo flotaba el humo acre que se filtraba por el mamparo que separaba las cabinas de la sala de máquinas. La proa del *Diana* ardía y los maderos empapados en petróleo exhalaban un denso vapor que me sofocaba. En pocos minutos el fuego llegaría al motor y a los tanques de combustible y el puente se derrumbaría en un fogón ardiente.

Abandoné mis tentativas de mover la escotilla, golpeé con la culata del rifle las planchas de la cubierta. Al tercer golpe arranqué un nudo de la blanda madera de pino, metí el caño en la abertura y desprendí el tablón. Como un fantasma cubierto de talco que emerge por la tapa de un ataúd, me asomé a la cubierta entre los maderos blancos como el hueso.

El humo giraba en la pista de baile y se desenrollaba entre las mesas del restaurante. Vacilante, me afirmé con el rifle como un equilibrista sobre la cuerda y corrí hacia la represa. Me tomé de las redes de sisal que sostenían el muro de contención y trepé por la tierra y los desechos metálicos.

Abajo, el *Diana* se incendiaba. Escondidas por las nubes de humo negro que cubrían el puente, las primeras llamas se elevaban de la sala de máquinas y transformaban el burdel flotante en una linterna chillona. Las amarras se habían cortado y las maromas ennegrecidas echaban humo contra la quilla blanca, mechas encendidas bajo las faldas de la princesa dorada del bauprés. La popa giraba contra la represa y aplastaba las balsas y pontones abandonados de los pescadores. La planchada se destrozó y los maderos cayeron al embalse.

El humo envolvía el muro oeste de la represa. El estallido de los maderos del *Diana*, una ola de pavesas, se oía por encima del zumbido del helicóptero y los disparos desde las barras arenosas más allá del embalse, Rifle en mano, busqué entre el humo a Noon o a la señora Warrender y luego corrí por el sendero que llevaba a la pared del este, donde estaba sepultado el *Salammbó*.

Tras su largo viaje desde Port-la-Nouvelle, la barcaza de desembarco del capitán Kagwa presidía ahora el embalse. La rampa de descenso había caído en las aguas bajas junto a los embarcaderos humeantes y un pelotón de reserva de soldados adolescentes aguardaba entre la espuma. Azuzados por el sargento corrieron por la

playa hacia las barras de arena, dispuestos a atacar a los últimos hombres de Harare.

El fuego había llegado a las cabinas del *Diana*. Las llamas se elevaban de la cubierta como una veintena de hornallas de cocina. Teñidas por las sales metálicas de las pinturas murales, trepaban entre las mesas, vistosos surtidores de color zinc y cobre, mientras los espectros de las ninfas ofrecían su última función. Todo el barco estaba ahora incendiado y se inclinaba contra la represa, con la proa quemada hasta la línea de notación, mostrando el vetusto motor entre los restos incandescentes del puente.

Entre las nubes de humo iluminado apareció el helicóptero, apoteosis de este espectáculo de fuegos artificiales. Genio deforme, descendió hasta unos cinco metros del *Diana*. El piloto dirigió el aire de los rotores contra la nave ardiente, tratando de apartarla de la barcaza de desembarco. Con la proa sumergida, el *Diana* derivaba contra la represa, retrocediendo, mientras las linternas y los monitores de televisión de la cubierta del restaurante explotaban en un acorde final.

Desde la timonera del *Salamambo* sentí que la represa se desplazaba. El muro de tierra se aflojó como si se hubiera cortado un tendón. Ahora las redes de la pared del oeste ardían y revelaban los senos inmensos y redondeados del dique en un tremendo strip-tease. Como el sostén a punto de reventar de una obesa proxeneta, se deshacía entre el humo y ponía a la vista la desbordante masa de tierra que ya nada sostenía, lista para derramar su tesoro de basuras metálicas mientras el líquido brotaba de cien pezones.

El *Diana* se hundió en las aguas bajas mientras su combustible ardía entre centenares de botellas de cerveza flotantes. El seno derecho de la represa se redondeó. El vasto órgano se estiró hacia delante como si ofreciera sus riquezas a los hombres que combatían más abajo.

Luego la represa explotó. Se desmoronó con una avalancha de aguas envenenadas, tierra y desechos que corrieron río abajo entre una atronadora nube de espuma, el rugido final del Mallory herido.

32. El valle envenenado

FINALMENTE me había quedado solo con el río agonizante. Estaba en la proa del *Salamambo* y miraba el valle desierto. Un velo de humo y vapor cubría la laguna silenciosa. Por la brecha del muro oeste de la represa fluía una fina corriente de agua negra que se abría camino entre un camión volcado y un gran refrigerador boca arriba como un ataúd de metal desalojado de una tumba.

La corriente atraía el agua de los canales del desierto y corría por el suelo del embalse, un basurero cubierto por los desperdicios que antes habían consolidado la represa. En el centro de la depresión, como el fósil de un antiguo saurio, estaban los restos del *Diana*; sólo afloraban del fango las cuernas y el motor. A su alrededor yacían balsas y pontones, partes de embarcaderos arrastrados desde las granjas y los aplastados barracones del hospital.

Las nubes de vapor se dispersaban a lo largo del cauce vacío del río entre los bancos de arena, cubiertos de botes de aerosol y botellas de cerveza, toneles de combustible y neumáticos. A seiscientos metros de distancia estaba el casco gris de la barcaza de desembarco. Estaba volcada sobre la banda de estribor, con la rampa hacia el cielo.

Me afirmé contra el mástil del *Salamambo* y busqué en el lecho del río a los ejércitos rivales. Se había desvanecido toda huella de aquellos guerreros, arrastrados por las aguas envenenadas con que el Mallory había cumplido su última tarea. A pesar de las armas diseminadas en las orillas, los rifles, los morteros y las cajas de munición, no había un solo cadáver.

De modo que la señora Warrender y sus mujeres se habían vengado del capitán Kagwa, de Harare y de sus soldados, poniendo fin a la incierta misión que las había impulsado a remontar el curso del Mallory. Esperaba que Noon estuviese con ellas y que hubiese sobrevivido al derrumbe de la represa. Su canoa metálica estaba amarrada en las aguas del río encima de la cascada, junto a la tiznada caparazón del viejo Mercedes.

El ferry se agitó en su lecho de tierra, atrapado todavía en la parte este de la represa. Sentí que el muro de basura se movía bajo mis pies, oí el sordo rechinar de algún acondicionador de aire, enterrado debajo de la quilla, que instaba al *Salamambo* a continuar su viaje.

Aunque no deseaba abandonar mi puesto de mando, el único puerto seguro que había conocido en los últimos meses, bajé de la proa a la tierra suave en el extremo de la represa. Con el Lee-Enfield en la mano, descendí por el muro roto del dique, una peligrosa pendiente de tierra quemada, desechos agudos como cuchillos y los restos todavía ardientes de las redes. Con el rifle en alto a pesar de su recámara vacía, fui hasta la costa opuesta con el agua hasta la rodilla. Cuando llegué al refrigerador abierto una rata agonizante se movió en la corriente, chocó contra mi rodilla y luego

giró, seguida por un trío de peces muertos.

Trepé a la muralla oeste de la represa y me apoyé contra la abandonada garita del centinela.

—¡Noon! ¡Doc Mal!

Bajo mis pies corrían las aguas del último brazo robado del Mallory. El lecho grasiento era ahora una canaleta alimentada por el agua de los depósitos y acequias. En las orillas había centenares de peces muertos, de cuyos cuerpos plateados brotaba una luz moteada. Algunos cuervos picoteaban ya los peces y se movían entre ellos como los miembros de un cortejo fúnebre.

Las pequeñas granjas y parcelas habían perdido su frescura. Blanqueadas por el calor, las hojas de los plátanos colgaban sobre el suelo resquebrajado. Llenaba el aire una nube oscura y vibrante de diez metros de altura de mosquitos que abandonaban sus últimas charcas de cría.

Algo se movió entre los árboles escuálidos a lo largo del camino. Caminé con cuidado por la costa ennegrecida, entre los desperdicios. Oí un suave murmullo, pasivo pero insistente. Las ramas temblaron como si los granjeros hubieran abandonado sus animales atados a la sombra para morir.

Crucé el camino preocupado únicamente por encontrar a Noon. Entonces vi las formas oscuras de las criaturas que me seguían entre el follaje. Una docena de mujeres doloridas, con niños enfermos colgados a la espalda, descansaban a la sombra. Se pusieron de pie en el aire lleno de insectos y alzaron sus manos, una imagen viviente de la fiebre y la enfermedad.

—¿Noon? ¿Dónde está Noon?

Espantado por lo que yo les había hecho a esas personas, las amenacé con el rifle y aparté sus manos extendidas. Las mujeres aferraban mis brazos, señalaban a sus niños, esperaban que pudiera encontrar para ellos algún medicamento.

Me alejé de ellas y corrí hacia el embalse, perdiéndome entre el humo de las redes ardientes. Sin protestar, las mujeres retornaron a los árboles y se escondieron debajo de sus ramas como la población enana de un bosque de hongos.

Me detuve en la muralla oeste de la represa. Una angosta corriente venía todavía desde las montañas hacia el antiguamente ancho valle del río, pero el Mallory moría; su caudal apenas alcanzaba para atravesar las brechas de la represa. Finalmente mi larga lucha contra el río había llegado a su fin, pero no sentí ni orgullo ni triunfo. Yo había envenenado el Mallory, pero también había envenenado a Noon y a esos pobres nómadas. Sólo por accidente había creado un gran río que había traído la vida al desierto. Pero a tal punto me había obsesionado conmigo mismo que había considerado al Mallory como un rival y medido sus corrientes contra mis propias ambiciones. Como un niño, había querido destruir el río, temiendo no poder conservarlo íntegro para mí.

Miré la piel de mis brazos y mis piernas, cubiertos de llagas y cicatrices. Desde el principio, desde los primeros días en Port-la-Nouvelle, me había herido a mí mismo y

mis tentativas de matar al río no eran otra cosa que un vicario suicidio.

Me deslicé por el desmoronado frente de la represa y salté a las aguas bajas. De una manera confusa estaba decidido a salvar el río. Con la culata del rifle empecé a apartar pesadas piedras y trozos de metal. Arrastré por el agua un trozo de cerca metálica, arrancando con ella un nudo de cuerdas ennegrecidas que envolvían el tronco de una pequeña palmera.

El agua ya fluía más libremente. Me eché el rifle a la espalda y fui hasta el frigorífico abierto al cielo manchado de humo. Cuando aferré las puertas y sacudí el mueble de lado a lado, un mono sorprendido saltó entre mis brazos. Era uno de los macacos de Nora Warrender; cayó en las aguas bajas a mi lado y rebotó como si se hubiera escaldado. Corrió hasta la isla central de la represa, trepó la pared rocosa y se sentó en el borde de un viejo neumático de camión. Parloteaba con sus patas, se consolaba lamiéndose el extremo de la cola, miraba tristemente con sus grandes ojos el valle desolado que era su nuevo hogar.

Recordé el sueño de Nora Warrender de despejar la llanura del Mallory y repoblar las praderas desiertas con nuevas especies de animales. Me sentía responsable de ese pequeño mamífero que pronto perecería cuando la región volviera a ser un desierto. Por encima de todo hubiese querido llenar de agua limpia el cauce. Si lograba llegar a la fuente del río podría volver a abrir sus fuentes y hacer que corriera una vez más entre sus distantes costas.

Mientras los últimos restos de humo flotaban sobre la laguna llevé el rifle al *Salambo*, dispuesto a guardarlo. La represa se desplazaba y la proa del ferry señalaba el oeste. Emergió entre los desechos, a estribor, una cabina telefónica portátil parcialmente aplastada. Acurrucado en la caja invertida, como un vagabundo que se refugia de un mundo dado vuelta, estaba el profesor Sanger. Tenía las rodillas apretadas contra el mentón, los ojos escondidos detrás de sus gafas para el sol y todavía aferraba contra el pecho su cámara. Limpiaba la esfera del reloj blanco de su muñeca izquierda como si esperara en cualquier momento la llamada telefónica de sus productores japoneses. Vi entonces que se había quemado el dorso de la mano al trepar por las cuerdas ardientes. Había envuelto la llaga con una tira de tela arrancada de su chaqueta, pero el dolor le hacía consultar el reloj cada dos segundos.

A pesar de su agotamiento, escuchaba con atención los sonidos que lo rodeaban, el suave goteo del Mallory por la brecha de la represa, el leve crepitar de las cuerdas y el grave gemido de la quilla del *Salambo*. Cuando subí entre los escombros oyó mi respiración jadeante y el chasquido de la correa del rifle contra el cargador vacío.

—¿Mallory? ¿Doctor Mallory? Se acerca usted reptando. Como una enfermedad...

—Sanger, ¿cómo llegó aquí?

—¿Necesita ayuda? No puedo curarlo. —Sanger me apuntó con la cámara, como si su mágica lente pudiera aliviar mis males. Una bala o una esquirla de granada habían penetrado en la caja llevándose un trozo de lente—. Se escapó del *Diana*...

Apoyé el rifle contra la popa del ferry y tomé la muñeca de Sanger, mi primer acto consciente como médico desde mi partida de Port-la-Nouvelle.

—Lo vendaré. ¿Dónde están la señora Warrender y sus mujeres?

—Se han marchado. Su tarea está terminada. O casi terminada. Yo quería que lo mataran, Mallory.

—No trataron de mantenerme con vida. ¿Y Noon? ¿Está con ellas?

—Quizás... No. La he oído por aquí pero... —Sanger bajó la cara demacrada detrás de la cámara rota y perdió interés en mí—. Todo ha terminado para la niña. Y para usted, Mallory. Tal como deseaba, su río agoniza.

—Todavía podemos salvarlo. ¿Dónde oyó a Noon? ¿Los soldados de Kagwa se la llevaron?

—¿Los soldados de Kagwa? Querido doctor, sus cuerpos vuelven al lago Kotto con la última marea. Mi película está terminada: el médico rural está loco y su río ha muerto.

—No. —Miré las montañas sombrías esperando algún aliento de las duras laderas azules—. Ha habido un alud en alguna garganta, alguna obstrucción que puedo tratar de despejar.

—¿Y salvar el río? ¿Después de todos sus esfuerzos? —Sanger se estremeció sobre su cámara—. Sería un *post scriptum* improbable, doctor, un epílogo conmovedor. Debería entrar en el mundo del cine.

—Ya lo he hecho. Ahora lo llevaré al ferry. Cuando el Mallory vuelva a correr estará seguro.

—¿Cuando el Mallory vuelva a correr? ¿Tiene usted ese poder?

Lo alcé de la cabina y sostuve su cuerpo esquelético contra mi pecho. Nos tambaleamos juntos sobre el suelo movedizo, tratando de asentar el pie en el fango resbaloso, dos vagabundos bailando en una sierra de basura.

—Se está muriendo de hambre, Sanger. Antes de partir capturaré a ese macaco.

—El mono. No podría comérmelo. Sería un crimen. ¿Cocido o a las brasas?

—Piense en su película, Sanger. Está demasiado débil para sostener esa cámara. ¿Dice usted que la oyó?

—Estuvo aquí. Ella o parte de ella. Esa niña extraviada..., usted la envenenó, Mallory, con su río enfermo, como a toda esa gente del desierto. Enfermos con su sueño...

—Volveré a traerles agua fresca. Ya lo he hecho antes, Sanger.

Apoyé a Sanger contra la barandilla del ferry. El esfuerzo de mantenerlo me había agotado. Inclinado sobre el rifle, examiné las playas silenciosas del embalse y luego me volví hacia el angosto cauce del Mallory sobre la represa. El coche del capitán Kagwa esperaba al sol, destartalado, perforado por las balas y cubierto de ceniza blanca, como adornado para un cortejo fúnebre. En el escalón más alto de la cascada estaba encallada la canoa de acero de Noon entre los pilares del embarcadero.

El faro izquierdo del coche fluctuaba levemente a través de las cenizas y las

manchas de aceite, última luz incierta de una batería desgastada.

—¿Un engaño del sol? —me pregunté en voz alta.

—Sí, eso ha sido toda la expedición. El sol nos engañó desde el principio.

—¡Noon!

—Déjela. Nos comeremos al mono.

Las manos de Sanger aferraron mis hombros y sintieron la carne dura. Supuse que me imaginaba en el lugar del mono, a su debido tiempo. Cogí sus muñecas y aparté sus uñas de mi piel, luego apreté el rifle contra su pecho y lo arrojé sobre la cubierta. Mientras buscaba a tientas su cámara bajé por la cara interna de la represa, esquivando tubos y otros desechos. Pasé por la balsa con el motor fuera borda y corrí por el lecho seco del río entre los peces muertos.

Noon estaba en el asiento delantero del Mercedes, con la cabeza contra la portezuela y un brazo apoyado en el volante. Para calentarse había envuelto sus hombros en la chaqueta de camuflaje.

—Mal... —Su sonrisa era una mueca valiente. La sangre de su boca lastimada le manchaba los dientes, que, entre sus labios blancos, repiqueteaban un leve morse, una profunda señal para ella misma. La fiebre recurrente de las últimas semanas había robado todo el color de su piel pálida, tan cenicienta como los copos grises que cubrían el coche, una princesa perseguida por la plaga que de algún modo había sobrevivido a su propia pira fúnebre.

—Noon, ven conmigo. —Entré en el coche, impregnado por el sudor ácido de su cuerpo y el perfume barato que había percibido en los miembros de la mujer que había dormido conmigo en el *Diana*. ¿Había estado Noon en mis brazos, o sólo había compartido ella el perfume de la chica en cuya cabina yo había entrado al azar?

—Dame tus manos. Te llevaré al ferry.

Le tomé los brazos pero resbaló y cayó contra el panel de instrumentos. Disgustada por su propia debilidad me sonrió, ocultando la herida de su boca, temerosa quizá de que la abandonara en el destrozado Mercedes. Al mismo tiempo advertí en ella otra motivación. Recostada, con los muslos abiertos, utilizaba su fiebre para atraerme. A pesar de su desesperación, trataba de enrolarme para la causa, cualquiera que fuese, que la había llevado desde Port-la-Nouvelle a la fuente del Mallory.

Con mis manos debajo de sus axilas la enderecé, la sacudí suavemente, acomodándole los huesos como el contenido de una bolsa. Su boca se apoyó en mi hombro y dejó en mi piel una mancha sangrienta.

La apreté contra mí, preocupado por esa niña desorientada, pero ella se apartó, rígida, alarmada.

—Noon, todo marcha bien... —Señaló la represa. Más allá de la inclinada timonera del *Salammbó* se alzaba un ruido familiar, el inquietante estertor de un helicóptero.

—Kagwa ha vuelto..., eso es malo...

Sin dejar de apretar la cabeza de Noon contra mi pecho, aferré el cañón del Lee-Enfield, El distante dolor del motor del helicóptero se convirtió en una explosiva intermitencia. Vi que los gases de su escape ondulaban hacia nosotros como una boa sin plumas entre las barras de arena y las elevaciones de grava del río desecado. El aparato emergió del valle vacío del Mallory arrastrando su negra estela, publicidad aérea de la muerte inminente.

Atravesó el embalse y giró lentamente sobre las playas desiertas y el derruido muro oeste de la represa. Suspendido sobre el ferry, a poco más de quince metros, el capitán Kagwa estaba junto a la portezuela abierta. Había abandonado su chaleco antibalas ahora que la guerra contra Harare había terminado y, con ella, su sueño de ser el gobernador general de la provincia septentrional. Pero su expresión era tan resuelta como siempre. Miró con dureza el ferry y luego señaló el sitio donde estábamos Noon y yo junto a su Mercedes.

Indicó al piloto francés que descendiera y la máquina giró dos veces y se acercó a la represa junto al *Salammbó*.

El capitán Kagwa se apeó bajo las palas que giraban. Con la cabeza baja, avanzó hacia el ferry entre el huracán. Cuando vio a Sanger agazapado en la timonera aflojó la solapa de su pistolera, pero su boca apretada expresaba que no le importaba el cineasta. Lo saludó y luego descendió la cuesta de la represa. Resbaló dos veces en el suelo quebrado, cayó de rodillas pero se incorporó y llegó a la playa angosta junto a mi balsa.

Dejé a Noon junto a la portezuela, alcé el rifle y eché atrás el cerrojo. Esta vez Kagwa no se dejaría engañar. Me sentía sereno pero con la cabeza vacía, como si gran parte de mi mente ya me hubiera abandonado. En mi confusión imaginé que podía poner en marcha el Mercedes y conducir hasta la seguridad de las colinas al este del río. Pero el agotamiento no me permitía siquiera caminar alrededor del coche. Kagwa salió de la playa y subió la pendiente hacia el embarcadero. Sus ojos observaron los viejos neumáticos, las ratas muertas, la canoa de Noon cubierta de musgo entre los pilares de madera. Sacó su pesada arma de la pistolera.

—Noon..., quédate aquí tanto como puedas. No tirará contra el coche... —La aparté de mí, pero ella aferró mi muñeca y tamborileó con la mano contra mi esternón, repiqueteando con sus dientes alguna maldición primitiva. A pesar de su miedo, miraba fijamente a Kagwa con el mismo odio que le había demostrado en el campo de aterrizaje de Port-la-Nouvelle. Bajé la vista y advertí que apretaba con el puño algo plateado, algún botón del tablero de mandos del coche. Lo puso en mi mano, con una mueca de su boca lastimada, como si quisiera que yo atacara con esa arma en miniatura.

Cuando estuvo entre mis dedos vi el cartucho de cobre con su bala de acero. Había ocultado ese tercer proyectil durante todos los meses que habíamos pasado juntos, reservándolo para una emergencia definitiva. Vacilé; cogió mi mano y la apretó con fuerza contra su cuerpo de modo que sentí la bala y su pecho entre mis

dedos. Hundió mis uñas en su pezón para darme valor.

Deslicé la bala en el cañón. Empujé hacia adelante el cerrojo y amartillé el percutor. Con sus manos rodeándome la cintura, apunté el rifle contra Kagwa.

Sin preocuparse, el capitán avanzó por la playa hasta unos seis metros del Mercedes. Respiraba pesadamente por sú fuerte boca; alzó el revólver, recorrió con la mirada los daños de los parachoques y la carrocería del coche, los balazos en el parabrisas, las abolladuras y la suciedad que cubrían la pintura negra.

Cuando dirigió su arma hacia mí, afirmé el rifle y le atravesé la cabeza.

La detonación rodó por los valles entre las abandonadas galerías de la mina y las colinas y se perdió enseguida entre el ruido del motor del helicóptero.

Kagwa agonizaba entre las ratas muertas y los neumáticos sobre la playa grasienta; sus piernas se movían apenas mientras la sangre manaba de su cabeza y se unía con el Mallory. El piloto del helicóptero se inclinó sobre sus mandos, con una mano en la carabina que había entre los asientos. Cuando alcé el rifle, echó adelante el acelerador y remontó el vuelo al sol de la mañana.

Desde la timonera del *Salamambo* miré la máquina que seguía la corriente de agua oscura hacia el sur sobre la tumba del río. Finalmente se desvaneció en la bruma polvorienta y sólo entonces oí a Sanger que palpaba las lentes de su cámara rota.

—Mallory... ¿Estuvo Kagwa aquí?

—Ya se ha ido.

—Oí sus pies sobre el suelo. Eran los pies de un hombre iracundo.

—Lo sé. Pero le expliqué nuestros problemas.

—¿Y le hizo cambiar de idea?

—En cierto sentido.

—Usted no es un hombre muy persuasivo, Mallory. ¿Y el helicóptero?

—No volverá. No se preocupe.

—Muy bien. Entonces podemos continuar.

Miré a Sanger, acurrucado como un mendigo con su cámara rota. Sin duda sabía que Kagwa estaba muerto en la playa junto al Mercedes.

—¿Está dispuesto a volver a Port-la-Nouvelle?

—¡No! Ya hemos ido demasiado lejos. Debe encontrar la fuente, Mallory. Así mi película quedará terminada.

—Sanger, nunca hará esa película...

—Ya está hecha. No cesamos de representarla para cualquiera que se preocupe por verla.

—Muy bien. Iremos cuando yo esté listo. Quiero ocuparme de Noon. Quédese aquí mientras la traigo al barco.

—Por supuesto. La ayudaré. En la timonera hay una cassette. Puede usted decirle cómo es...

Pero cuando regresé al Mercedes, Noon se había ido.

33. La búsqueda del río

—¡NOON! Hay una película para ti...

Junto a Sanger en la popa de la balsa grité hacia la playa de piedrecillas azules situada detrás de una rompiente de rocas caídas. Mientras examinaba la playa vacía advertí una vez más que los empinados acantilados de granito no devolvían ningún eco de mi voz, como si el río agonizante se hubiese abstraído al punto de negarse a dar la menor respuesta a los seres vivientes.

—¡Noon! El profesor Sanger tiene una película...

—¿Doctor? —Agazapado, Sanger apuntaba con su cámara a izquierda y derecha y trataba de adivinar hacia dónde miraba yo—. ¿Ella está aquí? ¿Son las tres?

—La hemos perdido. Puede esconderse detrás del aire.

—¿Nuestra situación? ¿Son las tres o son las nueve?

—Es medianoche. Por Dios, Sanger, aquí no existe el tiempo.

Durante dos días habíamos navegado por el angosto cauce. Aunque sólo estábamos a diez millas de la represa río arriba de la antigua base aérea de Bonneville. Habíamos entrado en un remoto mundo montañoso, un paisaje de abruptos muros volcánicos que se enfrentaban unos a otros a través de las gargantas como gigantes fósiles. En sus estriadas superficies había manchas y franjas de minerales rojizos» de manera que el Mallory parecía fluir por la canaleta de un vasto matadero natural. El aire húmedo carecía de sabor y textura, privado añora de todo rastro de Aves y peces y del aroma de las plantas en flor que cubrían el curso inferior del río. Los últimos espinos y clemátides habían cedido su tugar a los helechos y éstos, a su vez, a las juncias y la hierba cana.

A través de ese reino posterior a la muerte, remontaba nos el cadáver rezumante del Mallory. El cielo el techo de niebla a pocos metros por encima de tras cabezas y las orillas sombrías formaban una ton situada fuera del tiempo y la memoria.

La corriente tironeaba de la balsa y la incitaba a cambiar de rumbo y a unirse a una última expedición al desierto, río abajo. Subí a bordo el remo, aceleré el motor y me dirigí hacia el centro del cauce. Esa mañana, pocos minutos después de ver a Noon, nuestra primer vislumbre de la chica desde nuestra partida de la represa, una roca sumergida había abierto una vía de agua en el pontón de estribor al desprender la soldadura barata de la quilla. La balsa inmóvil empezó a hundirse. Mientras Sanger se aferraba a su cámara, salté al agua fría y arrastré la balsa hasta una playa de arena próxima. Allí desenrollé laboriosamente el alambre que unía el pontón a la estructura de madera e hice girar el pesado cilindro hasta que la soldadura rota quedó hacia arriba. Habíamos perdido por lo menos una hora, pero estaba seguro de que Noon solo estaba a unos cuatrocientos metros. La balsa y su motor, que calentaba demasiado, nos creaban problemas, pero ella nunca nos eludía. Por momentos, cuando yo luchaba contra el motor, incluso parecía que nos esperaba, reteniendo su

concha plateada en mitad del cauce con la pértiga; En la popa, apoyaba el mentón sobre sus pequeños puños, que aferraban la parte superior del remo. Cuando aparecíamos, se apoyaba penosamente en éste, se deslizaba hacia adelante, se perdía entre las rocas que cubrían el lecho de la garganta. O deseaba mantenerse a la vista y atraerme hacia cualquier misterio que hubiera en la fuente del Mallory, o estaba aún más enferma de lo que yo suponía y tenía necesidad de darse ánimos con el espectáculo de Sanger, que se movía como un fotógrafo demente con su cámara rota.

Por la cenicienta palidez de su cara y sus brazos, sabía que Noon todavía padecía la fiebre. Cuando se enjuagaba la boca dejaba en el agua hebras de sangre que se adherían a la proa de la balsa como fugaces gallardetes. Dentro de mi confusión quería salvar a Noon y al río y estaba seguro de que podría hacerlo cuando llegará a la fuente del Mallory.

—¡Doctor! ¡El río se divide!

Sanger gesticulaba con su cámara y señalaba la costa oeste. De alguna forma incomprendible, sus oídos habían percibido un largo brazo de aguas quietas entre la playa de cantos rodados y la calzada gigantesca que corría por el centro de la hondonada. Después de examinar el canal principal en busca de huellas de Noon, guíe la balsa hacia el brazo de aguas más serenas. Pasé lentamente junto a la calzada, miré atentamente las pequeñas cavernas donde Noon podía estar escondida. Ochenta metros más adelante, la calzada se hundía en las aguas bajas y dejaba una angosta salida entre las rocas sumergidas.

La corriente disimulaba el suave ruido del motor fuera borda mientras yo guiaba la balsa entre las rocas. Cuando volvimos a salir al cauce más rápido, Noon estaba agazapada en su concha de acero a sólo seis metros de distancia. Había situado su embarcación detrás de un recodo y allí esperaba, de espaldas a nosotros, que apareciéramos por el canal principal.

Apague el motor, dejé que la hélice girara silenciosamente en el agua y que la balsa derivara hacia ella. Con cuidado para no poner sobre aviso a Sanger, que examinaba con su mirada miope las rocas abigarradas, me incliné sobre el motor, listo para tomar del brazo a Noon. Ella se miraba los dedos pálidos, manchados de sangre de su boca como mal pintados con barniz de uñas. Sus hombros temblaban en el aire fresco y sus costillas se estremecían febrilmente. Por la palidez de su piel, de un blanco de tiza por la carencia de todo color, casi me parecía que se hubiera frotado con las cenizas de una pequeña hoguera.

La balsa recorría los últimos metros de agua que nos separaban. Yo estaba a punto de abrazar a Noon pero Sanger tenía una mano sumergida en el agua. Convencido siempre de que yo volvería a engañarlo, empezó a golpear el agua como si el río fuera un niño díscolo.

—Mallory... ¡Ha cambiado el rumbo! ¡No ceda ahora!

Noon se volvió hacia mí, sorprendida por el silencioso avance de la balsa y de sus prominentes pontones. La pértiga revoloteó y la concha de acero saltó a través de

nuestra proa, giró como una tabla de surf y desapareció en el canal abierto.

—¡Doctor! ¡Va hacia el sur!

—¡Sanger, ya tenía a la niña en mis manos...!

El escape farfulló suavemente cuando traté de volver a poner en marcha el motor. La balsa embistió una gran roca sumergida y Sanger cayó entre los pontones. Hundido hasta las axilas, se aferraba a ellos como un jinete de exhibición suspendido entre dos caballos a galope, luego se deslizó y el agua lo arrastró por debajo de la estructura de madera. Me gritó con furia, tratando de aferrar mis tobillos a través del enrejado de cañas.

Una hora más tarde logré llevar la balsa a una playa tranquila y persuadir a Sanger a soltar el eje de la hélice del motor fuera borda, al que seguía aferrado en las aguas bajas. Mientras lo arrastraba, Noon nos esperaba una vez más en mitad del río, reteniendo su canoa con la pértiga.

Descansando junto a la balsa, miré desapasionadamente a Sanger. Había conseguido encender un pequeño fuego con trozos de madera de la cubierta y unas gotas de combustible del tanque del fuera borda, tironeando de la correa del motor hasta que una chispa del magneto lo encendió. Sanger estaba apoyado contra el pontón de estribor, sabiamente renuente a separarse de la embarcación. Sus manos aferraban contra el pecho la cámara rota, ese tercer ojo ciclópeo con que me miraba fatigadamente.

¿Debía abandonarlo allí? También él estaba infectado por la fiebre y la enfermedad que a todos nos había envenenado en la represa. Mi propio estado era apenas mejor, y lo necesitaba para que me ayudara a remar una vez que se agotara el combustible de la balsa. Traté de pensar solamente en las necesidades de Sanger y me recordé que él era mi paciente y que yo era nuevamente su médico y tampoco deseaba abandonarlo, consciente por primera vez de que yo dependía de su presencia, casi como si finalmente hubiera aceptado que yo actuaba en una obra teatral dirigida y supervisada por él.

Sin embargo, ese razonamiento llevaría inevitablemente a su muerte, como les había ocurrido a la señorita Matsuoka y al señor Pal. Por su propio bien había de convencer a Sanger de que se quedara en esa playa. Una vez que hubiera encontrado a Noon y dado nueva vida al Mallory, volvería a recogerlo. Mientras tanto le dejaría mis últimas escasas provisiones de pan de mijo y despojaría la cubierta de la balsa de toda la madera que no fuera indispensable para que pudiera alimentar su hoguera.

En la represa, cuando planeaba esa última parte del viaje en la timonera del *Salammbó*, no quería llevar conmigo a Sanger. Mientras preparaba la balsa, él había bajado del ferry, vacilante entre los desechos de la represa a punto de desmoronarse, para discutir a gritos conmigo. Los últimos habitantes del pueblo habían partido y se olía en el aire la enfermedad mientras los sembrados se desvanecían y se convertían nuevamente en desierto. Miraba ciego el silencio, consciente de que aquél era un sitio

donde se había cometido un crimen. Pero incluso en ese momento Sanger estaba dispuesto a ponerse en mis manos.

Lo recordé sentado en la balsa mientras yo la arrastraba al agua encima de la represa. La última marea del capitán Kagwa goteó hasta los huecos dejados por los pontones en la playa, una sangrienta rampa de deslizamiento. Sin hablar, aferré desde atrás los hombros de Sanger. Él había creído que era un conmovedor gesto de solidaridad, pero yo estaba a punto de empujarlo a la playa y abandonarlo entre las ratas muertas y los neumáticos de camión.

Vi entonces a la señora Warrender y a sus mujeres en la colina sobre el embalse. Cargadas de bultos, esperaban junto a la cinta transportadora de minerales, dispuestas a abrirse paso entre los remotos valles de la montaña. En un cangilón herrumbrado, dos monos tití se alisaban las colas y hacían muecas ante el hedor del río, encantados de ir con las mujeres a su modesto paraíso. Nora Warrender me miró mientras yo estaba con Sanger, y supuso evidentemente que pensaba abandonarlo.

Bajo la mirada de desaprobación de las mujeres había cambiado de idea; pero ahora, sólo dos días más tarde, deseaba nuevamente abandonar a Sanger, ese ciego amarrado a las frías playas.

—Sanger, está cansado.

—No, Mallory. Es posible que esté más fuerte que usted.

—Haré un fuego. Estará más seguro aquí.

—No.

—No deje de subir a un punto más elevado del terreno. Oirá crecer el agua.

—¿Crecer el agua?

—Sanger, haré que el río vuelva a correr.

—Tengo que ir allí, Mallory. Es el final de nuestra película.

—Tal vez, pero debo encontrar a Noon.

—Iré con usted, Mallory.

Aferraba con ambas manos el motor fuera borda, mostraba la inesperada energía que lo había sostenido desde el principio de nuestro viaje en Port-la-Nouvelle.

—Mallory, debo ir con usted. Por su bien.

Traté de arrancarle los dedos de la hélice, pero sólo conseguí manchar de sangre las palas. Me incliné y le quité del cuello la correa de la cámara. Sanger gesticuló contra el aire y me pateó con sus pequeños pies.

—¡La cámara, Mallory! ¡La necesitaremos!

—¡Librémonos de ella! Esa cosa es una trampa.

—No. La película es todo lo que nos queda.

Estaba a punto de arrojar la rota caja negra al río, pero parecía adherida a mis manos. Su empuñadura, adaptada a mi palma y a mis dedos, también se acomodaba a mi mente y me ofrecía una perspectiva diferente de nuestra trivial disputa. Antes de arrojarla la acerqué a mis ojos, intrigado por ese espacio ficticio que había hechizado todo mi viaje desde la llegada de Sanger.

Cien metros río arriba algo brilló en el agua. Vi por el visor la canoa plateada de Noon más allá de un recodo rocoso. Noon estaba en la popa, apoyada en su pértiga.

—Noon... ¡Está allí, Sanger! Quiere que la sigamos...

La miré por el visor. ¿Representaba ante la cámara, actuaba alguna muerte solitaria modelada sobre las ficciones de Sanger, o era yo quien le imponía ese final? Yo esperaba atraerla hacia mí con las promesas de sus propios ensueños, pero era yo quien había caído en la trampa, así como el Mallory me había atrapado dentro de su sueño de un gran río.

—Doctor..., los dos estamos demasiado fatigados para discutir con usted. — Sanger me tomó del pie y me hizo caer. Se movió sobre las piedrecillas azules, inclinándose a un lado y otro, me arrancó la cámara de las manos y me golpeó en la cara.

Aturdido por el golpe y demasiado débil para defenderme, me dejé caer sobre las piedrecillas y me toqué la vieja herida del cuero cabelludo. Las suturas del cráneo se abrieron y el aire frío penetró en las cámaras de mi cerebro. Alcé la vista al cielo cianótico y despejado como el techo abovedado de una psicosis profunda. Se me ocurrió que quizá podría quedarme allí a descansar junto a una pequeña hoguera mientras Sanger continuaba el viaje.

—¿Doctor? —Sentí sus manos en mi pecho y en mi frente—. No se encuentra bien. Debo de haberlo golpeado en la cabeza.

—Está bien. —Me incorporé y me puse de rodillas—. Lo llevaré conmigo.

—Necesita mi ayuda, doctor.

—Lo sé. No podré volver a poner en marcha el motor.

—Tendremos que remar. Tiene fuerza suficiente.

Me guió hasta el agua y me dejó apoyado contra la balsa. La empujamos hasta el centro del cauce, trepamos y nos sentamos junto al motor. Sanger se acomodó, con la cámara colgada del cuello, y me masajé los muslos.

—Vamos, Mallory. Puede remar: el río está casi inmóvil. No pierda la fe en sus sueños.

—¿Remar? —Metí una mano en el agua mientras Sanger utilizaba el remo. Entre los acantilados de granito, Noon y su canoa se desvanecieron en la niebla. La vi pasar tras los pilares de piedra en parte sumergidos y su imagen intermitente me recordó la luz que fluctuaba en la cabina del *Diana*. Sólo había podido abrazar a Noon a través de las imágenes titilantes del juguete seductor de un anticuario. Ahora necesitaba para animarme que Sanger me hablara de algún viaje heroico en busca de un mito privado, a pesar de la caída de la noche y la propia inseguridad, como las travesías de Cortés o de Pizarro.

—Hábleme, Sanger. De su película.

—¿Qué película, doctor? Reme ahora. He hecho muchas.

—Su película sobre el Mallory. La que empezó en Port-la-Nouvelle.

Sanger se volvió hacia mí; el remo quedó inmóvil en el agua. Había perdido sus

gafas de sol y sus ojos miopes, como cristales opacos, me miraron como si me vieran por primera vez.

—¿Quiere que le hable de la película? ¿Que se la describa?

—Sí. —La idea de ese documental mentiroso era curiosamente reconfortante. Ya sentía el comentario alentador, suave y monocorde, del señor Pal—. Hábleme de la película, Sanger. Sea mis ojos...

34. La fuente

CON EL APOYO de estas desesperadas estratagemas, seis días más tarde llegamos a la fuente del Mallory.

Durante la travesía final de las brumosas gargantas del río, echado junto al inerte motor fuera borda en la popa de la balsa, yo remaba con una mano y oía describir a Sanger paisajes de imaginario esplendor. De manera ambigua, la cámara rota del cineasta ciego nos mantenía en marcha. Sus lentes quebradas sostenían nuestra ilusión de que estábamos guardando un registro perdurable de nuestra cacería del Mallory. Me complacía ser su cómplice porque de ese modo podía distanciarme de aquella persona que yo había conocido, el médico de Port-la-Nouvelle que se había dejado capturar por una gran obsesión.

El día siguiente a mi pelea con Sanger, de quien muy pronto fui casi por completo dependiente, penetramos en una zona de frías nubes de lluvia. Los muros estriados que antes bordeaban el Mallory habían desaparecido y ahora el río serpenteaba por un ancho valle. Allí descansamos y finalmente logré poner el motor en marcha. Por todas partes había huellas de actividad volcánica reciente. La piedra pómez y las rocas ígneas se mezclaban con ásperos *gneiss* marcados por franjas de materiales granulosos como símbolos de algún alfabeto estratificado. En la costa sólo crecían unos pocos helechos y una capa verde de líquenes y pastos ralos cubría las ondulaciones desiertas. El río de apenas quince metros de ancho fluía entre pequeñas islas de fango rojo y densos materiales de aluvión tornaban opaca el agua. Las olas perezosas que chocaban contra la balsa cubrían de espuma cobriza la estructura de madera. La difusa luz del sol brillaba a través de la niebla, y parecíamos disueltos en aquella sopa primordial juntamente con las amonitas y trilobites que el agua depositaba en la cubierta.

La tarde del quinto día el motor fuera de borda falló por última vez y en seguida descubrí que estaba demasiado débil para ayudar a remar a Sanger. Sin embargo, los interminables archipiélagos de islas anegadas nos permitían seguir el paso de Noon. Agazapada en la popa de su canoa de acero, enarbolando la pértiga como una acróbata fatigada, estudiaba cuidadosamente la maraña de canales. A veces parecía perder todo interés por nosotros y bogaba durante horas en la niebla buscando el tesoro secreto que, como yo sabía ahora, se encontraba en la fuente del Mallory.

La mañana siguiente un sol fuerte y firme, cuyos rayos nos examinaban como la mirada de un centinela amistoso, disipó bruscamente la niebla. Al amanecer habíamos despertado de un sueño helado a la deriva entre las islas de fango. Cuando el aire se aclaró vimos que las montañas habían retrocedido casi hasta el horizonte. Estábamos en una vasta meseta de lava rojiza y aguas bajas, lecho de un enorme lago de unos treinta kilómetros de ancho.

—Sanger... Estamos en casa.

Ya estaba despierto, extendido sobre la balsa con el rostro llagado hacia el cielo. Sin pensar, hundió una mano en el agua y empezó a remar débilmente.

La balsa estaba varada en la costa de una laguna poco profunda. Bajé al agua tibia y sulfurosa y contemplé el húmedo panorama de ese mundo marino, el lecho del antiguo lago que en un tiempo había cubierto la meseta íntegra. Supuse que en el pasado reciente algún movimiento tectónico a lo largo del profundo borde de una placa habría fracturado sus muros y suelo. Las aguas desplazadas de ese lago habían formado el Mallory, fluyendo primero por el conducto subterráneo que afloraba en el campo de aterrizaje de Port-la-Nouvelle y luego por el cauce principal. De todos modos yo aún creía que había creado el río. Al arrancar las raíces de la vieja encina había abierto el paso a una corriente que a su vez había alentado a las aguas del lago a rebasar sus costas.

—Sanger... Todavía corre. —Giré alrededor de la balsa y sentí la suave corriente que atravesaba la meseta hacia el sur desde la secreta fuente del río. Estaba en alguna parte del límite norte del lago seco, más allá de las lagunas bajas.

Desaté la balsa y dejé que derivara hacia la costa fangosa. Sanger jugueteaba con el agua y examinaba la corriente. Ahora estaba más decidido que yo a perseguir al Mallory hasta el fin. Había dormido a ratos; se despertaba constantemente para ver si yo aún estaba vivo y para reanimarme con sus comentarios en la oscuridad, mitad delirio y mitad imaginario folleto de turismo.

Con la mano libre se protegió la cara del vivido sol y luego reinició su deshilvanado discurso.

—Un lago primigenio, Mallory, el mundo de barro de los orígenes bajo una extraña luz... que la cámara no podrá recoger, de modo que tomaré vistas de su rostro en primer plano, un mamífero agresivo que responde a un profundo llamado migratorio... ¿Puede ver la fuente?

—Más adelante. Quizá a un kilómetro.

—Prepárese, Mallory. Nos acercamos al desenlace, retornamos a la fuente primitiva de la que han brotado todos los ríos del mundo, al momento en que la conciencia surgió a la luz del día desde el cerebro del reptil hacia el del mamífero. Ahora Dios existe, Mallory, es posible que vuelva usted al Edén para destruirlo, un mesías de la edad de la televisión por cable...

Pero yo ya no tenía necesidad de su comentario. Una sombra pasó por la superficie del lago; la niebla se disipó y con ella la luz acuosa y confusa. En el aire despejado la canoa plateada de Noon se deslizó desde un angosto canal a un lago más grande situado al norte. De pie en la popa, sus caderas cimbreaban cuando subía y bajaba la pértiga con sus brazos delicados. Había recobrado las fuerzas ahora que la fuente del río estaba a la vista.

Abandoné la balsa y anduve por el agua sobre el fango viscoso. Con las manos contenía la tibia espuma que saltaba a mi cara.

Cuando llegué al canal, Noon ya había atravesado el canal adyacente. Exhausto,

me dejé caer en el agua tibia. Con los pies desmoroné en parte el istmo de lava fangosa que separaba ambas lagunas. Mientras me limpiaba las piernas, el cálido fango se disolvía y me rodeaba, una agradable manta que me tentaba a descansar para siempre bajo sus balsámicos pliegues.

Libre ahora, el agua formó una breve marea que corrió por la superficie. La corriente arrastró a Sanger y a la balsa unos quince metros y los depositó en una playa de tierra de aluvión cobriza.

El lago siguiente, río arriba, se estaba vaciando. Noon bajó de su canoa, varada a causa del descenso del nivel. Arrojó a un lado la pértiga y echó a andar por el agua hacia una angosta hendidura en la costa. Por ella fluían los últimos restos del Mallory desde la llanura de lava que formaba el límite norte de la meseta.

El agua tibia rodeó mis tobillos cuando la seguí a través del lago. Sus hombros fuertes se recortaron en la bruma. Miré su paso seguro y advertí que ahora Noon era una mujer. Entre ese laberinto de lagunas nos acostaríamos y concebiríamos un segundo Mallory.

Pasé al lado de su canoa de acero y me acerqué al arroyo que emergía de la costa. Sólo tenía un metro de ancho y era todo lo que quedaba del río. Noon no estaba desanimada. Seguía el arroyo con el andar decidido del viajero que por fin vuelve a ver su pueblo natal.

Sus huellas, la cicatriz del pie derecho como una flecha diagonal, seguían el arroyo. Abandonadas por el río que se retiraba, había islas de agua entre los pozos de arena. El Mallory serpenteaba entre las dunas, una hebra de pocos centímetros de profundidad.

Torpemente arrojé arena al agua. Me arrodillé y aparté los granos de arena para no perturbar la corriente, con la esperanza de que la llegada de Noon pudiera reanimarla de algún modo.

En el silencio del valle oí desvanecerse los pasos de Noon entre las resquebrajadas colinas. Desorientado, subí a lo alto de una duna y la vi cincuenta pasos más adelante. Contemplaba una cicatriz oscura en la arena. Cuando me miró por última vez, sus ojos eran los de una mujer de mi edad.

—¡Noon! —Mientras corría hacia ella, el Mallory se convirtió en un hilo de agua no más ancho que mi mano. Bajé la cabeza y lo seguí alrededor de la base de una gran roca en forma de zapato. El fino hilo terminaba en una charca que se secaba al sol.

Me arrodillé y traté de separar los granos de arena de la corriente cada vez más morosa. Las últimas gotas rezumaron entre mis manos apretadas.

El Mallory murió en mis brazos.

Cuando me incorporé y busqué a Noon no encontré rastros de ella. Las colinas bajas de lava se extendían dos kilómetros hacia el límite norte de la meseta. Vagué entre ellas pero no había ninguna marca sobre los restos de algas y plantas acuáticas. A

pocos pasos de la tumba del Mallory las huellas de Noon se desvanecían en la arena.

Durante una hora recorrí las colinas al azar llamándola mientras el lecho del lago se secaba a mi alrededor. Unas pocas islas de agua rodeaban la laguna donde estaba varada la canoa de Noon. A puntapiés desmoroné sus costas y liberé las aguas en un último intento de reanimar el Mallory. Cuando llegué a la canoa y me dejé caer en ella, hubo una breve corriente. La ola dirigió la proa de la embarcación hacia el sur y la impulsó hacia la laguna siguiente, donde la balsa de Sanger se encontraba junto a las puertas del valle.

Aguijoneados por su monólogo demente pasamos juntos por la garganta, arrastrados entre las rocas severas y las playas de duelo por el último viaje del Mallory hacia el mar.

35. La memoria y el deseo

HOY EL DESIERTO está más cerca. Junto al campo de aterrizaje abandonado de Port-la-Nouvelle, sobre el erosionado talud de la represa con que en un tiempo esperé detener las aguas del Mallory, miro cómo el horizonte del polvo avanza desde el norte. Finos granos de arena se deslizan entre los troncos de los árboles muertos a lo largo de la costa del río. Un vasto sueño blanco atraviesa silenciosamente la tierra y se extiende sobre la seca superficie del lago.

Blanqueado por el sol, el paisaje se ha convertido en un fósil de sí mismo. Port-la-Nouvelle, abandonada sólo hace dos años, parece tan remota como Pompeya. El mismo polvo recubre los barracones de la policía, la fábrica de cigarrillos y la agencia de la Toyota. Bajo una luz extraña las torres del proyecto de perforación de pozos se alzan en el lago como recuerdos envueltos en sudarios. El techo de la clínica se ha derrumbado, pero la caravana todavía sirve y en mis visitas a Port-la-Nouvelle duermo en el mismo colchón desde el que oí penetrar furtivamente en el lago las aguas del Mallory. Durante los dos últimos años, después de mi recuperación, he trabajado en la oficina de la OMS, cincuenta kilómetros hacia el sudoeste; pero todos los fines de semana vengo aquí y acampo junto a la caravana en el parque de estacionamiento de la clínica. Oficialmente todavía estudio las posibilidades de un proyecto de riego, pero eso es únicamente un pretexto. Mientras examino el lecho arenoso del río, en realidad pienso en Noon y espero que vuelva a aparecer.

Al pie de la represa veo las huellas de los nómadas que han acampado al amparo del terraplén. Siempre las estudio cuidadosamente y en varias ocasiones he advertido la cicatriz en el arco del pie derecho de Noon y sus dedos peculiares. Recuerdo su imagen final y el viaje enloquecido al que me arrastraron las últimas aguas del Mallory.

Tres semanas nos llevó a Sanger y a mí llegar hasta el lago Kotto en la canoa de Noon. Echados en la concha metálica vimos regresar todo el proceso de la creación hasta su punto de partida como la visión inversa del imaginario documental de Sanger sobre mi búsqueda de las fuentes del Mallory. El desierto verde había vuelto a desvanecerse cuando llegamos a la cascada de Bonneville, y en el lago inferior los bosques de tamarindos estaban resacos. Las ciénagas de papiros en que la señora Warrender cazaba hombres eran ahora un páramo blanco cubierto por los esqueletos de millones de ranas. Casi creí que el *Diana* había reunido sus maderos, navegado hacia el sur y derramado su blanca muerte sobre el paisaje».

Más tarde, durante nuestra convalecencia en la capital provincial, me enteré de que Sanger sospechaba que toda la expedición hacia las fuentes del río había sido una invención. Se alejó de mí y obsequió al funcionario de prensa del gobierno con una gráfica descripción del merecido fin de aquel policía rural renegado, el secesionista capitán Kagwa. Cuando protesté, me informó que tenía en vista un proyecto más

interesante y en la primera oportunidad voló a Nairobi. Yo ya había servido a sus fines, y jamás pudo perdonarme que yo hubiese aprendido a considerar con absoluta seriedad su dudosa profesión. Oí, hablar de él por última vez cuando supe que había hecho suprimir el Mallory de los anales de la National Geographic Society.

Sin embargo, su insistencia en que yo sólo había sido un testigo presencial de la tentativa de golpe de Estado me libró de sospechas. Por momentos, mientras reposaba en la cama del hospital, también yo creía haber inventado toda la aventura. La ironía era que yo recordaba nuestro viaje a las fuentes del Mallory en los términos de su imaginario folleto de turismo. Sólo eso parecía dar algún sentido a todo lo que había ocurrido.

No hay duda, sin embargo, de que el viaje había sido real, como pude confirmar mediante dos modestos safaris en que remonté hasta treinta kilómetros el seco cauce del río. Me han mostrado fotografías aéreas del *Salambo* incrustado entre desechos junto a la cascada de Bonneville. No he visto los cadáveres de Kagwa, Harare o sus hombres, aunque hay equipos militares diseminados a lo largo de los trescientos kilómetros del curso del río, y el casco herrumbrado de la barcaza de desembarco está todavía, inclinado, un kilómetro al sur de la represa.

Kagwa y Harare se han desvanecido en la nada de sus ambiciones, así como la señora Warrender y sus mujeres se han perdido en su sueño de una nueva reserva natural en alguno de los valles lluviosos del Macizo. Cada uno de nosotros abusó del Mallory y trató de utilizarlo para sus propios fines, y solamente Noon se mantuvo fiel a nuestro primer sueño.

No he inventado el río ni nuestro viaje, pero ¿no habré inventado a Noon? Ella poseía una clara presencia física que se tornaba cada vez más real, el olor de sus manos y sus pechos, el incesante repiqueteo de sus dientes... Y sin embargo, ¿no podía ser una ficción nacida de un sueño que a su vez había surgido de mi imaginación? ¿No la habría inventado para que me condujera hacia la fuente del río? ¿No serían las referencias a ella de los demás una manera de calmar mi obsesión?

A quince metros de la represa hay huellas frescas en el lecho del río, pero las examinaré más tarde. Por encima de los techos polvorientos de Port-la-Nouvelle oigo el helicóptero del gobierno. Se cierne sobre la ciudad; sus palas levantan torbellinos de polvo que animan las calles vacías. El nuevo gobernador del distrito me vigila. Mira con suspicacia mi morosa presencia en el seco cauce del río y supone que yo podría esperar en ese remoto campo de aterrizaje la llegada de un avión secreto que traiga a los emisarios de un nuevo movimiento secesionista.

Yo espero, pero no un avión. Espero a una muchacha de hombros vigorosos y mirada irónica que vendrá por el lecho seco del Mallory con su largo paso familiar. Reaparecerá tarde o temprano y estoy seguro de que con ella volverá también el Mallory a derramar las aguas de su sueño sobre el polvo de un corazón que aguarda.